AMELIA KAHANEY

LAS MEJORES MENTIROSAS



Una morirá, otra mentirá
y la última cargará con la culpa de todo.

CROSS BOOKS

Índice





You
Tube

in

Sinopsis

Tres niñas de nueve años. Tres niñas inseparables. Amigas de por vida, o al menos eso era lo que creían.

Sydney, Rain y Brianna solían ser las mejores amigas durante su infancia en el sofocante desierto de California; deseaban encontrar una manera de huir de ahí. Años después, cada una cumplirá su deseo, pero no de la manera que imaginaban.

Después de un incendio mortal que ocurre en el último año de instituto, nada volverá a ser igual. El drama escolar que envuelve a estas tres amigas se convertirá en un misterio mucho más grande que una simple enemistad.

Las mejores mentirosas de Amelia Kahaney es una historia en la que la obsesión, la manipulación y la inocencia de la infancia se combinan en un magnífico y oscuro thriller psicológico.

Las mejores mentirosas

Amelia Kahaney



Para Ezra

Como cualquier otra chica, me hice trizas con tal de comprobar el rumor de que algo con sangre como la mía podía partirse por la mitad y seguir entero.

Franny Choy, «Worm Moon»,
en *Perihelion: A History of Touch*

Prólogo

Como por casualidad, tres niñas de nueve años. Tres niñas inseparables: Sydney, Rain y Brianna. Amigas de por vida, o eso creen. Están agazapadas frente a la casa de Syd con las sandalias y los pies polvorientos sobre el asfalto caliente, y las cabezas agachadas para examinar lo que Rain ha conseguido atrapar dentro del frasco de mermelada. Es un escarabajo de color azul eléctrico del tamaño de un pulgar, un destello tropical sobre la masa desértica con manchitas doradas en las patas.

—Qué bonito —exhala Syd. Ella es como un camarón pecoso, la nariz y los hombros se le descaman sin cesar, y hay siempre nueva piel rosada que sale por debajo de la vieja. Entrecierra los ojos para ver el caparazón color aguamarina del insecto y anhela las piscinas que están detrás de las enormes casas al otro extremo de la carretera, en Palm Springs—. Qué tropical.

Están a treinta y ocho grados a las ocho de la tarde, y el sol brutal apenas empieza a esconderse detrás del círculo de montañas cubiertas de rocas que rodean las ciudades del desierto. Una lagartija gris del tamaño de una navaja suiza se aventura a salir de la sombra del arbusto de purshia que flanquea su calle, parpadea al verlas, reconsidera su decisión y retrocede. Las niñas ignoran los quejidos gangosos del odiado pitbull mestizo de Brie, *Spanky*, que se rasca el costado contra el enrejado de la casa y araña la tierra del jardín desnudo y levanta polvo que vuela tres casas más allá.

Rain se pone en cuclillas y mira con un ojo entrecerrado a las otras dos. Los dientes se le amontonan de tal forma que le empujan los labios hacia fuera; desde cierto ángulo, parece un caballo, y desde otro, a pesar de que acaba de cumplir solo diez años, parece alguien salida de la portada del deshojado número de septiembre de *Vogue* que comparten entre las tres. Las piernas de Rain son alargadas y muy bronceadas, sus brazos son como ramas torpes que salen de una holgada blusa roja sin mangas, y la salvaje melena le cuelga sobre la

mitad de la cara.

—Bonito, pero de una forma aterradora —declara Rain.

Rain siempre expresa sus pensamientos con seguridad, de forma convincente, como si fueran grandes verdades que todo el mundo debería escuchar.

—Fijaos en sus antenas —dice Brie. Arrastra el frasco muy despacio sobre las grietas de la acera frente a la casa de Syd y obliga al escarabajo a moverse también. Luego, acerca la cara al frasco, tanto que casi lo toca con sus pestañas blancas—. Tiene pestañas de Betty Boop. —En efecto, las tiene. Tres puntos largos y pronunciados de cada lado.

Brie viste rara, con uno de esos vestidos feos y anticuados que tienen un enorme adorno en el pecho y que su padre no deja de comprarle, como si no tuviera idea de que son feos. Pero las otras dos niñas no dicen nada. Suficiente tiene con vivir con un padre como Ed, piensan, y no tiene sentido hacer sentir peor a Brie.

—Deberíamos soltarlo —dice Syd. Alcanza a oír a su madre moviéndose por la casa y la olla para preparar macarrones con queso que golpea el fogón. Sin embargo, cuando levanta el frasco, el escarabajo no se mueve. Está congelado, su color esmeralda es más brillante en el hormigón gris, rodeado de los tonos marrones y caquis del desierto, los coches destartalados y el estropeado revestimiento de aluminio que flanquea su horrendo vecindario. Es algo demasiado radiante, demasiado audaz como para existir ahí, entre ellas.

—Está muerto —declara Rain con voz llana. Espera un segundo —. Me lo voy a quedar.

Coge el insecto con sus dedos alargados y lo acuna como si fuera un objeto preciado. Las otras niñas lo quieren también, pero nadie se lo discute a Rain. Ella siempre se sale con la suya. Las otras dos se tragan el deseo hasta que se disuelve y se transforma en una especie de indiferencia que hace más fácil quedar en segundo o tercer lugar. Entre ellas tres las cosas han sido así desde hace mucho tiempo, y lo sigue siendo a pesar de que todo comienza a caerse a pedazos, hasta que todo cambia y una nueva jerarquía se impone.

Lo que más recordarán las tres sobre el tiempo que pasaron juntas en los cerros abrasadores de Termico, California, es el brillo, el calor y la sensación de estar atrapadas, confinadas bajo la cúpula de un cristal invisible. Y es que el desierto es un lugar en el que uno

espera atrapado a que llegue su momento, mientras se abrasa y se desliza de un lado a otro sin un propósito hasta que lo vence la apatía. Es un lugar al que se supone que uno va a retirarse, un clima para quienes ya vivieron su vida y dejaron sus sueños atrás hace mucho. Cualquiera que sea joven —cualquiera con un poco de sentido común— querría irse.

Y, con el tiempo, todas se irán. Pero no ocurrirá como ellas quieren. Una lo hará al morir; otra, al mentir; y la tercera, al llevarse la culpa.

Rain aplasta al escarabajo entre dos dedos y se pone de pie, tiene las rodillas cubiertas de polvo.

—Bicho tonto —le dice con una sonrisa brillante que luego se esfuma de su boca insolente. La armadura azul metálico del insecto muerto resplandece en su mano—. Tendrías que haber escarbado para escapar.

PRIMERA PARTE

Sidney



Mayo



1

Uno cree que sabe cuándo toca fondo, cuándo las cosas se vuelven tan complicadas y tristes que no hay manera de arreglarlas. Pero la verdad es que no se tiene ni idea de cómo puede empeorar todo.

Una vez pasé casi todo el camino dormida y aparecí un lunes por la mañana en el último asiento del tambaleante autobús amarillo del instituto. Con el sabor del vómito todavía en la lengua, recordé que mi vida se había caído a pedazos de una manera tan brutal que su forma ya no era discernible. Me había quedado sin amigas, abandonada, desprestigiada, humillada. Más sola de lo que había estado jamás.

Era el final del último año de instituto, y el curso ya estaba demasiado avanzado para suponer que lo que estaba roto podría arreglarse antes de que nos dispersáramos para siempre. Solo necesitaba sobrevivir a dos semanas más de clases. Pronto, muy pronto, el instituto y toda su gente serían un recuerdo que podría pasar el resto de mi vida intentando reprimir. Empezando por la noche anterior.

Mientras el autobús cobraba vida, destellos de la fiesta me pasaron por la mente, chispazos de vergüenza que morían tan pronto se encendían. Partes de la noche ya habían desaparecido, fragmentos que nunca recuperaría. Lo único que tenía eran unos cuantos momentos confusos que se deformaban al verlos a través de un cristal manchado: las pastillas que tomé, las copas que engullí, la furia que sentí al salir a tropezones de esa casa enorme. El dolor en la cara fruncida de Rain. Rain, la que siempre creyó en mi bondad, la que nunca conoció a la chica mezquina y amargada en la que me había convertido.

Pero ¿por qué estaba tan furiosa? ¿Qué había dicho que la hirió tanto? Solo recordaba fragmentos de nuestra pelea, la sensación de gritarnos la una a la otra en aquella enorme habitación oscura, y cómo todo fue a la vez catártico y terrible.

Cerré los ojos e intenté recordar, buscando a tientas los detalles

de la pelea, pero, como sucede cuando uno no encuentra una palabra hasta horas después de haberla necesitado, estaban fuera de mi alcance. Mi memoria brincaba del escozor por el alcohol que sabía a gasolina de lo que sea que bebí en la abarrotada cocina de la fiesta, al ardor de la grava que me arañó la piel. Luego, el desierto helado que estuvo a punto de devorarme. Araña, mi hermano, maldiciendo en voz baja de camino a casa. La sangre que me resbalaba por los antebrazos y manchaba la tapicería del coche.

Era una narrativa casi coherente.

Casi, pero no del todo.

Mientras descendía la montaña a toda velocidad de camino al instituto, lo único de lo que podía estar segura era de que estaba sola y avergonzada, y de que era una desgraciada. Abandonada al final hasta por mi hermano, quien desapareció en la oscuridad de la noche. Esa mañana, antes de las seis, me arrastré hasta su habitación, abrí la puerta para decirle lo mal que me sentía, para chantajearlo y pedirle que me llevara al instituto... pero su cama estaba vacía y el coche no estaba.

Luego me fui agazapada en el asiento del autobús que siempre elegíamos Rain y yo, en el que nos habíamos sentado desde la primaria. Cuando eres la primera puedes escoger el lugar que quieras. Siempre éramos las primeras en subir y las últimas en bajar, porque éramos las que veníamos de más lejos. Termico era un punto tan insignificante en el mapa que ni siquiera tenía su propio instituto. Así que bajábamos la montaña hacia Palm Springs o Palm Desert, donde estaban los hoteles, las casas lujosas con sus piscinas, los centros comerciales, los cines y las escuelas.

Pasé mi índice sobre el grafiti que habíamos hecho con un bolígrafo en el asiento de enfrente algunos años antes. Corazones, lágrimas, nudos celtas, versiones estilizadas de nuestros nombres. «Syd & Rain × siempre», había escrito en sexto de primaria. ¿O fue en primero de secundaria? Vaya, en aquel entonces sentía que era una verdad absoluta.

¿Cómo dice el dicho? ¿«Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes»? La señora Roberta detuvo el autobús en la siguiente parada, y la puerta se abrió con un siseo. Subió un grupo de chicos de primer y segundo curso, cuyos nombres no conocía, seguido de dos chicos de tercer curso, Kenny Álvarez y Grant Matthews, que vivían en un

mundo de juegos de rol tan complejo y envolvente que era como si estuvieran en otro planeta.

Subí el volumen de los auriculares y miré por la ventana hacia las colinas bañadas por el sol que se extendían más allá de la carretera, su suavidad marronosa era como los lomos arqueados de gigantescos felinos dormidos. Skrillex me llenaba los oídos: canciones zombis, ansiosas y nada románticas. El sol caía con tanta fuerza a las 7:35 que la ventana cubierta de manchas de dedos quemaba al tacto. La toqué de todas formas; quería sentir el dolor.

Dos semanas más de instituto y un verano de soledad antes de poder dejar atrás este lugar. En otoño iría a la Universidad de Miami, que a cualquiera le sonaría a playas y voleibol, pero en realidad era una universidad en Oxford, Ohio, donde vivía mi tía Debbie. De entre todas las universidades a las que mandé la solicitud, Miami era la que me ofrecía la mejor opción para financiarla. Mi madre sintió un gran alivio cuando acepté vivir en la habitación para alquilar de Debbie, después de que la universidad me ofreciera veinte horas de trabajo semanales, además de no cobrarme la matrícula.

—¡Tu futuro está decidido! —declaró.

Añoraba tanto unas vacaciones de aquello en lo que mi vida se había convertido que, para mí, ese Miami bien podría haber estado en Florida. Ohio parecía estar lo suficientemente lejos como para permitirme transformarme en una persona nueva. No más fantasmas de amigas pasadas. No más tardes sudorosas pegada a un chico que solo iba a decepcionarme. La habitación alquilada de Debbie tenía vistas a un deshuesadero y un supermercado, y, a lo lejos, a una franja plateada de río. Ahí estaría solo yo, con mis uñas mordidas y mis sueños solitarios.

Tal vez esa era la lección, que solo puedes sobrellevar la vida en soledad.

La noche anterior había demostrado que soy capaz de hacer daño a la gente que quiero. Me estremecí mientras buscaba todavía detalles que se negaban a aparecer. Lo que sea que hubiera dicho fue malo. Tan malo como para pasar toda la noche disculpándome y que Rain siguiera sin responder. Releí mis mensajes.

1:41 : Perdón. No lo dije en serio.

2:04 : Por favor contesta y dime que estás bien.

2:47 : Dime que me odias. Dime que no me vas a perdonar. Pero dime algo.
5:20 : ¿De verdad vas a dar por perdida esta amistad? ¿No tengo derecho a enfadarme, por lo menos una sola vez?

Yo siempre fui la honesta, la imperturbable, la que medía sus palabras con mucho cuidado, la que pensaba antes de hablar. O solía serlo. Ese año horrible me había cambiado tanto que había días en los que ni siquiera me reconocía a mí misma. Lo intenté otra vez:

Aquí sigo. ¿Hola?

Miré la pantalla en busca de los tres puntos que indicaran que Rain por lo menos recibía mis mensajes, aunque se negara a responder. No aparecieron.

Cuando el autobús se detuvo al fin en el aparcamiento del instituto Valley Sands, me obligué a levantarme sobre unas piernas temblorosas. No me tomé la molestia de asomarme por la ventana cuando aparcamos, así que, cuando arrastré los pies por la escalera y vi a cientos de personas amontonadas frente a la entrada del instituto, la imagen me dejó sin aliento. En el desierto, la gente no suele pasar tiempo afuera a partir de marzo o abril. Pero ese día, a pesar de que estábamos a treinta y cinco grados, casi todo el instituto estaba frente al edificio. Había un silencio extraño, todo el mundo miraba sus teléfonos y cuchicheaba en voz baja y sombría. Varios chicos lloraban.

El agrio nerviosismo burbujeó en mi estómago hasta convertirse en náusea.

Algo malo había ocurrido.

Volví a sacar el teléfono del bolsillo y me quedé mirando la pantalla en blanco. Un viejo reflejo que yo tenía de cuando no dejaba de vibrar con los cientos de mensajes de Rain que recibía al día. Nadie me había escrito para darme las noticias. Pero, siendo sincera, ¿quién lo iba a hacer?

Escuché la palabra «ella» y la palabra «incendio» una y otra vez mientras me abría paso entre el calor y los aromas de los cuerpos estudiantiles apiñados —los desodorantes frutales, las lociones baratas, el hedor del equipo deportivo, el maquillaje y los calcetines y el champú del pelo, y las bocanadas de vapor de nicotina aromatizado —, hasta que sentí como si lo tuviera en la boca, un sabor indeleble

del que jamás me podría deshacer. Un dolor me atacó la garganta, echaba de menos a Rain. Aunque no me hablara, quería que estuviera ahí. Rain sabría qué hacer, cómo lidiar con las cosas. Siempre lo sabía.

Avancé a empujones hasta el centro del patio, donde la muchedumbre le había abierto un espacio a Charlotte Yu, una chica de tercer curso que estaba en mi clase de Español Avanzado y que lloraba frente al micrófono sostenido por una periodista de 4 Noticias. A un par de metros, un cámara las grababa a ambas.

—No puedo. Es horrible. No puedo creer lo horrible que es —balbuceaba Charlotte, una y otra vez, sin parar.

Me esforcé por escuchar y recordé el año anterior, cuando a Jordy Stewart lo atropelló un camión de paquetería mientras andaba en su monopatín detrás del Rite Aid. Recordé que aquello no tuvo sentido, que todos supimos que podría haber sido nuestro propio hermano, nuestra mejor amiga, nosotros mismos. Pudo haber sido cualquiera.

—Brie Walsh era la persona más buena del mundo —dijo Charlotte.

Dejé de respirar.

«¿Brie Walsh era?»

«¿Brie Walsh era?»

Seguramente había oído mal. El subconsciente me jugaba una mala pasada. Porque sí le había deseado cosas malas. Hacía apenas unas cuantas horas.

—Cuéntame más sobre Brianna Walsh —dijo la periodista—. ¿Cómo era?

Parpadeé con fuerza. Cuando volví a abrir los ojos, todo estaba teñido de un gris hospitalario, como si alguien hubiera cerrado una cortina en el cielo.

«Aterradora —era lo que Charlotte no diría—. Nos tenía agarrados del pescuezo y era despiadada.»

—Era guapa e inteligente y todos... o sea, todos la admirábamos. Era muy buena. O sea, muy buena persona. Era presidenta del consejo estudiantil, corría en el equipo de atletismo, tenía buenas notas...

Por lo general, ese tipo de alabanzas me hacían reír, pero esta vez sentí que el color me desaparecía del rostro. Brie me lo había quitado todo: a mi mejor amiga, a mi novio, la cordura, la alegría. Había pasado muy buena parte del año deseando que desapareciera de

alguna forma. Pero jamás le desearía la muerte. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Lo hice?

«Se merecen el uno al otro.»

Sacudí la cabeza en un intento inútil por borrar el recuerdo. Lo último que le había dicho la noche anterior —lo último que recordaba haber dicho— no podía ser lo último que le diría jamás. La vida no funcionaba así. En la vida real, Brie era la ganadora y yo la perdedora. Me lo había dejado muy claro. Y los ganadores nunca morían en circunstancias trágicas.

Aún frente a la cámara, Charlotte se había quebrado y se tapaba la cara con las manos.

—No puedo creer que esto esté pasando.

Giré formando un pequeño círculo, consciente de todos, de los cientos de estudiantes que estábamos parados en el hervidero del patio del instituto pensando únicamente en Brie Walsh. Parecía imposible que ella no fuera parte de esto. Siempre estaba en el centro de todo, a la cabeza de la maratón que era el bachillerato, una paradoja popular: fiel asistente a la iglesia y también bebía hasta perder la razón; virgen autoproclamada que, alrededor de los trece años, dejó de ser una varilla llena de inseguridades para convertirse en alguien a quien la gente idolatraba, temía o las dos cosas. Era un poderoso vórtice de ojos azules, músculos tonificados por el atletismo, una nube de fragancia de vainilla, deportivas Stan Smith blancas que combinaban con sus dientes blanqueados, una risa que te señalaba y se burlaba de ti por la razón que fuera, era una ametralladora y rezabas por que no pusiera su mira láser sobre ti… o al menos no por mucho tiempo.

Se habría muerto otra vez de haber sabido que se estaba perdiendo esto.

Desesperada por conseguir más información, retrocedí entre la multitud hasta que vi a Anya Patel sentada sola en un banco, con la mirada fija hacia el frente, los ojos perdidos y manchados con delineador seco, y sus dedos retorciendo el collar con una placa de identificación que usaba siempre. Aún tenía pegadas a las mejillas un par de lentejuelas de la fiesta de la noche anterior, y su flequillo púrpura se encrespaba en todas direcciones. Se la veía tan devastada como yo me sentía.

—¿Qué pasa? —El plástico del asiento del banco me quemó los

muslos cuando me senté a su lado—. ¿Qué le ha pasado a Brie?

Anya me miró como la gente mira a sus padres cuando acaban de decir algo completamente inapropiado. Llevaba el mismo tiempo que los demás siendo parte del círculo cercano de Brie, pero había empezado a ser más amable conmigo en el último par de meses que el resto de su grupo.

—¿No te has enterado? —Inhaló profundo, miró hacia el cielo y de vuelta hacia mí. Contuve la respiración, aterrada de saber lo que estaba por decirme—. Hubo un incendio en la casa de Brie anoche. Su padre estaba fuera de la ciudad, supongo. Pero... —Me miró a los ojos y me cogió de la mano. La sangre se me heló y de pronto supe que no soportaría que lo dijera. «Déjalo», quería decirle. «No me lo digas»—. Brie no consiguió salir.

Me miré la mano, sobre la de ella. Había comenzado a temblarme.

—¿Estás segura? —pregunté, aunque sabía que lo estaba. Tanta gente no puede llorar por un error.

Anya asintió.

—Es horrible. No... no me cabe en la cabeza que sea cierto.

Me acerqué para abrazarla y mascullé: «Lo siento mucho», y luego, sin pensarlo dos veces, me puse de pie y comencé a avanzar a empujones entre la gente.

Mientras pasaba en medio del gentío, la cabeza se me llenó de imágenes de Brie, la niña de vestidos almidonados y una maraña de pelo rubio casi blanco que caminaba con solemnidad hacia el coche de su padre, o que le trenzaba la crin a su poni de plástico con expresión seria. Sus ojos azules siempre contenían una especie de vacío. Luego, la Brie grande, la ricachona insoportable con la casa elegante, el pelo con reflejos de color bronce, las blusas inmaculadas, la Brie que bebía latas de vodka hasta que cobraba vida, cuando aquella mirada vacía se convertía en algo tan poderoso, magnético y cruel que podía arrollarte si no tenías cuidado... o podías perder a tu mejor amiga cuando te arrastraba la marea.

«Rain.» Las ideas me corrían desbocadas por la cabeza. Debía estar fuera de sí. Arqueé el cuello y comencé a buscarla, pero me di cuenta de que no había forma de que estuviera ahí. Rain faltaba al instituto si tenía una uña enterrada. De ninguna manera iría al instituto y dejaría que la gente la viera llorar. No soportaría que

hablaran a sus espaldas, no podría tolerar la lástima.

Volví a escribirle, esta vez de forma frenética. Las manos me temblaban tanto que estuve a punto de tirar el teléfono.

Me acabo de enterar. Lo siento mucho.
¿Estás con alguien? No deberías estar sola.

Hice una pausa y revisé si estaba leyendo mis mensajes, pero no vi señales de que así fuera. Escribí de nuevo:

Por favor, dime dónde estás. Yo voy adonde sea.
Olvida lo de anoche. Nada de eso importa ahora.

La primera campana de la mañana sonó con su habitual chirrido. Habría una reunión, como cuando murió Jordy. Terapeutas especialistas en duelo, vestidas con faldas campesinas y enormes identificaciones, ostentando expresiones sombrías, paradas detrás de la directora Stokes mientras esta nos daba un discurso.

Me di la vuelta mientras las oleadas de cuerpos pasaban a mi lado y los estudiantes se filtraban hacia el edificio mucho más silenciosos que de costumbre. Unos cuantos chicos de tercero y cuarto, que también fueron conmigo a primaria, asentían al verme, al recordar, quizá, que alguna vez fui amiga cercana de Brie. Candice Lombardi, que había sido bastante simpática conmigo la noche anterior durante la fiesta de su hermanastro, se separó del grupo de chicas con el que caminaba y vino directa hacia mí con los ojos y la nariz enrojecidos. Me sonrió de una forma que me pareció compasiva, me tocó el hombro al pasar y se detuvo solo un instante para susurrarme al oído:

—¿Ya estás contenta?

Se le ensanchó la nariz, y la sonrisa se le retorció hasta convertirse en otra cosa, antes de acelerar el paso y dejarme atrás, cayéndome a pedazos allí mismo, frente al instituto. Sus palabras rebotaron en mi cabeza como una bola de *pinball*: «Ya estás contenta, ya estás contenta, ya estás contenta». Me abrí paso a empujones entre las hordas de alumnos para ir hacia las fauces del instituto, el edificio chato y *beige* que parecía un cuartel militar y no ofrecía refugio alguno. Me metí las manos en los bolsillos y las cerré con fuerza para

que dejaran de temblarme. Un zumbido en mi cabeza se intensificaba cada vez más: como cigarras, como sopladoras de hojas, como taladros.

Me dejé caer en el pupitre de la primera clase justo cuando sonó la última campana. Sin necesidad de girarme supe que, tres filas más allá, el pupitre de Chase estaba vacío, otra herida llena de sal. Mientras la profesora Centowicz nos daba un torpe discurso de consuelo, me hice polvo otra vez, nadie para nadie. Mantuve la mirada fija toda esa primera hora, intentando no pensar, deseando, como siempre, que las cosas fueran como solían ser.

Deseando, como siempre, que Rain estuviera conmigo.

2

Después de una reunión de dos horas en las que las terapeutas sonreían nerviosamente detrás de la directora Stokes, y ella nos animaba a «sacarlo todo, porque estamos aquí para escucharos, esta es una terrible tragedia y es difícil para cualquiera comprender cómo algo así puede ocurrirle a la gente buena, a nuestra propia Brianna Walsh, que era una luz tan hermosa en nuestra localidad»; el resto del día transcurrió detrás de una cortina gris de horror e incredulidad. Me asediaban las imágenes de los pulmones de Brie llenándose de humo, visiones de ella intentando llegar a la puerta, cogiendo el pomo, la incertidumbre de si las llamas le besaron la piel.

Cada media hora, le enviaba otro mensaje a Rain sin recibir respuesta.

Pasé el almuerzo y mi hora libre en la clase de cerámica, donde había empezado a ir desde que las cosas con Chase terminaron. Me senté en una mesa al fondo de la clase, con una rebanada de *pizza* de la cafetería frente a mí que se enfriaba sin que la tocara, mientras miraba hacia la nada e intentaba conjurar una respuesta de Rain. Unos cuantos inadaptados más estaban esparcidos por las mesas, haciéndonos mutuamente el favor de fingir que los demás no estaban ahí.

Después de un rato, el profesor Day, el anciano maestro de cerámica, se acercó.

—Vaya cosa —dijo. Luego abrió sus manos de tortuga para revelar una vasija que había barnizado unas semanas atrás y de la que me había olvidado—. Cuídala, llévala a casa y ponla en una estantería. —La colocó sobre mi mano abierta, donde cabía a la perfección—. No mejorará nada, pero tendrás algo en lo que centrarte.

Cuando el autobús me dejó en la esquina de Mount Olive Road y la calle Clay estábamos a más de cuarenta y un grados. Atravesé el denso aire cálido frente a las demás casas prefabricadas: la vieja casa de Brie, que nunca volvió a alquilarse, marcada por el coche oxidado

afuera que apareció uno o dos años después de que ella y su padre se fueran, y la vieja casa de Rain, que estaba vacía porque su madre todavía era la arrendataria y no se había tomado la molestia de encontrar otro inquilino. Una maraña de carrillones de viento se mecía sin control en una esquina del pórtico, por encima de una hilera de macetas de plástico que contenían, hacía mucho tiempo, los restos marchitos de los crisantemos muertos.

Joan nunca pudo hacer florecer nada, pero ya no necesitaba hacerlo. En su nueva casa tenía un jardinero que se ocupaba de ello.

—No te dejan vivir con ese desastre aquí —me dijo después de que se mudaran, mientras mecía su característico Newport Light de un lado a otro con una boquilla absurda, como si no se hubiera mudado a un barrio elegante, sino a los años cuarenta—. Tocan el timbre y te recitan todas las reglas si la hierba no es del color correcto.

En mi comedor, las persianas estaban cerradas justamente para protegernos del calor. El aire acondicionado se sacudía, traqueteaba y hacía su mejor esfuerzo por mantener el espacio a veinticinco grados, que era lo más bajo a lo que mamá nos dejaba ponerlo. Araña debía de haberlo encendido. Mamá, como siempre, estaba en el trabajo, aunque, después de enterarse de la noticia, me llamó al mediodía para saber cómo estaba.

Cerré la puerta detrás de mí y aguardé a que mis ojos se ajustaran a la oscuridad. Con la cautela exagerada de quien esperaba que todo se viniera abajo y estallara en mil pedazos por razones desconocidas, puse la vasija en la estantería, justo enfrente de la pila de libros sobre la invasión alienígena del Área 51 de Gary Infartos que mamá insistía en conservar como un altar a los *hobbies* del gran hombre. Oí agua corriendo en el baño.

Me quité la mochila y me dejé caer como un bulto sobre el sofá. Un resorte suelto me picoteó el coxis, pero no me moví, estaba demasiado exhausta para acomodarme. Todo, todos nuestros muebles y la casa prefabricada con muros apenas más gruesos que el cartón, fue alguna vez de Gary, el novio de mi madre. Había muerto de un infarto hacía once años, cuando yo tenía seis y Araña ocho. Ya que nadie logró encontrar a ningún familiar suyo, nos la quedamos. Gary era bastante agradable cuando no perdía la cabeza hablando de alienígenas y círculos en las cosechas. Fue Rain quien lo bautizó Gary Infartos en una de esas largas tardes que mamá pasaba encerrada en

su cuarto, recostada —es decir, llorando—, y en las que Rain y yo hurgábamos en busca de paquetes de salsa Panchitos para echarla sobre el pan blanco y comérnoslo mientras nos horneábamos al sol sobre las sillas de plástico del jardín de hierba quemada de la casa de Rain.

Cuando el duelo de mamá terminó, comenzó a hablar de cambiar el sofá. Llevaba diez años diciéndolo. «Si alguna vez llego a tener dinero, lo primero que haré será comprarle un sofá nuevo a mamá». Pero ahora, sentir el filo del resorte en la espalda era para mí como un castigo merecido. Me puse una almohada encima y la abracé, deshidratada y vacía por todas las lágrimas que había derramado y las horas que pasé dando arcadas sobre el retrete la noche anterior.

El pestillo del baño chirrió, y unos instantes después los pesados pisotones de mi hermano retumbaron en el pasillo.

—¡Ya estoy aquí! —grité.

Él gruñó como respuesta. Me pregunté si ya sabía lo de Brie o si tendría que darle la noticia. Supuse que apenas había despertado después de volver del lugar incierto al que había huido de madrugada.

Giré sobre mí misma y me quedé mirando la mesa de centro de frente. Hasta eso me recordaba a Rain. Pasé un dedo sobre la pulpa de la madera expuesta en el borde, en la que el aglomerado se había pelado, y recordé el día que Rain grabó una palabra en cursiva con un bolígrafo: «nadir». Significa «el punto más bajo al que puede caer una persona», o «tocar fondo». Bastante apta para nuestro comedor en Termico, el segundo pueblo más descuidado de toda la región del desierto. Pasamos largo tiempo en secundaria obsesionadas con esa palabra. O al menos Rain lo estuvo. Si cerraba los ojos, casi alcanzaba a verla sentada con las piernas cruzadas frente a mí, en pantalón corto, las piernas largas y bronceadas dobladas debajo del cuerpo, picoteando la mesa con una mano, y con la otra pasando canales con el mando de forma frenética, como si fuera a encontrar algo perfecto si atacaba los botones con la fuerza necesaria.

Era la palabra perfecta para un día así, nadir. Si pudiera estar más abajo, estaría en el subsuelo.

Antes de mudarse montaña abajo, Rain prácticamente vivía aquí. El espacio seguía lleno de ella, a pesar de que hacía meses que no ponía un pie allí. Era Brie quien había muerto, pero yo sentía que lloraba por Rain.

Araña entró en la sala con una toalla alrededor de los hombros. Llevaba puestos unos pantalones cortos de básquet negros y una camiseta blanca manchada, con un estampado de hoja de marihuana. La barriga, a la que seguía sin acostumbrarme, se apretaba contra la tela.

—¿Dónde estabas esta mañana?

—Hola a ti también —contestó mi hermano—. Estaba aquí. ¿Quién crees que te trajo a casa cuando quedaste hecha un bulto?

Recordaba que me había arrastrado hasta el coche, que me gritó para que me mantuviera despierta. Sabía que me había llevado a casa. Fue después de aquello cuando desapareció.

—Te he estado buscando. No estabas en tu cuarto.

Después de una ronda de vómito, me arrastré hasta su habitación para culparlo de lo sucedido. En su cama había solo un montón de sábanas, y sobre la almohada una solitaria gorra de AL DIABLO LA POLICÍA iluminada por la luz dorada del amanecer.

—¿Ah, sí? Por lo que recuerdo, no estabas muy atenta anoche. —Sonrió como lo hacía siempre que alguien metía la pata más que él. Como si dijera: «Toma, ahora estás a mi altura»—. Seguramente no me viste.

Meneé la cabeza un poco, dudando de mi propia cordura.

—No, estoy segura de que te habría visto. Tu coche no estaba. —Me había asomado por la ventana hacia donde debía estar el Fiesta—. ¿Por qué me mientes? —Las palabras sonaron más como un comentario que como una pregunta. Araña no respondió. Había comenzado a rebuscar en la nevera; al parecer, ya había dejado atrás el asunto de su paradero. Decidí dejarlo para poner paz yo también, había algo mucho más importante que tenía que decirle—. Ar, ha pasado algo horrible.

—He visto las noticias esta mañana. —Puso una montaña de comida sobre la barra e hizo una pausa para mirarme—. ¿Estás bien?

—Pues… no. Para nada.

Los dos pasamos un minuto entero sin decir nada. Me imaginé que mi hermano estaba buscando las delicadas palabras correctas para consolarme.

—No puedo creer que la zorra haya estirado la pata —dijo al fin.

—No la llames así. —Me retorcí para librarme del resorte que me atacaba y hundí la cara en la tela del sofá. Al apretar los ojos vi la

cara con forma de corazón de Brie, su sonrisa centelleante, el hoyuelo en la mejilla derecha que Rain solía tocarle cuando éramos niñas.

—Perdón. No puedo creer que el engendro del diablo haya estirado la pata.

—Dios mío, Araña. —Un fino navajazo de dolor me partió el cráneo desde el ojo izquierdo hasta la nuca—. No es un chiste. No importa lo que pensáramos de ella. No merecía morir.

—Sí, bueno. Obvio. —Araña abrió un paquete de tortillas y puso tres huevos en un cuenco. Olisqueó un paquete de arroz de hacía una semana. En un minuto, había aceite calentándose en una sartén, vertió todo el arroz y una cantidad alarmante de salsa Cholula. Cocinar, si así se le podía llamar, era algo que había aprendido en Pine Grove, la penitenciaría estatal en el norte del estado donde había pasado los últimos diez meses antes de salir por buen comportamiento—. Pero... ¿cómo puede alguien quedarse dormido durante un incendio? —Un nudo se me formó en la garganta. Miré al techo, incapaz de procesarlo. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que volvió a casa, y Araña, a sus diecinueve años, era muy distinto del hermano que conocía cuando lo condenaron. No era del todo adulto ni maduro, pero sin duda tampoco era el bobo descontrolado con el que crecí. Se había vuelto más callado. Y era también una especie de desconocido con una vida nueva de la que yo no sabía nada, incluyendo una serie de nuevas decepciones que apenas comenzaban a salir a la superficie. En ocasiones, la amargura se colaba en sus palabras y se asomaba de imprevisto antes de ocultarse de nuevo detrás de algún chiste o una palabra apática—. Mucho menos ella —continuó—. Si algo sabemos de Brianna Walsh es que siempre miraba primero por sí misma.

—¿Qué insinúas? —Examiné a mi hermano mientras revolvía el arroz en la sartén con una cuchara de madera. Creo que nunca le había oído opinar con tanta firmeza sobre algo. Como mucho, juzgaba a uno de sus adorados Lakers o defendía al pervertido de su amigo Whit cuando mamá decía que era una mala influencia, pero nunca había expresado sus opiniones sobre mis amigas. O mis examigas. Entonces, un momento de la fiesta me vino a la cabeza, una imagen que salió de la oscuridad del abismo: Araña y Anya Patel abrazándose como si fueran grandes amigos de toda la vida—. ¿Qué hay entre esas chicas y tú? ¿En qué momento te juntaste con Brie Walsh después de

que se fuera de este barrio?

—Pues ya sabes. —Araña esbozó una sonrisa fingida, una de esas que revelan demasiados dientes y una mirada inerte. El aceite comenzó a silbar en la sartén, mi hermano golpeteó el arroz unas cuantas veces para separarlo y tiró los huevos encima—. Por ahí y por allá.

—¿Por ahí? —¿Así se hablaba en la cárcel? Me senté muy erguida en el sofá y entrecerré los ojos. Me estaba ocultando algo—. Entonces, ¿erais amigos?

—Olvídalo, ¿de acuerdo? —Su sonrisa dio lugar a una expresión penetrante e indescifrable—. Se fue. Y yo estoy procesándolo, igual que tú. Pienso en el karma. La cárcel te da un aire filosófico, ¿sabes? —Araña siguió revolviendo el arroz mientras yo pensaba en el karma —. Me pregunto cómo estará Ed —dijo de pronto. Me estremecí. No había pensado mucho en el padre de Brie. En las noticias habían dicho que estaba fuera de la ciudad cuando ocurrió todo—. Debe de estar hecho un desastre.

Asentí e intenté imaginar la culpa de saber que tu única hija había muerto en un incendio después de que la dejaras sola e indefensa, pero no pude hacerlo. Era demasiado horrible. Mis pensamientos rebotaron de nuevo hacia Rain. Debía estar siguiendo la cobertura de la noticia. Mis dedos dispararon otro mensaje en automático.

¿Dónde estás? Estoy preocupada. Dime
que estás recibiendo mis mensajes.

Miré la pantalla, pero, por supuesto, no había señales de que Rain hubiera visto algo de lo que le había enviado. Absolutamente... nada.

—¿Quieres? Lo llamo «resaca sorpresa». —Mi hermano me enseñó la sartén para que viera la resplandeciente pasta anaranjada que había creado—. Seguro que te caería bien.

Un poco del aroma especiado flotó hasta donde estaba, y sentí que se me retorcía el estómago.

—No, gracias.

Una vez que Araña sirvió su comida en un plato, me obligué a levantarme del sofá. Atravesé el pasillo y me detuve frente a la puerta de mi habitación, donde había montañas de ropa por todas partes y mi escritorio era una pila revuelta de libros y papeles.

Inhalé dos veces profundamente y exhalé cuatro más, como sugería mi aplicación para la ansiedad. Luego marqué el número de Rain. La llamada fue directa a su buzón de voz.

—Estás llamando a Rain Santangelo. —Esa voz tan familiar: aburrida, cínica, arenosa—. Deja un mensaje solo si de verdad es necesario.

—Hola. Soy yo. —Me detuve. No sabía muy bien cómo hacerlo. Por supuesto que sabía que era yo. ¿Cuándo fue la última vez que la llamé en vez de escribirle?—. Llámame, ¿vale? En cuanto puedas. No… no te cierres. Sé que estás enfadada. Pero te lo ruego. No puedo con esto sola. Y tú tampoco. O no deberías, al menos. Bueno, adiós.

«Qué idiota soy», pensé para mis adentros. Por todo lo perdido entre mis recuerdos de la noche anterior y por no poder encontrarla.

Me apoyé en la pared del pasillo y presioné la frente sobre los paneles de madera con fuerza suficiente para dejar una marca. Necesitaba ir a verla, disculparme en persona, sufrir con ella, aunque Brie no hubiera sido mi mejor amiga… ni mi amiga siquiera. Aun así, sentía su pérdida. No podía pensar en otra cosa.

En el comedor, mi hermano eructó.

Cuando cerré la puerta de mi cuarto, su pregunta comenzó a hacer eco en mi cabeza: «… ¿cómo puede alguien quedarse dormido en un incendio?».

3

Araña no era un ejemplo de utilidad, asertividad, higiene personal ni habilidades básicas de comunicación, pero siempre había sido un conductor extraordinario. Y, estando recién salido de Pine Grove, no tenía adónde ir ni nada que hacer. Eso significaba que, por primera vez en muchos años, estaba dispuesto a pasar tiempo conmigo —deseoso, incluso.

Así que cuando le pedí que me llevara a casa de Rain porque me daba miedo ir sola, me preparé para oír el viejo refrán de mi hermano —«jódete»—, pero el nuevo Araña resultó ser muy comprensivo.

—Solo tengo que vomitar y llamar a mi agente de la condicional —dijo—. Dame un par de horas.

—¡Qué grotesco!

Hice una mueca de repulsión, pero en realidad echaba de menos tener a mi asqueroso hermano cerca porque me mantenía atada a la realidad. Si no hubieran encerrado a Araña, tal vez los últimos meses habrían sido un poco menos devastadores.

Cerca de las ocho de la noche íbamos bajando a toda velocidad por Mount Olive Road, en el Fiesta que tosía y farfullaba, de camino a casa de Rain. Por desgracia, Araña recordó que también era la ruta hacia la casa de Brie.

—Vamos a pasar un momento —sugirió—. Solo a chafardear.

Le lancé una mirada horrorizada que él no vio.

—De ninguna manera.

—Por favor —gimoteó—. Cinco minutos. ¿No quieres ver qué demonios ha pasado ahí?

Una parte retorcida de mí sí quería, pero el resto verdaderamente no, bajo ninguna circunstancia. Gruñí, ya sabía que iríamos, sin importar lo que yo dijera. Metí las rodillas debajo de mi camiseta y me hice una bola con los pies sobre el asiento. Afuera se veían las curvas de la carretera teñidas por el atardecer, los matorrales que pasaban como un borrón bajo la luz rosada. Cada par de minutos, un

enorme escarabajo o una polilla se estrellaba en el parabrisas y sus entrañas se esparcían, obscenas y negras, como sangre envenenada.

—Quemada viva. —Araña se pasó una mano por la escasa barba que le salía en la mandíbula—. Tiene que ser la peor manera de morir.

—No, por favor. —Me hice a la idea de que alcanzaba a oler el incendio desde la montaña, aunque sabía que era imposible—. No puedo.

Araña meneó la cabeza.

—Sé valiente. Te vendría bien verlo. Como para... —Buscó las palabras correctas—. Para cerrarlo definitivamente.

—Está bien, Ar. —¿De qué servía discutir con él si me iba a llevar de todas formas?

Mientras más nos acercábamos, más pensaba en Brie. Fragmentos difusos de recuerdos comenzaron a asomarse entre las ruinas enredadas de la noche anterior. Las horribles palabras que nos escupimos, lo que se había acumulado desde que nuestra amistad se terminó hacía incontables años.

«¿Así tratas a tu mejor amiga?», se había burlado Brie. No recordaba a qué se estaba refiriendo, solo sabía que había hecho daño a Rain y que Brie saltó a defenderla. «Desde que éramos niñas fuiste una bruja criticona.» El aplomo con el que lo dijo me ardió como una bofetada: con qué facilidad era capaz de soltar palabras tan cargadas de odio, cómo parecía tan segura de que fueran ciertas.

Araña subió el volumen de la radio cuando entramos al valle. A ambos lados, la carretera estaba flanqueada por casas *beige* y color durazno, con techos de terracota y arbustos podados al extraño estilo de los años sesenta.

Intenté visualizar el incendio. La gigantesca habitación de Brie en el piso de arriba con su propio baño. Su cama en el centro del cuarto. Sus sábanas color púrpura real, las almohadas doradas. Las series de luces colgadas alrededor de la cama. Los sillones orejones morados, el tapete de lana. ¿Percibió el olor del humo? ¿Intentó correr y simplemente no logró bajar la escalera? ¿Estaba demasiado incapacitada para siquiera intentarlo?

—¿Crees que intentó salir y pasó algo? ¿El techo se derrumbó o algo así?

—Algo por el estilo. —Araña asintió—. Obra divina y ese tipo de cosas.

Araña giró en una calle conocida. No le pregunté cómo sabía el camino a la casa de Brie. No estaba segura de querer saberlo.

—A la izquierda —gruñí, aunque mi hermano parecía ya saberlo. Solo había una patrulla estacionada al final del largo callejón de la casa de Brie. Todas las casas de la urbanización tenían tejados de azulejo y estaban pintadas en uno de los tres tonos de *beige*.

Pensé en la última vez que estuve ahí, en lo humillante que fue. En la sonrisita burlona de Brie cuando me descubrió husmeando donde yo no era bien recibida, en su fascinación al verme mortificada cuando Chase apareció y lo empeoró todo mil veces. El recuerdo era muy vívido aún, después de todo. «Vuelve a Termico», me dijo esa noche. Sabía a la perfección lo mucho que me dolerían esas palabras, era lo que la gente nos solía decir a las tres.

El olor a fuego llenó el coche. Humo, plástico quemado y un aroma dulce debajo. «¿Carne quemada?» Me estremecí al pensarlo e intenté no respirar.

Araña apretó la mandíbula cuando nos detuvimos frente a la casa. Había dos patrullas más aparcadas enfrente, una de las cuales bloqueaba el paso hacia el garaje. El césped estaba moteado por las quemaduras, como si alguien hubiera pintado rayas negras en forma de tejas. Una cinta amarilla recorría toda la parte delantera del jardín.

Solo una parte de la casa estaba intacta. Las paredes se desprendían de ella, derretidas, calcinadas y negras, con vidrio fundido donde alguna vez hubo una ventana y trozos de la falsa pared de yeso desperdigados por doquier. El techo, apestoso y negro, parecía bostezar o permanecer en un grito permanente.

Dos policías con uniformes azules hablaban frente al garaje con una mujer de mediana edad vestida con ropa deportiva. La mujer gesticulaba con una mano y cargaba a su perro, un pomerania, con la otra.

—No —dijo Araña. Dio un volantazo, y el coche giró en «U»—. Vamos a la parte de atrás.

Araña odiaba a los policías desde siempre. Y no lo culpaba. Yo también los odiaría si me gustara saltarme la ley. Y debía tener más cuidado que nunca ahora que tenía antecedentes penales.

Asentí en contra de mi voluntad, atraída por la casa. Después de haber presenciado el monstruoso desastre, no estaba lista para mirar a otro lado.

—Vuelve a subir por la colina y da la vuelta hacia el siguiente callejón. Hay una puerta en la valla de atrás, después de la piscina. —O lo que quedara de dicha piscina.

Minutos después, mi hermano dio una serie de vueltas entre las calles adyacentes con nombres rimbombantes, como vía de las Acacias o paseo de los Rododendros. Nos detuvimos en un cañón donde los arbustos estaban blancos por la ceniza que había llegado volando desde la casa. Al otro lado de la calle estaba la valla que rodeaba el jardín trasero de Brie, el cual daba a una pendiente en ascenso que nos permitía ver los restos de la tragedia. Nos quedamos mirando la casa un minuto, boquiabiertos.

—Bien —dijo Araña—. Hemos venido y ya lo hemos visto. Y sin duda esto está jodido.

—Dame cinco minutos —contesté, para mi sorpresa—. Quiero acercarme.

Me convencí de que tenía que saber lo que había ocurrido en esa casa, por el bien de Rain, para que cuando se lo dijera pudiera comenzar a sanar. En realidad, una parte de mí no quería irse sin entender cómo había pasado Brie sus últimos momentos. La gravedad de los daños no terminaba de cuadrar, pero no entendía bien por qué. ¿Cómo era posible que una casa ordinaria en una calle ordinaria hubiera perdido el techo y la mitad de sus muros antes de que aparecieran los bomberos? ¿Por qué Brie no consiguió salir a tiempo?

—Está bien, Inspector Gadget —contestó Araña con las cejas arqueadas, como si no me creyera capaz de hacerlo—. No tardes mucho. Y que no te vean los polis.

La puerta se abrió con facilidad. En el jardín, el hedor del fuego y el plástico quemado, sumado al horrendo aroma dulce, bastaba para ahogarse. Me tapé la nariz con el cuello de la camiseta y atravesé el umbral de la propiedad, atraída por las fauces humeantes, o quizá por la muerte misma. El agua de la piscina estaba negra, con la superficie recubierta de puñados de carbón. Cenizas que parecían ralladura de naranja flotaban por los aires y se disolvían hasta formar charcos fangosos en el césped. Intentando contener las arcadas a medida que el olor se hacía más intenso, fui avanzando entre los charcos.

Me acerqué a la casa y me atreví a subir la escalera que llevaba a la terraza, que seguía milagrosamente sobre sus vigas, y me quedé delante de donde alguna vez había habido una puerta corrediza de

cristal que llevaba a la cocina. Ahora estaba tirada en el piso de la terraza, retorcida, estampada, pero aún sujeta por una especie de recubrimiento. La cinta amarilla de la policía cruzaba el espacio donde solía estar la puerta.

Al asomarme a la cocina, alcancé a ver las entrañas oscurecidas de la casa bañadas en ceniza, carbonizadas y empapadas. Irreconocibles. Un montón de metal derretido, un microondas, quizá, flotaba en lo que quedaba de la cocina. El refrigerador y el horno estaban abollados, sucios y húmedos, relativamente ilesos en comparación con lo demás. Más allá de la cocina, el sofá estaba calcinado hasta las planchas de madera, de las cuales se asomaban esquirlas de metal y resortes negros. Donde alguna vez estuvieron las paredes, salían varillas en todas direcciones. Los huesos de la casa estaban expuestos, todo desprendía los fétidos aromas del incendio y la inundación. Era como si una bomba hubiera estallado, como si la casa misma hubiese sido la bomba.

Me quedé ahí parada, impertérrita, intentando comprenderlo. «¿Cómo explota una casa?»

Pensé en Ed, siempre tan ordenado, porque había sido militar. Su rostro enrojecido, la cabeza afeitada, nada fuera de lugar, salvo por las cicatrices de una varicela antigua. Todo en su anterior casa en Termico estaba bajo un estricto control: las dobleces estilo militar en la cama de Brie, ni un solo plato rezagado en el fregadero después de comer. Ed planchaba y almidonaba sus trapos de cocina y los colgaba de la manija del horno como si fueran banderas.

Imaginé a Brie en su gigantesca habitación del piso de arriba, encendiendo una de esas velas aromáticas que le gustaban. Habría bastado con que una de ellas quemara algo más. La habitación llena de humo, Brie casi inconsciente después de la fiesta, la larga cabellera extendida sobre la almohada, una cortina en llamas.

Estiré la mano para tocar el borde de la cinta de la policía, que era lo único que me separaba del interior de la casa. Y pasé por debajo de ella.

Adentro, unas bolsas transparentes marcadas con rotulador negro y que contenían objetos quemados estaban pegadas a la única pared que había quedado intacta. Pruebas. En los fogones había una sola olla encima, volcada sobre la vitrocerámica. Una nota adhesiva amarilla junto a las bolsas las identificaba con letras y números. Un coágulo de

salsa derramada se arremolinaba junto a la olla, reconocí de inmediato la textura del kétchup con espagueti. A Brie le encantaba cuando éramos niñas. Detrás de los fogones, intacto de milagro, había un guante tejido para horno con el nombre Walsh bordado en el centro. Sobre la isla de la cocina, rodeada de un charco de agua enturbiada, había una botella de Kahlúa casi vacía y dos vasos, como si alguien hubiera creado un retablo de normalidad dentro de la casa destruida. Uno de los vasos tenía lápiz labial en el borde. Todo estaba marcado con notas adhesivas amarillas. Me quedé ahí parada, hipnotizada por los vasos, hasta que me obligué a seguir adelante, arrastrada por la necesidad morbosa de ver un poco más.

En la sala, uno de los muros se había desprendido por completo. Un portarretratos, partido en pedazos quemados, estaba esparcido por toda la alfombra empapada. La pantalla plana que alguna vez estuvo sobre la pared ahora estaba a medio derretir, hecha añicos y colgando del cable sobre un charco. Seguí mi camino hacia la escalera e intenté ignorar la forma en que mis sandalias se hundían en la alfombra, el fango que se me metía entre los dedos. Aquel aroma dulce —¿carne quemada?, ¿pelo chamuscado?— me llenaba la boca y la nariz, aunque la camiseta me cubría la mitad de la cara. Estuve a punto de tropezarme con lo que quedaba de la mesa de centro. Encima de ella había una carpeta que sabía que eran los apuntes de Brie para Cálculo Avanzado, rosa con un forro transparente. Adentro había una sola fotografía: Brie y su séquito, todas con cara de pato y un vaso rojo en la mano. Anya en un lado, muerta de risa. Deirdre tenía los ojos cerrados, pero por alguna razón Brie decidió que valía la pena imprimirla. Esas eran las chicas a las que Rain odió alguna vez con rabia, con mucha más rabia de la que yo tuve, hasta que todo cambió. La foto debieron hacerla en una de las fiestas a las que jamás me habrían invitado, hasta que eso cambió también. Otra bolsa de pruebas con una nota adhesiva adentro estaba pegada en la carpeta.

Subí muy despacio por la escalera, el olor se hizo más intenso cuando llegué al pasillo del segundo piso y comencé a subir la siguiente escalera hacia la habitación de Brie, en el ático. Lo que quedaba del marco ennegrecido de la puerta estaba atravesado por una cinta amarilla que anunciaba: escena del crimen. «No deberías estar aquí», me decía la cinta. Y, sin embargo, no lograba forzarme a salir de ahí.

Me acerqué más, intentando no tocar la cinta. Dos tercios de la habitación no tenían techo. Fue allí donde la casa se abrió hacia el cielo. Un cuervo pasó volando sobre mi cabeza. La habitación era una pesadilla de carbón, telarañas de cristal roto que resplandecían por todas partes, pedazos de plástico y metal derretidos donde alguna vez hubo muebles. En una esquina, el escritorio de Brie estaba doblado sobre sí mismo, retorcido y deforme. Una pizarra que estaba encima del escritorio se había quemado por completo y había dejado solo una marca negra sobre la pared. Un portátil estaba tirado en el suelo, con la pantalla llena de ampollas y las teclas como pedazos de chicle masticado.

Pero la cama era lo peor de todo.

Era como algo salido de una película de terror. Notas adhesivas y cinta amarilla marcaban el área como prueba. Más que una cama, era un rectángulo negro de brasas encima de un marco de metal quemado. Del colchón no quedaba más que el centro, donde unos cuantos restos del relleno colgaban de la base como pequeñas bolas de algodón. ¿Aquí fue donde encontraron el cuerpo?

Temblorosa, ahogué un grito y bajé la escalera corriendo… para estrellarme contra un policía.

—¡Ay! —Di un paso hacia atrás, tambaleándome.

El policía era delgado, con un poco de acné en las mejillas y una manzana de Adán que bajaba y subía por encima del cuello almidonado de su camisa. Tenía el aire vacilante de un niño en su primer día de clases.

—Esta es la escena de un crimen. —Frunció el ceño—. Nadie tiene permitido el acceso.

—Lo… lo siento. Solo quería verlo. La conocía. —Miré la alfombra empapada debajo de mis sandalias y me pregunté si acababa de cometer un crimen.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el oficial, acercándose un poco.

—Soy… soy una amiga muy cercana de Brie —me aventuré a decir, con la esperanza de que el policía no insistiera. Fue cierto, alguna vez. La garganta se me cerró por las lágrimas y logré que un par se me resbalaran de los ojos—. No creía todo lo que oía, solo quería verlo por mí misma.

—Pues… eh… —Se asomó por la escalera hacia la cocina, como si esperara que alguien fuera a rescatarlo de la conversación—. El

cuerpo está en la morgue.

—Ah. —Nos miramos el uno al otro en silencio durante casi un minuto. Parecía que no iba a moverse de donde estaba en la escalera para dejarme pasar—. ¿Y su padre?

Visualicé a Ed lanzándole huesos de pollo a *Spanky*, el perro al que mantenía amarrado a una estaca en su jardín, aunque hiciera demasiado calor para que el animal estuviera afuera. Y cómo se le ponía morado el cuero cabelludo debajo del pelo corto cuando no le parecía bien algo que Brie estuviera haciendo.

—Está… Verás, no estoy autorizado para divulgar información sobre el caso. Estamos en una escena del crimen activa. Tienes los pies sobre una prueba. —Señaló mis pies manchados por la ceniza. Asentí y le miré el pecho. Justo debajo de la placa, alcancé a ver su nombre: J. Duff—. Tienes que irte.

—Sí, claro. Lo siento.

Dejé que me guiara por la escalera hasta la puerta principal.

Frente al garaje, la mujer con el pomerania había desaparecido y el aire de la noche estaba denso y rancio, como si el diablo mismo acabara de toser. Un mareo me atacó al pasar por el punto en el que Brie estuvo parada la noche en la que discutimos. Mientras me alejaba a tropezones, me imaginé siendo Brie, en la cama, con las llamas acariciándome el pelo, quemándome las pestañas, los brazos, ampollándome las pantorrillas, los pulmones llenándose de un humo inexorable… el pánico era tan visceral que por un segundo sentí como si me sofocara de verdad.

Aspiré enormes bocanadas de aire para recordarme que estaba ahí, viva, afuera, y que no me había ocurrido a mí. Pensé en las cosas horribles que debía de haberle dicho en la fiesta y me pregunté si Brie dejó este mundo con mis palabras retumbándole en la cabeza.

No me di la vuelta hasta que llegué al final de la calle, tras pasar frente a otras ocho o nueve casas con sus impecables jardines de grava y cactus. Justo antes de dar la vuelta en la calle que me llevaría adonde estaba Araña, me atreví a mirar la casa por última vez, y mis ojos se dirigieron justo adonde Brie dio sus últimos suspiros, hacia las esquirlas de cristal que brillaban donde antes estuvieron las ventanas.

Y abajo, en el garaje, J. Duff estaba inmóvil, observándome.

4

—Ese olor —dijo Araña cuando cerré la puerta del coche— se te ha pegado y es malísimo.

—He visto su cama —dije—. Estaba toda...

No conseguí pronunciar las palabras, pero no importaba. Sin que se lo dijera, Araña parecía entender que era horrible.

—¿Alguien te ha visto?

—Un policía. Joven. No le he dicho cómo me llamaba.

Araña gruñó en señal de desaprobación y apretó el volante.

Mientras avanzábamos, me quedé mirando un punto fijo por delante del coche, donde los faros se perdían en el agujero negro de la noche. En el borde de la carretera, una liebre se movió entre los arbustos grisáceos con la cola temblorosa, en los ojos un resplandor plateado.

—¿La cocina estaba tan quemada como la parte de arriba?

Abrí la boca para decir que claro que sí, pero habría mentido. A la cocina, según lo que había visto, le fue mucho mejor que a los pisos de arriba.

—No. Arriba estaba la peor parte.

—Qué extraño. —Araña me miró un instante y luego volvió a poner los ojos en la carretera—. Los incendios suelen comenzar en la cocina. —Diez minutos después, tras guiar a Araña hasta la vía Amatista, bajamos despacio junto a los arbustos de ligustro y los enormes portones de hierro que rodeaban las gigantescas propiedades, algunas construidas al estilo misión, y otras enormes y modernas que parecían cubos de hormigón y cristal—. Qué bonito el barrio que encontraron —dijo Araña por lo bajo mientras miraba las mansiones. La zona estaba unos cuantos escalones por encima de la de Brie, o quizá más que unos cuantos.

—Sí —dije, con el recuerdo de haber sentido el mismo asombro que mi hermano—. La suya es la siguiente a la derecha.

—Vaya. —Araña metió el Fiesta en la calzada y arqueó el cuello

para poder verla entera—. ¿En serio?

Asentí. La casa de Joan y Rain estaba tan imponente como siempre. El rectángulo de cristal estaba en una esquina, frío como una tumba, con persianas verticales que chocaban unas contra otras como cubos de hielo. La recibieron amueblada, todo combinado e impecable, como si la casa se hubiera congelado en 1961, con todos los sillones bajos y las lámparas orbitales que a la gente del desierto le encantaban. Todo era de estilo Mid Century, según me informó Joan en repetidas ocasiones, salvo por la cocina nuevecita y reluciente en tonos blancos y los baños, que tenían unas confusas llaves futuristas y retretes japoneses que, como le gustaba presumir a Joan, «consiguen que ni la caca huela».

Me imaginé a Rain en su baño, apoyada en la pica y con la mirada levantada hacia el tragaluz, sin que el círculo de luz nocturna color índigo le devolviera respuestas.

Araña dejó el coche sobre la calzada, con el motor y el aire acondicionado encendidos.

—No quieres que vaya contigo, ¿o sí?

Negué con la cabeza.

—Puede que no esté nada bien. No tardaré.

La enorme puerta de las Santangelo era tan alta y ancha que me hacía sentir como Alicia después de encogerse en el País de las Maravillas. Los nervios me burbujearon en el estómago después de tocar el timbre. ¿Cómo estaría Rain? ¿Necesitaría silencio y un abrazo? Sin importar lo que me recibiera en el otro lado de la puerta, sabía que ella necesitaría una amiga. No importaba lo horrible que hubiera sido nuestra discusión, el dolor era más grande que cualquiera de esas cosas.

Esperé un largo rato sobre la alfombrilla después de picar. Por fin, justo cuando comenzaba a considerar volver al coche, la puerta se abrió. Era Joan, con su kimono de seda, grullas azulinas sobre un fondo negro. Tenía el pelo rojo revuelto y despeinado, y parecía no haber dormido. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. De inmediato me dio un abrazo fuerte. Inhalé su aroma a cigarrillos y Trésor, y dejé que mis lágrimas fluyeran con las suyas. Su delgada espalda se estremecía mientras lloraba.

—Esa pobre niña —dijo Joan—. Es un horror, Sydney. Sigo sin poder creerlo.

—Lo sé —susurré. Se me acababa de ocurrir que Rain no sería la única que estaría llorando a Brie. Joan también debió haber pasado bastante tiempo con ella en las últimas fechas. Y, claro, todos esos años de nuestra infancia.

Nos abrazamos un largo tiempo. Al fin, Joan inhaló, profundo y entrecortado, y me llevó hacia dentro de la casa.

—¿Cómo está Rainey? No la he visto.

—No... Pensaba que estaría aquí. He venido a verla —expliqué mientras cerraba la puerta.

Joan me examinó el rostro, con los ojos bien abiertos.

—No responde a mis llamadas. Tenía la esperanza de que estuviera contigo. —La voz se le había encogido. Apretó los labios y cerró los ojos con fuerza.

Meneé la cabeza, sin saber qué decir.

—Le he estado escribiendo, pero... Nos peleamos anoche y no ha respondido.

Joan me cogió de la mano.

—Ya somos dos —contestó.

Sentí un peso encima del pecho.

—Nos... nos peleamos el otro día. Una tontería. Solo un malentendido por el dinero. —La mirada de Joan se movió por todo el comedor sin posarse en nada. Me fijé en los pañuelos estrujados entre los vasos de agua medio vacíos sobre la mesa de centro. Por lo general, esa parte de la casa estaba impecable, pero ahora no era así —. Estábamos cada una en su mundo, enfriándonos, y supuse que había ido al instituto.

No quise contribuir a la preocupación de Joan diciéndole que Rain no había ido al instituto.

—Pero cuando por fin entré a su habitación —continuó Joan, mientras dejaba un montón de cartas sobre el mueble—, parecía que no había dormido en su cama. La he estado llamando, pero ya sabes cómo es Rainey. Más terca que un gato en un árbol.

Joan soltó una risa nerviosa, yo sentí un vuelco en el estómago.

—Supongo que volverá cuando esté lista —dije.

—Voy a hablar con mi hermana —dijo Joan, un tanto dubitativa —. Tal vez ha estado con ella.

—Estoy segura de que todo está bien —dije—. Está en un lugar seguro. Quizá se ha ido a un hotel.

—¿Tú crees? ¿Estará pidiendo servicio de habitaciones mientras nosotras nos preocupamos por ella? —Joan sonrió, esperanzada.

Asentí, quería que fuera cierto.

—¿Podrías avisarme si sabes algo de ella? —Joan me apretó ambas manos, como para decirme que estábamos juntas en esto.

—Claro. ¿Y tú a mí?

Joan inhaló profundo y exhaló despacio.

—Solo espero que no esté haciendo alguna estupidez.

El silencio colgaba entre nosotras, las posibilidades eran infinitas. Le di un último abrazo.

—Te diré algo pronto. Mi hermano está afuera, esperándome.

De pronto sentí la urgencia de alejarme de allí, de Joan, quien solo quería que la convenciera de que Rain estaba bien, cuando la verdad era que la última vez que vi a Rain estaba tan enfadada que sería capaz de cualquier cosa.

Esa noche, en la cama, le escribí a Rain tres veces más. Las burbujas de los mensajes se apilaban unas sobre otras, sin respuesta.

He visto a tu madre. Está preocupada por ti.
Yo también. Fui a casa de Brie. Parecía una
película de terror. ¿Dónde estás?

Me senté en la cama y empujé las persianas para asomarme por la ventana. Casi esperaba ver a Rain allí afuera, apoyada en su coche reluciente, golpeando las piedras con sus largas piernas, inquieta como siempre, esperándome. Pero lo único que vi fue la calle Clay, vacía y llena de baches, y los cubos de basura abollados de los Esposito en la acera.

Solo dime dónde estás y te dejo en paz.

Escribí las palabras en mi teléfono, pero no las envié. En cambio, lancé el teléfono al otro lado de la habitación.

No tenía sentido enviar nada real. Ni siquiera estaba leyendo mis mensajes. Hasta donde sabía, Rain bien podría haberse deshecho de su teléfono y estar hibernando su dolor, sin necesidad de tecnología.

En la habitación de al lado, el colchón de mamá rechinaba mientras ella daba vueltas en la cama. Al final del pasillo, el televisor

de Araña retumbaba con la música de *Ley y orden: Unidad de víctimas especiales*. Me hundí más en las sábanas y me dije que Rain tendría que reaparecer en algún momento y que, cuando lo hiciera, nos volveríamos a unir y recuperaríamos todo lo que habíamos perdido. Quizá cuando saliera el sol. Tal vez, para entonces, se habría hartado de esconderse y volvería a casa.

Cuando por fin cerré los ojos para comenzar una larga noche de sueños inquietos y llenos de sudor, asediados por el tipo de pesadillas que no terminan cuando uno despierta, lo único que sabía era que Brie había muerto y que Rain no estaba.

5

A la mañana siguiente, en el instituto había una hilera de patrullas estacionada a lo largo de la zona de los autobuses. Cuando entré a mi clase, varias cabezas se volvieron para mirarme. Lucy Phillips se acercó a su novio, Aidan Sánchez, y le susurró algo al oído enrojecido.

Cuando Chase entró, después de que sonara la campana, sentí el fantasma de aquella marejada que me daba en el estómago cuando estaba cerca. Se había vuelto más débil, sin esperanza ni energía, pero aún era suficiente para notarla. Sus ojos se encontraron con los míos antes de que se sentara y le dirigí una media sonrisa recelosa. Él asintió y me sonrió también y me sentí agradecida de que estuviera ahí, incluso si las cosas seguían raras, incluso si las cosas siempre seguían siendo raras entre nosotros.

Cinco minutos después de que comenzara la clase, llamaron por el altavoz del instituto a Anya Patel, Deirdre Wilson y Candice Lombardi al laboratorio de biología. Vi a Anya ponerse de pie y meter todos sus libros otra vez en su mochila, con el ceño fruncido por la preocupación. Algunas personas comenzaron a susurrarle preguntas. Anya entrecerró los ojos.

—¿Cómo voy a saber qué pasa? —farfulló antes de salir a toda velocidad sin terminar de cerrar su mochila por completo, la cola de caballo meciéndose de un lado a otro.

—Incendio provocado —dijo Mark Fox—. Creen que fue un incendio provocado.

—He oído que el padre de Brie se volvió loco cuando la policía le interrogó ayer —dijo Lizzy Rafferty, cuya madre era abogada de oficio.

—Yo me enteré de que lanzó una silla —dijo Lucy.

—¿Es sospechoso? —preguntó Mark de forma que solo quienes estaban cerca de él lo oyeran. Brie y él salieron un par de meses durante nuestro segundo curso—. ¿O solo le acusaron de ser un imbécil?

Me enderecé en la silla. Para mí era noticia que tanta gente supiera lo suficiente de Ed como para decir cosas así.

—Escuchad, por favor, no puedo con todo esto ahora. —Min Shen estaba acurrucada en su pupitre, con la cabeza sobre sus brazos cruzados, como si no tuviera la fuerza suficiente para levantarse. Tenía bolsas en los ojos y llevaba puestos unos *leggins* y una camiseta de Stanford unas tres tallas más grande que la suya. Estaba tan mal como yo me sentía. Me la imaginé caminando por el campus de Stanford el otoño siguiente, con sus libros de anatomía y medicina bajo el brazo... todas esas palmeras, todo ese prestigio, pero nada cambiaría el pasado, nada cambiaría que su amiga hubiera muerto bajo las llamas—. Ha perdido a su hija. Dadle una oportunidad.

—No se la merece —masculló con suavidad alguien sentado detrás de mí. Me volví para ver quién había sido: Robin Rodríguez, quien, recordé, iba a la misma iglesia que Ed y Brie, cuando Brie todavía iba a la iglesia—. Es un borracho y un pervertido.

Los demás asintieron, como avergonzados por la verdad. «¿Qué has visto? —me pregunté—. ¿Qué te contó Brie?»

Robin me miró, se sonrojó y luego bajó la mirada a su cuaderno.

Diez minutos después, el altavoz sonó de nuevo, y la secretaria del instituto llamó a Min Shen y Rain Santangelo al laboratorio de biología.

Min gruñó y se deslizó por la silla mientras yo le escribía a Rain.

¿¿¿¿Dónde estás???? Te acaban de
llamar por el altavoz. Creo que la policía
ha venido al instituto para interrogar
a la gente.

Los minutos transcurrían como las pesadillas de la noche anterior: con una lentitud agónica y la sensación de que algo que no lograba identificar me acechaba. Era como si caminara por una acera hecha de pegamento mientras una figura sin rostro me perseguía, con un cuchillo resplandeciente en la mano cubierta con un guante.

Cuando sonó por fin la campana y dio por terminada la primera hora, me cogió por sorpresa.

—Oye —dijo una voz por encima de mí. Levanté la mirada y vi a Chase estudiándome con una expresión preocupada—. ¿Estás bien?

—No consigo localizar a Rain —dije, agobiada—. No volvió a

casa después de la fiesta.

—Mierda. —Chase frunció el ceño—. Eso no es bueno. —Me puse de pie, ahora mi pupitre estaba entre nosotros—. Te echo de menos —me dijo en voz baja—. Me gustó mucho que habláramos la otra noche.

Chase también había estado en la fiesta, eso lo alcanzaba a recordar. Habíamos hecho una tregua tentativa.

—¿Estás bien con… todo este horror?

Chase suspiró, y cuando abrió la boca para decir algo más, el altavoz volvió a cobrar vida.

«Sydney Green, haz el favor de venir al laboratorio de biología.»

Miré a Chase con impotencia, y con mis ojos bien abiertos.

Pero yo no era su amiga.

—Estoy seguro de que van a hablar con todo el mundo —dijo él —. Si quieres, te acompaño.

—No hace falta. —Cogí mi mochila con el corazón de pronto palpitándome a toda velocidad—. Estoy bien.

Tregua o no, Chase ya no era mi novio.

Justo afuera del laboratorio había un hombre esperando. Era enorme, sin un solo pelo en la cabeza, con pantalones de vestir grises, una camisa blanca y una corbata azul marino. Un par de gafas sin marco le pellizcaban el tabique de la nariz.

—¿Sydney Green? —Su sonrisa parca mostraba los dientes de arriba y abajo.

—Sí. —Mi voz no fue más que un chirrido.

—Soy el inspector Schiff, pero puedes llamarme Bill. —Asentí mientras me llevaba al interior del laboratorio. «No tienes nada que esconder», me dije en silencio. Era solo una formalidad, como dijo Chase. Dentro de la estancia, una mujer diminuta con un traje sastre gris estaba sentada en un banco frente al póster de disección de ranas del profesor Perry. Llevaba el pelo negro y rizado muy corto y los labios recién pintados de rojo. Bill apuntó hacia un pupitre en la primera fila y me pidió con un gesto que tomara asiento—. Y ella es la inspectora García, pero puedes llamarla Arlene.

—Hola, Sydney. —Arlene se puso de pie y me saludó con un apretón de manos firme y la cara seria en señal de compasión—. Vaya semana para todos, ¿eh?

—Sí. —Fue lo único que logré decir. El reloj en la pared apenas marcaba las 9:20, pero el día parecía haber durado una eternidad.

—Solo tenemos unas cuantas preguntas para ti. —Arlene se sentó en el pupitre que estaba al lado del mío y lo acercó para quedarse a mi lado. Bill caminó hacia la ventana y nos dio la espalda para admirar la vista del aparcamiento—. ¿Comenzamos?

—Está bien.

Puse las palmas de la mano sobre el pupitre y me miré los nudillos. El dedo índice de mi mano derecha tenía una costra de cuatro centímetros, de una herida que no recordaba haberme hecho. Me afané a esconder la mano debajo del pupitre y no pude haberme sonrojado más de lo que lo hice, preocupada de que por alguna razón mi dedo fuera algún tipo de prueba de algo que no recordaba. «Te estás volviendo loca, Sydney. Tranquilízate.» Parpadeé con fuerza para obligarme a concentrarme en Arlene y poner una cara sensata.

—¿Conocías mucho a Brianna Walsh? —preguntó Arlene.

—No mucho. —De inmediato sentí que estaba mintiendo, aunque no quería hacerlo. Si conoces a alguien de forma íntima cuando eres pequeña, ¿no la conoces bien para siempre? ¿No era cierto que conocía a Brie tan bien como mi sombra?—. Fuimos muy cercanas cuando éramos niñas, pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Qué cambió? —preguntó Arlene—. ¿Cuándo dirías que comenzasteis a alejaros? —Su voz era suave y reconfortante. Parecía joven, como si llevara solo unos cuantos años en su trabajo.

«Cuando se convirtió en una pesadilla. Cuando decidió que éramos demasiado pobres para estar con ella. Cuando creó su pandilla de chicas pesadas.»

—Éramos vecinas, pero luego su padre compró un concesionario de coches —dije, sintiéndome como una tonta por mencionarlo—. Y se mudaron a otro barrio. Nos empezamos a distanciar en la secundaria.

—Sí, recuerdo esas épocas: drama de chicas, la secundaria. —Arlene hizo una mueca sarcástica y se rio. El labial le manchó los dientes un poco, rojo como la sangre. El estómago se me tensó. «Drama de chicas.»

—No fue tan dramático —balbuceé—. Al menos para mí.

Pensé en Rain, en lo rabiosa que estuvo durante todos esos años después de que Brie se fuera de Termico. Me di cuenta de que la policía iba a querer encontrar a Rain. Querrían saber por qué no

estaba en el instituto en ese momento.

—Pero volviste a pasar más tiempo con la señorita Walsh hace poco, ¿verdad? —La mirada de Arlene se desvió hacia Bill por una fracción de segundo antes de volver a posarse sobre mí.

Sentí cómo me subía la temperatura en la cara. ¿Las esbirras de Brie se lo habrían contado?

—Pues no mucho. —«Brie lo evitó todo lo que pudo.»

—¿No mucho? —Arlene se llevó la mano a la barbilla y alzó las cejas retocadas a la perfección—. ¿Estamos equivocados entonces?

—Solo nos vimos en un par de fiestas y cosas así. —Oí lo evasivo de mi propia voz, sin mentir, pero sin responder a la pregunta.

Los zapatos de Bill rechinaron sobre el suelo laminado. Estaba a mi lado ya.

—Tenemos entendido que estuviste con ella en una fiesta en casa de Candice Lombardi hace dos noches. —Se sacó un pequeño cuaderno con espiral del bolsillo de la camisa—. Y unas cuantas reuniones en el último mes. ¿Es correcto?

Asentí sin mucha convicción.

—Solo quiero que hagas un pequeño esfuerzo para contarnos lo que pasó en la fiesta, Sydney. —Arlene puso un bolígrafo sobre su propio cuaderno de espiral—. Si no te molesta, voy a coger notas. En caso de que escuche algo que sea útil.

«No habrá nada de eso.» Sonreí e intenté no sentirme miserable.

—Pues… Candice tiene un nuevo medio hermano porque su madre se volvió a casar hace poco. —Hice una pausa y vi por la ventana una camioneta azul que salía del aparcamiento.

Arlene asintió y me animó a continuar.

—Sí, sabemos lo de Brad: organizó una fiesta por sus veintiún años, sus padres estaban fuera de la ciudad, todo eso. Solo cuéntanos tu experiencia en la fiesta, si no te importa. ¿Con quién fuiste?

—Con mi hermano.

—¿Y cómo se llama tu hermano? —Arlene me estudió con mucha calma. Tuve la sensación de que ya sabía cuáles eran las respuestas a todas sus preguntas.

—Justin, pero todo el mundo le llama Araña.

Bill y Arlene se miraron de nuevo. Seguramente ya sabían que Araña acababa de salir de Pine Grove. Quizá sabían también por qué lo habían arrestado. El estómago se me retorció de preocupación por

mi hermano… ¿Habría violado su libertad condicional por ir a la fiesta?

—En fin… Araña quería ir porque llevaba mucho tiempo sin hacer nada divertido… —«Porque estaba en la cárcel», pensé sin decirlo. Bill y Arlene asintieron. No habían apuntado nada—. Yo, de hecho, no quería ir. Pero fui para estar con él. —«Porque me obligó.»

—¿Tú qué querías hacer? —me preguntó Bill. Había comenzado a caminar de un lado a otro de la sala, paseándose frente a los carteles de disecciones.

«Evitar el contacto humano. Lamerme las heridas. Evitar a mis examigas. Acechar a mi exnovio en internet.»

—Deberes.

—Domingo. —Arlene chasqueó la lengua—. Un día extraño para hacer una fiesta.

Todos asentimos con solemnidad. Estúpido Brad y su estúpido cumpleaños.

—¿A qué hora llegasteis? —preguntó Bill. La rana en el póster del profesor Perry estaba desparramada detrás de él, con todos sus pequeños órganos de rana a plena vista.

—¿Hacia las nueve?

Arlene se acercó más.

—Necesitamos detalles, Sydney. ¿Viste a Brianna allí?

—Después de un rato —dije. «Cuando ya estaba borracha.» Estuve a punto de reírme solo de pensar en decir algo así en voz alta —. Había mucha gente.

—Parece que todo el mundo fue a la fiesta. Una de esas juergas de fin de curso —dijo Arlene.

Asentí.

—Sí. Pero sí que la vi, unos segundos.

—¿Pasó algo entre vosotras? —Bill se volvió a medio paso.

—¿Algo? —dije, mientras para mis adentros maldecía lo roja que tenía la cara—. Eh… no sé a qué te refieres.

Pero sí que lo sabía. Lo sabía muy bien. Tenía varias lagunas, pero muchos detalles se me grabaron en la cabeza, pedazos intactos de recuerdos que se aferraban al marco de la ventana rota de aquella noche. «Sydney, siempre tan orgullosa. Siempre decidida a ver lo peor de las personas», me había dicho. Podía verla a la perfección en mi cabeza: el pelo teñido del mismo color que el de Rain, vestida como

Rain, la cara colorada por el alcohol y la rabia. «Intenté decirle lo hipócrita que eres. Ahora puede verlo por sí misma.» La sonrisa engreída enmascaraba lo cabreada que estaba en realidad, el hoyuelo en su mejilla izquierda se le hundía como al bebé de Gerber, su indiferente mirada azul hielo.

—Escuchamos que había algo de tensión entre vosotras dos. —Bill pasó las hojas de su cuaderno—. Entre vosotras dos y la señorita... Santangelo —dijo—. Creo que deberías contarnos eso, podría ayudarnos en la investigación.

Me quedé en silencio, hurgando en mi cerebro en busca de las palabras para explicar la tensión, para hacerla sonar normal. Porque sí era normal. ¿O no? ¿Acaso la gente no se distancia todo el tiempo? No tenía nada que ver con el incendio. Pero no sabía cómo explicar que no recordaba muy bien los detalles de esa noche, y que las partes que sí recordaba no les serían fáciles de entender.

—Por favor, cariño —dijo Arlene. Intentó poner la mano encima de la mía, pero me aparté—. A todas nos ha pasado, pelearnos por un chico.

Asentí para ganar un poco de tiempo. Las cosas con Brie comenzaron mucho antes de cualquier pelea por un chico. Después de que Ed comprara el concesionario, Brie y él lo empaquetaron todo, *Spanky* incluido, dejaron Termico, y Brie de pronto decidió que era demasiado buena como para estar con Rain y conmigo. Tenía ropa diferente, no solo nueva, más corta y ajustada —la ropa demasiado formal que Ed le compraba había desaparecido—, y en cuestión de un par de meses se había hecho amiga del grupo de chicas populares al que habíamos odiado desde cuarto de primaria y dejó de hablarnos, los restos mugrientos de su vida pasada.

«Ahora es una niña rica —dijo burlándose Rain con los ojos en blanco en aquel entonces—. Seguro que le damos vergüenza.»

En ese momento no podía saber que, unos años después, ella también bajaría al valle de forma similar, pero a una casa aún más bonita que la de Brie. Incluso cuando Rain tuvo un coche nuevo y llenó su vestidor con tejanos de trescientos dólares, yo fui tan inocente como para no ver a Brie como una amenaza.

Todo esto ocurrió cuando todavía creía que a Rain no le importaba el dinero. Después entendí que a todo el mundo le importa, aunque no quieran admitirlo. Hasta Rain, que había sido tan generosa

al principio y que siempre actuaba como si el dinero fuera lo más estúpido y trivial del mundo, se convirtió en una persona distinta a causa del dinero.

—No estábamos discutiendo por un chico. —Busqué las palabras correctas para explicarme, para demostrarles que no era una chica tonta que hacía un drama por un hombre. Sentí que el calor que me subía por el rostro se hacía más intenso y que la vergüenza de tener que revelarles los detalles íntimos de mi vida a dos desconocidos me inundaba el cuerpo—. No fue nada. Un malentendido. —«O varios.»

—Cuéntanoslo todo, ¿vale, cariño? —dijo Arlene.

Así que se lo conté. No que Brie comenzó a hacer las cosas como las hacía Rain. No que Brie abrió una brecha entre mi mejor amiga y yo que me dolió tanto que tuve que mantenerme alejada. En vez de eso, les conté los detalles más básicos sobre Chase; lo describí como alguien con quien fui cercana la mitad del último año. Alguien con quien ya no tenía mucho que ver. Y les dije que Rain y Brie habían vuelto a ser amigas cercanas, pero que ya no veía a ninguna de las dos con frecuencia.

—En fin, vi a Brie y a Rain en la fiesta. A Chase también. Pero no puedo imaginarme cómo eso puede ser de ayuda para su... —Otra vez tuve que buscar la palabra indicada— investigación.

—¿A Brianna le gustó verte? —preguntó Bill. Había vuelto a darnos la espalda y estudiaba el póster de un ojo de vaca del profesor Perry. Deseé poder desaparecer en el melancólico azul del iris de aquella pobre criatura.

«Mírame cuando te hablo.» Un recuerdo nuevo y alarmante salió a la superficie: la última vez que toqué a Brie la cogí de la barbilla, la apreté con fuerza y le empujé la cara con tanta intensidad que podría haberle roto el cuello.

—No estoy segura. Supongo que no. —Comencé a entender que el interrogatorio en realidad no era tan amigable.

—¿Por qué no, cariño?

Tosí, miré por la ventana. Miré a todos lados, menos hacia donde estaba Bill.

—No lo sé. Quería estar a solas con Rain, me imagino.

—Hemos oído que les seguías la pista muy de cerca a las dos.

—Eso no es cierto. —Claro que no era algo que hubieran inventado en ese momento. Alguien más lo habría dicho, las personas

a las que habían entrevistado en esa misma sala. Quedaba claro que era algo que la gente creía. ¿Había alguien que no le siguiera la pista a todos los demás, teniendo en cuenta que nuestra vida entera estaba publicada en nuestro móvil? ¿No estaban todas las clases llenas de gente por quienes intentábamos no preocuparnos, cada una de esas bocas llena de chismes y rumores?—. Si acaso, las estaba evitando. —Mi voz sonaba espesa por la indignación. El pupitre, aquella sala, los inspectores que me observaban, sus caras inmóviles, con una neutralidad aterradora… todo lo sentía como una jaula. Y la puerta se estaba cerrando.

—Bueno, Sydney. Supongo que tenemos información incorrecta. —Arlene escribía frenética en su cuaderno con una hermosa y pulcra letra cursiva, como la que tenía mi abuela. Miré las palabras, pero eran solo trazos y curvas que no tenían sentido—. Sabemos que estabas algo molesta en la fiesta.

El sudor me salía a chorros por debajo de los brazos. La respuesta correcta daba vueltas, inatrapable, entre todo lo que no estaba diciéndoles, como las respuestas inalcanzables de un examen para el que no había estudiado.

—Solo vi a Brie y Rain unos minutos —contesté con mucha certeza. Una verdad a medias.

—Entonces, ¿nadie se enfadó durante la fiesta? —presionó Arlene. ¿Había notado algo en mi voz o en mi expresión? Estuve a punto de soltar una carcajada por lo absurdo de la situación. Un destello del rostro de Rain me cruzó por la cabeza, la mirada de repulsión que me lanzó, una mirada que solía ser para cualquiera, cualquiera menos yo. Nunca yo. Nunca yo, hasta esa noche.

Y Brie… ¿estaba cabreada? La recordé gritándome mientras me alejaba tan rápido como podía.

«Vaya, pues sí, ahora que lo mencionas, todas estábamos bastante molestas.» Esa noche, dentro de esa habitación, nos odiamos la una a la otra más de lo que nos habíamos odiado en nuestras vidas, las tres al fin separadas por completo.

—No que yo recuerde. —Me miré las manos debajo del pupitre, sentía que la sangre me retumbaba en los oídos.

—¿Quién fue la primera en irse?

—Yo.

—Entonces no sabes cuánto tiempo más pasaron las otras dos

chicas en la fiesta.

Negué con la cabeza. Por fin, algo de lo que sí estaba segura.

—Varias personas han asegurado que usted salió muy enfadada, señorita Green —intervino Bill otra vez. El policía malo.

—No me sentía bien. —«Estaba borracha, oficial. Tomé drogas provenientes de la cárcel y demasiados chupitos.» Me mordí el carrillo de la boca hasta que sentí la sangre en la lengua.

—Hemos oído que la señorita Santangelo también salió muy molesta. ¿Tienes idea de por qué podría haber sido?

—No. Como dije, apenas estuve con ella. —Mentiras, mentiras, mentiras. Fluían con tanta facilidad. Estaba maravillada de la velocidad con la que lograba inventarlas.

—Ellas dos, Rain Santangelo y Brianna Walsh, ¿han estado muy unidas este año? —preguntó Arlene.

Asentí.

—Supongo.

—¿Te sentiste herida por perder a tu mejor amiga? —preguntó Bill, sus palabras eran tan precisas y personales que casi me dejaron sin aliento.

—Escuchad, solo fui a la fiesta porque mi hermano quería...

—Hablamos de Justin Green, ¿cierto?

—Sí. —«El criminal. Ya sabéis quién es. Estoy segura de que los demás ya os habrán contado todo sobre él.»

—Tal vez tengamos que hablar con él. Te avisaremos si necesitamos su información de contacto.

Un silencio pesado se abrió en la habitación. Las palabras de Bill aún hacían eco en mi cabeza. Un instante después sonó la campana. Había pasado toda una hora de clase ahí.

—Eso es todo por ahora. —Bill se acomodó las pequeñas gafas en la nariz y me mostró una sonrisa hueca que me puso de punta los vellos de la nuca—. Estaremos en contacto. Ya sabemos cómo encontrarla. —Aunque lo dijo con un tono apacible, sonaba como una amenaza.

—Estoy segura de que el incendio fue un accidente —escupí mientras Arlene me acompañaba a la puerta—. Nadie quería hacerle daño a Brie.

—Esperemos que no, cariño. —Arlene me dio su tarjeta de presentación—. Si recuerdas algo más, ¿podrías llamarme?

Mientras metía la tarjeta en uno de los bolsillos de mi mochila, mi teléfono vibró con un mensaje. De pronto me sentí más expuesta que nunca: la chica con el hermano exconvicto que salió molesta de la fiesta, que perdió a su mejor amiga a manos de la persona que había muerto.

«Basta —me dije mientras Arlene se despedía de mí desde la puerta—. Tú no has hecho nada malo.»

Me alejé del laboratorio tan deprisa como pude, con la sensación de que sus ojos seguían clavados sobre mi espalda. Al doblar la esquina hacia el pasillo lleno de gente, me apoyé en un muro de taquillas y cogí mi teléfono. Me sorprendió ver un mensaje de Rain, su primera señal de vida desde la fiesta.

Vuelvo en unos días. Necesito un poco de tiempo
para procesarlo sola. Y la policía... Que se jodan.

«La policía te va a buscar», escribí llena de frustración. Era muy fácil sentirse despreocupada por los policías si no acababas de pasar cuarenta y cinco minutos respondiendo sus preguntas.

Creen que nosotras tuvimos algo que ver
con el incendio.
Alguien les ha dicho que yo los «había
seguido la pista» a Brie y a ti.
Tienes que decirles la verdad.

Milagrosamente, respondió de inmediato.

No te preocupes. Nunca les diría
lo que hicimos.

Una oleada de confusión y adrenalina me sacudió de pies a cabeza. «¿Lo que hicimos?» ¿Qué rayos significaba eso? Al instante, las manos comenzaron a temblarme. Presioné la mejilla contra el metal frío de las taquillas y martilleé el teclado con los pulgares, el mensaje tenía tantos dedazos que tuve que escribirlo dos veces.

¿De qué demonios estás hablando?

Miré el teléfono, desconcertada, furiosa, expectante. ¿Qué era lo que habíamos hecho?

Pero Rain no me respondió.

SEGUNDA PARTE

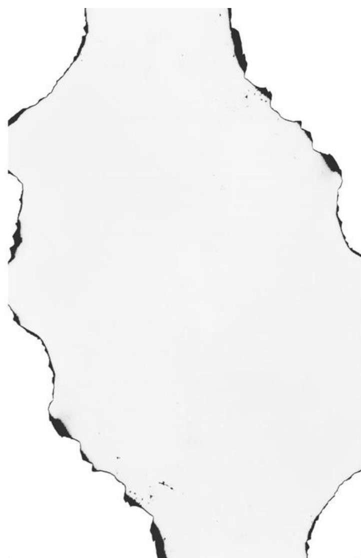
Rain



Diciembre



Cinco meses antes del incendio



6

La profesora Malinowski, la orientadora vocacional, caminó hacia el frente de la clase con sus zuecos, con un montón de folletos amorfos de color rosa eléctrico bajo el brazo. Aún no eran las 8:30, pero ella ya tenía en la cara una de esas sonrisas deslumbrantes, esas que las profesoras usan cuando están a punto de pronunciar un discurso sobre nuestros futuros emocionantes.

La hora de tutorías con el profesor Bergstrom, por lo general, era un asunto relajado: Bergie en su escritorio con su calva reluciente mientras se inclinaba para leer un enorme libro sobre Lyndon Johnson y contaba los días que faltaban para su jubilación. Pero esta vez Bergie estaba sentado en un taburete en una esquina y se había visto obligado a soportar la emoción temblorosa de la profesora Malinowski.

—Ha llegado el momento en vuestro viaje académico, amigos míos, en el que debéis hacer vuestras solicitudes de ingreso a las universidades.

Y así comenzó la circulación de los folletos. Era diciembre del último año y todo el mundo estaba muy nervioso con la universidad. Y si no lo estaban, la profesora Malinowski estaba decidida a que lo estuvieran.

Oculta de la vista de la profesora M por el enorme afro de Matt Richardson, me hundí en mi silla de la última fila y cerré los ojos. Había tenido una mañana terrible. Joan había acaparado el baño mientras se preparaba para su turno del almuerzo en el casino, paseándose por toda la casa en bragas y una de sus blusas rojas de seda falsa de trabajo que, incluso cuando las lavaba en la pica, las rociaba con desinfectante y las colgaba de la ventana, siempre olían a grasa. Los lunes nunca eran maravillosos para Joan, con el turno del almuerzo y lo indigno que le resultaba —«doce años y todavía tienen el descaro de darme ese horario», era el refrán desde tiempos inmemoriales—, pero este en particular tenía el pánico añadido de

nuestro moribundo Caprice, nuestro viejo coche de dieciséis años.

—Ya son tres veces las que no ha arrancado esta semana —se quejaba Joan, su voz como un motor que gruñía por lo bajo, mientras se paraba frente al espejo del baño y se pasaba colorete por las mejillas—. Si esto sigue así, el imbécil me va a despedir. —Tal como estaban las cosas, apenas lográbamos sobrevivir. Si despedían a Joan, podríamos perder la casa—. Vamos a estar en la calle antes de que puedas decir «el culo apestoso de Ted» —decía mi madre entre capas de delineador.

Además de su trasero siempre arrugado, lo único que sabía sobre Ted, el nuevo jefe de Joan, era que tenía veintiocho años, que era pelirrojo, con calvicie prematura, y que era un demonio enviado por la dirección para atormentarla. El casino había estado recortando personal de todos modos, y si ella llegaba tarde una vez más, podría ser la gota que colmara el vaso.

Salí del baño y luego de casa cuando Joan todavía estaba en la mitad de su diatriba, aliviada de poder escapar hacia el hedor de comida enlatada del autobús del instituto con Syd, que pasó los cuarenta y cinco minutos enteros del viaje terminando sus prácticas del laboratorio de física. No me molestó. Me dio tiempo para comenzar a pensar en la forma más barata de conseguir un coche de segunda mano.

Seguía pensando en ello en la hora de tutorías, hasta que el incansable discurso de Malinowski lo hizo imposible.

—Y así, amigos, hemos llegado al momento para el que habéis pasado años preparándoos —decía—. Vuestro futuro se acerca a la velocidad de un rayo. —Cuando todos en la clase comenzaron a reírse, decidió ponerlo en otros términos—: ¡Como un toro, entonces! Como en Pamplona. Viene detrás de vosotros. Ya sabéis a qué me refiero. Todo se reduce a qué decidiréis hacer en los próximos dos meses. Y para ello... —Sonrió como si lo que tuviera en las manos fuera la piedra filosofal— quisiera animaros a asistir a los talleres que voy a impartir esta semana para quienes quieran asistir a universidades de programas de cuatro años. Hablaremos de los ensayos personales, de sus escuelas de seguridad, las universidades estatales, las UC, las Ivy League y todo lo que haya en medio. ¿Alguna pregunta?

La mitad de delante de la clase estalló. Ahí era donde se sentaban los chicos de las clases avanzadas, los que tenían currículums con

programas de verano y ropa de moda que compraban con las tarjetas de crédito de sus padres. Los mismos chicos que desde los ocho años venían alzando la mano para conseguir puntos de participación.

Matt Richardson se dio la vuelta y dejó caer una montaña de folletos sobre mi escritorio. Cogí uno, le pasé el montón a Amber Usdall e hice una mueca. Amber caminaba sobre las puntas de los pies, agitaba las manos y no hablaba demasiado, así que nunca podías saber qué le pasaba por la cabeza. Pero me sonrió, así que sentí que estábamos juntas en la tortura.

Pensé en el muro de detrás de la jacarandá, el punto al fondo del patio, debajo del borde del dosel de metal, al que escapaba cuando no soportaba pasar más tiempo en clase. Me estaba llamando. Un pequeño deseo matutino, una huida del interminable y agotador trabajo de ser el objeto de la preocupación o el desdén de los profesores. Un descanso de ser Rain Santangelo: perdedora, pobre, mal educada, disruptiva, quizás (en la cabeza de algunos de los imbéciles del instituto) un poco tonta. «Desmotivada», sin duda. Dios, no podía esperar a dejar de oír esa palabra.

En el muro era libre. No me retrasaba en la clase, no luchaba por mantenerme despierta. No sacaba seis o siete en un examen sorpresa. En el muro estaba presente, centrada, pero despreocupada por los detalles, muchas gracias. Podía ver el gigantesco laberinto *beige* que era el instituto y elevarme por encima de él, desapegarme en santa paz.

Al frente de la clase, la profesora M buscaba voluntarios que leyeran en voz alta. Me hundí más en la silla y sentí cómo los demás se retorcían en sus asientos también. Yo, Amber Usdall, Matt y sus amigos *skaters* y Juan y Ramón, que nunca se metían con nadie.

Deirdre Wilson hizo una pregunta complicada sobre las admisiones tempranas. Yo decidí convertir mi folleto en una grulla de origami. Doblé y lamí el papel y me supo a la infancia, a las grullas que Syd y yo hacíamos cuando teníamos once años. Nuestra etapa de grullas. En el verano de sexto curso hicimos quinientas. Si Syd hubiera estado en la clase conmigo, habría prestado atención. Habría anotado los detalles en su agenda. Iría a todos los talleres de la profesora M. Y yo... yo haría una grulla de papel.

Después de responder las preguntas de todos, la profesora se despidió.

—Nos vemos pronto, jóvenes académicos. Cualquiera que tenga interés en un programa de cuatro años debería apuntarse para una sesión de planificación en la hoja que está fuera de mi oficina.

Y luego volvimos a la hora de tutorías, con diez minutos más para sobrevivir antes de que sonara la campana.

—¿Por qué no podemos hacerlo durante las clases? —Deirdre se dio la vuelta en su asiento para dirigirse a sus amigas. No dejaba de presionar la tapa de su bolígrafo, una y otra vez. Me moría de ganas de arrancárselo de la mano—. A ver, ¿no queremos ir todos a una universidad durante cuatro años?

—No, tonta, no todos —la corrigió Brie Walsh, con la precisión de un reloj suizo, desde tres filas más adelante y una a la derecha. Brie siempre corregía a las demás chicas.

—Casi todos —masculló Deirdre, sonrojada desde la barbilla adorable como de Campanilla hasta el miniflequillo plateado—. De eso se trata el bachillerato.

—¿Tú crees que Juan va a intentar entrar en Berkeley? ¿En Cal State? —siseó Brie con volumen suficiente para que toda la clase la escuchara—. Sí, cómo no.

Juan se volvió al oír su nombre. Parpadeó. No respondió. Tenía el brazo tatuado con una cruz de la que caían gotas de la sangre de Cristo. Sabía no involucrarse en asuntos poco interesantes.

«Él es tu ejemplo a seguir —me dije—. Tienes que ser como Juan.»

—Eso es racismo —susurró Deirdre. Vi cómo Brie entrecerró los ojos.

«Bien por ti, D. Hemos amanecido valientes.»

Había pasado todo el semestre sin dirigirles la palabra a Brie y a sus secuaces durante nuestras desafortunadas tutorías juntas. No compartíamos más clases, solo tutorías durante veinticinco minutos. Un pequeño trago de aceite de motor para iniciar el día.

Me había comportado con una amabilidad silenciosa. Sonreí. Hasta asentí una vez. No había hecho ninguna ola. Y no iba a comenzar ahora.

Delante, junto a Deirdre, Candice se dio la vuelta y se levantó la cortina color caramelo que tenía por cabello de un hombro al otro para quitársela de la cara. Había algo en su expresión que no me gustaba, como un felino a punto de atacar.

—¿Y tú, Amber? ¿Vas a ir a una UC? —Brie soltó una risita y movió la cabeza de lado a lado, como si Candice no tuviera remedio. Candice, una chica pesada hecha y derecha. Me vino a la mente una frase de Joan: «Ha nacido en tercera base y se cree que ha hecho un triple». Deirdre volvió a darse la vuelta desde la primera fila para sumarse a las burlas.

Amber negó con la cabeza.

—¿A Cal State? —Candice sonreía falsamente con la boca abierta y las cejas alzadas, como si Amber fuera a responderle, como si se mereciera una respuesta de la pobre chica que nunca le había hecho nada a nadie. Cerré los ojos y apreté los labios, no estaba segura de poder contenerme lo suficiente como para no decir algo que fuera a meter a Amber en más problemas. Me froté las sienes para tranquilizarme. Faltaban siete minutos para la campana. Si no me metía, podría sobrevivir.

Pero Candice no soltaba prenda.

—Decisiones, decisiones. ¿Verdad?

Abrí los ojos y mi atención se dirigió de forma inconsciente hacia Brie. Ella se tapó la boca, fingiendo estar asustada, pero yo sabía que lo que había debajo de esa mano era una sonrisa. La rabia me latía en el pecho. Rabia y asco conmigo misma en particular por dejar que todavía me alterara así después de tantos años.

—Preocúpate por ti —dije, incapaz de no morder el anzuelo. Le hablaba a Candice, pero en realidad me dirigía a Brie. Brie me miró, yo me mantuve firme y no escapé de esos ojos de láser. Sabía que, debajo de todo ese maquillaje, tenía pestañas y cejas rubias, casi blancas, pero las ocultaba todos los días, así como ocultaba su pasado —. Dejadla en paz.

—Dinos, Rainita —ronroneó Brie, con el hoyuelo en su mejilla derecha a la vista de todos—. ¿Adónde quieres ir tú a la universidad?

Rainita era como me llamaba su padre cuando éramos niñas, un apodo que nunca me quedó bien y que nunca lo haría. Un apodo que a Brie le daba pena cada vez que Ed lo pronunciaba.

—Adonde vosotras no vayáis.

—Buen plan. —Volvió a mirar hacia delante. Podía ver las manchas rojas que comenzaban a formársele en el cuello mientras le daba un sorbo delicado a su café helado—. Diviértete en la Universidad del Desierto.

«Hasta te lo crees», pensé. No iba a ir a la Universidad del Desierto, ni a ninguna universidad comunitaria. En cinco meses dejaría de estudiar para siempre. Iba a ir a Los Ángeles, a ver qué trabajo podía encontrar. A veces me veía pegando martillazos a cosas en una compañía teatral o cargando equipo de cine, con una llave o un *walkie-talkie* en el bolsillo. Me gustaba la idea de trabajar en un equipo. Era buena con las manos y no me molestaba el trabajo duro. Quizá podría encontrar a un grupo de veteranos de la escenografía que pudiera enseñarme su oficio. Que ellas tuvieran sus estudios, sus carreras, todas esas tonterías que iban a aprender en sus caros programas de verano. Yo estaría en Hollywood, iba a ser parte del medio. Y, si no, sería camarera, como Joan.

—Amber va a ir a USC conmigo. ¿Verdad, Amber? —Brie se volvió de nuevo para mirar a Amber—. O tal vez deberíamos intentar entrar en Berkeley. ¿Cuál sería la universidad de nuestros sueños?

Amber se derritió en su silla, como para alejarse lo más posible de Brie sin levantarse del pupitre. Candice soltó una risotada horrible.

Hasta ahí llegaron mis esperanzas de ser como Juan.

Me puse de pie y cogí mi bolsa, consciente solo a medias de lo que iba a hacer.

Avancé a zancadas por el pasillo y di una vuelta a la derecha. Sentía la cara en llamas. Uy. Golpeé el escritorio de Brie con la cadera tan fuerte como pude y seguí adelante. Oí a Brie chillar, vi cómo la mitad de su mocha helado Venti caía al suelo, el golpeteo de los hielos, el salpicar del líquido, el estruendo de su carpeta y sus libros al caer al suelo.

De camino hacia la primera fila, le quité el bolígrafo de la mano a Deirdre.

—Eso merece un castigo después de clases, señorita Santangelo —suspiró Bergie antes de que llegara a la puerta—. Ya debería saber que no puede hacer eso.

—No hay problema, profe. —Sonreí. Los castigos después del instituto me eran tan naturales como respirar.

La clase había estallado, llena de los sonidos desquiciados de los adolescentes después de que por fin ocurriera algo interesante.

Cuando llegué a la puerta, miré de reojo. Las hojas de la carpeta de Brie se habían soltado de los aros de metal y estaban desparramadas a su alrededor, empapándose en el charco de café. La

perfección neurótica de su letra se deshacía en manchurrones ilegibles. Brie estaba acuclillada entre el desastre, intentando salvar algo de su trabajo. Tenía la cara color escarlata.

Amber me miraba sin parpadear, quieta como una estatua. Le guiñé el ojo. La gente como nosotras tenía que estar unida. Su rostro no cambió, pero sus dedos golpetearon el borde del escritorio un poco más rápido. Suficiente.

Antes de que acabara de salir, no pude evitar mirar por última vez a Brie: la nariz roja, los ojos como dos balas apuntadas directas a mi cabeza.

Satisfactorio. Más que satisfactorio. Se merecía eso y mucho más. Era hora de que le tocara todo lo que se había ganado.

7

Cuando la mano de Syd me rodeó el tobillo para despertarme, ya llevaba dos horas recostada en el muro. Primero había estado sola, luego con Matt Richardson, quien compartió conmigo su vaporizador de hierba y un agradable silencio. Matt había desaparecido, tal vez en busca de comida; a juzgar por los sonidos que me rodeaban, había llegado la hora del desayuno. Me limpié un hilo de saliva que me colgaba de la boca y gruñí un «hola».

—¿Qué le has hecho? —preguntó Syd desde el suelo, con la cara decorada por las sombras de las hojas.

Me senté, respiré profundo y me estiré. El aire olía a patatas fritas.

—Nada. —Me deslicé por el muro para bajar—. ¿Por qué? ¿Estaba enfadada?

Syd tenía cuatro o cinco clases con Brie. Las dos asistían a todas las clases avanzadas que ofrecía el instituto.

—Mmm, sí. —Syd levantó una ceja—. Fíjate. Te tiene en el punto de mira ahora mismo. —Apuntó con el pulgar hacia el otro extremo del patio.

A regañadientes me permití ubicar la mesa de pícnic de color óxido donde Brie y sus chicas se sentaban siempre, rodeadas del resto de la gente popular del instituto, todos con las deportivas perfectas, mochilas lujosas y grabándose unos a otros con el teléfono.

Brie estaba encima de la mesa, sentada de piernas cruzadas, con las Ray-Ban en la punta de la nariz y los labios apretados como un esfínter. Anya Patel estaba a su lado y le hablaba al oído, pero Brie miraba hacia nosotras. Hacia mí. Uf.

Qué lugar tan predecible. Brie y sus amigas eran muy cansinas. Me pasaba la mitad del tiempo queriéndoles gritar: «¡Buscaos un problema de verdad!».

—Vámonos —murmuré. Cogí mi bolsa y entrelacé mi brazo con el de Syd.

—Supongo que has estropeado sus apuntes, ¿no?

Syd y yo nos dirigimos hacia los campos de fútbol. En esa época del año todavía podíamos recostarnos en el césped y comernos nuestro desayuno. Bueno, más bien, me comía uno de los sándwiches de crema de cacahuete y mermelada que Syd había preparado y envuelto diligentemente, y buscaba cambio en mi mochila para comprarnos patatas y un refresco para compartir.

—He tirado su Starbucks —dije—. Se lo merecía. Estaban siendo unas brujas absolutas con Amber Usdall.

Syd suspiró, nada sorprendida.

—No tienen respeto por nadie.

—Y al final… estallé. Y ahora me tengo que quedar castigada.

—Hacía años que no la veía tan cabreada —dijo Syd—. ¿Recuerdas cómo el pecho se le ponía rojo y se le llenaba de manchas cuando se enfadaba? —Asentí—. Así ha estado toda la clase de historia. Y estuvo molestando a Deirdre y Min más que de costumbre.

—Creo que el castigo ha valido la pena, entonces.

Caminamos por el pasillo del edificio de ciencias hasta que llegamos a las puertas traseras, que estaban abiertas para dar paso a los campos deportivos. Me pasé el resto de la caminata poniéndome al corriente con los mensajes de Joan, cada uno peor que el anterior.

Otra vez no ha arrancado.

He tenido que pedir una grúa e irme
en Uber a trabajar.

50 dólares a la basura.

Dice el mecánico que cambiar el motor va a costar
más de lo que vale el coche.

¿Cuánto has ahorrado durante el verano?

Tengo a Ted tan metido en el culo
que parece una solitaria.

—Y luego, emojis: llorando, cabreada, llorando, cabreada, llorando. Y luego, por alguna razón, dos sirenas y una mujer bailando. —Se lo enseñé a Syd.

—Mierda —respondió. Nos dejamos caer en el césped junto al

campo de fútbol. El único grupo que estaba cerca eran unos chicos de primer curso, todos inmersos en sus teléfonos—. Necesitáis un coche nuevo y pronto.

—Sip —mascullé mientras le escribía un mensaje a Joan en el que sugería pedirle prestado su coche a Rusty si no tenía que trabajar. Rusty era crupier de *blackjack* en el casino y había ayudado a Joan a conseguir su trabajo allí. Era su mejor amigo y lo más parecido a una familia que teníamos.

Los últimos vestigios del estupor de la hierba de Matt habían desaparecido y dejaron en su lugar un revoltijo de ansiedad. Syd me lanzó un sándwich aplastado, pero no tenía hambre. Joan era terrible con el dinero. Yo tenía unos mil doscientos dólares que había ahorrado de mi trabajo de verano en el salón de belleza antes de que me despidieran. Y sabía, pues había contado los billetes en la lata de café del congelador («porque los ladrones nunca se llevan la comida congelada», me explicó una vez, con un dedo en la sien) que ella tenía unos tres mil dólares de ahorros.

—Miraremos en Craigslist —dije, encogida de hombros, como si no fuera un problema serio, aunque sabía que estaba sobrepasada. Confiaba aún menos en Joan para resolverlo.

Syd me cogió de la mano y me la apretó.

—Todo va a salir bien. Siempre aparece alguna solución.

Syd, siempre tan razonable, siempre mesurada y tranquila. Todo lo que Joan y yo no éramos. Tenía los ojos llenos de compasión. «¿Cómo voy a sobrevivir sin ti?», pensé, no por primera vez. Conforme avanzaba el último curso y nos acercábamos al final, pensaba cada vez más en ello, en el inevitable momento en el que Syd se fuera a la universidad y yo... adonde sea que me fuera.

—No me dejes para irte a Peoria —susurré. Se había convertido en el chiste recurrente del año: Syd había hecho solicitudes a tantas universidades en las que creía que podía conseguir una beca que yo no recordaba cuáles eran. Las agrupé todas en un lugar llamado Peoria, que sonaba como norteño para mis oídos, que no conocían nada fuera de California.

—Pero me quieren mucho en Peoria —contestó Syd, parte de nuestra rutina. Se rascó la mejilla—. Volviendo al coche. Ya encontraréis algo. Solo necesitáis conseguir una entrada con alguien.

Asentí y fingí que repasaba mi lista de contactos. Por desgracia,

éramos una familia con más salidas que entradas.

—Mmm... ¿Rain? —Syd frunció el ceño—. Se me ocurre alguien. Pero creo que tal vez tendrías que...

—¿Qué?

—Hacer las paces con Brie.

Parpadeé un minuto entero, con los ojos puestos en Syd. El sol rebotaba en las gafas polarizadas que nos habían comprado a las dos en el mercado. Mi reflejo en los de ella era una masa de pelo revuelto con un pedazo de cara debajo.

—No es probable —exhalé, mientras las palabras de Syd cobraban sentido y comenzaba a imaginarme al Furioso Ed. Sí, tenía un concesionario de Nissan.

—Ya. —Syd tenía la boca llena de sándwich—. Hacedlo como sea de todas formas. Brie no tiene que estar involucrada.

Gimoteé.

—Qué asco. —Cerré los ojos con fuerza, no quería siquiera imaginarlo—. Sabes que Joan va a querer hacerlo. Va a usar todos sus encantos femeninos e intentará coquetear hasta conseguir un buen descuento.

—Oye, si funciona, funciona —dijo Syd con mucha dulzura.

Meneé la cabeza y suspiré. Como siempre, Syd tenía razón. Gruñí y comencé a planear en mi cabeza el mensaje que le enviaría a Joan. Odiaba ser pobre, pero no porque quisiera comprar cosas. Lo que más me molestaba era el pánico sutil de las pequeñas emergencias, la sensación de que nuestras vidas podrían quedar patas arriba en cualquier momento por algo tan estúpido como un motor. Y, más que eso, odiaba que esas pequeñas emergencias significaran tener que estar a merced de los Eds y Bries de este mundo.

A las 16:45, cuando terminó mi castigo, Joan estaba fuera del instituto esperándome con el Corolla morado de Rusty zumbando. Subí al asiento del copiloto y estornudé antes de maldecir en silencio la nube de perfume que acompañaba a mi madre a todas partes.

—¿Y esa ropa? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Pensé que te gustaría. —Joan se acomodó el nudo del pañuelo, la guinda del pastel en su idea de lo *casual* elegante.

—Sí me gusta, de hecho. —Tenía puesta una americana, unos

pantalones negros y una blusa violeta. Su pañuelo tenía lunares de todos los colores. Mi madre estaba… alegre. Segura de sí misma. Mucho mejor que con su habitual vestimenta demasiado corta y ajustada, un poco cercana a la filosofía de «Dios me dio piernas y pechos por algo». Al parecer quería parecer profesional, como una mujer que trabajaba en una oficina y que podría cumplir los pagos de un coche sin falta—. ¿Y cuál va a ser la estrategia? —Miré por la ventana mientras avanzábamos por la avenida Ramón hacia la «milla de coches» que estaba más allá del centro comercial. El cielo comenzaba a volverse morado y rosa, y los coches que iban por delante de nosotras centelleaban con la suavidad amarillenta de la tarde de principios de invierno.

—La estás viendo —dijo Joan, señalándose a sí misma, con la frente en alto y la montaña de rizos rojos sostenida con un pasador en lo alto de la cabeza—. Rusty dice que siempre hay algo de lo que se quieren deshacer, algo que no consiguen vender y que te dan por unas migajas solo para cumplir con sus números del mes. Nos aprovecharemos de eso, de lo indefensas que estamos, de que vamos a aceptar lo que sea, siempre y cuando cueste poco. De eso y de lo buenas vecinas que fuimos durante tantos años.

—Espero que lo recuerde —farfullé. No estaba segura de lo ahogado en alcohol que estaría el cerebro de Ed por entonces.

—Claro que lo recordará. No puede olvidar tantas fiestas de pijamas ni cuántas veces le dimos de comer a la pequeña Brianna cuando Ellen se puso enferma.

Miré a mi madre, impresionada con lo mucho que se remontaba su repositorio de favores y deudas. A mí me costaba trabajo recordar cualquier cosa tan profunda en nuestra historia compartida con los Walsh, aunque tengo que decir que tenía seis años cuando murió la madre de Brie. Lo único que recordaba de Ellen Walsh era a una mujer delgada como una varita, con las mejillas hundidas, que pasaba el día recostada en un salón oscuro, con una gorra de los Padres de San Diego, con el televisor siempre encendido, con telenovelas y Jerry Springer frente a ella todo el tiempo. Todos los días, antes de que comenzara *The Young and the Restless*, la pequeña Brie corría a su casa desde donde fuera que estuviéramos jugando para ir a sentarse en el suelo junto al sillón para ver «su novela», mientras su madre le acariciaba el cabello casi blanco.

Joan solía decir que Ellen murió despacio y de inmediato al mismo tiempo, todo en silencio y con elegancia, como si no quisiera ser una molestia para nadie. Lo que siempre escuché cuando mi madre decía eso era que Ed no iba a permitir que su mujer le resultara un inconveniente en su lecho de muerte. Y eso es todo lo que se tenía que saber sobre alguien como Ed: solo miraba por sí mismo y se enfurecía con cualquiera que entorpeciera su bienestar.

—¿Y si no? —dije.

Joan se encogió de hombros.

—Habremos hecho el intento. Él se lo pierde.

Se puso pintalabios y se revisó los dientes en el espejo. Al fin, comenzamos a atravesar la propiedad de Walsh Nissan. Para entonces ya eran las cinco y cuarto de la tarde y el lugar estaba desierto, las luces brillantes se desbordaban de los expositores en el centro del complejo, como en una nave espacial. El cálido roce de los vientos de Santa Ana me cubría los antebrazos de escalofríos. Intenté sacudirme los nervios, enderezarme un poco y lograr que mi boca formara algo parecido a una sonrisa.

Dentro, nos recibió una enorme habitación desierta, pero llena de coches y el ruido ambiental de la música de Bruno Mars.

—Ahí está.

Seguí la mirada de Joan hasta la parte de atrás de aquel lugar. En el otro lado de una mampara de cristal, nuestro antiguo vecino estaba desparramado detrás de un escritorio con la camisa de vestir hecha una montaña de arrugas, mientras el brillo de la pantalla del ordenador rebotaba en sus gafas. No había cambiado mucho. El mismo corte de pelo militar, las mismas cicatrices de varicela. Me costaba creer que aquella bola de energía y ambición pura que era Brie estuviera emparentada con esa masa desganada, salvo porque conocía la malicia que tenían en común. El Ed que yo recordaba era un hombrecillo irritable que a veces le gritaba tan fuerte a su hija que podíamos escucharlo desde el otro lado de la calle y tres casas más abajo.

—Vamos, cariño. Tú deja que hable yo, ¿vale? —Joan entrelazó su brazo con el mío, de la misma manera que le gustaba a su madre, Judy. Las mujeres Santangelo se apoyaban unas a otras, ninguna de nosotras había encontrado jamás mucho apoyo en un hombre. Podíamos tener nuestros problemas en privado, pero en público, y

sobre todo en un día así, éramos nosotras contra el mundo.

—Está bien. Pero no seas demasiado agresiva —susurré—. Deja que piense que ha sido él a quien se le ha ocurrido la idea de darnos un buen descuento.

Joan resopló.

—¡Mira quién se ha convertido en toda una negociadora!

Le lancé una mirada que ella no vio. Su exceso de confianza —su exceso de todo— nos había metido en problemas demasiadas veces. Por eso sabía que siempre viviríamos en una casa prefabricada con paredes como de cartón y tarjetas sobrepasadas de crédito. Mi madre siempre había dependido de su pensamiento mágico para sobrevivir, y nunca había apreciado que yo reventara esas burbujas de fantasía.

—¡Vaya, vaya! ¡Hola! —se escuchó la voz de vendedor de Ed, la misma que usaba cuando caminaba de un lado a otro en su jardín con el teléfono pegado a la oreja—. ¡Unas caras conocidas que no esperaba ver por aquí!

Se había levantado del escritorio, más redondo de lo que estaba la última vez que lo vi, con vasos sanguíneos reventados por toda la nariz, de esos que Joan decía que eran la señal de que alguien es alcohólico. La piel se le veía amarillenta debajo de las luces del concesionario, pero los ojos le brillaban al habernos reconocido.

—Las mujeres Santangelo, más guapas que nunca. —La sonrisa de boca abierta se asemejaba a un lobo y un pervertido al mismo tiempo. De pronto, todo eso me pareció muy mala idea—. ¿A qué le debo este honor?

—Vaya, Ed. Me impresiona que nos recuerdes —dijo Joan con una risita. Se arregló las solapas de la americana y se alisó los rizos de la cola de caballo—. Ha pasado mucho tiempo.

Ed extendió los brazos y se lanzó a por un abrazo incómodo.

—Ven aquí, Rainita.

Me hizo un gesto mientras tenía aún los brazos alrededor de mi madre. Qué asco. Soltó a Joan y me aplastó en sus brazos, demasiado fuerte y demasiado cerca, el aroma agrio y químico era el mismo de siempre. Me escurrí de entre sus brazos tan pronto como pude.

—Hola, Ed.

Mi madre le explicó que nuestro coche estaba a punto de morir.

Ed asintió.

—Habéis venido al lugar correcto. ¿Queréis financiar algo nuevo?

—Nuestro silencio torpe y con sonrisas nerviosas le debió decir algo—. ¿O un modelo de segunda mano? —añadió al fin.

—Sí, algo que podamos pagar —dijo Joan.

—Podemos ayudaros. —Ed estaba en modo vendedor, pero no podía dejar de lanzarle miradas lascivas a Joan, sus ojos eran como pelotas de pimpón que iban de un lado a otro—. Vamos a verlos.

Lo seguimos por el espacio destinado a exponer los coches, frente a las camionetas, hasta los modelos de segunda mano, Versas, Sentras y Áltimas que eran un poco menos elegantes y modernos, pero tan brillantes como los coches nuevos que estaban adentro.

—Cualquiera de estos os durará años. La mayoría tiene menos de cincuenta mil kilómetros —dijo Ed, que se detenía frente a casi cada uno para limpiar alguna mancha o enderezar un espejo.

Miré los precios. No teníamos doce mil dólares. No teníamos nueve mil. Joan hizo un millón de preguntas sobre kilometrajes y seguridad y asintió con entusiasmo a cada una de las respuestas de Ed, como si de verdad pudiéramos pagar lo que valía cualquiera de esos coches.

Hasta que me harté.

—Eh... ¿nos podrías enseñar algo... más barato?

—Tengo unos cuantos alrededor de los ocho mil. —Ed se rascó algo que le salía del cuello, un sarpullido escamoso del tamaño de un pulgar, más o menos.

Miré a Joan. Ella tenía los ojos clavados al frente, paralizada. Hasta ahí llegaban sus habilidades de negociación.

—¿No hay nada más barato? —pregunté después de un momento de silencio.

Ed me miró, parpadeó y luego miró a Joan.

—Estoy seguro de que podemos encontrar una buena financiación, hacer que vuestros pagos mensuales sean reducidos.

—Mi historial de créditos no es muy bueno que digamos, Ed —dijo Joan en voz muy baja—. Estaba pensando en algo de unos cuatro mil dólares. Algo por el estilo. Solo necesitamos algo que camine. —Joan se rio un poco. Ed se rio con ella. Eso rompió un poco la tensión.

—Bueno, Joanie. —¿Joanie?—. Eso es un poco menos de lo que te puedo ofrecer.

Los tres nos quedamos ahí parados un minuto. El sol colgaba enorme y parpadeante sobre las montañas. La hora mágica la habría

llamado Syd, cuando todo se volvía rosa y anaranjado antes de que llegara la noche. Miré a mi madre y pensé que saldríamos de allí muy pronto. Por un segundo la encontré guapa, elegante y orgullosa, el aliento se me atragantó en la garganta. Estaba mirando a Ed a los ojos, su cerebro trabajando a toda velocidad para encontrar una forma de abordarlo.

—Creo que si de verdad te interesara, podrías hacer lo que quisieras. —Le tocó el antebrazo descubierto a Ed—. Tú eres el jefe. Tu nombre es el que está en el letrero de este concesionario—. Mantuvo la mano sobre el brazo, sobre los vellos rojizos. Yo tuve que retirar la mirada, no soportaba verlo.

—Puedo descontarte unos mil quinientos, tal vez dejarlo en siete.

La voz de Ed se había vuelto más suave, un pequeño susurro que cortaba su fachada de vendedor.

—Siete no va a ser suficiente —dijo Joan en un murmullo. Dio un paso más hacia él—. ¿Cómo está Brianna? Hace tanto tiempo que no la veo... Debe de estar enorme. Recuerdo cuando se quedaba a dor...

—Sí, Brianna está bien —dijo Ed. Había comenzado a ver a Joan con más intensidad—. ¿Sabes? Podríamos hablar un poco más de esto mientras cenamos. Solo los adultos —dijo con suavidad. Me guiñó el ojo y sentí cómo me burbujeaba el estómago, un pánico nauseabundo que me escalaba por el cuerpo.

«No lo hagas —le grité a mi madre con la mente—. No dejes que ese hombre se te acerque.» Consideré fingir que vomitaba para hacer que el momento terminara y pudiéramos salir de allí.

—Lo siento, Ed. —Joan me sorprendió. Temía que fuera a decir que sí—. No soy... No puedo hacer eso. —Le quitó la mano del brazo como si hubiera tocado algo sucio y acabara de darse cuenta.

—Claro que puedes. —Ed se acercó más a ella. No podía creer que todo eso estuviera pasando frente a mis ojos—. Podemos ponernos al día. Ha pasado mucho tiempo, Joanie.

La expresión de mi madre, cordial y serena hasta ese momento, se cerró como una ostra. La cara se le vació, pero mantuvo una máscara neutra, como hacen las mujeres cuando no quieren que una situación se vuelva más incómoda, cuando solo quieren escapar de los hombres horribles con el menor drama posible de por medio.

—¿Podemos arreglar algo en este momento? Porque si no...

—En nuestra cena. —Ed movió las cejas y yo necesité de toda mi

fuerza de voluntad para no vomitar—. Podemos hablarlo con una botella de vino.

—Gracias de todos modos, entonces.

—Por favor. —Ed nos seguía por el recinto. Joan me tenía cogida del brazo mientras se tambaleaba hacia el Corolla de Rusty—. Deberías aceptar la oferta. Una mujer como tú…

—¿Una mujer como yo? —Joan se detuvo. No se dio la vuelta ni lo miró. Solo se detuvo.

—No vas a encontrar una oferta mejor —dijo Ed en voz más alta, pues ya nos habíamos alejado bastante—. No para un coche y, la verdad, tampoco para un hombre, querida. No a tu edad.

Eso último me dejó sin aliento. De tal palo, tal astilla. El padre era tan odioso como la hija. Más, a decir verdad. Apreté los puños. Joan me puso una mano sobre el hombro para evitar que dijera lo que fuera que estaba a punto de decir. Cerré la boca y apreté la mandíbula.

—Que te den, Ed. —Sin dejar de caminar, Joan se volvió solo lo suficiente para lanzar la palabra con la suavidad justa como para que él alcanzara a oírla. Me cogió del brazo de nuevo y seguimos nuestro camino. No me resistí a mirarle y lanzarle una mirada furiosa. La cara roja como un tomate, las manos en la cadera. Un bulto humano que no se merecía ni el aliento para insultarlo. Entonces, mi madre se detuvo y se dio la vuelta por completo—. ¿Sabes? Estaba pensando: gracias a Dios que Ellen no está viva para ver en qué te has convertido.

—Siempre decía que eras insoportable —respondió él con una sonrisa burlona—. Supongo que no estaba muy equivocada.

—Déjanos en paz —dije. Luego fui yo quien cogió a Joan. Quedaban un par de hileras de coches por cruzar antes de llegar al Corolla de Rusty. Estaba tan ocupada repasando la asquerosidad de Ed en mi cabeza que no vi el coche que aparcó unos metros por delante de nosotros y no me percaté de que la puerta del lado del conductor se abría y que desde adentro se asomaban las largas piernas de la estrella del atletismo del instituto… hasta que estuvo frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —dijo Brie.

—Nop. —Sacudí la cabeza, desquiciada, apenas capaz de respirar. Cogí a mi madre, deseando que no detuviéramos nuestro paso—. Hoy no.

—Hola, Brianna. Qué guapa y adulta que eres ya —dijo Joan—. Nos vemos pronto, corazón —alcanzó a añadir antes de que la empujara hacia el coche de Rusty.

Lo último que vi de Brie en el concesionario fue que estaba boquiabierta, con las manos sobre la cadera. Era una réplica más joven y agraciada de su padre.

—¿Cómo se atreve? —dije en el coche cuando conseguí encontrar mi voz, después de que Joan saliera a toda velocidad del concesionario y acelerara más por Sunrise Highway—. ¿Cómo demonios se atreve? Bastante asqueroso fue que te invitara a salir y que quisiera que te prostituyeras por un descuento, ¿y luego te insulta así?

Ardimos en silencio un rato, Joan salió de la carretera hacia la avenida de la Montaña. Subió por la colina tan rápido como pudo bajo la poca luz del anochecer. Alcancé a ver el sol que desaparecía detrás de las montañas serpenteantes al oeste. Me imaginé que Ed se desvanecía así, que desaparecía sin más con un golpe de una mano como salida del cielo. Un golpe y puf.

Alguien podría hacer que sucediera. Alguien debería hacerlo. Quizá podría ser yo.

TERCERA PARTE

Syd



Diciembre



Cinco meses antes del incendio



8

—¿Cómo se cree que simplemente puede… salirse con la suya?

Rain lanzó una bocanada de humo de marihuana al frío cielo invernal y la pregunta se quedó colgando en el aire, casi visible. Estábamos recostadas, dos puntas de una estrella humana, sobre la pista de tenis decolorada detrás del Super8 abandonado junto a la carretera. Era al lugar al que íbamos desde que lo descubrimos en tercer curso, siempre que pudiéramos pedir un coche prestado o conseguir que nos llevaran.

En un extremo de la pista rodeada por una reja de metal había un motel de adobe, abandonado y reclamado por serpientes de cascabel y una familia de zarigüeyas de ojos rojos. En el otro lado estaba la piscina vacía del hotel, un óvalo profundo que atraía *skaters* de todas las ciudades del desierto. El sonido de las ruedas sobre la piscina vacía era relajante, como el sonido de las olas en la máquina de ruido blanco de mamá.

Aprendí a patinar durante los fines de semana que pasé en la casa de mi abuela en Hemet, cuando Araña y yo éramos pequeños. La abuela Rose no creía en la televisión e insistía en que, si Araña iba a escapar de su comedor cubierto de plástico para ir al *skatepark* que estaba al final de su calle, se llevara a su hermana de ocho años. Esa noche había patinado una media hora —unas cuantas vueltas sencillas por el filo— antes de torcerme el tobillo después de intentar un *ollie* y cojear hasta la pista de tenis para sentarme con Rain.

Rain le pasó el porro a Matt Richardson, que estaba junto a ella, la tercera punta de la estrella. A un lado estaba Ardilla, bautizado así hacía muchos años porque había sido el más pequeño de todo el instituto hasta que dio un estirón en el primero de secundaria, luego Chase McAllister y luego yo.

—Alguien debería recordarle… —Rain se detuvo. Casi podía sentir cómo vibraba con su habitual convicción de hierro. Sabía que, si me volvía para verla, sus ojos negros estarían centelleantes de pasión

y me convencería de que tenía la razón y yo también estaría furiosa con Brie Walsh por tener el descaro de organizar una fiesta gigantesca e invitar a todo el instituto menos a nosotras. Pero no me volví, porque no quería estar enfadada esa noche.

—¿Recordarle qué? —preguntó alguien tras un largo silencio.

Eran las nueve de la noche y yo estaba tan colocada como era posible estarlo, temblando por debajo de mi sudadera y consciente de los más mínimos movimientos de Chase junto a mí, su pesada mandíbula y su adorable nariz aguileña de perfil, la forma en que sus largas pestañas se abrían y cerraban mientras miraba la espiral de la Vía Láctea. Me pregunté si veía las estrellas como las veía yo, palpitantes y ondulantes sobre el negro del cielo sin luna del desierto.

Oía las vibraciones de los monopatines sobre el asfalto, la voz lejana de un chico que gritaba: «Suave, colega», el estruendo de una tabla que se volcaba en el suelo, un animal que reptaba por el motel abandonado y la frenética orquesta de grillos en la creolina. Pero Rain no explicó nada más.

Brie hacía años que no era nuestra amiga. ¿A quién le importaba que no quisiera que estuviéramos en su estúpida fiesta? No veía razón para molestarse, aunque la invitación hubiera aparecido en el perfil de todo el mundo, menos en el nuestro. Supuse que eso significaba que nos había bloqueado hacía mucho tiempo, y si lo hizo, era por sus propios problemas con su pasado. Fuera cual fuese el rencor que Brie nos tenía a Rain y a mí, ya me había dado por vencida hacía mucho en el intento por entenderlo o componer las cosas. Brie y yo coincidíamos en casi todas nuestras clases y nos mostrábamos cordiales, compañeras de grupo, nada más y nada menos, y a mí me parecía bien. Solo porque cuando éramos niñas pasáramos años juntas corriendo por Termico, inventando complicadas telenovelas con animales de plástico de una tienda de productos rebajados y pequeños escenarios que construíamos con palos y envases de café, no significaba que necesitáramos tener una relación cercana después. Esa era la diferencia entre Rain y yo: ella siempre intentaba recuperar lo perdido, juntar pedazos de viejas heridas para hacer una colcha con la que pudiera envolverse. Yo me conformaba con entender a Brie tal como era para mí en ese momento: un mosquito, irritante, pero sin importancia.

—Lo voy a matar —anunció Matt con claridad, conteniendo el

humo en sus pulmones antes de soltarlo. Se sentó y rompió nuestra formación. Los demás seguimos pegados a la superficie de la pista de tenis. Rain había pasado la noche lanzando dardos de amargura sobre cualquier cosa: su madre, sus problemas automotrices, su mudanza a Los Ángeles, lo inútil que era ir a la universidad, pero no fue hasta que Matt mencionó la fiesta cuando se alteró de verdad.

Rodé hacia un lado y le arranqué la mirada de encima a Chase. Rain tenía un mechón de su pelo negro azulado entre los dedos y lo blandía por el aire como si fuera un bolígrafo con el que escribía una carta invisible o una batuta con la que dirigía a una orquesta que solo ella podía oír.

—¿Recordarle qué? ¿Que existimos? —pregunté. Aunque de pronto sentí que no quería que lo dijera. Había sido una de esas semanas en las que parecía que cualquier cosa que Rain dijera nos llevaría a algo malo—. Vamos a olvidarlo. Ni siquiera queremos ir.

Me referí a nosotras en plural porque creía que aún queríamos las mismas cosas. Porque en los doce años que hacía que conocía a Rain, casi siempre quisimos las mismas cosas.

Rain acurrucó su cuerpo sobre el mío, me agarró del brazo y puso la mejilla sobre mi codo, con los ojos casi cerrados. A veces, la intensidad de Rain era como un láser en una película de Marvel: si se posaba sobre ti, no podías moverte. Te acercaba hacia ella, a pesar de cualquier esfuerzo que hicieras por resistirte. Con el delineador corrido, los enormes labios apretujados, las facciones afiladas avivadas por el poder de su indignación, era tan imponente que casi me hizo temblar.

Si su apariencia le hubiera preocupado alguna vez de manera significativa, quizás yo habría estado celosa de ella. Si hubiera parecido que alguno de los chicos con los que había estado alguna vez la complaciera, yo habría estado celosa. En cambio, tanto su apariencia como la atención que recibía parecían cabrearla, agotarla o molestarla, dependiendo del día. Cuanto más crecíamos, más protectora me volvía con Rain. Pues a medida que nos acercábamos al futuro, menos preparada parecía estar para lidiar con todo lo que se le venía encima. A mí, el mundo me ignoraba. A ella, la sentía. Incluso si no quería.

—Recordarle que no es mejor que nosotras —exhaló Rain, sus palabras dirigidas solo a mí. Sonrió con amargura—. Y que no puede

meterse con nosotras.

—Bueno… —No sabía muy bien a qué se refería. Estudié su rostro, pero solo vi una inescrutable mirada de piedra—. ¿Quieres presentarte en la fiesta?

—No exactamente. —Hizo una pausa y señaló a los chicos—. Ellos podrían ayudarnos.

Y lo harían. Lo que fuera que Rain les pidiera, ellos lo harían. Como casi cualquier hombre que estuviera cerca de ella. Y ni siquiera se daba cuenta. En los últimos meses yo había empezado a fijarme en Chase. Sentía unas pequeñas punzadas cuando lo veía patinar, una sensación cálida que solía ignorar. Los chicos no acostumbraban a prestarme atención, pero había notado que él sí lo había hecho. Siempre que yo hablaba sentía que él escuchaba con interés.

—¿Todos vosotros estáis invitados? —Ahora Rain se cernía sobre nosotros, con las manos en la cintura.

Los chicos gruñeron diferentes versiones de un sí. Con sus deportivas harapientas y su ropa utilitaria, su habilidad para casi volar en el monopatín y su silencio casi como de monjes, chicos como Ardilla, Chase y Matt transitaban entre grupos sociales sin preocuparse por las políticas ni las jerarquías. En Valley Sands, los *skaters* eran los únicos seres humanos que parecían estar exentos de los *rankings* de popularidad de cualquier tipo. Los respetaban los chicos de todos los niveles, de todos los rincones del instituto.

—¿Hasta Ardilla?

—Oye, estoy aquí. —Ardilla se sentó y le lanzó una mirada ofendida—. Sí, vi la invitación. También estoy dentro de su órbita.

Rain asintió. La nariz se le ensanchaba con rabia.

Si acaso, Rain se lo buscó al no preocuparse nunca por fingir, al menos, que le importaban las mismas cosas que a las chicas que dominaban la escena social. Nosotras éramos pobres, ellas eran ricas, y Rain no podía fingir que le importaban los bolsos, el equipo de porristas, los programas de verano, las visitas a las universidades, nada. Todas esas cosas le parecían ridículas, y ellas, no solo Brie, sino todas sus amigas, lo percibían. Y no importaría, quizá, si Rain no fuera la chica más guapa de todo el instituto. Si atraías miradas como ella, tenías que dejar claro que no eras una amenaza. Y Rain no podía hacerlo. O no quería.

—¿Cómo está? —La voz de Chase a mi derecha interrumpió mis

pensamientos. Volví la cabeza y me sorprendí al darme cuenta de que me estaba mirando a mí, esperando una respuesta. Su atención hizo que se me retorcieran las entrañas. Además, no sabía a qué se refería —. Tu tobillo —dijo, como si me hubiera leído la mente—. ¿Cómo va?

—Creo que un poco mejor. —Doblé la rodilla derecha y los dos nos asomamos hacia mi tobillo mientras doblaba y desdoblaba el pie, avergonzada de que Chase me examinara las piernas pálidas y las Vans rasgadas.

—Mira. —Se sentó. Luego se puso de rodillas y me presionó ambos lados del tobillo—. Dóblalo hacia aquí. —Me movió el pie hacia la derecha, luego a la izquierda—. ¿Te duele mucho o solo un poco?

El tobillo me dolía un poco, pero con Chase tan cerca, apenas lo notaba.

—Solo un poco. —Aún tenía los dedos sobre mi tobillo. Me levanté con los codos, sentí cómo se me entrecortaba la respiración—. ¿Crees que podré volver a caminar?

Una sonrisa se le dibujó en la cara, y el pequeño hueco entre sus dientes me guiñó.

—Es posible. Si no, podemos conseguirte un trasplante de pierna.

Mi risa estalló en la noche, tan fuerte que todos los demás la oyeron. Sentí cómo su atención cambiaba de foco y sus ojos se dirigían hacia nosotros. Chase debió de haberlo notarlo también. Con mucho cuidado me puso la pierna en la pista de tenis de nuevo y me sonrió a escondidas.

—Deberíamos jugarle una mala pasada. —Rain se puso de pie—. A la desgraciada.

—Doña mosqueada fumó demasiada marihuana —rimó Chase para que solo yo lo escuchara, un chiste reservado solo para mí. Me reí en voz baja, no quería romper el hechizo. Me acerqué a un milímetro de él y me concentré en la sensación de su aliento sobre mi pelo. Sin atreverme a mirarlo, le rocé el brazo con el mío como por accidente.

Acababa de cumplir diecisiete años una semana antes. Hacía más de un año que no besaba a nadie, y aquel beso había sido con un desconocido con una camiseta de Jamba Juice en un espectáculo para todo el público. Nadie importante. Me había resignado a pensar que no era alguien a quien los chicos miraran de la misma forma en que lo

hacían con Rain. Al menos no a esa versión de mí. Pero madre mía, cómo me gustaba la sensación de tener los ojos de Chase sobre mí.

—Su piscina —dijo Rain por encima de mí. No llevaba puesto sujetador, y tenía el torso largo y estrecho cubierto con un ajustado jersey de cuello de tortuga (talla mediana para niños, lo sabía porque alguna vez fue mío) y tejanos holgados del Walmart, cortados hasta la rodilla en casa, que a ella, y solo a ella, le quedaban bien—. Deberíamos llenarla con algo asqueroso, que no pueda usarla.

—Snickers mini. Colorante amarillo —dijo Chase.

—¡No le des ideas! —susurré, impresionada de que ya tuviera un plan de acción a mano. Me atreví a ponerle el meñique sobre la palma de la mano por una fracción de segundo, antes de quitarlo. Como una anémona en el acuario, su mano respondió y me envolvió el dedo con un rápido apretón.

—Sí. —Rain se dio la vuelta, como flotando por encima de nosotros, el pelo revuelto por encima de los ojos. Era toda labios y extremidades y tensión. El habitual aburrimiento en su voz sosegada desapareció para dar paso a su emoción—. Chase, no eres tan idiota como creía.

Entonces sucedió algo sorprendente. Chase entrelazó tres de sus dedos callosos —el medio, el meñique y el anular— con los míos. Me quedé sin aliento y cerré los ojos. Haría cualquier tontería que decidieran. Habría incendiado el instituto si eso significaba que los dedos de Chase seguirían calentándome la palma de la mano.

—Voy a patinar —dijo Matt Richardson, mientras se alejaba. Sin decir una palabra, Ardilla se puso de pie y lo siguió. Era como si hubieran notado que Chase y yo necesitábamos un tiempo a solas. Seguíamos recostados, con el rostro hacia el cielo, oyendo a los chicos rodar hacia la piscina vacía. No respiraba... yo no podía respirar.

—Eres buena, ¿sabes? —susurró Chase mientras Rain caminaba de un lado a otro y hacía sus planes. A mí me sonó como un «me gustas»—. Deberías patinar más.

—¿Tú crees? —Mi mano empezó a deslizarse más hacia la suya, mientras me preguntaba qué estábamos haciendo. Pero cuando Rain volvió a zancadas hacia donde estábamos escondí la mano, quería que lo que había ocurrido fuera un secreto solo mío de momento.

—Acabo de recibir esto. —Se acuclilló junto a mí y me puso el teléfono en la cara para que pudiera leerlo—. Ha bebido demasiado

vino, seguro. No creo que sea nada. —Pero debajo de sus palabras despreocupadas, Rain sonaba asustada.

Me senté. Los dedos aún me vibraban con la magia que habían encontrado unos segundos atrás. En la pantalla de Rain había un mensaje de Joan.

Ven a casa SOSOSOSOSOSOS

—No tendría que haberle enseñado a usar el SOS para mensajes de emergencia —refunfuñó Rain desde el asiento trasero mientras el antiquísimo Cabriolet azul de Chase se arrastraba hacia la salida—. Nunca va a aprender a usarlo.

Me obligué a salir del trance inducido en el que seguía perdida por culpa de un chico. Joan podía ser guapa y divertida, pero cuando bebía demasiado se volvía una exagerada y amargada y no dejaba de hablar de cómo mudarse con el padre de Rain (Enzo Santangelo, que había desaparecido cuando Rain tenía dos años, escapó una noche como el cobarde que era, ojalá nunca vuelva, etc.) fue la peor decisión que había tomado en su vida. A veces, los dramas de Joan podían durar toda la noche, y Rain iba a dormir a mi cama solo para escapar de ellos.

—La vamos a tranquilizar. —Miré a Chase. Estaba concentrado en conducir, pero se volvió y me regaló esa media sonrisa otra vez y asintió para respaldarme. Entonces así debía ser ir en el coche con tu novio.

—Oh, oh. —Chase fue el primero en verlo cuando dimos la vuelta en la calle Clay.

—Santa Madre de Dios, joder —gimió Rain. El sillón, la mesa del comedor, las sillas, un armario, revistas, estanterías y demás menaje del hogar Santangelo estaban todos apilados frente a la casa. Y ahí estaba Joan, envuelta en su kimono, bañándolo todo con un bidón de gasolina—. Para el coche.

Después de que Rain y yo bajáramos, me di la vuelta y metí la cabeza por la ventana abierta del lado del copiloto.

—No hace falta que te quedes. Será mejor que no veas esto —dije, sin saber qué era esto, aunque seguro que podría ser vergonzoso para Rain.

—¿Seguro? —Chase no parecía muy convencido.

Asentí.

—Mi casa está cruzando la calle. Si es necesario, puedo ir a por mi madre.

—Está bien. Escríbeme si necesitas algo. ¿Tienes mi número?

—Eh… no. —El estómago me palpitaba mientras él tecleaba su número en mi teléfono. Sonrió, me devolvió el teléfono, encendió el motor y se alejó.

—¡Cariño, lo conseguimos! —Joan graznaba entre chorros de combustible que salían del bidón. Rain se lanzó hacia su madre y se lo arrancó de las manos.

—Te has vuelto loca —rugió Rain con una expresión feroz. Temí que pegara a su madre—. ¡Has destrozado el maldito sillón!

—¡No importa! —El pelo de Joan salía en todas direcciones. Se nos acercó, cacareando, con los brazos tan abiertos que la bata se le desató. Solo había un par de medias de flores y un sujetador *beige* entre su piel y yo cuando me abrazó—. Lo conseguimos, lo conseguimos. —El aliento a vino de Joan no me era desconocido, había crecido con él. Lo mejor era seguirle la corriente hasta que pudiéramos convencerla de que quería entrar en casa con nosotras.

—¿Conseguisteis el qué, Joan? —dije mientras intentaba guiarla hacia el portal.

—Hemos ganado el gordo. —Sus palabras sonaban precisas, no arrastradas. Se enderezó y se cerró la bata, luego se llevó una mano a un bolsillo y sacó una caja de cerillas.

—¡Voy a tener que internarla! —gritó Rain. Levantó una revista de *Vogue* de hacía mil años, que debía de estar en el comedor cuando Joan la cogió. Estaba chorreando de gasolina—. ¡No te atreverás! —le gritó a su madre, agitando la revista—. ¡Vas a quemar la casa!

—Toma, Rainey. —Joan se dio la vuelta y le puso la caja de cerillas en el pecho a Rain—. Enciéndelo.

—De ninguna manera. —Rain dio un paso atrás, como si Joan le hubiera ofrecido veneno.

—Anda. Hace años que decimos lo mismo —dijo Joan—: cómo nos gustaría quemar todos estos muebles horribles y baratos. Y ahora podemos.

—¿Por qué? ¿Porque estás borracha y perdiste la cabeza?

—No, mi niña. Porque somos ricas. —Le quitó las cerillas de la mano a Rain y corrió hacia el montón de cosas que estaban en el patio. Prendió una cerilla y la lanzó, pero nada se encendió como en

las películas. Fue más lento, más sutil. Como una hoguera.

Me dirigí a un lado de la casa para buscar la manguera. Los incendios en el desierto podían esparcirse muy rápido. Encender un patio de tierra en mitad de la calle Clay, rodeada de todas nuestras casas superinflamables, era irresponsable e ilegal—. Cariño, lo conseguimos —decía Joan, con la cara de Rain entre sus manos delgadas y rosadas—. Por fin ha sucedido. Siempre supe que pasaría... y ha pasado.

—No te refieres a... —La comprensión se fue vislumbrando poco a poco en el rostro de Rain—. No puede ser. Imposible.

Aún las oía desde donde estaba con la manguera. Vi a Joan llevarse una mano al sujetador y desdoblar con mucho cuidado un pedazo de papel que tenía ahí guardado. Me acerqué un paso más. El logo de MegaMillones estaba en la parte de arriba del papel.

—36, 24, 37, 61, 93, 16 —leyó. Joan llevaba toda la vida jugando al MegaMillones. Compraba uno todos los días en la gasolinera, a la salida de la carretera, cuando volvía del trabajo. Parte de su ritual de descompresión, decía siempre. Vi que las llamas alcanzaban el reposabrazos del sillón, el respaldo, una montaña de correspondencia. Las llamas se extendían en todas direcciones, pero yo tenía la manguera lista. Seguía sin creérmelo, todavía no—. Lo consulté en internet. Me quedé dormida en la transmisión en directo, me desperté y me dije: «¿Qué voy a perder si lo miro?». Empecé a gritar cuando me di cuenta. Nosotras, cariño. Esta vez hemos sido nosotras.

—Mamá, si te has equivocado... —Rain se detuvo—. Dámelo. Déjame verlo.

—Han sacado mis números. Por fin salieron mis números. Lo miré tres veces. Seis coma cuatro millones, cariño. No es el premio más grande, ¡pero es bastante grande para nosotras!

Las llamas se elevaron por la parte de atrás del sillón y sobre los cojines. Las revistas que estaban encima se encendieron. Todas las *People* y *Us Weekly* que Joan guardaba en sus estanterías, ordenadas y cuidadas como si fueran de valor, como si fueran un juego de enciclopedias.

Llevé la manguera al sillón y lo rocié hasta que el fuego se apagó.

Rain había entrado en la casa y Joan la siguió, olvidándose del incendio por completo. Yo me quedé fuera, sola, inhalando el

combustible y el fuego y los muebles baratos quemados. Podía verlas a través de las cortinas de encaje amarillo, abrazadas en la habitación vacía, moviéndose en círculos como en un vals. La cara de Rain sobre el hombro de su madre era distinta de como la había visto toda la vida, como si algo dentro de ella se hubiera abierto y la hubiera iluminado. Era una expresión que solo se veía en los anuncios en la televisión o en *Ellen* cuando le daban un enorme cheque de cartón a alguien.

Mi mejor amiga, que alguna vez me había dicho que solo tenía dos modos —rabiosa y neutral—, lloraba de felicidad.

Me quedé un largo rato mirándolas, sintiendo por primera vez que mi presencia ahí adentro no era bienvenida. La magia que les había tocado esa noche era solo para ellas. Sabía que no tenía por qué intentar sumarme, solo provocaría que la situación se volviera incómoda.

Cuando terminé de rociar el incendio y lo único que quedó fue una montaña empapada de muebles a medio quemar, Joan caminaba de lado a lado y gesticulaba como si estuviera planeando el futuro. Alejé la mirada de la ventana de su comedor y caminé por el césped cubierto de maleza hacia mi casa oscurecida, con nuestros tres cubos de basura pegados al muro de aluminio, nuestra entrada cubierta con césped artificial. Se veía más lamentable que nunca. Cerré la puerta detrás de mí e inhalé el mohoso silencio de mi hogar.

Nuestra casa se había vuelto un lugar bastante parco desde que arrestaron a Araña un año antes. Era solo un lugar callado en el que mamá y yo hacíamos palomitas y *pizza* congelada en el microondas e intentábamos pasar tiempo juntas, siempre con el televisor encendido. Pensé en despertar a mamá, meterme en su cama como hacía cuando era pequeña, pero ni siquiera aquello aliviaría el terror que comenzaba a asentarse en un rincón de mi cerebro.

Solo decidí bañarme para quitarme el olor a incendio e intentar prepararme para lo rápido que iba a cambiar la vida de Rain.

En ese momento no entendía lo mucho que iba a cambiar la mía también.

9

—Chicos, ¿estáis seguros de que queréis comer aquí?

La camarera del restaurante, una rubia delgada y bronceada con una blusa de cambray de botones y pantalones negros, nos miraba con escepticismo. Podía sentir cómo se fijaba en nuestras sandalias y deportivas rotas, cómo juzgaba nuestra edad y decidía que ese no era un lugar para nosotros. En su defensa, tenía razón. La mayoría de nosotros no estábamos seguros de que quisiéramos comer ahí. Rain nos había informado el primer día después de las vacaciones de invierno de que nos iba a llevar a comer y no era opcional.

—Más os vale tener hambre para cuando suene la última campana —dijo, con una expresión que parecía esconder una sonrisa malévola—. O habrá severas consecuencias.

Pasamos las vacaciones de invierno casi todo el tiempo juntas en mi casa, con nachos y una maratón de películas de terror en Año Nuevo, como habíamos decidido hacer en los últimos años. Rain estaba más callada y distraída que de costumbre, supuse que no había terminado de procesar el hecho de que había ganado la lotería. Cambiaba el tema cada vez que yo lo mencionaba, y prefería quejarse de la oleada maníaca de planes que Joan había comenzado a hacer después de renunciar a su trabajo.

El dinero llegó al final del 2 de enero, unos días antes de que volviéramos al instituto. Al ver a Rain a mi lado en la entrada del restaurante, me pregunté si ella no estaría también en un episodio maníaco. Le dirigió a la camarera la sonrisa más falsa y apagada del mundo, aquella que podía lanzar como un dardo hacia cualquier blanco.

—¿Puedo hablar en privado contigo un segundo?

La camarera se encogió de hombros y caminaron hacia el bar, todo de caoba, cristal reluciente y cuero. Al entrar en ese espacio, Rain parecía que estaba fuera de lugar, era demasiado para ese sitio, todo al mismo tiempo.

—No sabía que Rain tenía un amor secreto por el golf —dijo Chase cerca de mí, frente a la recepción del restaurante y mirando por encima de mi cabeza hacia los kilómetros de colinas verdes que corrían junto al hotel, una inyección de color entre el café eterno del desierto. Comenzó a tararear la melodía de aquella canción, *Money, Money, Money*.

—¿Qué demonios hacemos aquí? —refunfuñó Matt Richardson. Había estado refunfuñando desde que Rain le ordenó que nos llevara a todos en su miniván. Se negó a decirle adónde íbamos.

—¡Dejaos sorprender, aunque sea una vez en vuestra maldita vida! —graznó.

Tuvo que arrancarle las llaves de la mano cuando llegó el momento de entregárselas al aparcacoches.

—Esto es muy raro.

Ardilla secundó el comentario con un resoplido, mientras se entretenía metiendo la mano en un tazón de cristal y llenándose los bolsillos de cajas de cerillas color crema con el logo del Ritz-Carlton estampado en letras negras.

Rain volvió con una mueca en la cara. «Todo bien», me dio a entender, moviendo los labios antes de tomar un puñado de cajas de cerillas para su propia mochila.

—¡Su mesa está lista! —anunció la camarera detrás de ella, con un montón de enormes menús forrados en cuero en las manos.

En silencio, incómodos, la seguimos. Las únicas otras personas en el Ritz-Carlton Rancho Mirage Restaurante Bar a las 15:45 de la tarde eran dos hombres de caras rojas que parecían tener unos setenta años y una pareja de mediana edad en una sala al fondo del comedor, todos con atuendos blancos que, sospechaba, algo tenían que ver con el tenis. La camarera nos llevó al otro lado de las puertas dobles de cristal y hacia el patio, el verde brillante del campo de golf se extendía por kilómetros frente a nosotros. Nos sentamos en sillones de mimbre alrededor de una enorme mesa redonda con un mantel brocado y cubiertos extragrandes. Tomé una cuchara sopera y vi mi reflejo descompuesto en ella mientras los demás se sentaban. Chase estaba a mi izquierda, Rain a mi derecha.

—Le he dicho que escoja todo lo mejor del menú. Y le he recordado que los chicos adolescentes son unos cerdos —anunció Rain. Se sentó, se puso las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos.

Parecía alguien que fingía estar en paz—. Ah, y he pagado por adelantado —dijo en voz más baja, solo a mí—. Solo para que se callara.

—No sabía que eso se podía hacer en un restaurante así —dije.

—Da asco lo mucho que ha cambiado su actitud una vez que ha visto el fajo de billetes. —Rain seguía en ebullición, y estaba a punto de decir algo más cuando apareció el camarero.

—Hola, hola. ¿Cómo estamos? —preguntó el hombre vestido con la misma camisa de cambray y pantalones negros que su compañera—. Soy Mark y tengo el placer de servirles esta tarde. Creo que ya está pedida la comida. —Le guiñó un ojo a Rain—. ¿Qué tal algo para beber? ¿Un refresco?

—Coca-Cola para todos, por favor, Mark —dijo Rain, que había recuperado el tono alegre—. Y cualquier otra cosa que quieran —se apresuró a añadir, mirándonos a todos.

Los chicos se encogieron de hombros. Un minuto después, un camarero diferente se llevaba las copas de vino de la mesa y las reemplazaba con vasos largos de Coca-Cola con una rodaja de limón.

—Qué vida más bonita tienes aquí —dijo Chase mientras sorbía su refresco—. Y qué forma de convencer a la camarera de que era en serio.

Miré de reojo el perfil de Chase, la mandíbula afilada y el montón de rizos castaños. Había memorizado el arco de sus pestañas, admirado la forma en que abría y cerraba los ojos. Sí, todo el mundo parpadeaba, pero la forma en que él lo hacía era... mejor. Más interesante.

—Vine una vez con Joan cuando tenía unos diez años. Vino a pedir trabajo —dijo Rain, que no dejaba de girar en su asiento para asegurarse de que el camarero no estuviera de pie cerca de nosotros—. Era el lugar más elegante que había visto en mi vida. Supuse que valía la pena intentar venir.

—Es perfecto. —Le sonreí a Rain. Quería verla regodearse en su buena fortuna. Recordé esa época, varios años atrás, cuando Joan necesitaba trabajo, cuando las cosas eran muy duras para ellas y sobrevivían con vales de comida. Ahora, Rain ordenaba refrescos de siete dólares y una comilona que sin duda costaba más de lo que mi familia gastaba en comida en un mes. Estaba maravillada con lo fantástico que podía ser el universo en ocasiones, con el millón de

formas en las que la vida de Rain iba a transformarse de maneras inesperadas. Aunque pensar en el cambio podía ser intimidante, en ese momento estaba feliz por ella.

Rain metió una mano en la enorme bolsa que había llevado consigo y sacó una botella entera de Jack Daniels.

—He traído algo más.

—Rain —siseé, con un ojo puesto en las puertas del patio por si Mark volvía. Además de que podían descubrirnos y echarnos del restaurante, Rain y los licores no eran mi combinación favorita.

Rain apenas se tomó la molestia de mirar a su alrededor para asegurarse de que el personal del restaurante no la veía antes de coger todos nuestros vasos y servirles una dosis considerable de Jack a cada uno.

—Nacida para servir. —Sonrió. De vuelta en su asiento, tiró la mitad de su Coca-Cola en un vaso vacío y llenó el resto con Jack—. Suministro ilimitado para todos menos para Matt.

Eso no iba a terminar bien, pensé, pero hice mi mejor esfuerzo por tragarme mis aprehensiones con unos cuantos sorbos de mi bebida.

Debajo de nosotros, el campo de golf estaba salpicado de hombres con camisas polo y gorras, *caddies* con bolsas llenas de palos y unos cuantos carritos. Desde los frondosos cerros verdes flotaban los sonidos de los cuervos que graznaban entre las hojas crujientes de los árboles. Debajo de la brisa y las aves, casi podía escucharlo: el confiado y constante zumbido del dinero.

A mi lado, la rodilla de Chase encontró la mía y se mantuvo presionada contra ella. El estómago me cosquilleaba con su presencia. Intenté concentrarme en los chistes que Matt y Ardilla hacían sobre el *carpaccio* de res y el *steak tartar* del menú, pero mi mente ya estaba un poco difusa. Tomé un par de sorbos más para intentar calmarme. Pronto, el pelo de Chase se acercó al mío. Unos minutos después, se acercó y susurró con tanta suavidad que solo yo pude escucharlo:

—Le queda bien esto de ser rica. —Sonrió, y la brecha entre sus dientes parpadeó como un guiño.

Se me escapó una risotada fuerte y aguda. No sé si por los nervios de estar tan cerca de Chase o por el Jack con cola.

Cuando el camarero tuvo que traer refuerzos para descargar las tres enormes bandejas de comida, Rain silbó por lo bajo.

—Vaya, Mark. Eres lo más. ¿Me traerías otra Cola? Cuando puedas —dijo, un poco demasiado fuerte.

Examiné su vaso. Ya estaba vacío. «Joder», pensé.

—Guau. —Chase también silbó cuando la mesa estuvo llena de comida—. Digo, gracias. O sea, joder.

—Por todos vosotros. —Rain alzó su vaso, reemplazado como por arte de magia por otro camarero uniformado—. Si me permitís la cursilería, supongo que quería daros las gracias por ser mis amigos. Sé que no ha sido fácil.

—Claro que sí —dije. Era lo más fácil que había hecho en mi vida.

—Qué dulce eres por decirlo, Squid. Te quiero más que a nadie en el mundo y siempre lo haré, y me voy a morir cuando te vayas a Peoria y me dejes aquí. Ahora... —Rain se rio, llena de alegría, ese mismo chirrido frenético que había notado toda la semana— ahoguemos nuestros sentimientos en comida.

Nos dimos un festín de *sashimi*, rollos de primavera de pato, minihamburguesas, punta de filete y otras seis cosas que nunca había visto y de las que no había oído hablar. Rain se comió un par de patatas fritas y se sirvió otro buen chorro de Jack Daniels en el vaso.

—Tranquila —dije, intentando mantener un tono ligero—. No te aceleres.

Rain asintió, pero hizo una mueca sarcástica y le dio un trago enorme al vaso, diciéndome sin palabras que yo estaba siendo pesada. Pesada o no, ella sabía tan bien como yo que dos meses antes —la última vez que la vi beber licor— se emborrachó hasta desmayarse y vomitó en mi cama. No lo iba a mencionar, pero tampoco quería repetir la experiencia.

Durante un rato, todos comimos en silencio. Luego comenzamos a valorar nuestros platos favoritos y menos favoritos. Ardilla dijo que no sabía que la carne cruda se considerara un manjar.

—Vamos a ver, ni siquiera la cocinan y cuesta veintiocho dólares.

Chase y yo estuvimos de acuerdo en que lo mejor habían sido los rollos de primavera y el filete. Había una ensalada que nadie tocó y una enorme montaña de patatas con trufa que nos rellenaron dos veces. Sentí que el efecto del Jack Daniels me corría por las venas, y me hizo acercarme más a Chase y luego ponerle la cabeza en el hombro a Rain.

Pero Rain no comía. Siguió preparándose cubatas, cada uno con más Jack que el anterior, mientras tarareaba por lo bajo.

—¡Come, mujer! —dije, más apremiante esta vez—. ¡No quiero sacarte a rastras!

—¿Ah, no? —Rain se volvió para verme, los ojos encendidos—. ¿Me estás llamando borracha?

—Vale, vale. Pero si has pedido toda esta comida, deberías comértela —dije, conciliadora, suplicante. Nuestro grupo ya resaltaba bastante, no estaba dispuesta a montar un escándalo.

—¡Mark! —Rain se puso de pie y comenzó a gritar el nombre del camarero. Oh-oh. Ya estaba borracha—. ¿Dónde está Mark? —aullaba mientras yo intentaba callarla.

El camarero apareció al instante.

—¿Sí, querida? ¿Qué puedo hacer por ti? —Sonrió, pero también parecía preocupado.

—¡Postre! —rugió Rain, todavía de pie—. Uno de cada cosa que tengas. Buena propina, Mark. Te quiero y te voy a demostrar cuánto te quiero. Te lo prometo. —Se acercó a él con los brazos abiertos. Ay, no. Tenía las manos encima de él y lo agarraba para abrazarlo. Mark parecía estar aterrado, sus manos y brazos intentaban decir «sin abrazos» mientras Rain lo sostenía.

Me levanté de un salto y se la quité de encima.

—Ven. No hemos terminado de comer. Si no comes, no puedes pedir postre —intenté bromear—. En serio —le siseé al oído—. Come algo. Estás fulminada.

—Está bien, Doña Perfecta —dijo Rain. Vi cómo se llevaba un puñado de patatas a la boca y las masticaba.

Chase se retorcía en su asiento.

—¿Quieres que cancelemos el postre y nos vayamos? —me preguntó—. O podemos pedirlo para llevar.

—Gracias. Buena idea. —Si aún no estaba convencida de Chase, en ese momento me gustó más porque sabía qué era lo que teníamos que hacer.

—Le gustas —balbuceó Rain—. Pero nadie es lo suficientemente bueno para mi Squidney. Nadie.

—Vale, vale. Tranquila —dije, mientras le ponía otra patata con trufas en la boca, del plato que ya estaba frío y lleno de aceite—. Vamos a comer el postre en el campo de golf —susurré—. Vamos a

tener que sacarlo a escondidas, ¿vale?

A Rain le encantaba hacer las cosas a escondidas, saltarse las reglas. Decirle que algo era ilegal o no estaba permitido era más que suficiente para que se emocionara.

—Gran idea. —susurró. Los ojos se le volvieron a cerrar.

Una vez que Chase pidió los postres para llevar, y con Mark claramente aliviado de no tener que lidiar con nosotros, cogí la bolsa de Rain y la agarré del codo hacia un lado del restaurante donde estaba el campo de golf y había un cúmulo de coníferas y un pequeño arroyo artificial. Subimos por la colina hasta que alcanzamos un grupo de rocas falsas en el que podíamos sentarnos bajo el sol amable, solo veinticuatro grados, y hasta un poco de brisa.

Rain estaba bastante alterada por los excesos de aquel sitio, por cómo destruía el medioambiente y desperdiciaba agua.

—Y pensar en todos los hombres horribles que han planeado cosas horribles en campos de golf como este. Este es como el epicentro de la masculinidad tóxica —decía.

Matt Richardson asintió y siguió fumando de su vapeador en completa calma.

—Mmm… existe un golf de mujeres, estoy casi seguro —dijo Ardilla.

—No me refiero a eso —estalló Rain. Luego se echó a correr colina abajo.

—Mierda —mascullé antes de ir tras ella. Cuando la alcancé, había quitado una de las banderas de los *greens* e intentaba partir el asta por la mitad—. Vas a hacer que nos echen de aquí —dije. Le quité la bandera de las manos y volví a ponerla en el suelo, esperando haberlo hecho en el lugar correcto. Luego comencé a llevarla colina arriba otra vez, hacia la sombra de unos árboles donde podríamos ocultarnos de quien fuera que estuviera a cargo de la seguridad del lugar.

—Me da igual. ¿Sabes a quién le encantaría que nos echaran? A la camarera, perra arrogante.

—Basta —dije, exasperada, con las manos en la espalda de Rain mientras la empujaba hacia donde estaba sentado el resto del grupo—. No vamos a darle esa satisfacción, entonces. —Al fin conseguí acomodar a Rain de vuelta a las piedras, en el borde del campo. Me senté entre Rain y Chase mientras ella seguía mentando a todos los

hombres terribles que jugaban al golf, y solo se detenía para fumar del vapeador de Matt—. ¿Estás segura de que quieres fumar eso en este momento?

Me lanzó una mirada furiosa e inhaló una vez más.

—No empieces a juzgarme tú también —escupió, con una expresión herida.

«Lo que quiero es ayudarte», quería decirle. Pero en el estado en el que estaba, sabía que no lo entendería. Me di por vencida y cerré los ojos; las sombras de las ramas de los árboles y el sol suave alcanzaban a colarse entre mis párpados. Intenté olvidarme de Rain por un minuto y permitirme disfrutar del calor de la mano de Chase sobre la mía.

—Nunca voy a cambiar, chicos —dijo Rain unos minutos después, hablando a toda velocidad—. Siempre voy a ser tal y como soy ahora. Rica o pobre, seré la misma imbécil de siempre.

—Yo no —intervino Chase—. Mi plan es ser un nuevo imbécil cada tantos años, solo para no aburrirme.

Solté una risotada, intentando disfrutar de los juegos entre ellos, aunque estuviera molesta por tener que cuidar al desastre en el que Rain se había convertido esa tarde.

Quizá tenía razón, quizá todas las cosas buenas que teníamos seguirían siendo iguales. Pero yo no estaba tan convencida. Las cosas ya habían comenzado a cambiar.

Como para darme la razón, Rain farfulló un pequeño «no, no», se puso de pie, meciéndose como un becerro recién nacido, caminó un par de metros colina abajo y vomitó sobre el suave césped verde del campo de golf.

CUARTA PARTE

Rain



Enero



Cuatro meses antes del incendio



10

Exhausta y aturdida, me senté en el suelo del probador de Urban Outfitters y estudié el desastre que acababa de hacer, los montones de sí y de no requerían de una energía que no conseguía encontrar. Me había despertado al mediodía sintiéndome como un cascarón de persona, con dolor de cabeza, todavía con náuseas después de mis ocurrencias del día anterior en el campo de golf, y luego por mi segunda y más preocupante ronda de vómitos por la ventana de la camioneta de Matt.

Cogí un jersey sobre el que no lograba decidirme y lo pasé del montón del no al del sí. ¿Habría avergonzado mucho a los demás? Debería disculparme con Syd después, cuando saliera del instituto. Había intentado que no bebiera demasiado, recordé, y no me había portado demasiado bien con ella.

En vez de enfrentarme a la idea de llegar cuatro horas tarde al instituto, había conducido el nuevo coche de Joan (su primera compra poslotería, un Range Rover negro que Rusty había insistido en que era perfecto para la nueva Joan) al Urban Outfitters de Rancho Mirage, una tienda a la que Syd y yo habíamos ido varias veces, pero solo para comprar accesorios de rebajas. No era porque quisiera ropa nueva, sino porque estaba cansada. Cansada de que me trataran como basura, cansada de parecer alguien que no pertenecía a ningún lugar. En el fondo, no creía que la ropa fuera a cambiar eso, pero si iba a conseguir que estuviera menos enfadada, ser menos desastrosa, quizás un cambio exterior ayudaría un poco.

Tal vez si llevaba puesta ropa mejor, la gente no vería lo que fuera que siempre veía en mí. Y si podía usar el dinero para sentirme un poco más legítima, entonces podría convertirme en una persona a la que la camarera de un restaurante considerara digna de entrar, alguien a quien los profesores no vieran como un caso perdido, alguien que podía ser amable y educada y tratable, como Joan decía que teníamos que ser ahora que éramos ricas.

—No vamos a ser como esos idiotas con dinero a los que hemos odiado toda la vida —se pasó la semana entera diciendo.

—¿Cómo vamos por ahí adentro? —La voz condescendiente de la dependienta veinteañera de pelo color algodón de azúcar flotó por encima de la puerta del probador. Era la tercera vez que venía a vigilarme—. ¿Necesitas alguna talla distinta? ¿Quieres que devuelva algo por ti?

Me acerqué a la puerta y quité el seguro para que se abriera con un empujón violento. Algodón me miró, la nariz llena de perforaciones apretujadas.

—¿Estás bien?

—¿Tengo que colgar todo lo que no me voy a llevar? —Apunté a la montaña de prendas que estaba en un extremo del banco.

La chica frunció el ceño.

—¿Te vas a llevar todo eso? —Señaló el otro montón. Era bastante grande. Serían unas treinta cosas en total. Sin duda más de lo que había comprado de una sola vez en toda mi vida. Quizá más de lo que la mayoría de la gente compraba de una sola vez, pero qué sabía yo sobre cómo compraba la gente que tenía dinero.

—Sí.

Alzó una ceja.

—Qué suerte. —Sí, suertuda. Salvo porque me sentía fatal. Necesitaba más café, algo de comida. Y necesitaba que Algodón de Azúcar dejara de juzgarme—. Si quieres, te puedo cobrar. No te preocupes por lo demás, nosotros lo colgamos.

—Genial. —Cogí mi bolso y mi montón del sí y la seguí hasta la caja, aliviada de ser una de las muy pocas personas que estaban dentro de la tienda. Comprar tantas cosas era un poco repugnante, como si estuviera luciéndome. Seguro que Algodón me odiaba. «No me importa lo que ella piense», me recordé. Pero en realidad no me lo creía. Lo que la gente pensaba de mí aún me importaba mucho más de lo que me habría gustado. Una vendedora cualquiera, las chicas del instituto, Syd... todo el mundo. Hasta ese momento, el dinero no había cambiado nada de eso.

Mientras Algodón pasaba etiquetas por el lector de códigos de barras, yo saltaba de un pie a otro y me mordía el labio conforme el número en la pantalla se hacía cada vez más grande. Miré mi cartera dentro de mi bolso. Rebosaba de billetes. Joan me había dado tres mil

dólares unos días atrás y me había dicho: «Solo disfruta cómo te va a hacer sentirte durante unos días, cariño». Sí sentaba bien, pero todo en la vida tiene consecuencias. Pagar la comida me sentó genial, pero la sospecha de la camarera me sentó fatal. Fue como si supiera que yo no era nada, que había sido basura y que siempre lo sería. La vendedora pausó la suma y me miró, parpadeante, con la cabeza ladeada, como si analizara quién era yo. «Sip, basura», estuve a punto de escupir.

—Mmm... van a ser más de mil dólares. —Se acercó, se acomodó el pañuelo en la cabeza y abrió más los ojos—. ¿Estás segura de que te llega?

Uf. Igual que en el restaurante, tuve la misma sensación de estar bajo sospecha, de no estar a la altura de los estándares de una desconocida. Humillante. Una confirmación de lo que ya sabía: había algo en mí que siempre se vería inferior, sin importar cuánto dinero gastara.

—Eh... —Hice tiempo, preguntándome si debería sacar el fajo de billetes como hice con la camarera, furiosa por lo desesperada que me sentía, o darme por vencida, decirle que me había descubierto y salir corriendo de la tienda sin una sola prenda.

—Eso es un poco grosero, ¿no crees? —dijo una voz conocida detrás de mí.

—¿Perdón? —Algodón parpadeó—. Solo quería asegurarme, por cortesía. Algunas chicas tienen que devolver cosas. A todas nos ha pasado. —Sonrió y se encogió de hombros para decir que estaba conmigo, no en mi contra.

—¿Le preguntarías a un hombre si tiene suficiente dinero? ¿O a una mujer mayor? Suponer esas cosas es sexista y etarista.

—Pues... —dijo Algodón, de pronto superabsorta en su trabajo de cobrarme y desafanada de la conversación.

Conocía esa voz. Me di la vuelta. Ahí estaba Brie, con su habitual camiseta corta que mostraba el perfecto vientre bronceado y definido que decía: «Solo puedes soñar con tener una confianza como esta». Me sonrió, casi tímida.

—Necesitaba un día de autocuidado. Supongo que somos dos.

—Hola. —No dije nada sobre lo raro que era todo, aunque la cara me ardía por la vergüenza de que me hubiera encontrado allí.

Me saludó moviendo los dedos.

—¿Puedo ver cómo dobla tus cosas? Quiero ver qué has comprado.

Asentí, cortante, con la esperanza de que ese pequeño intercambio no significara que le debía algo a Brie. Lo último que quería era estar en deuda con ella. Nos quedamos en silencio mientras Algodón doblaba. Casi nada de lo que había comprado parecía ser gran cosa en sus perchas, pero soltó algún comentario sobre algunas cosas de todos modos.

Por fin, Algodón me cobró, más fría ya y sin dirigirse a Brie ni a mí. Le di mil trescientos dólares en efectivo, sin atreverme a mirar la reacción de Brie. Estaba pensando en despedirme y salir a toda velocidad cuando señaló la salida.

—¿Vamos?

«¿Vamos a dónde?», pensé mientras salíamos de la tienda como si fuéramos dos chicas que no se odiaban. Tenía que ser un truco, alguna broma pesada de Brie que aún no descubría.

Afuera, en un incómodo silencio con Brie bajo el sol y con el sonido de la música pop genérica del impecable centro comercial, decidí que las dos podíamos jugar a lo mismo, al menos hasta que descubriera qué se traía entre manos.

—Gracias por lo de antes. Estaba a punto de irme —dije—. Lo habría hecho si no hubieras llegado.

Brie se encogió de hombros.

—Fue muy desagradable. Me ha pasado, que la gente actúe como si yo no tuviera derecho a estar en algún lugar.

—¿En serio? —Por alguna razón, no podía imaginármelo. Desde que se fue de Termico y se convirtió en una persona nueva, Brie rezumaba seguridad y poder.

—Todo el mundo trata a las chicas como una mierda. —Metió una mano en su bolso y sacó un paquete de chicle. Me dio un pedazo sin preguntarme si lo quería y cogió uno para sí misma. Para mi desgracia, era justo lo que necesitaba, la boca me sabía a calcetín viejo—. Sobre todo cuando somos jóvenes. Nunca dejes que te hablen así —dijo, con el extraño tono de voz de una *influencer* del emprendimiento o una hermana mayor—. Recuerda que lo más probable es que estén celosos y odien su trabajo.

No me quedó muy claro quiénes eran esos ellos a los que se refería. «No necesito tus consejos», quería decirle.

—Pues gracias —dije, en cambio, pensando que ese era quizás el momento para despedirse y volver a nuestras vidas normales.

—En fin, me he cobrado un poco de venganza por ti. —Brie sacó algo de su bolso y sonrió. Era un vestido de satén azul que aún tenía la etiqueta.

—¿Te lo has llevado? —Alejé a Brie del escaparate de la tienda, donde Algodón no pudiera verla. Me vino a la mente un recuerdo de cuando teníamos nueve o diez años y alguien nos llevaba al centro comercial más cercano al fondo de la colina. Las tres pasábamos horas en Longs Drugs, decidiendo cómo gastar los pocos dólares que habíamos conseguido reunir, qué dulces compraríamos, probándonos maquillaje que no podíamos pagar. Más de una vez, Syd descubrió a Brie poniéndose un pintalabios y un delineador en el elástico de la ropa interior.

Brie se encogió de hombros.

—Sentí que se lo merecía. ¿Tú no?

—Supongo. No sabía que aún hacías eso después de... tanto tiempo. —«Después de que nos dejaras. Después de que te convirtieras en alguien más.» Yo nunca había robado. Era demasiado orgullosa para demostrarles a los dependientes que tenían razón al vigilarme todo el tiempo y suponer que robaría.

—Supongo que puedes sacar a la chica de Termico, pero no puedes sacar Termico de la chica. —Puso el vestido de vuelta en su bolso y buscó algo más adentro—. Seguimos siendo las mismas de siempre, ¿no crees? Aunque las cosas hayan... cambiado.

—Supongo que sí. —La miré con intensidad, pues aún sospechaba que yo estaba a punto de caer en una trampa. ¿Acaso no éramos ya muy distintas en realidad ? ¿No era ese el problema entre nosotras? No sabía qué tramaba Brie, por qué se había vuelto tan dulce de pronto, pero ya había actuado suficiente por un día.

Saqué mi teléfono y fingí sorprenderme al ver la hora.

—Vaya, tengo que irme —dije, mientras comenzaba a alejarme —. Ha estado bien... verte. —No pude decidir si era verdad o mentira.

—Disfruta del nuevo armario. —Brie se despidió agitando la mano. Su cara había comenzado a volver a su máscara de aburrimiento habitual.

—Nos vemos —dije con torpeza, pero Brie ya tenía el teléfono en las manos y había comenzado a escribir a máxima velocidad.

De camino al coche de Joan, intenté imaginarme los mensajes maliciosos que podía estar enviando a sus amigas sobre lo que acababa de ocurrir, las cosas que diría sobre mí a mis espaldas.

Tiré las bolsas en el asiento e inhalé el aroma del cuero caliente, mientras repasaba las cosas en mi cabeza. Miré hacia Brie una última vez, pero ya se había ido, nuestra breve conexión fue un extraño espejismo del desierto que ya había desaparecido.

11

En el instituto, una semana después, estaba parada en el baño junto a los laboratorios, sobre un pequeño pretil medio escondido con el ancho suficiente como para hacerme una bola y desaparecer de la vista del resto. Deslizaba el dedo por el teléfono e intentaba decidir a dónde querría ir a pasar el resto del día después de haber decidido no entrar en clase. Álgebra II era una tortura, y aunque Historia con la profesora Kim me gustaba un poco, no había hecho los deberes y seguro que habría un examen sorpresa. Según mi filosofía de último año, que era hacer lo mínimo indispensable solo para que Joan me viera en la graduación, tenía sentido que huyera temprano.

Tal vez me iría a casa, pondría *Ley y orden* y comenzaría a empaquetar todo mi cuarto. Joan había estado buscando casas para alquilar desde hacía un par de semanas. En cualquier momento, me llevaría a ver las tres mejores opciones, me había dicho, y luego tomaríamos la decisión y nos mudaríamos a las faldas de la colina.

Así que estaba escondida en el rincón del baño del instituto, mirando con ojos entrecerrados otra ronda de fotografías de casas de Joan —una isla de cocina mal centrada, una piscina medio descubierta y lo que parecía ser una chimenea exterior hecha con botellas rotas—, cuando oí a alguien golpear la puerta de un cubículo y respirar agitadamente varias veces, lo que parecía ser un ataque de asma. Esperé escuchar los ruidos típicos de un inhalador, pero no llegaron. Por el contrario, los jadeos empeoraron. Miré al techo y deseé que alguien entrara al baño para que yo no tuviera que lidiar con la situación. Era la persona menos indicada para esas cosas, quizá la persona menos cariñosa y servicial que conocía. Dejé que pasara un minuto, pero nadie llegaba. Aún podía oír la respiración pesada de la chica. Nadie iba a salvarme, tendría que ser una buena samaritana y salvarla yo misma.

Contuve un gruñido, metí los pies en las sandalias y me bajé del pretil.

—Hola. —Me paré frente al cubículo y toqué la puerta—. ¿Estás bien? Te puedo llevar a la enfermería. Tienen un montón de inhaladores extra… —Lo sabía gracias a Matt Richardson, quien, considerando su asma, debería fumar mucho menos de lo que lo hacía.

El cubículo se quedó en silencio. Me agaché para asomarme por debajo y vi los inconfundibles Stan Smith blancos y los calcetines bajos perfectos, los dos con una franja amarilla encima, y los torneados tobillos y piernas de la segunda mejor corredora de doscientos metros vallas del equipo de atletismo de Valley Sands. Por qué conocía ese dato, no tenía ni idea. Los logros de Brianna Walsh eran conocidos por todos, al parecer, nos importaran o no.

Había visto a Brie un par de veces desde que hablamos en el centro comercial una semana antes. Incluso me asintió durante la hora de tutorías esa mañana, pero no habíamos vuelto a hablar. Comenzaba a considerar la idea de salir de allí cuando tiró de la cadena del lavabo y abrió la puerta.

—Ah… Hola. —Una sonrisa lánguida, el delineador corrido debajo de los ojos, los párpados hinchados—. Pequeño ataque de pánico —dijo, avergonzada—. Ya estoy bien.

La examiné. Estaba pálida, quizás un poco verde, incluso, y su expresión pasaba del dolor a la pena y de vuelta.

—No te veo bien.

Parpadeó y los ojos se le llenaron de lágrimas otra vez. Respiró con dificultad, pasó por mi lado de camino hacia el lavabo y se enjuagó la cara.

—Solo es algo que hago a veces. —La sonrisa cargada de dolor otra vez—. Ahora lo sabes.

—¿Es divertido? —Una pregunta extraña, pero eso fue lo que me salió de la boca.

—Ja. Sí, muchísimo. —Se secó la cara con una toalla de papel. Yo la estudié en el espejo. Teníamos casi la misma altura ya. Cuando éramos pequeñas, yo siempre fui una cabeza más alta, pero casi me había alcanzado—. He suspendido un examen.

Tenía que haber algo más que eso.

—¿Y? —La insté a decirme la parte mala de verdad.

—Mi nota media va a bajar.

—¿No tienes una media de diez? —pregunté con tanta suavidad como pude. ¿No era famosa por eso? Estrella del atletismo, consejo

estudiantil, mejor nota… un pequeño examen no podía ser tan importante para alguien como ella.

—Sí, pero solo porque tengo que hacerlo.

Ladeé la cabeza y traté de contener la expresión de burla que sentía formándose en mi cara para no revelar lo ridículo que me parecía todo lo que decía.

—¿Tienes que hacerlo?

Me miró e hizo una mueca. No sabía si era porque estaba avergonzada o porque creía que era una estúpida por no entenderla.

—La universidad. Debo entrar en algún lugar que Ed crea que vale la pena pagar.

Había soñado con Ed después del fiasco en el concesionario. El Ed de mis pesadillas nos llevaba a Joan y a mí por una carretera recta hasta que se salía del camino. Chocábamos por el desierto y pasábamos con demasiada velocidad por encima de las rocas y los arbustos. Incapaz de abrir la ventana, incapaz siquiera de usar los brazos, yo decidía gritar. A pesar de que Joan lo arañaba e intentaba coger el volante, Ed soltaba unas carcajadas horribles mientras nos llevaba hacia el barranco. «No me culpéis a mí —se reía—. Yo solo soy el conductor, y aquí es donde vienen a parar las mujeres como vosotras.»

—La universidad es la única vía por la que voy a poder salir de aquí —continuó Brie—. Por eso me parto el lomo por mis notas. —Alzó una ceja al mirarme—. No soy como Syd o Danny Schuster, yo tengo que esforzarme más.

Pensé en su letra perfecta, casi escalofriante, que parecía impresa a máquina, todas las fichas y tarjetas en las que siempre escribía, cada una con una tinta de color distinto, las notas adhesivas color neón en todos lados. Syd no hacía nada de eso; estudiaba, sí, pero no tenía todo un sistema.

—Estarás bien —dije—. Una mala nota no es el fin…

—Es fácil decirlo —me interrumpió—, pero siempre he sentido que si doy un paso en falso, podría ser el principio del fin. Es como si estuviera en una cuerda floja, ¿sabes? Un movimiento en falso y… puf, me caigo. Todo, todo por lo que he trabajado, desaparece. Y entonces me quedo atrapada en esa casa, con mi padre, para siempre.

—Lo odias de verdad, ¿eh?

—Tú sabes cómo es —respondió en voz muy baja. Había doblado

y humedecido unas cuantas toallas de papel y se las estaba poniendo debajo de los ojos—. Todo es decencia hasta que llega el alcohol. Y entonces no sabes con qué te vas a encontrar.

Asentí. Casi podía verla frente a su casa cuando éramos niñas, sentada en el asiento trasero del coche de Ed unos años después de haber muerto Ellen, con Ed al frente, discutiendo. La voz de Brie diminuta, inaudible, la de Ed retumbante incluso con las ventanas cerradas. La forma en que golpeaba el volante para acentuar lo que decía. Recordé cómo ella se hundía en el asiento, pequeña y desinflada, antes de asomarse por la ventana para verme pasar. Cómo se sonrojaba con esas violentas manchas rojas y miraba a otro lado.

A veces él la agredía así, como si fuera una niña mala, cuando la verdad era que, de las tres, ella era, con diferencia, la más obediente, o al menos la mejor en ocultar sus crímenes infantiles. No podíamos distinguir las palabras a tres casas de distancia, pero sí oíamos los gritos. En más de una ocasión, Joan fue a su casa con algún pretexto inventado —pedir prestado un cable o un par de huevos— solo para que parara. Una o dos veces, nos envió a Syd y a mí. «Solo tocad el timbre y preguntad si Brie puede salir a jugar. Así tendrá que parar.»

Al verla bajo la severa luz del baño y notar sus pestañas casi blancas alrededor de sus ojos hinchados, algo dentro de mí se suavizó. Estaba harta, fatigada y desgastada. Por primera vez no sentí el resentimiento habitual. En cambio, vi a la chica que había perdido a su madre, a la niña con su ropa de la iglesia arrastrada por el pitbull de su padre por la calle polvorienta, aferrada a la correa de *Spanky* como si su vida dependiera de ello. Vi a la niña que Brie fue alguna vez. Y de pronto la descubrí frágil, mucho más cerca del borde de lo que yo habría creído.

—Entonces... ¿tu plan es ser perfecta y tener un ataque de pánico cuando no lo seas?

—Ja —dijo sin sonreír—. Algo así. —Brie me miró por el espejo y luego se vio a sí misma. Podía ver que su máscara, su exterior duro, comenzaba a volver mientras se estudiaba el rostro. Hizo una respiración, profunda y temblorosa, y sacó unos polvos y un delineador de su bolsa—. ¿Quieres ir a algún lado? ¿A fumar, tal vez? —dijo.

Me sorprendió que quisiera ir conmigo a cualquier lugar. Aunque la costumbre y los instintos me instaban a decir que no, la veía muy

inestable, como si de verdad necesitara una amiga. Tendría que ser yo.

—¿El muro? —sugerí, pero Brie negó con la cabeza.

—Conozco un lugar mejor.

Caminamos por los pasillos silenciosos, con las clases iniciadas, y salimos frente a la biblioteca, donde había una especie de caseta de jardinería que nunca había visto. Brie se escurrió en el interior, la seguí. Pegada a la pared de estuco detrás de la biblioteca había una escalera de metal.

—¿Cuánta gente conoce este lugar? —susurré. Con algo de envidia, pensé que era un lugar al que iba con sus amigas.

—Nadie. Yo lo descubrí gracias a un tío que se graduó el año pasado. Y guardé el secreto solo para mí.

Comenzó a subir e hizo un gesto para que la siguiera.

—Genial —dije, sorprendida de que hubiera compartido conmigo su secreto. El techo era plano y tenía un poco de grava. En el centro, alguien había puesto una manta para pícnic impermeable que se mantenía en su lugar gracias a una piedra en cada esquina—. Buena decoración.

Brie se había tomado muchas molestias para que el lugar fuera bonito. Yo creía que ella nunca faltaba a una clase y nunca estaba sola, pero tal vez no era del todo cierto. A fin de cuentas, unos días antes había estado en el centro comercial en horas de clase. Y luego el escondite secreto. Quizá no sabía nada sobre ella.

—¿Verdad que sí?

Nos sentamos en la manta. Era el lugar con más privacidad de todo el instituto. Sin decir nada, sacó un vapeador de lo que parecía un estuche para tampones y le dio una calada.

Cuando me lo ofreció, negué con la cabeza. Me iba a quedar con ella después del ataque de pánico, pero eso no quería decir que pudiera bajar la guardia.

—Bueno —dijo, un poco herida—. Aquí está por si quieres después.

Me recosté y miré al cielo blanco mientras Brie hablaba en voz baja de las cosas que la tenían estresada. La admisión a la universidad, la competencia por la mejor nota media de la generación, todos los trabajos, el bajón que le provocaban los medicamentos para el TDAH que les compraba a chicos que tenían recetas. Su voz, con ese mismo tono un tanto plano que usaba para hablar cuando era niña, llenaba el

aire. Allí arriba no odiaba oírla, a la realeza del instituto Valley Sands, a esa princesa brillante y refinada con sus deportivas blancas resplandecientes y los tobillos tan delicados que parecía que ni siquiera podían sostenerla.

—¿Te dolió? —pregunté, señalando las tres perforaciones en el cartílago de su oreja derecha, todas con pendientes dorados. Syd me contó que había presumido de ellos unos meses antes en clase y nos burlamos de ella por intentar parecer una radical. Pero, ahí arriba, no me disgustaba lo que veía.

—Todo duele algo, ¿no? —Les dio unas palmaditas a los aretes como si quisiera asegurarse de que seguían en su lugar—. Todo lo que hacemos por vernos mejor.

—A mí no. —Me encogí de hombros—. No hago mucho.

—No necesitas hacerlo. —Suspiró—. Toda la vida he querido ser la mitad de atractiva de lo que eres.

—Ay, por favor. —Me enderecé hasta quedar sentada—. Esas cosas no me importan. No soy nada y no soy nadie. Tú eres la reina de este sitio. Eres la única a la que la gente ve.

—Tú te puedes permitir el lujo de que no te importe. —Miró a otro lado, su voz distante, de vuelta a su mundo de todo o nada donde creía que tenía que ser perfecta—. Yo no.

Antes de ese día me habría reído de sus palabras. Pero después de lo que vi en el baño, entendí que había más dentro de ella de lo que demostraba. Era un manojo de inseguridades, como todo el mundo. Como yo.

Nos quedamos ahí sentadas un largo rato, hasta que el cielo pareció vibrar a nuestro alrededor, hasta que sonó la campana y nos recordó dónde estábamos y qué se suponía que debíamos estar haciendo.

12

¿Te puedes saltar la última hora? Estaré en el techo.

Había pasado casi una semana desde que Brie y yo fumamos en el techo, y parecía que el hielo entre nosotras comenzaba a derretirse un poco. Habíamos intercambiado unas cuantas sonrisas tensas en la hora de tutorías e incluso me había saludado en el pasillo una vez. Syd, que me acompañaba a Historia en ese momento, casi tira sus libros por la sorpresa.

—¿Brie te ha saludado?

Me encogí de hombros. Por alguna razón, no le había contado a Syd que pasaba tiempo con Brie. Tal vez era la vergüenza de haber cruzado las líneas enemigas, o tal vez porque lo sentía como algo privado, ver a Brie derrumbarse así. Sabía que Brie no querría que nadie más se enterara.

De todas maneras, era la primera vez que me enviaba un mensaje.

Estaba pensando cómo responderle —¿sí quería ir?— cuando llegó otro mensaje.

Te he traído algo.

Alcé una ceja, tan intrigada como molesta porque Brie sabía que estaría intrigada. «Está bien», contesté, atraída a pesar de mi cautela.

Esa tarde me salté Español y trepé al techo de la biblioteca. Brie estaba dormida o tomando el sol, estirada bocabajo sobre la manta de pícnic, sin zapatos, con la cabeza sobre los brazos doblados. Pisé la grava crujiente del techo hasta que levantó la cabeza, se retiró el pelo de la cara y sonrió.

—Has venido.

Sonaba agradecida y, a pesar de todo, me sentía halagada. Brie, la hormiguita trabajadora, con sus millones de compromisos, me estaba esperando. Y ahí estaba yo, presente, víctima de sus expectativas.

—Te dije que iba a venir.

—Es verdad, sí. —Se sentó y se puso una mano por encima de los ojos para cubrirlos del sol—. Siéntate.

Me senté.

—Espera —murmuró mientras hurgaba en su bolsa—. Tiene que estar por aquí. ¡Ajá! —Me lanzó al regazo algo negro y sedoso—. Espero que no sea muy raro que te lo dé. No me quedaba bien, pero me di cuenta de que era perfecto para ti.

Lo levanté y lo examiné. Un top con cuello *halter*. Parecía caro, como si fuera seda de verdad. Me encantó. La miré por detrás de mis gafas oscuras. ¿Brie y yo éramos amigas? ¿Había algún cerdo volando por ahí?

—Me quedaba demasiado largo. Me gustaría ser tan alta como tú —decía, sin dejar de escarbar en su bolsa—. Eres como un perchero andante.

—¿Te refieres a estos pechos en miniatura? —Puse los ojos en blanco—. Créeme, no es tan divertido.

—Pero te puedes poner lo que quieras —respondió Brie—. Y ahora puedes comprarte lo que quieras. Dime, ¿cómo de fantástico es eso?

—Bueno, tú sabes lo que se siente.

No era como si Brie no tuviera dinero. Tenía un coche deportivo, siempre lo último en tecnología y ropa nueva cada semana.

Una sombra le atravesó el rostro por un brevísimo instante.

—No es lo mismo.

Me encogí de hombros. Otra vez comencé a sentirme incómoda por haber ganado la lotería, a pesar de que ya debía haberme acostumbrado a lo extraño que era que otras personas lo supieran. Desde que Joan fue a recoger el enorme cheque de cartón, gente del instituto que nunca me había dirigido la palabra chocaba las palmas conmigo y me preguntaba sobre ello.

Brie alisó la tela del top sobre mi regazo.

—Pruébatelo.

—¿Aquí? —Miré a mi alrededor. Era un techo muy escondido,

salvo por Brie sentada ahí parpadeando frente a mí. Nadie podría vernos desde abajo.

—Me doy la vuelta —dijo. Y lo hizo.

Mientras me cambiaba, Brie sacó su vapeador. Me quité la blusa y me metí en el top tan rápido como pude. Sin necesidad de verme en el espejo, supe que me quedaba perfecto, como si me lo hubieran hecho a la medida.

—Lo sabía —dijo Brie. Le dio una calada al vapeador y me lo ofreció. Esta vez lo acepté—. Te queda perfecto.

¿Habíamos pasado de fingir ser amables a ser amables?

—Gracias —dije. Era justo de mi estilo, pero más elegante de lo que acostumbraba a usar—. ¿Estás segura de que no quieres quedártelo? Es un poco... elegante. Y no es que tenga dónde usarlo.

—Ya lo tendrás —dijo.

—¿Ah, sí?

—Tu vida está cambiando. Ya lo verás —sentenció.

Lo medité un poco. Cuando nos mudáramos donde Joan decidiera, viviría en una gigantesca casa alquilada que me daría un poco de vergüenza. Pero eso no quería decir que toda mi vida fuera a cambiar por completo, ¿o sí?

—Recuerdo cuando nosotros nos fuimos de Termico —dijo Brie, como si me hubiera leído la mente—. Pensé que todo seguiría igual. Misma vida, diferente casa, ¿sabes? Pero no fue así.

—Mismos padres, eso sí. —Bromeé, y me arrepentí de inmediato, recordando lo que Brie me había contado sobre Ed. Le devolví el vapeador.

—Por desgracia.

Sus ojos se encontraron con los míos, luego miró la blusa.

La hierba había comenzado a hacer efecto y me hacía notar pequeños detalles: la sensación del viento cálido en mis hombros descubiertos, los picos y valles en la voz de Brie, cómo sonaba igual que cuando éramos niñas.

—Esta cosa es fuerte.

—Ya lo sé. —Brie cerró los ojos, exhaló el vapor hacia arriba y sonrió—. Me llevó un tiempo acostumbrarme. Tuve que encontrar un nuevo camello cuando encerraron a Araña.

Parpadeé.

—¿Araña te vendía?

—¿No le vendía a todo el mundo? —Esa inocencia distraída siempre fue algo que me molestó de Brie, la idea de que todos éramos iguales y teníamos las mismas ventajas. Pero en ese momento no me afectó. En ese momento solo pareció ingenua.

«No sabría decirte —quería contestarle—. Nunca he podido desperdiciar mi dinero en drogas.» Hasta ahora, acababa de darme cuenta.

—A mí no —dije, sin más.

—Como sea. Whit ha sido bueno. Está un poco loco, pero es fiable.

Whit fue amigo de Araña durante años. Tenía el pelo rubio grasiento, los dientes torcidos y ropa demasiado sucia y harapienta. Sabía que era cocinero en un Denny's, pero tal vez ganaba un poco de dinero extra vendiéndoles drogas a Brie y sus amigas. Vivía cerca, aún más adentro de las profundidades de Termico que nosotras. Nos había invitado a Syd y a mí a pasar el rato las pocas veces que lo vimos desde que Araña se fue. Siempre dijimos que no, sin siquiera molestarnos en ver qué podría pensar la otra, pues siempre nos había parecido demasiado sospechoso. «Fiable» no era una palabra que habría esperado escuchar cuando alguien lo describiera.

Estaba por preguntarle a Brie más sobre Whit cuando sonó la campana. Un segundo después, mi teléfono vibró con un mensaje de Syd.

¿Qué plan tenemos?

Sonreí, todavía colocada, y me imaginé qué diría Syd si le dijera que estaba en el techo de la biblioteca, fumando hierba con Brie Walsh.

—A Syd le va a dar un infarto cuando se entere de que estamos juntas —dije, mientras le enseñaba el mensaje a Brie.

Pero una expresión recelosa se apoderó de su rostro.

—No se lo digas.

—Eh... —dije, parpadeando—. ¿Por qué no?

—Le va a molestar. Ya sabes cómo es.

«Ya estamos», pensé, con los ojos en blanco detrás de las gafas de sol. La Brie celosa y resentida de siempre asomaba su horrible cabeza otra vez. Nunca entendió a Syd como yo, ni siquiera cuando éramos niñas. Siempre se tomó la timidez y el retraimiento natural de Syd

como algo personal.

—Qué va. Va a estar bien.

—¿Cómo se ha portado con todo lo de la lotería? —Brie estiró las piernas y flexionó el torso para tocarse los pies. Podía llegar hasta los talones, por encima, con las piernas estiradas por completo. «Si lo de la universidad no le sale bien —pensé—, podría tener un canal de yoga en YouTube.»

—Bien. Genial —dije. Pero en cuanto lo dije me pregunté si de verdad sería cierto. Todavía no le había contado a Syd que ya habíamos escogido una casa, una enorme caja de estuco en Palm Springs. Sentía una oleada de alegría y luego una sacudida de mortificación cada vez que me lo imaginaba. Pero cada vez que intentaba decírselo a Syd, me contenía. No sabía si era porque quería protegerla de tener que pensar que ya no viviríamos en la misma calle o para protegerme a mí de lo incómoda que sería esa conversación. Solo sabía que eso sería difícil, la primera prueba concreta de que las cosas estaban cambiando.

—Qué bien —dijo Brie, pero no sonaba convencida—. Yo solo recuerdo que, cuando me mudé y tuvimos un poco más de dinero, las cosas cambiaron mucho. No fue tan fácil con todo el mundo.

Nosotras. Se refería a nosotras. A Syd y a mí.

—Sí —dije—. Pero yo nunca pensé que fuera el dinero o que te mudaras lo que hizo que nos separáramos.

—No seas inocente —resopló Brie—. El dinero lo cambia todo. La gente se pone celosa. Tienes que tener cuidado, Rain. Syd puede fingir que está tranquila, pero óyeme bien, te va a dejar como vosotras me dejasteis a mí.

—No lo creo —dije. Le lancé una mirada con los ojos entrecerrados—. Y no es así como yo recuerdo que fueron las cosas.

Quizás así era como ella se explicó las cosas a sí misma cuando nos abandonó años atrás, que estábamos celosas y que fuimos nosotras quienes nos alejamos de ella, cuando en realidad había sido todo lo contrario.

Pero Brie quizá tenía algo de razón con respecto a Syd, a pesar de que yo no quería admitirlo. Las cosas estaban cambiando. Podrían ser complicadas. ¿Por qué no le había dicho a Syd que Joan y yo habíamos ido a ver casas el domingo? ¿Por qué no había tenido el valor de decirle lo que pasó con Brie una semana antes? Ni siquiera le

había contado lo que Ed le dijo a mi madre en el concesionario.

Brie se ajustó las gafas.

—Sea como sea, después no digas que no te lo advertí.

Me encogí de hombros como si no me importara. Y tal vez no importaba, no después de tanto tiempo. ¿En verdad todo había sido solo un malentendido? ¿De verdad creía Brie que fuimos nosotras las que la abandonamos? Sentí cómo toda la ira a la que me había aferrado comenzaba a retroceder, y cómo, en su lugar, aparecía una extraña y nueva curiosidad.

—Te eché de menos cuando me fui, ¿sabes? —dijo Brie, casi en un susurro—. Sé que nunca te lo creerás, pero así fue.

—Y yo te eché de menos a ti —respondí—. Eras mi amiga.

—Todavía lo soy —dijo ella—. O podría serlo.

Me mordí el labio y asentí para mis adentros.

«Voy a hacer recados con Joan», le escribí a Syd. Me tragué la culpa de mentirle y guardé el teléfono.

Recostada en la manta, Brie parecía la niña callada y seria con la maraña de pelo rubio casi blanco que recordaba de Termico. La niña que alguna vez nos llevó al cañón, detrás de la choza tenebrosa a la que las tres le teníamos miedo, hasta un estanque que encontró entre los rastros de unas llantas. Syd y yo estuvimos a punto de gritar cuando nos acercamos lo suficiente para ver que estaba lleno de renacuajos.

—Vamos a cuidarlos —dijo Brie, ya con tres bolsas herméticas en la mano—. Podemos construirles espacios que no se sequen cerca de nuestras casas.

Al coger la bolsa llena de renacuajos sellada que me dio, sentí que no estaba a la altura de la responsabilidad. Fue en esa época cuando mis notas cayeron en picado y en el colegio comenzaron a reunirse con Joan y todos mis profesores expresaron su preocupación.

—No confío en que pueda mantener algo con vida —murmuré—. Lo voy a echar a perder.

—Yo sí confío en ti. —Brie me miró a los ojos y frunció el ceño, llena de esa voluntad de acero que comenzaba a desarrollar—. Eres Rain Santangelo y puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

¿Cómo sería dejar atrás todas esas cosas horribles que había entre nosotras? ¿Cómo sería tener a ese torbellino de poder y aplomo de mi lado otra vez? ¿Cuánta paz sentiría si dejaba de odiarla? ¿Podría ser

que mi vida, con todo lo que se suponía que estaba por cambiar, incluyera una nueva relación con Brie?

—Estoy abierta a la posibilidad de una amistad —dije, cautelosa—. Quiero decir, eso suena bien.

—Genial —dijo ella, como si estuviera decidido ya, como si los años de historia compartida se hubieran borrado de repente.

Y, así como así, estaba de vuelta en el mundo de Brie Walsh, un lugar que llevaba años sin visitar, pero que recordaba haber querido mucho.

QUINTA PARTE

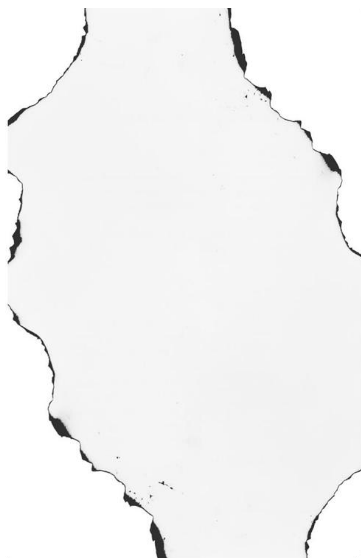
Sidney



Marzo



Dos meses antes del incendio



13

No voy a poder ir hoy. Prdn × cancelar.

¡Te lo compensaré pronto! Promesa. Tengo que desempaquetar y otras tonterías con Joan.

Miré por la ventana de la gasolinera de Shell a una mujer con un uniforme de PG&E que ponía gasolina en una camioneta blanca, con la cara iluminada de rosa por el brillo del atardecer. Era la segunda vez que Rain me plantaba en una semana. Inhalé y contuve el aire tanto como pude mientras respondía. Un espasmo de dolor me azotó en el pecho como una nota mal tocada en una guitarra.

No te preocupes. Te veo en el instituto.

Rain tampoco había ido mucho al instituto esa semana, pero daba igual.

Me metí el teléfono en el bolsillo y le devolví mi atención al trabajo.

—Surtidor tres —La mujer de PG&E estaba frente a mí con dos tubos de Mentos de fresa en la mano—. Y estos.

Le cobré y deslicé el cambio por el mostrador.

«Periodo de adaptación», me dije. Eso era la distancia entre nosotras. Rain había estado preocupada y era más que comprensible. Acababa de mudarse a su casa nueva el fin de semana anterior. Desempaquetar y asentarse debía haber sido agotador. Si en esta ocasión no podía recogerme del trabajo como habíamos quedado, entonces la vería pronto. Pero incluso mientras me decía todo eso a mí misma, el dolor centelleaba.

Mientras las Santangelo desempaquetaban y se acomodaban en su nueva vida montaña abajo, yo seguía en lo mismo de siempre: combinar los deberes con mi trabajo en la caja de la gasolinera de Shell en la carretera, a dos kilómetros de distancia de mi casa y el

instituto.

Incluso antes de que Rain y Joan se mudaran de forma oficial, parecía que había comenzado a tomar un poco más de distancia conmigo. Desde que Joan cobró el cheque de la lotería, Rain había estado más ocupada. Con qué, no tenía ni idea. Quizá le preocupaba que estuviera molesta o algo así, pero no lo estaba. Solo echaba de menos a mi amiga.

Me prometió —algo poco realista, pensé, aunque ella insistió— que me iba a llevar y traer del instituto todos los días en cuanto tuviera un coche, pero no lo había comprado aún. O si lo había comprado, yo no lo sabía.

—¿Manzanilla o menta, Sydney? —Mi jefe, Rafid, había salido de la oficina en la parte de atrás para rellenar su té, como hacía cada hora, y le alegraba que lo acompañara con una taza.

—Hoy me siento aventurera —sonreí—. ¿Qué tal verde?

—Una chica salvaje.

Sacó una bolsa para cada uno de la caja de tés en la sección del café y se dispuso a llenar los termos con el logotipo de Shell en los que había escrito nuestros nombres con rotulador varios meses atrás.

Rafid no era mala persona. Había trabajado con él desde que tenía quince años y ya era una especie de amigo, tan amigo como podía ser un hombre de cincuenta y ocho años. Cuando nuestros turnos coincidían, solía dejarme sola con mis pensamientos o se quejaba de su hijo, Amir, que vivía de la fiesta o estaba a punto de ser expulsado de USC, a juzgar por lo que Rafid vislumbraba en el extracto de la cuenta de la MasterCard de Amir. Sabía que Rafid me respetaba, aunque fuera un poco, porque ese otoño había comenzado a pedirme consejos al respecto.

«Dos de la mañana, tres de la mañana, comiendo fuera —decía Rafid cada par de semanas—. Llena el depósito a las cinco de la mañana. Y sé que Amir no se despierta a las cuatro de la mañana. Se pasa toda la noche haciendo quién sabe qué y gritarle no cambia nada.»

Siempre le sugería las mismas dos cosas: que le quitara la tarjeta de crédito de inmediato o que le exigiera a Amir que comenzara a pagarla cada mes. Me aseguraba de encogerme de hombros para que no pareciera que lo juzgaba, a lo que Rafid asentía y sorbía su té con limón apesadumbrado.

Pero esa noche nuestra conversación se centró en Joan y Rain. Como el resto del mundo, Rafid había escuchado la noticia. A pesar de no haber visto la transmisión en la que recibieron el cheque, todos en Termico hablaban de la madre soltera que acertó los números del Mobil del final de la carretera.

Rafid conocía a Rain, por supuesto. Ella había pasado el rato conmigo en la gasolinera de Shell desde que conseguí el trabajo, esperando a que terminara mi turno o haciéndome compañía cuando estaba demasiado nerviosa para estar en casa. El verano anterior habíamos pasado varias horas intentando convencer a Rafid de que la contratara después de que perdiera su trabajo en el salón de belleza, pero nos dijo que no había manera. Nunca supe si le tenía miedo, si no confiaba en ella, o las dos cosas. La mayoría de la gente que no conocía a Rain tenía una percepción equivocada de ella. No sabía cómo hablar con los adultos, cómo quedarse callada ni cómo comportarse. Era como si su personalidad estuviera demasiado cerca de la superficie y no tuviera herramientas para contener sus opiniones y emociones, ningún método para tranquilizarse.

—Si el billete al menos hubiera salido de Shell... —Después de dejar mi té en la caja, Rafid suspiró y se frotó la incipiente barba blanca—. El negocio estaría por las nubes. Seguro que estamos perdiendo dinero por toda la gente que va al Mobil a chafardear. ¿A menos que los fieles de la lotería crean que un rayo no cae dos veces en el mismo sitio? —Me miró, ansioso.

—Puede ser. —Me encogí de hombros—. Es difícil de saber.

Yo aún no terminaba de procesar todo lo que estaba ocurriendo. A pesar de que Rain me había dicho que tendría mi propia habitación en su nueva casa en Palm Springs, era difícil no sentirse un poco abandonada.

—Seguro que lo van a perder todo muy pronto —dijo Rafid.

Parpadeé, ofendida en nombre de Joan y Rain por la insinuación.

«Me preocupa que todos los idiotas a los que Joan ha conocido vayan a estar pegados a nosotros», me había dicho Rain la última vez que fue a verme antes de la mudanza, con un dedo sobre la pantalla del teléfono. «Aquí dice que los ganadores de la lotería tienen que lidiar con mucha gente que quiere quitarles el dinero o estafarlos, y que esas personas empiezan a molestarlos porque creen que no se lo merecen.»

«Vosotras no dejareis que eso pase», le dije en aquel momento.

—¿Perder seis coma cuatro millones de dólares? No lo creo —le contesté a Rafid.

Él sorbía su té.

—La mitad se va en impuestos. Les quedan tres millones. ¿Tú y yo, Sydney? Somos responsables. Lo pondríamos en el banco, dejaríamos que creciera. Mientras, llevaríamos una vida sencilla en una casa pequeña.

—Sí —dije, sin saber a dónde quería llegar con eso o cómo podía estar seguro de que yo viviría de forma modesta. Tal vez lo haría. A Rafid debía parecerle moderada cuando me comparaba con Amir, pero ¿no era solo mi pobreza? Tal vez, si tuviera dinero, no sería nada moderada.

—Pero la mayoría de la gente no es responsable. Empiezan a vivir como ricos cuando en realidad no son ricos. —Rafid colocaba las megabolsas de patatas mientras hablaba, poniendo las de sabor BBQ en su lugar, lejos de las de crema con cebolla—. Esa cantidad de dinero parece infinita al principio, pero muy pronto queda solo un millón y medio. Y luego llegan las cuentas y cuentas y cuentas. Y de repente... ¡puf! —Golpeó la caja con sus palmas en ambos lados, para que las monedas que estaban dentro se sacudieran, lo cual me sobresaltó—. En unos años, se termina. Están donde empezaron. Aunque ganen diez, doce, veinte millones, siempre pasa lo mismo. Algunos terminan más pobres de como empezaron.

—Puede ser. —Mentiría si dijera que no había algo en esa historia que me resultaba reconfortante. Sí, quería que Joan y Rain fueran más ricas de lo que pudieran soñar. Pero había una parte horrible de mí, que había logrado suprimir casi por completo, que no estaba del todo feliz por ellas. Ni siquiera era porque me hubiera gustado ser yo quien ganara, aunque sí había llegado a pensarlo, y a imaginarme cuántos problemas de mi familia podrían resolverse con el dinero. Lo que deseaba con más frecuencia era que no le hubiera pasado a nadie que conociera para que las cosas siguieran como siempre fueron: Rain y yo contra el mundo.

—Deberías advertirle a tu amiga —dijo Rafid con una expresión funesta— que sus problemas podrían estar comenzando.

—Está bien, Rafid —dije—. Lo intentaré.

Pero no habría forma de que le dijera nada de eso a Rain.

Estarían bien. Mejor que bien. Joan podría ser excéntrica, pero era inteligente. Igual que Rain.

Cuando Rafid cogió una llamada y empezó a hablar en bengalí, me obligué a sacar la lotería de mi cabeza.

Me pasé la siguiente hora limpiando y rotando los estantes de dulces frente a la caja para que la mercancía vieja quedara delante. Era jueves por la noche y todo estaba muerto, solo tuve que llenar unos cuantos depósitos, muy pocos se tomaron la molestia de entrar a comprar chicles, agua o a usar el baño. Dejé que mi cabeza divagara hacia lo que mamá podría hacer con una fortuna así. Incluso con una fracción de ella podría dejar su trabajo en Five Fronds y terminar el curso de estética que dejó cuando se quedó embarazada de Araña. Quizá podría abrir su propio salón. Sin duda pagaría la deuda de sus tarjetas de crédito.

Apenas comenzaba a entender lo que ese dinero podría significar para Rain. Siempre habíamos hablado de mudarnos a Los Ángeles, conseguir trabajo como *gaffers*, fuera lo que fuese eso, o cualquier otro trabajo que pudiéramos conseguir en los estudios de las películas mientras encontrábamos nuestra gran oportunidad en Hollywood. Rain lo iba a intentar justo al terminar el instituto; yo le dije que la acompañaría en verano, cuando estuviera libre de la universidad, donde planeaba estudiar algo sensato, algo que me consiguiera un trabajo seguro.

Aunque siempre me encantó hacer planes de ir a Hollywood con Rain, no podía permitirme el lujo de improvisar mi vida. Yo era la que debía sacar a mi familia de tener que vivir al día. En ese momento más que nunca, con Araña en la cárcel, me correspondía no meter la pata. Por eso me concentraba tanto en el instituto, investigaba universidades que pudieran darme dinero, y le había preguntado a mi tía Debbie si podía vivir en la habitación que tenía para alquilar en Oxford, Ohio, si me aceptaban en Miami.

Pero Rain nunca tuvo un plan alternativo. Durante todo el instituto supuse que iba a terminar en la Universidad del Desierto, viviendo con Joan mientras averiguaba qué hacer en su vida. Pero ahora sí podría intentar vivir en Los Ángeles, el dinero no se le iba a terminar en una semana ni en un mes. Ni siquiera en seis meses.

Eso es lo que te daba el dinero: la posibilidad de arriesgarte, de perseguir un sueño y ver qué ocurría.

Estaba perdida en mis pensamientos y aspirando las estanterías con el aspirador de Rafid cuando sonó el timbre de la puerta al abrirse. Miré al espejo convexo de detrás de la caja y vi que Chase acababa de entrar, balanceando las llaves de su coche en el dedo índice.

«No te desesperes, tonta», me dije.

—Hola. —Bien. Soné casi normal, aunque un poco emocionada. Había conseguido no hablar demasiado fuerte ni demasiado bajo ni caerme. Rafid no me obligaba a usar uniforme, pero sí insistía en que me pusiera la gorra negra con el logotipo de Shell. Así que Chase me estaba viendo con mi gorra de Shell. Mortificante.

—Ah, hola. —El hueco entre sus dientes centelleó. Me pregunté cómo me sentiría al tocarlo. Se aclaró la garganta durante lo que pareció ser demasiado tiempo. ¿Estaba nervioso?—. Estás aquí.

—Aquí estoy.

Y luego lo tuve a mi lado, los dos en el mostrador, del lado de la clientela. Sentí la necesidad de ofrecerle algo. Una bolsa de patatas, un dulce. Una de las cosas que estaba a punto de expirar que siempre conseguía regalarle a Rain sin que Rafid se diera cuenta. Pero en ese contexto me pareció que sería raro. Nadie del instituto subía hasta allí, a menos que fueran de Termico. Eso hacía que mi trabajo fuera tolerable: no había nadie que se burlara de mi gorra. Pero ahí estaba Chase.

—Qué... alegría verte —dijo. ¿Estaba sonrojado? Podría haber jurado que lo estaba. Habíamos pasado tiempo juntos en el grupo, pero esto era un paso más allá. Era la primera vez que estaba a solas con él.

—¿Paseando por el Valle de la Muerte? —bromeé con la esperanza de romper la tensión.

—Ja, ja. —Tragó saliva, y la manzana de Adán le subió y le bajó —. He venido a comprobar algo. Qué alegría haberte encontrado.

—¿A comprobar? —repetí como una tonta.

—Dijiste que trabajabas aquí los martes y los jueves, pero no sabía a qué hora, así que he tenido que adivinarlo. —Sonrió.

—Tienes buena memoria.

—Y... —dijo— ¿cómo estás? —Su sudadera gris tenía los puños raídos, pero parecía limpia y cálida. Se sacó las manos de los bolsillos y se balanceó sobre los talones. Alcancé a verle los dedos raspados en

una mano, las zapatillas rasgadas, la pequeña cicatriz sobre la ceja. Las marcas de una vida patinando. Caerse y volver a levantarse mientras se aprende a volar. Tenía el cuerpo golpeado, abatido, fuerte y cálido. Como un lugar en el que yo querría vivir.

—¿Que cómo estoy? —Me aclaré la garganta, furiosa conmigo misma por lo estúpida que había sonado. Me di cuenta de que tenía una bolsa de Skittles en la mano y la puse otra vez en su sitio, en el segundo estante de abajo a la derecha. Me volví para verle de nuevo —. Estoy... ¿bien?

—Definitivamente, pareces muy segura de ello. —Esa sonrisa torcida. Ay, Dios mío.

—Yo... eh... —Tosí—. No, en serio, estoy muy bien. —Mi mejor amiga se alejaba de mí, literal y metafóricamente, y tenía puesta una gorra horrenda enfrente de un chico que me ponía de lo más nerviosa, pero fuera de eso, estaba de maravilla.

—Estaba preocupado. —Chase se detuvo, cogió una bolsa de M&M’s con cacahuete y comenzó a pasársela de una mano a otra.

—¿Preocupado? —¿Se preocupaba por mí?

—No habéis ido al Super8. —Lanzó la bolsa al aire y dio un giro de trescientos sesenta grados antes de atraparla.

Sentí cómo me sonrojaba otra vez. Luego, pensar que Chase se daba cuenta de si yo estaba o no en algún sitio me hizo ponerme más roja.

—Han sido unas semanas raras. Y he tenido que cubrir algunos turnos aquí. Pero volveré pronto.

—Qué bien.

«¿Qué bien?»

—¿Nos echas de menos? —pregunté, intentando que pareciera un chiste.

—Te echo de menos.

A mí, no a Rain. No éramos un combo, como de costumbre; no éramos Rain, la impredecible, y su segundona aburrida. Intentó hacer otra maniobra estrafalaria con los M&M’s, la lanzó entre sus piernas y la bolsa cayó al suelo. La levantó y sonrió. Intenté ignorar el vuelco que me dio el estómago, la forma en que mis manos querían ir directas a mi pelo y arreglarlo, aunque estuviera metido debajo de la desastrosa gorra de Shell. Me reí de mi propia torpeza, y Chase se rio también.

—Sería divertido volver a patinar contigo, Sydney Green. —Esa chispa en sus ojos. ¿Qué debía tener eso de que alguien dijera tu nombre completo que hacía que te derritieras?

—Sí, sería divertido. Pero no soy tan buena.

—Claro que sí. Lo haces genial.

Hablamos un poco más, de nada en realidad. El instituto. Las personas a las que conocíamos. Una película nueva que Chase quería ver el fin de semana. La universidad. Luego pagó sus M&M's y se fue.

—Nos vemos en el insti —balbuceó al salir.

—No si yo te veo primero —respondí antes de volver a sonrojarme más de lo que creía posible.

Pasé las últimas dos horas de mi turno con un cosquilleo en el vientre solo con pensar en esa persona que había aparecido como por arte de magia. Que me vio a mí. A mí, no a Rain. Sydney Green, la de los tejanos y las camisetas ordinarias, con el pelo que no era rubio ni castaño, con el cuerpo que no era ni alto ni bajo, con la cara que no era nada especial.

Pero a Chase le gustaba tal como era. Le gustaba cómo patinaba. Me escuchaba cuando le hablaba y quería saber más sobre mí. Incluso me echaba de menos cuando no estaba cerca.

Toda esa noche fue como si una pequeña puerta se me hubiera abierto en el pecho y por ella fluyera miel, dulce y lenta. Me imaginé con las manos sobre el vientre de Chase, sobre sus manos. Me preguntaba cómo sentiría su piel bajo mis manos.

Pensé en escribirle a Rain y contarle que Chase había ido al Shell. En otras circunstancias, es justo lo que hubiera hecho. Pero ahora las cosas eran distintas. Al parecer, estaba demasiado ocupada para mí. Desempaquetando lo que fuera. Hacía cosas nuevas que ni siquiera me podía imaginar porque Rain no tenía tiempo para contármelas. Una pequeña visita de Chase no podía compararse con eso.

Pero también disfrutaba de que aquello solo fuera mío. Nunca había tenido vida privada, algo que no compartiera con Rain. En cuanto ella lo supiera, comenzaría a disparar preguntas y opiniones.

Por el momento, no quería que nada arruinara lo bien que me sentía. Estaba feliz de guardarme el secreto, de moldear lo que fuera que tenía con Chase en algo con potencial, igual que cuando moldeábamos la arcilla en la rueda de la clase de Cerámica en el instituto, persuadiéndola con una mínima presión de los dedos hasta

que encontraba la forma ideal.

14

El domingo a las nueve de la mañana, Rain subió rugiendo por la calle Clay en un Mini Cooper negro con una franja blanca en el capó y tocó el claxon.

Salí en pantalones cortos y camiseta, con los pies metidos en las zapatillas de mamá y restregándome los ojos por el sueño.

—No.

—Es un maxi-Mini. —Me sonrió desde atrás del volante—. O un Mini-maxi. Nunca me acuerdo de cómo es. ¿Te gusta?

—¿Quién eres? —Puse una mano en el capó. Cuando la quité, quedaron marcadas mis huellas como la única mancha en la superficie negra del coche. Caminé hacia la ventana abierta de Rain y me asomé —. Entonces… ¿nada de Nissan de Walsh para ti ni para Joan?

Rain resopló.

—Decidimos comprarlo en otra parte. —Se puso las gafas de sol en la cabeza y se revisó el delineador en el retrovisor—. Pero Ed se merece algo peor —añadió, entrecerrándole los ojos al espejo.

—¿Qué quieres decir? —Sabía que Ed no había querido negociar el precio con ellas, pero todo eso había quedado atrás, ¿o no?

—Nada. No importa. Ven. —Me llamó con el dedo—. Huele mi coche. —Metí la mitad del torso en el coche e inhalé el aroma a nuevo. La tapicería estaba forrada con un grueso cuero marrón—. Súbete. —Le dio unas palmaditas al asiento que tenía a un lado—. Espera, no. Pensándolo bien… —Bajó del coche y dejó la puerta abierta para mí. Luego corrió descalza por el pavimento agrietado hasta el otro lado del coche. Señaló el asiento del conductor—. Tú conduces.

—No puedo, Rain. Es demasiado nuevo. ¿Y si lo estampo?

—Compro otro.

—Ah, bueno. —Me reí y me quedé parada, titubeante, con una mano sobre el capó del coche.

—¿Podrías subir ya, por favor? Si tengo un coche y tú no lo

puedes conducir, entonces no lo quiero. —Me frunció el ceño, impaciente o molesta, supuse, por darle más importancia de la necesaria.

—Está bien. —Ya que al fin estábamos juntas de nuevo, tal vez las cosas comenzaran a volver a la normalidad. ¿Quién era yo para decirle que no, sobre todo después de que hubiera subido hasta Termico?—. Déjame ir a por mi bolso…

—No lo necesitas. Te traigo de vuelta después. Anda, súbete ya. ¡Te ordeno que conduzcas!

—¡Vale, vale! Dios mío. —La exaltación de Rain era contagiosa. Cualquier cosa por la que pudiera haber estado molesta antes se evaporó con la luz que irradiaba.

—¡Esa es la chica a la que adoro! —Rain echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada.

Al volante de ese coche, montaña abajo desde Termico, con Rain a mi lado, Beyoncé a todo volumen en la radio, casi pude sentir la benevolente mano del destino que había bajado del cielo y levantado a Rain; quizá me levantaba a mí también, porque Rain era mía.

Seguimos hacia el sur por el valle. Rain me pidió que usara Waze, porque aún no sabía moverse por ahí. Me giré para mirarla en un semáforo. Tenía una blusa nueva, un *halter* negro de seda que le quedaba a la perfección. Tenía mucha ropa nueva, pero ese top era un poco más formal que sus camisetas habituales.

—Te veo genial —le dije—. Te has arreglado para comprar el coche, ¿verdad?

Rain asintió.

—Te has dado cuenta.

—Me encanta la blusa —dije. Pisé el acelerador y adelanté a un miniván que iba a girar a la izquierda.

—De hecho… —Hizo una pausa extrañamente larga y luego carraspeó—. Brie la escogió.

—¿Qué? —Por un segundo estuve segura de que no la había oído bien.

—Me la encontré en el centro comercial hace un par de semanas y medio acabamos… pasando un rato juntas en el instituto. —Rain se encogió de hombros y puso una cara tímida, como si los años que había pasado despotricando contra Brie hubieran sido un pequeño error—. Se ha portado bastante bien, a decir verdad.

Ahí estaba esa patada en el estómago, la sensación de haber llegado tarde a una fiesta llena de desconocidos, de que todos se ríen de un chiste que tú no has escuchado. Me concentré en conducir, no quería mirarla. ¿Brie ya habría visto el coche nuevo de Rain? ¿Su casa?

—Entonces, ¿ahora sois amigas? Vaya, supongo que nadie me había informado. —Me arrepentí de decirlo casi al instante. Sentí la mirada de Rain sobre mí, estudiando mi reacción. Seguramente se preguntaba si estaba celosa o me sentía herida. Las dos cosas, en realidad. ¿Por qué me lo había ocultado? ¿Creía que tenía una dependencia tan patética que no soportaría que arreglara las cosas con Brie?

—Tal vez. ¿Está permitido? —Lo preguntó con desenfado, con el tono de un chiste inocente, pero eso no hizo que doliera menos.

—Pues… —¿Habría estado permitido que yo me juntara con Brie a sus espaldas? ¿Cómo habría reaccionado Rain?—. Claro.

Inhalé profundo y me obligué a olvidarlo. No quería arruinar nuestro primer paseo juntas en su coche nuevo, la primera vez que nos veíamos después de lo que parecía una eternidad, aunque hubiera sido solo una semana.

Pero no pude resistirme a ponerle sal a la herida.

—Solo me ha sorprendido.

Rain asintió, pensativa.

—A mí también. Tal vez hemos estado equivocadas todos estos años. —Subió los pies descalzos a su salpicadero nuevo, uno de ellos justo encima de la ventanilla—. O tal vez ha cambiado. Ha sido muy… humana. Es como si la vieja Brie estuviera de vuelta, la que nos caía bien.

—Pues qué bien —dije, recelosa.

Rain siempre había estado más obsesionada con odiar a Brie que yo. Siempre buscaba formas en las que nos podría haber ofendido o agraviado. Pero, al parecer, Rain iba a ser la primera en recibirla de nuevo. Quizás era parte de su tendencia a verlo todo en blanco o negro. A sus ojos, las personas eran perfectas o terribles, sin puntos intermedios. Yo sospechaba que Brie, como todo el mundo, estaba en un punto intermedio, y no tenía interés en explorarla más allá de eso. Íbamos a graduarnos pronto. No necesitaba amigas nuevas. Solo quería conservar a las que ya tenía.

Miré de reojo a Rain. Tenía esa sonrisa de asombro y fantasía otra vez. Comprendí que nada iba a arruinarle el buen humor. ¿Por qué habría de hacerlo? Literalmente, había ganado la lotería.

«Es increíble poder disfrutar de su buen humor», me dije. No importaba si Brie y ella dejaban de odiarse.

Podía, incluso, fingir que me alegraba.

—Me alegro de que hayáis hecho las paces —dije. Subí el volumen de la música y dejé que el bajo retumbante de Juice WRLD nos pasara por encima—. Me encanta este coche para ti. —Sonreí y le apreté la mano. Ella me la apretó también. Esperaba que eso significara que habíamos terminado de hablar de Brie Walsh.

La casa, cuando llegamos, era como una ilusión óptica, un gigantesco rectángulo de techo plano que estaba montado sobre un rectángulo más pequeño, la sala con muros de cristal balanceada sobre la nada por encima de su patio delantero ecológico, lleno de rocas y plantas desérticas.

—La construyó un viejo director de Hollywood —me contó Rain mientras aparcaba el coche en la calzada bordeada de cactus—. Ahora Joan está obsesionada con él. Me ha amenazado con obligarme a ver todas sus películas.

Yo miraba la casa, incrédula. Hacía que la de Brie pareciera una choza. Hacía que la vieja casa de Rain y la mía parecieran cajas de cartón. Pensé en lo que Rafid me había dicho y sacudí la cabeza para sacármelo de la mente. «Estás feliz por ellas», me recordé.

—Es preciosa —exhalé.

—¿No te parece un poco escabrosa? —preguntó Rain. Alzó la mirada hacia la casa, como si la estuviera viendo por primera vez.

—¿Escabrosa?

—No sé —respondió—. Parece la casa de una mala película de los ochenta, en la que encuentran a la chica muerta en la piscina.

—Tú siempre tan positiva. —Me reí—. Es lo que más me gusta de ti.

Adentro, Joan tenía puesto el mismo kimono negro con grullas color verde azulado. Lo había combinado con unas zapatillas doradas que no había visto antes, y llevaba puestas unas enormes gafas negras con cristales rosados. Llevaba el pelo escondido debajo de un turbante

rosa. Estaba llevando lo del viejo Hollywood al extremo.

—Bienvenida, cielo. Bienvenida a nuestro nuevo hogar. —Me acercó hacia ella por un instante, pero parecía distraída por los dos hombres encargados de la mudanza que estaban parados detrás de ella, esperando instrucciones, al parecer—. Estamos recolocando los muebles que estaban en la casa. Nuestra casa es tu casa, ¿eh? Coge lo que quieras y disfruta lo que quieras. Rainey quiere que escojas una habitación para cuando vengas a dormir. Rainey, no olvides darle una habitación a Sydney —le gritó a Rain, que ya había salido deambulando de la sala palaciega.

—Ahora mismo —gritó Rain desde las profundidades de la mansión.

—Es preciosa, Joan. Felicidades —dije.

—Bueno, basta. Ya sé que es un poco exagerado, pero seguro que nos acostumbraremos pronto. No olvides que también es tu casa. Eres nuestra familia. —Me apretó la mano y volvió a mirar a los hombres, apuntando con la uña color cereza del índice hacia un largo sofá de cuero.

Caminé hacia donde estaba Rain. El sol inundaba la casa y hacía que las paredes blancas y el piso de mármol parecieran una versión futurista del otro mundo, vacío y limpio y lleno de luz celestial.

—Aquí —me llamó Rain. Caminé por un pasillo hasta la cocina, donde Rain había abierto las puertas dobles de una enorme nevera, con las manos en la cintura. La nevera estaba inmaculada y vacía, salvo por seis o siete cajas con restos de comida—. No hemos comprado comida normal todavía —dijo, molesta—. Joan no sirve para nada estos días. Lo único que hay es *sushi* de ayer y sobras más viejas que eso. Ah, y una especie de *mousse* de chocolate que mandó la agente inmobiliaria.

Pensé, con algo de tristeza, en mi cocina cuando éramos niñas, lo felices que éramos comiendo pan blanco con salsa. Qué lejos estábamos de aquello. Miré a mi amiga, con su nueva blusa aprobada por Brie, sus pantalones cortos tejanos rasgados en el lugar perfecto que seguro que costaban más que toda mi ropa junta. Por lo menos tenía el delineador corrido, como siempre, y el pelo enmarañado con su habitual raya desigual. Miré mi propio atuendo de arriba abajo: pantalones cortos de gimnasio color verde deslavado con un agujero en la entrepierna y una camiseta holgada que tenía desde los catorce

años.

—No tengo hambre. —Me senté en una silla alta de cuero que estaba junto a la isla de mármol de la cocina, puse las manos sobre la piedra fría e intenté absorber y procesar que ahí era donde vivía Rain. Intenté convencerme de que tenía derecho a estar allí, que me pertenecía—. Este sitio es increíble.

Justo en ese momento, el teléfono de Rain le vibró en el bolsillo.

—Sí, supongo —dijo, distraída—. Espera. Perdona. —Sacó el teléfono—. Ah —dijo.

—¿Quién es?

—Brie. —Me lanzó una sonrisa forzada—. Perdona, solo voy a... —Dejó de hablar y comenzó a teclear a toda velocidad.

—No te preocupes —contesté, reprimiendo la sensación de que la tierra se movía bajo mis pies, el rumor de las placas tectónicas. Habían pasado un rato juntas por accidente... ¿y comenzaron a escribirse? Abrí la boca para preguntarle si Brie ya había estado en su casa, pero la cerré al pensar en lo que había pasado en el coche, en la tensión que se instaló entre nosotras. Pensé en que no me lo tomaría muy bien si me decía que sí.

Como por intervención divina, mi teléfono vibró también. Escondí mi sonrisa con una mano al ver que era Chase.

¿Super8 mañana?

OK.

¿Te recojo?

Levanté la mirada de mi teléfono y vi a Rain sumergida en su conversación con Brie en su cocina lujosa, y pensé en que Chase iría a recogerme a mi casa, con el Fiesta, con el parachoques sujeto por cinta aislante, el techo con la tapicería pelada de un lado.

Te veo allí.

Cuando nos acabamos la *mousse* de chocolate de la agente inmobiliaria, Rain me llevó a la planta de arriba.

—He estado durmiendo aquí desde que nos mudamos, pero algo no está bien. —Estaba rodando estirada en una cama enorme en la habitación blanca que estaba al fondo de la planta de arriba. Había

una pantalla plana empotrada en la pared, el único objeto que no era blanco ni de madera decolorada—. Es la mejor habitación de la casa después de la de Joan, en teoría. Debería ser tu cuarto.

—Claro —dije, titubeante. Me parecía bonito que quisieran darme una habitación, pero me daba más vergüenza que cualquier otra cosa. Jamás la iba a sentir como mía—. Entonces, cuando duerma aquí, ¿no voy a dormir en tu habitación?

—Buena pregunta —dijo Rain—. Te voy a enseñar la que quiero probar después.

La seguí por el pasillo hacia una enorme habitación, casi vacía, pero llena de tapetes de yoga y almohadas. Parecía que quien la decoró quisiese que fuera como una sala de meditación. Estaba pintada de un tono gris casi púrpura y no tenía ningún mueble, salvo una estatua de Buda y una repisa llena de material para hacer yoga. En la pared había un mantra escrito en letra morada: «Aquí, ahora».

—¿Esta? —dije.

—Sí, esta está bien. —Rain se encogió de hombros—. Me gusta que esté un poco más oscuro aquí adentro. Y está lejos de Joan.

Arrastramos un colchón enorme de otra habitación y lo pusimos en el suelo, justo debajo de una enorme ventana circular. Sacamos casi todas las cosas de yoga al pasillo, pero dejamos la estatua de Buda. De pronto, el vacío lo comenzamos a percibir como un lujo. Como algo potencial.

Después de mover un sillón modular de una tercera habitación y ponerlo en un rincón, las dos nos desplomamos unos momentos en la penumbra, mirando los ocasionales rayos de luz de la tarde que se asomaban cuando las persianas se mecían con la brisa del silencioso aire acondicionado.

Rain estaba acostada de forma horizontal en su nueva cama, en el suelo, y yo estaba desparramada en el sillón.

—Supongo que podría acostumbrarme a esto —bromeé—. ¿Y tú?

—¿Quién sabe? —suspiró Rain, con un brazo sobre los ojos—. Creo que un día de estos me voy a volver loca. —Tras un largo silencio, me preguntó—: ¿Con quién te escribías?

—Con Chase. —«Vamos a ir a patinar mañana por la tarde», estuve a punto de decir, pero ¿y si quería venir con nosotros? Solo me había invitado a mí.

—Eso no te va a durar poco, ¿verdad? —Rain sonaba irritada.

—¿Quién sabe? —dije, cuidadosa de no decirlo en el mismo tono que ella, a pesar de que me había molestado—. ¿Por qué? ¿Querrías que fuera así?

—No. Es solo que… —Rain se sentó y me miró a través de la lujosa sombra de la habitación—. No quiero que te hagan daño. ¿Estás segura de que es lo suficientemente bueno para ti?

Los ojos se me pusieron en blanco de manera involuntaria. Si le hubiera preguntado lo mismo sobre cualquiera de los chicos que habían desfilado por su vida en los últimos años, se habría reído de mí.

—No lo sé, Rain. ¿Quién lo sería según tu opinión profesional?

—Ninguno. Ni uno. Porque sí, yo soy la puta con la opinión profesional.

—No he querido decir eso —respondí—. No malinterpretes mis palabras.

—Mmm. Tal vez has querido decir eso y no te has dado cuenta. Está bien. Sé quién soy y qué he hecho. No me molesta. Pero tú eres diferente.

—Quieres que sea virgen para siempre —dije, mordaz. Abrí las redes sociales en mi teléfono y pasé fotografía tras fotografía de mis atractivos y felices amigos, filtrados para estar perfectos. Me detuve en una imagen de Deirdre, Min y Brie en bikini y apreté los labios, luego cerré la aplicación para no tener que ver a Brie ni un segundo más—. Te provoca un placer perverso, como si estuviera congelada en el tiempo.

—No seas tan dramática. —Rain gateó hasta el borde del colchón y se puso de pie—. Haz lo que quieras. Es solo que… —Miró a su alrededor como si estuviera buscando las palabras—. Ya has esperado todo este tiempo. Te mereces algo perfecto, un amor que ciegue al sol. —La mirada se le suavizó y se le perdió, una sonrisa curiosa le bailaba en el rostro—. ¿Sabes?

—Lo que tú digas. —Me calmé un poco, incapaz de seguir cabreada con ella—. No es demasiado tarde para que tú también tengas algo así.

Rain hizo una mueca y salió de la habitación.

«Un amor que ciegue al sol.» Me recosté en los pliegues del sillón y cerré los ojos. Tal vez estaba a punto de tener algo así con Chase. ¿Cómo podía saberlo antes de saberlo? Cuando abrí los ojos me

encontré con la extraña invocación en la pared otra vez. «Aquí, ahora.» Buen consejo, decidí. El futuro llegaría cuando llegara.

Rain volvió con dos bolsas gigantescas de compras con nombres de tiendas que nunca había oído.

—He comprado algunas cosas que pensé que te gustarían.

Estupefacta, comencé a sacarlo todo. Zapatos, tejanos, sudaderas, camisetas. El tipo de cosas que yo usaba, pero mejores. Como en las películas cursis de los ochenta que veíamos, en las que a la protagonista la transformaban de alguna manera y eso provocaba lo que Rain llamaba el montaje de los sueños cumplidos.

—Rain.

—No me digas que no lo vas a aceptar. —Me miró como si estuviera asustada, como si temiera lo peor—. No te enfades.

—Claro que no estoy enfadada —dije—. Es solo que... es extravagante. No estoy aquí por tu dinero. —De hecho, estaba ahí a pesar de lo incómoda que me ponía su dinero en esos momentos.

—Ya lo sé —dijo Rain. Sus ojos amarillos y avellana se encontraron con los míos—. Claro que no. Pero sabes que te voy a cuidar, ¿verdad? Tú también has ganado. Aún vamos a ir a Los Ángeles antes de que te vayas a Peoria. Nada ha cambiado, salvo que ahora será más fácil hacer todo lo que siempre hemos querido hacer. ¿Quién sabe? Tal vez podrías posponer la universidad un poco para que... podamos pasar el rato. —Me sonrió con dulzura, enamorada del plan improvisado que acababa de inventar.

—Pero me quieren mucho en Peoria —bromeé, y sentí que tal vez sí podríamos tener el verano que habíamos planeado. Quizá nada cambiaría, a fin de cuentas.

Era imposible no creer en Rain. Siempre estaba tan segura de lo que decía y hacía...

Al ver todo lo que había escogido para mí, una sonrisa se me dibujó en la cara y tuve que parpadear para contener las lágrimas de felicidad.

—Gracias —susurré—. Esto es muy bonito.

Estaba segura de que Rain no haría lo mismo por Brie. Seguíamos bien. Más que bien. Con dinero o sin dinero, Rain no me dejaría atrás.

15

El sol ya se había hundido en el cielo sobre la piscina vacía cuando llegué. Tirité con el aire de la tarde que refrescaba y me puse el monopatín de Araña bajo el brazo. Intenté concentrarme en el siseo de las ruedas de poliuretano sobre el pavimento en vez de en la sangre que me palpitaba en los oídos por los nervios.

Vi a Chase yendo de un lado a otro de la piscina como un metrónomo. Me saludó al verme. Otros chicos daban vueltas a su alrededor, todos parecían evitar chocar entre ellos milagrosamente. Intenté hacer eso que hacen los chicos con la barbilla cuando la levantan como para saludar a alguien sin decir nada, pero me sentí tan torpe que me di por vencida y agité el brazo. Nunca había estado ahí sin Rain. Ella siempre fue mi escudo de seguridad, la personalidad brillante que la gente miraba para que yo pudiera camuflarme en el fondo. Por un segundo me pregunté cómo se sentiría Rain con alguien como Brie, las dos compartiendo la atención de todo el mundo. «No pienses en ellas», me ordené. Solo me pondría de un humor oscuro. «Tú tienes una vida propia.»

Luego me preocupé por parecer que me había esforzado demasiado en mi atuendo con los tejanos bombachos que Rain me había comprado (me quedaban tan perfectos que era un poco escabroso), mis Converse de bota maltratados y una sudadera que Araña había dejado en casa cuando comenzó su condena en Pine Grove, con un cráneo con un gusano rosa de caricatura que sonreía al asomarse por la órbita de un ojo, y el nombre de una marca de monopatines de la que no sabía nada tatuada en el cuello del gusano.

Chase me llamó desde su tabla, con una sonrisa despreocupada en la cara. «Entra —decía la sonrisa—. Comparte esto conmigo.»

Subí al monopatín de Araña y patiné alrededor de la piscina para orientarme un poco. Sentí el aire fresco en la cara y el pavimento agrietado revelando sus mensajes bajo las suelas de mis zapatos. Tras un par de minutos, puse la tabla en el borde de la piscina vacía, el pie

en la parte de atrás para evitar que se me escapara. Por lo general llevaba la tabla al fondo de la piscina y comenzaba a patinar ahí, pues no tenía agallas para dejarme caer desde arriba. Pero esta vez me coloqué en la cima, a pesar de que llevaba años sin hacer una caída vertical. El estómago se me retorcía de los nervios.

«Solo tienes que dejar que la gravedad te lleve hacia abajo y encontrar el equilibrio —me dijo Araña cuando me enseñó a patinar—. Sin miedo. Solo funciona así.»

Claro que él no tenía miedo. Tenía la misma actitud para vender drogas. A Araña le faltaba esa parte del cerebro del hombre de las cavernas que está diseñada para buscar depredadores, la misma parte que hoy en día usamos para obsesionarnos con los miedos del mundo moderno: ladrones, tiroteos en el instituto, fracasos, humillaciones, muertes en monopatín.

—Eh, haced hueco —gritó uno de los chicos dentro de la piscina vacía, con ese acento flojo y desgarbado que parecían tener todos los *skaters*—. Va a saltar.

Sí, iba a hacerlo. O lo iba a intentar.

Chase estaba al otro lado de la piscina, con los ojos puestos sobre mí, seguro de que podía hacerlo. Pero yo no iba a hacerlo por demostrarle algo a Chase, me di cuenta en ese momento. Lo hacía por mí, para recordarme lo que podía hacer, y que había cosas que podía hacer sin Rain. Eso era algo que ella jamás podría comprar.

Cogí aire por la nariz y exhalé despacio. Más allá, detrás del Super8 y sus sonidos reptilianos y sus ventanas quemadas, estaba la montaña oscura con sus tres picos escarpados sobre el fondo del cielo, la mancha brillante de la luz del sol que se apagaba la bañaba como una promesa.

«Sin miedo.»

Presioné la tabla con el pie derecho solo lo suficiente para que quedara vertical sobre el filo. Con las rodillas flexionadas, los brazos buscando equilibrio y los dedos estirados para trazar el muro de cemento de la piscina, comencé mi caída libre.

El viento me golpeó la cara mientras iba de un lado a otro, una y otra vez, subiendo y bajando por los bordes curvados de la piscina. Cuando bajé la velocidad lo suficiente, escuché aplausos. Un par de chicos incluso silbaron.

No me caí esa vez ni la siguiente, pero a la tercera vez que bajé a

la piscina perdí el equilibrio y estropeé la caída con un desplome terrible que, de milagro, solo me hizo un poco de daño en el coxis. Chase patinaba junto a mí, a mi alrededor, a mi lado. Era una presencia tranquila que no me juzgaba ni me daba instrucciones, estaba ahí solo para divertirse sobre su tabla.

Luego, cuando oscureció demasiado para vernos y los demás habían comenzado a irse en sus coches, nos sentamos en el borde de la piscina, con los pies colgando sobre el vacío, la montaña estaba ya casi invisible contra el cielo púrpura ennegrecido.

—Ha sido genial que vinieras —me dijo. La piel le brillaba con el sudor bajo la luz débil. Tenía cierto aroma, almizclado y mineral, muy diferente de cualquier otra persona de quien hubiera estado tan cerca —. Me encanta verte patinar.

No había sido un «se te da bien patinar», sino un «me encanta verte patinar». Me encantó lo directo que había sido, que no me tratara como a un adorno.

—Gracias. —Apoyarme en su hombro me gustaba, sentir nuestros brazos tocarse a través de las sudaderas y preguntarme qué más podría tocar en algún momento, cómo sentiría el resto de él—. Me encantaba patinar en secundaria —dije—. Supongo que lo dejé al mismo tiempo que Araña.

—Debe de... Lo que le ha pasado es horrible. Araña es un buen tío.

Asentí. Aprecié la forma delicada en que Chase hablaba de mi hermano, la forma en que usó el tiempo presente. Algunas personas hablaban de Araña como si estuviera muerto, como si no fuera a tener toda la vida por delante cuando saliera.

—Al principio estaba enfadada, pero ahora creo que el que lo atraparan fue lo mejor que le pudo pasar. Quizá cuando salga pueda poner su vida en orden y encontrar algo que le guste hacer. Además de vender drogas, me refiero. —Miré de reojo a Chase—. Tal vez sea un milagro disfrazado de tragedia, si me permito ser cursi.

—No es cursi —dijo Chase—. Mi primo vendía y las cosas solo empeoraron para él. Empezó a meterse cosas cada vez más fuertes. Era tan inteligente y como... ¿ubicas a esa gente que parece estar extraviva? ¿Más viva que los demás?

Asentí. Rain me pasó por la cabeza, la forma en que se reía más fuerte y se cabreaba más que cualquier otra persona, la manera en que

parecía tomar decisiones más rápido y vivir más deprisa que nadie.

—Claro —dije.

—Ahora vive en un centro de rehabilitación en Misisipi. Sus padres lo trajeron a casa para Acción de Gracias el año pasado, pero se quedó ahí sentado, sin decir más de dos palabras, con los ojos vidriosos, como si todo lo que le hacía especial hubiera desaparecido. Ahora toma metadona. —La voz se le quebró y parecía que contarme esa historia era importante para él. Le cogí de la mano y ni siquiera me sentí nerviosa al hacerlo.

Nos quedamos sentados un rato, reflexionando sobre Araña, el primo de Chase, la forma en que puedes tener una luz dentro y dejar que se apague. Reflexionamos sobre cómo algunas personas brillan con tanta fuerza que se empiezan a apagar más rápido. Me preguntaba si las personas calladas, las que eran como nosotros, podíamos mantener esa llama encendida un poco más, dejar que brillara más tarde en vez de usarla toda. Y nos preguntamos, si eso fuera cierto, si valdría la pena hacerlo así.

Cuando me besó estaba tan perdida en mis pensamientos que ni siquiera me sentí preparada. Pero con sus labios sobre los míos, su lengua dentro de mi boca y la mía en la suya, y nuestras manos buscando piel tibia debajo de la ropa, aquello fue como algo que me había hecho falta toda la vida sin que lo supiera.

Y entonces los dos brillamos con más fuerza, sintiéndonos extravivos, urgentes y arriesgados.

—Me gustan tus pecas —susurró Chase.

—A mí me gusta tu barbilla —susurré como respuesta cuando me detuve a coger aire—. Y el espacio que tienes entre los dientes. —¿Cuántas noches me había ido a dormir pensando en ese hueco entre los dientes? Me recosté y lo toqué con el pulgar.

—Me gusta lo seria que te pones cuando hablas y cómo se te arruga la nariz cuando sonríes. —Su voz era un susurro cálido en mi oído, y sus manos exploraban lugares que me hacían sentir que nunca podría formar una frase completa otra vez.

—No sabía que la nariz… —dije, como parte de una idea medio formada que no supe terminar. Nos recostamos en el cemento frío, pero lo único que podía sentir era su calor, la piel tersa debajo de la camiseta, todos los músculos de su vientre definido tras horas y semanas y años de equilibrio y movimiento, y no hubo más que decir.

Chase tenía una manta en el maletero de su coche, la sacó y nos quedamos en el borde de la piscina una hora más. A veces nos besábamos, a veces hablábamos. Ya no estaba nerviosa. Solo quería estar tan cerca de él como fuera posible.

Mucho después, me acompañó en la oscuridad hasta el Ford Fiesta. Me besó profundamente antes de dejarme dentro del coche, sola otra vez, con mi cuerpo vibrando en los lugares en los que vibra cuando se conecta con alguien de quien no quiere despedirse.

Cuando llegué a casa, la Syd que habría sentido demasiada vergüenza para enviarle un mensaje cursi —un mensaje, punto— a un chico había desaparecido. La nueva Syd extraviva escribía de inmediato y no le importaba lo intensa que pudiera parecer.

Ha sido divertido. Ya te echo de menos.

Respondió en un segundo. «Tan intenso como yo», pensé, sonriente.

¿Mañana otra vez? También te echo de menos. Mucho.

¿Eso era lo que la gente hacía mientras yo estudiaba hasta tarde, marinándome en mis propios fluidos, fantaseando con que me vieran como algo más que a quien le pedías el trabajo para copiarlo o como la mejor amiga de Rain? Tanto tiempo, tantos chicos a mi alrededor con miel en las venas en vez de sangre, con ráfagas secretas de deseo llenando los espacios entre Álgebra, la Segunda Guerra Mundial y sus redes sociales, y yo apenas me ponía al corriente.

—La espera ha valido la pena —me dije en voz alta en el coche. Si algo así me hubiera ocurrido antes, habría dejado el instituto solo para buscar sentirme así todo el tiempo. Pero ya solo me quedaban unos cuantos meses de estudio. Y las notas ya casi no importaban. Ya había hecho mis solicitudes para la universidad. Podía dedicarle todo mi tiempo libre a lo que fuera que tenía con Chase.

Más tarde, si entrecerraba los ojos, aún podía ver a aquella niña inocente. Caminó hasta su casa hecha a mano, con el teléfono pegado al pecho como si fuera una carta de amor del siglo XVIII. Pobre y tonta

Syd que creía que todo seguiría así, que creía que conocía la forma en la que se transformaría su vida.

«Cuídate —quería gritar—. Protege tu corazón. No confíes en esto.»

Pero no podía.

La niña se cepilló los dientes en una bruma, se metió desnuda debajo de las sábanas, con la cabeza hecha un torbellino, repasando la noche, cerrando los ojos de forma que casi podía sentir las manos de Chase sobre su cuerpo, en casi todas las partes de su ser. No durmió mucho. Cuando se está tan viva, no es necesario.

En la oscuridad, en su cama, todo era miel y luz. No tenía ni idea de lo que se acercaba.

16

No fue sino hasta principios de abril, más de un mes después de que Rain se mudara al valle, cuando Brie me dirigió el saludo más básico posible. Fue un viernes y Rain me había recogido para ir al instituto, vestida con sus habituales tejanos negros y blusa gris —versiones más actualizadas y lujosas, no sus viejas prendas de la cesta de liquidaciones de H&M— y un nuevo par de zapatillas Gucci amarillo fosforescente de las que me enamoré esa mañana. No le dije que las quería, fue algo más como «bonitas zapatillas». De todos modos, estaban esperándome en mi taquilla cuando fui a guardar mis libros después de la última clase. La generosidad de Rain podía ser agotadora a veces.

Estaba atándome las deportivas cuando oí el jadeo de Rain desde el otro lado del pasillo.

—Me encanta cómo te quedan —dijo. Estaba descalza. Me había dado los zapatos que traía puestos. Levanté la vista para decirle que solo me los estaba probando, pero entonces me di cuenta de que Brie estaba también ahí, brazo con brazo con Rain, los codos entrelazados como hacíamos las tres cuando éramos niñas y saltábamos por las calles de Termico juntas. Me mostró una sonrisa pequeña, sonrojada, con los ojos cubiertos por unas enormes gafas de aviador polarizadas. Estaba vestida toda de blanco, una blusa con volantes encima de unos pantalones cortos. El nudo encima de su ombligo me miraba como un tercer ojo. Era el extremo opuesto de Rain, la sal de la pimienta de Rain.

—¿No son increíbles, Brianna? —dijo Rain. Brianna. No sabía por qué me molestaba tanto que Rain dijera su nombre completo, pero hice mi mejor esfuerzo por reprimir una mueca.

—Sí.

Rain se acercó y le dijo algo al oído a Brie que la hizo reír tan fuerte que se quedó sin aliento y se dobló. Cuando Rain volvió a mirarme, le vi los ojos rojos delatores. Estaban colocadas. Sentí ese

hueco en el estómago otra vez, la sensación tan familiar cuando no podía encontrar a Rain a la hora del desayuno o cuando me escribía para decirme que no podía recogerme, siempre con una razón ambigua relacionada con Joan que, me temía, en realidad había tenido que ver con Brie.

—Oye, pues vamos a hacer una fiesta. —Era la primera frase completa que Brie me decía fuera de una clase desde hacía años. Su voz estaba sazonada con un nuevo acento, pero era la misma que tenía cuando éramos niñas: plana, sin inflexiones, pero con una enunciación perfecta, que siempre sonaba como si estuviera frente a un público invisible. Me pregunté si aún tenía sus figuras de *Mi Pequeño Pony* escondidas en algún armario, con la bolsa de seda falsa para los cepillos de plástico con los que era tan neurótica—. Y queremos que vengas.

Anunciado casi como un decreto imperial, le estaban concediendo un gran honor a una plebeya como yo. Me puse de pie, sintiéndome ridícula con las zapatillas amarillas puestos. Forcé una sonrisa y busqué una forma amable y elegante de decirle que preferiría beber cloro.

«Queremos que vengas.» No estaba acostumbrada a que Rain fuera parte de un «nosotras» que no me incluyera.

—Ah. —No tenía intenciones de ir—. ¿Cuándo?

—Hoy. Vamos a ir a Moon Rocks. —Brie le dirigió una sonrisa cómplice a Rain—. Vamos a llevar algunas golosinas.

—Justo le decía a Brianna que siempre hemos querido ir ahí. ¿Recuerdas el lugar del que Araña nos hablaba, el de los cráteres?

Asentí. Rain se agachó, de forma que su cara estuvo junto a la mía. Podía olerle el humo de la hierba en el pelo.

—Brie tiene éxtasis —susurró sonriendo, como si eso fuera lo mejor del mundo.

—Pues... —Busqué un pretexto—. Gracias por la invitación, pero...

—Sin peros. Vamos a ir —dijo Rain con una mirada que decía además: «No lo estropees».

Decidí que le diría que no después, cuando Brie se fuera.

—Te puedo recoger —le dijo Brie a Rain—. Me queda de camino —me explicó, como si no supiera dónde estaba la nueva casa de Rain —. Así te puedes poner tan mal como quieras sin preocuparte por

tener que conducir.

—¿Y tú? —preguntó Rain. Era evidente que Brie no era una buena opción como conductora.

—Deirdre nos lleva en mi coche cuando volvamos. —Brie se encogió de hombros con la seguridad despreocupada de una duquesa que sabe que sus damas de compañía harán lo que se les ordena—. Sus padres le hacen pruebas antidopaje a la pobre.

—Te esperamos en mi casa —dijo Rain, dando por sentado, sin mi confirmación oficial, que yo estaría ahí, la amiga siempre fiel que va adonde la llamen.

Vi a Brie darle un largo abrazo de despedida a Rain y la imagen me dejó atónita. La hostilidad que había entre ellas, el odio que había volado de la una a la otra desde la secundaria habían sido reemplazados con algo que no podía identificar.

Fue en ese momento cuando cambié de opinión y decidí que iría. No porque quisiera pasar tiempo con Brie y sus amigas, sino porque, sin importar lo patético que fuera, no quería que ellas pasaran tiempo juntas sin mí.

—Las zapatillas te quedan mejor a ti —me dijo Rain cuando Brie se fue—. Quédatelas.

No, no me quedaban mejor. Le dije que no con la cabeza.

—¿Ahora organizáis fiestas juntas? —Miré hacia el suelo intentando no revelar lo que me fastidiaba, pues sabía que era estúpido sentirme así.

—Ay, no te pongas celosa. —Sus dedos me treparon por el brazo. Tenía los ojos inyectados en sangre, los párpados pesados, la boca torcida en una media sonrisa de estupor.

—No estoy celosa. —Me agaché y comencé a desatarme los zapatos—. Es solo que no lo entiendo. Brie y tú.

—Estamos haciendo... ¿cómo se llamaba eso de la clase de Historia? —El largo cuerpo de Rain dio vueltas, los brazos en el aire, una uña a medio despintar sobre los dedos que cerró encima de la cabeza como si pudiera bajar la palabra del cielo.

—¿Operaciones encubiertas? —sugerí.

—Cuando los países están cansados de pelear y se dan una ofrenda de paz o lo que sea. ¿Te acuerdas de que lo respondí mal en el examen final de tercer curso?

—Tregua. —Lo habíamos vuelto a discutir la semana anterior en

el módulo de la Segunda Guerra Mundial del profesor Merton. La disminución de las tensiones entre enemigos históricos. Inglaterra y Francia. Estados Unidos y la URSS. Brie y Rain.

—Sí, eso. Lo ha pasado muy mal con su padre, ¿sabes? Creo que si no fuera tan fuerte, ya la habría destruido.

—Claro, obviamente, eso es terrible y Ed es un imbécil… pero durante muchos años parecía que tenías razones para odiarla —le recordé, en un tono apurado que no me gustó en mi voz—. Este invierno querías llenar su piscina con tinte amarillo y chocolatinas.

—Esa era una yo más cabreada. —Rain abrió su taquilla, cogió una bolsa de cuero desgastada, pero recién comprada, y comenzó a rebuscar dentro de ella—. Tal vez lo de la lotería me ha hecho más abierta o algo así. Menos bruja. En fin, tú fuiste la que no quiso que le hiciéramos la broma, ¿te acuerdas?

Sip, Sydney, siempre fiel. Hice una mueca de disgusto y le di a Rain sus zapatos con tanta fuerza que la hice tropezar con su taquilla.

—Joder, Syd. Me ha dolido. —Se tocó el coxis.

—No necesito zapatos Gucci —dije. Oí la condescendencia en mi voz, pero no pude hacer nada para detenerme—. Y, la verdad, tú tampoco.

—Vaya. ¿Nos hemos despertado criticonas? —Se enderezó y me lanzó una mirada fulminante—. ¿Qué? ¿Llevas la cuenta de mis compras?

—Tú haz lo que quieras, pero que tengas seiscientos dólares no significa que tengas que gastártelos en zapatillas. ¿A tu madre le parece bien eso?

—No te preocupes por nuestros hábitos de consumo, ¿vale? Estamos bien. Tu mal rollo me está matando. —Comenzó a ponerse los zapatos en los pies a tirones—. Mejor que no digamos nada más que no sentimos, ¿vale? Te veo por la noche.

—Está bien. —Caminé por el pasillo, arrepentida ya de haber dicho algo sobre las estúpidas zapatillas. Lo que pasaba entre nosotras era mucho más grande que un par de zapatos, y cómo Rain gastaba su dinero no era asunto mío.

Siempre intentaba salvar a todo el mundo de sus peores instintos. ¿Quién iba a salvarme de los míos?

Esa noche, Brie y Deirdre nos recogieron en casa de Rain. Subimos por las colinas, con Deirdre al volante y Lorde a todo volumen en la radio del coche, las letras melancólicas eran perfectas para mi estado de ánimo.

«Este sueño no es dulce / deambulamos por las calles a medianoche / y nunca me sentí tan sola / qué miedo da hacerse mayor.»

Los pies descalzos de Brie estaban sobre el salpicadero, sus dedos tan bonitos como el Nissan compacto rojo con el alerón en la parte trasera. Yo iba en el asiento de atrás con una mirada furiosa junto a Rain, quien bajó la ventana por completo para coger bocanadas del aire fresco de la noche.

Brie abrió un cacho de papel de aluminio del tamaño de una moneda y se lo pasó a Rain. Luego me dio una botella de agua con una expresión de entusiasmo que no le había visto desde que éramos niñas.

—¿Preparadas para sentiros increíbles? —gritó Brie por encima de la música.

Rain sacó dos cápsulas con un polvo *beige* del papel de aluminio y me ofreció una.

—No lo sé. —Hice tiempo. Estaba muy lejos de mi zona de confort, sobre todo con esa gente—. Necesito pensarlo.

—Es seguro. Ahora la usan en terapia, o sea, los médicos la recomiendan. —Rain se echó la suya a la boca y se la tragó sin agua.

—No la obligues. —Brie se volvió hacia atrás y me estudió, una sonrisa engreída en su cara como si acabara de hacer justo lo que ella había dicho que haría—. Solo deberías tomártela si estás preparada, cuando estés preparada, Sydney.

—Gracias. Muy maduro por tu parte —farfullé, a sabiendas de que no podía oírme por encima de la música.

Cuando me metí la cápsula en el bolsillo de mi blusa, Rain se encogió de hombros y volvió a sacar la cara por la ventana abierta.

Cogí mi teléfono y le escribí a Chase:

En camino.

OK. Llegaré pronto.

Sonreí y guardé el teléfono. Al menos no todo sería terrible esa

noche.

Si Rain me vio sonriéndole al teléfono, no dijo nada sobre ello. Seguro que estaba demasiado ocupada pensando en su tregua con Brie. Miré a otro lado y me pasé el resto del viaje mirando por la ventana mientras las demás hablaban.

Para llegar a Moon Rocks caminamos en fila por un sendero estrecho sobre el cañón arenoso, con rocas y arbustos a ambos lados de nosotras. Las ramas con hojas ralas se mecían con el viento seco que olía a salvia y hogueras. Mientras caminábamos, las lagartijas corrían por debajo de los arbustos. Yo iba al final de la fila, atrapada detrás de Deirdre, haciendo mi mejor esfuerzo por alumbrar el camino con la única linterna que encontré en casa, una amarilla de plástico que no iluminaba lo suficiente. Brie y Rain iban al frente, sus voces bajas y aceleradas, perdidas en su mundo privado de éxtasis, el espacio entre ellas y nosotras cada vez más grande hasta que apenas conseguí verlas en la oscuridad de la noche. Deirdre arrastraba los pies por el sendero con dos botellas de vodka en las manos. Y, aunque quería estar cerca de Rain, maniobrar para adelantarla me haría parecer una desesperada.

La oscuridad del desierto era casi total, salvo por una diminuta franja de luz de luna plateada. Cuando llegamos a una hoguera con más o menos quince chicos alrededor, ya había perdido de vista a Brie y Rain.

Conocía a toda la gente que estaba ahí, por supuesto. Eran el grupo principal de la élite de chicas y los chicos que solían andar detrás o cerca de ellas, casi todos formaban parte de algún equipo deportivo, futuros estudiantes de buenas universidades que sus padres podrían pagar.

Nadie pareció sorprenderse de vernos a Rain ni a mí. Tal vez porque, para ese momento, las drogas ya habían hecho efecto a la mayoría.

—El fuego es tan real —oí murmurar a Min.

Justin Klein le pasaba las manos por la cabeza a Candice, una y otra vez, como si fuera un labrador, y comentaba lo suave que tenía el pelo.

Cuando Deirdre me pasó un porro, le di una larga calada e intenté relajarme, aunque no dejaba de preguntarme a dónde habían ido Brie y Rain. Pensé en volverle a escribir a Chase, pero supuse que

me encontraría en algún momento.

De pronto me sentí demasiado llamativa y decidí alejarme de la hoguera y caminar hacia las formaciones rocosas areniscas. Tenían cráteres profundos y como de otro mundo, grandes como bañeras, muchos con iniciales grabadas en la piedra. Vi a unos cuantos *skaters* y a otros de los chicos más callados y menos atléticos. Esa era la gente de Chase. Entrecerré los ojos e intenté encontrar su silueta en la oscuridad, pero no había llegado todavía.

De vuelta a la hoguera, Min, Deirdre, Amya y Candice estaban abrazadas en un círculo y meciéndose como si bailaran, pero sin música.

—El cielo es tan bonito —dijo Candice.

—El mundo no deja de girar sobre su eje y nosotros no lo sentimos. ¿Podéis creerlo? —decía Min con la respiración entrecortada.

Miré a Deirdre, sabía que estaba sobria. Guardaba silencio y miraba la hoguera, y cada tanto se pasaba una mano por el flequillo rubio. Las demás chicas estaban muy lejos de ese tipo de inhibición. Debía ser un alivio para estas chicas que estaban tan acostumbradas a que las miraran y las estudiaran los demás; nosotras éramos meros mortales, los orcos no populares.

Me moví despacio entre los grupos de chicos alrededor de la hoguera. Quería estar cerca de Rain, pero no la encontraba. La noche se volvía más oscura y una brisa fresca corría por el suelo del desierto. Me acerqué al fuego, aunque no tenía frío. Una botella de Goldschläger circulaba entre todos. Cuando llegó hasta mí, la incliné y dos sorbos de fuego me cayeron por la garganta.

—Hola. —La voz de Chase me encontró en la oscuridad. No lo vi llegar. Me preguntaba a cuántas de esas fiestas había ido a lo largo de los años, si sería muy habitual en ese grupo. Quería creer que vivía fuera de él, como yo, pero tal vez no era el caso.

—Hola. —Deambulé hacia él entre las sombras, lejos de la corona de luz de la hoguera. Me envolvió en sus brazos de inmediato, me acercó a su cuerpo. Tenía mi frente debajo de su barbilla, en público, como si fuéramos pareja. Puse los labios sobre la piel suave cerca de su manzana de Adán, un beso tan ligero y veloz que quizá no lo sintió.

—Eh. Que pesas. —Oí la voz de Brie desde atrás de un grupo de árboles a unos diez metros de mí. Sonaba asustada.

Me tensé y di un paso atrás, alejándome de Chase.

—Vuelvo enseguida, solo quiero saber cómo está Rain —mascullé.

—Está bien —dijo Chase—. Aquí estaré.

Rodeé las rocas y los árboles hacia un claro que no había visto. Brie y Rain estaban en el borde del bosque, agazapadas cerca de un cúmulo de acacias. Rain se mecía hacia delante y hacia atrás sobre los dedos de los pies y miraba al cielo; Brie montaba guardia como un centinela en el sendero.

—Las estrellas —dijo Rain, entre ráfagas de aliento—. Se mueven.

—Está bien. —Brie me sonrió cuando me acerqué. Se plantó entre Rain y yo y se cruzó de brazos, su cuerpo una barrera en mi camino—. Vamos a ver las estrellas. Solas.

—Solo quería ver cómo estaba. —Intenté echar a Brie hacia un lado, pero me cogió de los hombros con una fuerza sorprendente.

—Ya te he dicho que está bien. —Aunque sonreía, en sus ojos había una amenaza.

—No eres su guardaespaldas —dije, obligándome a mantener la calma, a no gritar.

—Vale, chalada. —Puso los ojos en blanco—. Ya sé cómo ayudarla. Tú ve a divertirte con Chase.

Ignoré lo extraño que era que supiera lo de Chase y yo. Estaba a punto de intentar esquivar a Brie, lista para echarme a correr si era necesario, pero justo en ese momento Rain se volvió a verme. Me miró a los ojos con una expresión maníaca, poseída, y abrió la boca.

«Aquí estoy», estaba por decirle. Di un paso hacia ella.

Pero cuando Rain habló, el nombre que dijo no fue el mío.

—¡Brianna Walsh, joder! Ven aquí, estrellita. —Echó la cabeza hacia atrás, la barbilla afilada apuntaba a las copas de los árboles, llamando con las manos a Brie—. ¿Sabías que todos somos como polvo de estrellas? ¿No te parece bonito?

Parpadeé, atónita.

—¿Ves? —La sonrisita satisfecha de Brie lo decía todo—. Estamos bien.

Me alejé. Las manos me temblaban con aquel mismo miedo innombrable que no podía explicar. ¿Era miedo a que Rain me dejara o miedo de Brie? No lo sabía.

Para cuando volví donde estaba Chase, ya había recobrado la compostura y convertido mi miedo en rechazo de Brie y de Rain. Rain estaba en otro planeta, en la luna, con su nueva y antigua amiga. «Jodeos las dos —pensé—. Yo también tengo un amigo nuevo.»

Fue fácil volver donde estábamos, sonreír y preguntarle si quería ir a algún sitio donde pudiéramos estar solos.

Había llevado la manta de su coche y cubrió un cráter con ella para que pudiéramos recostarnos y ver las estrellas. Casi sin notar el fresco de la brisa nocturna, le quité la camisa y le pasé las manos por el cuello, observé su cuerpo a la luz de la luna, le lamí la piel salada del pecho. Me subí a él a horcajadas con mis pantalones puestos y noté lo que provocaba en él, el ahogado gemido de placer cuando me movía. Me abrí la cremallera del jersey, me desabotoné la blusa y me incliné hacia atrás, arqueé la espalda hasta que él se sentó y me tomó los pechos como si fueran reliquias sagradas, con los labios por todas partes. Fingiendo ser alguien con más seguridad en sí misma, me reí cuando me quitó la blusa y le ayudé a desabrocharme el sujetador. El sexo tenía un poder, era un lenguaje entre dos cuerpos que apenas comenzaba a aprender.

«Que se quede con sus nuevas amigas estúpidas y controladoras», pensé mientras probaba la lengua de Chase en mi boca, con sus manos en todas partes, nuestras pieles bañadas por la luz de las estrellas, sal y tierra, escalofríos y cosquilleos. «Yo también tengo un mundo íntimo ahora.»

Nos susurramos el uno al otro en el cráter, horas de hablar y no hablar, silencios cómodos, exploraciones apasionadas.

En algún momento, bajo la luz de la luna, Chase se alejó de mí con una expresión seria en el rostro.

—Sydney, de verdad...

«¿De verdad qué?» Lo miré a los ojos, me perdí en su mirada y esperé a que terminara el silencio. Su mano encontró mi mejilla, un gesto tan tierno que tuve que cerrar los ojos para vivirlo por completo.

—Hace mucho tiempo que quiero esto. Contigo. Me... me gustas mucho. Pienso en ti todo el tiempo.

Las palabras se me atascaron en la garganta. «Yo también —quería decirle—. En serio, todo el tiempo.» Pero solo conseguí susurrar:

—Yo también. —Y le di un beso largo y profundo.

Fuera lo que fuese, estaba comprometida al cien por cien.

Mucho tiempo después, tras besarnos y restregarnos tanto que sentía que los labios me quemaban y el cuerpo me dolía, me pregunté a dónde habrían ido los que habían tomado éxtasis, por qué no los había visto de nuevo cuando nos fuimos, aunque los busqué y me asomé al claro.

A la una de la mañana le escribí a Rain para explicárselo, pero no recibí respuesta. Y a las dos de la mañana, le escribí al fin:

He pasado una noche increíble con Chase.
Casi sexo. No puedo esperar a contártelo.

Por lo general, Rain miraba su teléfono todo el tiempo, pero no tuve noticias de ella, al menos no esa noche antes de quedarme dormida a las 2:30 de la mañana con la sudadera de Chase puesta, ni tampoco a la mañana siguiente.

No supe de Rain hasta media tarde.

¡Una noche increíble!

Miré mi teléfono. Suponía que escribiría otra vez para preguntarme. Pero unos minutos después, su siguiente mensaje fue tan insulso como el anterior.

¿Lo pasaste bn?

Le envié un pulgar levantado y nada más.

¿Q pasó contigo? T perdí la pista.

Se me escapó una risa llena de amargura. Rain estaba tan sumergida en su nuevo mundo con Brie que ni siquiera se había tomado la molestia de leer lo que le había enviado.

«Ya te lo conté», escribí y lo borré. «¿Acaso sabes leer?», escribí y lo borré. «También os perdí la pista a vosotras. Pero pensé que era a propósito», escribí y borré una vez más. Le envié un emoji de sirena y lancé mi teléfono al otro lado de la habitación. Rain no era la única que podía usar el silencio. Ella no era la única a la que podía dejar de importarle nuestra amistad.

17

Prdn. Me he quedado dormida. ¿Puedes coger el bus?

Me puse una camiseta por encima de la cabeza, metí los pies en los zapatos, cogí mi mochila y corrí a la parada del autobús justo antes de que arrancara. Al subir, la adrenalina y la rabia me corrían por todo el cuerpo. No era yo quien había insistido en que sería buena idea subir la montaña para recogerme todos los días. Y Rain solo había podido venir a por mí un par de veces la semana anterior también. Era evidente que resultaba una carga más grande de lo que había creído. Pero si Rain ya no podía hacerlo, habría agradecido al menos que me avisara.

«Vamos a olvidar lo de las mañanas», le escribí cuando me dejé caer sobre el asiento del autobús. Me preparé para una discusión, segura de que insistiría en que no iba a volver a pasar.

Y como no respondió, me dolió un poco.

En fin. No importaba, me dije. Pero algo comenzaba a endurecerse dentro de mí con respecto a Rain. Era solo más leña para el fuego. Nadie había encendido la cerilla aún, pero la combustión parecía acercarse.

Pasé la comida y mi hora libre en la biblioteca terminando un ensayo para Historia Avanzada y mirando las redes sociales, haciendo *zoom* en las fotografías del fin de semana en las que Brie había etiquetado a Rain, las dos con sonrisas descomunales sobre los cráteres, las dos agotadas pero recobradas al día siguiente con un filtro frente a unos platos de tortitas y tocino. Brie había usado los *hashtags* #ValióLaPena y #NoNosVolvemosASeparar.

Aumenté la sonrisa de Rain, la expresión de sus ojos decía: «Lo estoy pasando mejor que nunca». Apreté y solté la mandíbula, abrí y cerré la aplicación unas quince veces. Luego hice *zoom* sobre Brie e intenté ver detrás de los filtros y el maquillaje para descubrir qué

había dentro de ella. Agrandé tanto la imagen que se convirtió en píxeles, difuminada hasta desaparecer. Me gustaba más así: desaparecida. Convertida en un borrón de color y eliminada de la existencia. Si fuera tan fácil borrarla en la vida real...

Terminé por cerrar la aplicación, asqueada conmigo misma.

«¿Estás ocupado después de clase? —le escribí a Chase—. ¿Quieres llevarme a casa?»

«Ya está.» Sonreí. Así podría pasar más tiempo con Chase, y Rain podría dedicarle toda la tarde a su querida Brie.

Al final del día, de camino al aparcamiento, Chase estuvo a punto de atropellarme con su monopatín.

—Hola. —Sonrió mientras saltaba de la tabla en el último instante y se la ponía bajo el brazo—. Caminas rápido.

—Hola. —Sonreí. Le cogí de la mano.

Mientras caminaba con Chase hacia su coche, en mi cabeza continuaba la conversación que había tenido con Rain semanas atrás, cuando sugirió que Chase no era bastante bueno para mí. «Es más que suficiente», le había dicho, defendiéndolo frente a ella y para mí misma. El empujoncito juguetón que me daba mientras caminábamos juntos. La forma en que me acercaba hacia él. Su mano en la mía. La facilidad con que me hacía sentir que estaba viva. La manera en que asentía y casi cerraba los ojos cuando le contaba una historia, como si pusiera atención extra. Cómo recordaba los pequeños detalles, como el nombre de mi padre —Ben—, a quien no había visto desde que tenía siete años.

—Fue divertido... la otra noche —dijo, con su mano sobre la mía.

—Sí. —Inhalé profundo y olí el jazmín y el humo de los coches. Intenté no mirar alrededor del aparcamiento para buscar a Brie y compañía, ni a Rain. Cuando llegamos a su coche, corrió al otro lado para abrirme la puerta—. Nunca había visto eso, solo en las películas —dije.

—¿Eso es bueno? —Parecía apenado.

Me reí.

—Claro, me gustan las películas.

Era muy fácil estar con Chase, sentarme con él en el coche y hablar mucho de nada. Fue fácil, cuando salimos de la carretera hacia la calle principal de Termico, asentir cuando sugirió llevar el coche al aparcamiento que estaba detrás del Vons. Fue muy fácil besarlo y

besarlo hasta que sentí en carne viva la piel alrededor de los labios.

Fue fácil recostarnos en el asiento trasero y besarnos hasta que la piel sudorosa se nos pegó al plástico del asiento.

Me dejó en la gasolinera de Shell y me pasé todo el turno de cinco horas en una agradable bruma mental, sintiéndome entre las nubes por las cosas que había hecho con Chase en el coche. Rafid estuvo conmigo la primera mitad del turno y dije una infinidad de síes mientras me contaba lo último sobre el estado de la cuenta de la tarjeta de crédito de Amir, sobre el crucero a Alaska que había planeado con su mujer y sus suegros, sobre lo mucho que su suegra quería ver los glaciares porque eran del color azul pálido del paraíso mismo, sobre cómo los había visto en Google Earth en su casa y tuvo que aceptar que era muy relajante contemplarlos.

—Glaciares —dije—. Ve a visitarlos mientras estén fríos. —Rafid arqueó una ceja—. Ya sabes, ¿por el calentamiento global?

Pero ni siquiera la idea de una crisis ambiental podía desanimarme esa tarde. Cuando Rafid se fue puse canciones cursis a todo volumen y consideré hacer una *playlist* para compartirla con Chase. Dos veces cogí el teléfono para escribirle a Rain solo por escribirle algo tonto como: «¿Es demasiado pronto como para decir que esto ciega al sol?». Pero lo borré las dos veces, porque sentía que las cosas andaban tan raras entre nosotras que no podía abrirme con ella en ese momento.

Pero yo era paciente. Podía esperar. En cuanto despertara de su propio romance con Brie, las cosas volverían a ser como siempre habían sido.

A la mañana siguiente, me sorprendió recibir un mensaje de Rain a las 7:00.

Voy para allá.

Sonreí, feliz de ver que había vuelto a importarle.

En el coche puso a Taylor Swift, una elección muy poco propia de Rain, pero no dije nada. No hablamos sobre Moon Rocks ni del hecho de que no habíamos hablado desde esa noche.

—¿Cómo van las cosas con Chase? —me preguntó.

—Muy bien —confesé—. Hemos pasado mucho tiempo juntos.

—Ay. —Sonrió y me pellizcó el costado—. Qué bonito.

Nos asentamos en una cómoda conversación sin importancia.

Rain me contó que Joan había roto un envase de cristal de aceites esenciales para el baño en la cocina y que toda su casa olía y sabía a gardenias; yo le dije que siempre que veía a Chase contemplándose en un espejo, sin darse cuenta ponía una cara ruda que le hacía parecer estreñido.

Estaba a punto de creer que todo volvía a la normalidad cuando Rain giró en la dirección equivocada en el bulevar Río Rancho al bajar por la montaña.

—¿Qué haces? —pregunté, pero una parte de mí ya sabía la respuesta. Era el camino hacia la casa de Brie.

—El coche de Brianna está en el taller —dijo Rain—. Le he dicho que podía recogerla.

Taylor Swift resonaba mientras avanzábamos, Rain conduciendo con exceso de velocidad y cantando desafinada.

«¿Te gusta esta canción? —quería preguntarle—. Porque antes la odiabas.» Pero sabía que no era buena idea mencionar todos los detalles que la habían cambiado. Como todo en esos días, supuse que era obra de Brie.

Cuando Brie salió de su casa, llevaba puesta ropa más oscura de la que jamás le había visto: una camiseta sin mangas gris, tejanos negros rasgados y botas con cordones. La misma ropa que usaba Rain. Pero lo más impactante de todo era su pelo.

—¿Qué opinas? —me susurró Rain en el coche mientras Brie corría hacia nosotras—. Lo hicimos ayer.

—Vaya —dije. Necesité toda mi fuerza de voluntad para mantener la voz neutral y no hacer ningún gesto con la cara. La palabra *hicimos*, que salió tan natural de la boca de Rain, sonaba como algo espectacular en la lista de cosas que habían hecho sin mí—. Un cambio muy grande. —No solo habían desaparecido los reflejos rubios del pelo de Brie. Ahora tenía todo el pelo teñido de color caoba. No estaba tan revuelto como el de Rain, pero sí intentaba estarlo. Lo peor de todo era lo bien que le quedaba a sus ojos azul claro. De hecho, acepté desmoralizada, Brie estaba mejor que nunca. También se parecía mucho a Rain—. Parecéis gemelas. —Sentí una amargura que se me esparcía por el estómago, que la garganta se me llenaba de bilis.

—Hola —dijo Brie, agachándose para saludar a Rain por la ventana, e ignorando mi presencia en el coche. La cruz que llevaba en la clavícula resplandecía bajo el sol—. ¿Todavía te gusta?

—Me encanta. A Syd también —dijo Rain—. ¿Verdad?

—Sí. Una nueva tú —dije, agotada por el esfuerzo de fingir una sonrisa.

—Eh, ¿Sydney, cariño? —«¿Cariño?» Brie sacó el labio inferior en una cara de puchero exagerada, ese tipo de cosas que había visto hacer a sus amigas con sus novios cuando querían algo—. La verdad es que esperaba poder ir delante. Solo hoy, ¿vale? Es que el asiento de atrás es terrible para el pelo, sobre todo porque a esta —apuntó hacia Rain con el pulgar— le gusta tener las ventanas abiertas. Y me siento insegura, ¿sabes? Porque es nuevo. Quiero que se vea bien en el instituto. —Se dio una palmadita en la cabeza y me miró con falsa aflicción.

—¿En serio? —Esperé a que me dijera que era una broma. Miré a Rain en silencio, pero ella solo se encogió de hombros.

—Déjala —dijo Rain en voz baja—. Es la primera vez que no es rubia en toda su vida.

—Está bien. —Bajé del coche y me apretujé en el asiento de atrás.

—¡Hoy Candice va a traer algo divertido! —gorjeó Brie mientras Rain salía al revés de la calzada.

¿Qué nuevo horror se acercaba? ¿Otra fiesta a la que no estaba invitada? Dejé mi dignidad de lado y me incliné hacia delante para escuchar, no quería perderme una sola palabra.

—Excelente. Quiero que sea algo íntimo, diez o quince personas. Joan está en Lake Tahoe, pero si la casa queda destruida, ella me va a destruir a mí.

—Claro, claro. —Brie asentía. Joan debía estar visitando a su hermana Marsha. Vi el reflejo de Rain en el retrovisor. Parecía estar a miles de kilómetros, distraída y atontada, como si la llegada de Brie al coche le hubiera inyectado más oxígeno a la atmósfera. ¿Rain se había creído el mito de Brie Walsh? ¿Creía que tenía algo de especial ahora que tenía la aprobación de la autoproclamada reina del instituto? ¿O era solo que todas las facetas de su vida eran nuevas y más emocionantes de lo que ella podía haber imaginado? Estudié su perfil, pero de repente me sentí tan alejada de ella que no podía ni comenzar a imaginar qué le pasaba por la cabeza. Solíamos bromear que teníamos una conexión psíquica y que siempre podíamos adivinar lo que la otra estaba pensando. Pero ya no.

—Y Ryan va a traer tequila —siguió Brie sin darse cuenta de nada.

—Genial, genial —dijo Rain, que apenas prestaba atención—. Squid, vas a llegar pronto, ¿verdad? A la fiesta. —Intercambiamos unas miradas en el retrovisor.

Entrecerré los ojos.

«Jódete — quería decirle—. ¿Cuándo me lo ibas a decir?» ¿Qué estaba pasando con Rain? ¿Quién era?

—Lo dudo —dije—. No sabía…

—Ya te lo dije —estalló Rain—. Juro que te lo dije. —Me miró en el retrovisor como si fuera yo quien la estuviera traicionando.

—Nop. —Miré a otro lado—. No me habías dicho nada.

—No os peleéis, chicas. Habrá un millón de fiestas más —dijo Brie con una expresión de aburrimiento y pasándose los dedos por el pelo nuevo.

Volví a cruzar miradas con Rain en el espejo. Me parecía estar viendo algo de súplica ahí. Esperaba haberla visto. Y de ninguna manera quería que fuera Brie quien decidiera, porque era evidente que no me quería allí. Lo que menos quería era ir, pero si no iba, me preocupaba perder lo poco de Rain que me quedaba.

—Tengo que cubrir un turno en la gasolinera —dije tras un pesado silencio—. Pero puede que vaya después.

Intenté sonar casual, como si no fuera nada, como si las cosas no estuvieran a punto de derrumbarse, como si fuéramos las mismas de siempre, dos cuerpos y un cerebro.

—Bien —dijo Brie, sin emoción alguna—. Las tres de Termico reunidas al fin.

Una vez más, necesité toda mi fuerza de voluntad para no tirar por la ventana la mochila que Brie había tirado sin cuidado alguno a mi lado. Me la imaginé volando por el cielo brillante, casi podía oír el satisfactorio plas de todas sus cosas al caer en el suelo y el crujido de un tráiler pasándoles por encima.

Ir de su casa a la gasolinera y luego a casa de Rain era demasiado lío para Chase, así que me adueñé del Fiesta por esa noche. Antes de salir del trabajo, cerré las puertas y me cambié en el baño de la gasolinera. Bajo las luces fluorescentes, alcancé a ver partes de mi cuerpo pálido

mientras me quitaba la camiseta y los tejanos y me ponía algo de la ropa que Rain me había comprado. La blusa nueva era mucho más reveladora de lo que acostumbraba a usar, una especie de camisa que Rain insistió en darme un par de semanas atrás que tenía que usarse sin sujetador. Puesta encima del papel de baño para no tocar el suelo que acababa de fregar media hora antes, cogí un par de tejanos de Rain que costaron ciento sesenta y cinco dólares y que estaban llenos de agujeros y rasgaduras hechas a propósito y costuras extrañas. Me puse las zapatillas de plataforma que Rain me regaló («en caso de que necesites ser una bruja alta algún día»). Medía seis centímetros más, y me estaba tratando de apoyar en la falsa confianza que me daba esa ropa.

—¿Qué? ¿Esto? —le susurré al espejo mientras me ponía el maquillaje que Rain me había comprado—. Lo he recogido del suelo.

En realidad, había colgado los tejanos en mi armario y me aseguré de que ninguna de mis otras prendas los tocara, como si fueran un artefacto religioso o una obra de arte. Cuando terminé de aplicarme el pintalabios rojo que no era nada de mi estilo, porque Rain me había dicho que tenía que usarse con la camisa, intenté arreglarme un poco el pelo. Seguía sin ser castaño ni rubio, ni corto ni largo. Mi cara aún no era ni bonita ni fea, y mi cuerpo no era despampanante ni desagradable. Pero la ropa era como una armadura, y eso era lo que necesitaba. Porque no solo iba a conseguir que mi amiga recordara que existía, también iba a intentar llegar más lejos con Chase. Tenía las piernas y las axilas recién depiladas. Traía puesta ropa interior negra con tres rosetas de seda rojas en la costura superior.

«Nos vemos pronto», le escribí a Chase desde el coche. El Fiesta olía a la crema Jergens de mi madre y a zapatos sudados, pero volví a ponerme desodorante y llevaba ropa nueva, así que supuse que podía superar el obstáculo del coche apestoso y de un turno en la gasolinera. Sobreviviría a la noche con fuerza de voluntad, sin importar qué locuras podría sumarle Brie a la noche. Conecté el teléfono al encendedor, puse la versión de Nina Simone de *I Put a Spell on You* y me obligué a pensar más en Chase y menos en Brie y Rain.

Había mucha más gente de la que esperaba en casa de Rain. Siete u

ocho personas parecían tener más de veinte años, se las veía desde el comedor, sentadas alrededor de la isla de mármol de la cocina. Un tío con un corte *faux hawk* estaba cortando limas y hacía pausas para gesticularle algo a una chica que me daba la espalda. El cuchillo que tenía en la mano resplandecía bajo la luz de la lámpara del techo.

Jay-Z salía a todo volumen de la gigantesca televisión del comedor. Había chicos del instituto desparramados en los muebles bajos. Min vapeaba y aguantaba el vapor, luego le pasaba el vapeador a su novio, Mike. Mientras exhalaba el vapor en la habitación, agitó los brazos para saludarme y me dirigió una sonrisa medio desconectada.

«Están arriba», movió la boca y apuntó al techo. Asentí. «Gracias», moví la boca en respuesta. Tal vez las amigas de Brie no eran tan malas, pensé. Tal vez mis problemas con ellas eran producto de mi mente.

Después de recorrer la cocina, donde consideré y decidí no tomarme un chupito de vodka, subí la escalera. La casa retumbaba con la música. Por fortuna, los vecinos a ambos lados de la casa eran gente que solo iba al desierto los fines de semana para escapar de Los Ángeles. Si no hubiera sido miércoles, alguien ya habría llamado a la policía.

Arriba, el pasillo lleno de habitaciones estaba oscuro. En un extremo estaba la habitación de Joan, oscura y en silencio. La vibración de la música me llevó al otro extremo, al cuarto de Rain, donde había velas encendidas y música trap en los altavoces, pero ninguna persona. Oí risas que salían del baño.

—¿Hola? —Toqué la puerta del baño. Estaba entreabierta y solo necesité darle un pequeño empujón para abrirla por completo. Los nervios me recorrían el cuerpo. Pensé que podría saludar a toda prisa y luego buscar a Chase. Podía oír risas de hombres y mujeres por encima de la música. La de Brie era la más fuerte de todas, aguda y penetrante. Oí el graznido rasposo de Rain. Y a algunos chicos, más callados, de voces más graves. Eché los hombros hacia atrás y empujé la puerta con suavidad, preparada para sonreír.

En la repisa del baño había una botella de tequila, varios chupitos, rodajas de limón, un porro encendido. Todo el baño apestaba a hierba. Rain y Brie, dos castañas casi idénticas, estaban en el centro de la habitación frente a tres chicos sentados en posiciones

incómodas dentro de la bañera. Rain estaba grabando. Brie tenía una camiseta del tamaño de un pañuelo y estaba contorsionada sobre la bañera.

Me costó menos de tres segundos verlo todo. La boca de Brie en la boca del chico que estaba sentado en el centro de la bañera. Las piernas de los tres colgaban por encima del borde. Rain coreaba: «Traga, traga, traga». Rain, con los brazos extendidos, grababa con la cámara del teléfono. Brie se separó del chico y se rio como una desquiciada.

Y… no. ¿El chico en el centro de la bañera, el que tenía un pedazo de limón en la boca y sonreía como un idiota? Era Chase. Por supuesto que era Chase.

—¡Syd! —Escupió el limón e intentó llegar hacia donde estaba. Borracho y colocado. Como todos los demás. Parte del repulsivo cuadro. No quería saber qué estaban haciendo, no necesitaba saberlo. Había visto todo lo que necesitaba ver. ¿Brie habría orquestado todo eso para demostrarme lo fácil que era, lo insignificante que era lo que creía que tenía con Chase?

—¡Por fin! —gritó Chase—. ¡Me han obligado a tomarme unos chupitos en el ombligo!

—¡Sydney! —Brie me agarró y me abrazó, otra vez, con una fuerza sorprendente—. ¿Por qué has tardado tanto? —Sonrió con remilgo cuando me alejé de ella.

Rain no dejaba de grabar.

—Las tres de Termico, reunidas al fin —gritó, como si todo fuera de lo más normal.

Abrí la boca. La cerré. Quería quitarle el teléfono de las manos y tirarlo en su estúpido retrete japonés.

—Hemos tenido que entretenerlo en tu ausencia. —Los ojos le centelleaban a Brie. El hoyuelo se le asomaba en la mejilla—. Ya sabes cómo son los chicos. Se aburren tanto…

Rain se carcajeó, encendida por el alcohol.

—¡Squid! Qué guapa estás. Te echábamos mucho de menos. Sobre todo Chase. Todo ha sido horrible sin ti. —Se acercó, me envolvió en sus brazos. Era muy difícil estar cabreada con Rain cuando parecía tan sincera y apasionada al mismo tiempo. Tan ignorante de lo que Brie acababa de hacer o de cómo me había hecho sentirme. Al contrario que Rain, Brie sabía lo fácil que era hacerme

daño.

—Qué pena —alcancé a decir. Mi furia era un poco menos ardiente.

—Lo de los chupitos fue una ridiculez. No sé qué se nos ha metido en la cabeza. —Mientras Rain llenaba el aire con sus palabras, Brie la cogió de la mano, entrelazó sus dedos con los de ella y la acercó hacia ella. Me miró a los ojos mientras lo hacía, como para decir: «Es mía». Chase se levantó de la bañera al percibir, quizá, que no me parecía tan gracioso como él creía.

—Tómate un chupito —dijo, arrastrando las palabras.

Por primera vez en semanas dejó de parecerme atractivo. Se acercó, me abrazó, me levantó y me dio vueltas.

Ese era el momento. Podía ser una chica genial, encontrar cierta calma y hacer como si todo estuviera bien, como si fuera algo que me pasaba todos los días y que no era «nada, claramente solo es diversión tonta. Además, nunca hemos hecho nada serio…», o podía ser mi yo reprimida e inocente de siempre y huir. Respiré profundo, me di la vuelta y vi a Brie y a Rain mirando algo en el teléfono de Brie, dobladas de risa.

Si me iba en ese momento ni siquiera les importaría. Pero a Chase sí.

Me quedé ahí en el baño, encontré mi cara en el espejo. Con el pintalabios rojo y la camisa de mujerzuela, estaba escandalosa e infantil al mismo tiempo, como una niña que jugaba a disfrazarse de una cualquiera. La chica genial se había ido, solo quedaba mi yo verdadero. Ni siquiera tenía la fuerza suficiente como para dar media vuelta y salir con una rabia justa y dignificada. En cambio, hice lo más cobarde posible e inventé un estúpido pretexto.

—He olvidado algo en el coche —le dije a Chase, mirándolo a los ojos y hasta con una sonrisa—. Ahora vuelvo.

Y luego salí, intentando no limpiarme las lágrimas que comenzaban a llenarme los ojos, preocupada de que alguien fuera a verme.

En vez de ir directa al coche y largarme de allí, como quería hacer, me abrí paso por la cocina y salí al jardín, donde la piscina brillaba y el *jacuzzi* flotaba como un ovni por encima de ella en una esquina. Tal vez Chase saldría a buscarme. O tal vez Rain lo haría. Tal vez. Si ignoraba mis instintos y me tomaba un minuto a solas para

tranquilizarme, la noche podría cambiar y no me sentiría tan humillada.

Me quité las zapatillas de plataforma con mucho cuidado, me senté junto al *jacuzzi* y me enrollé los tejanos de ciento sesenta y cinco dólares.

Cuando deslicé los pies en el agua caliente, oí una voz.

—¿Necesitabas un descanso de esas dos?

Era Anya, a solas en un sillón del jardín dentro del bungaló de tela que estaba a un lado del patio de la piscina. El brillo de la pantalla de su teléfono le iluminaba la cara.

—Supongo —dije, sin querer compartir nada personal con la gente de Brie—. Han bebido demasiado.

—¿Quién no? —Anya suspiró, se movió hasta el extremo del sillón y me acompañó junto al *jacuzzi*—. Todos menos tú, ¿no? Siempre has sido tan responsable...

Me sonrió de una forma que me hizo creer que lo decía como un cumplido, como si deseara no haber tomado muchas de las decisiones que había tomado.

—A veces bebo —dije. No quería que pensara que era una santa —. No soy tan responsable como crees.

—Yo debería beber menos —reflexionó ella. Había vuelto a mirar su teléfono. Sin alzar la mirada, continuó—. ¿He oído que ahora tienes novio? Bien por ti, a satisfacer esas necesidades. —Se rio de su propio chiste malo, orgullosa de sí misma, supuse, por sonar tan adulta—. Pero deberías tener cuidado.

—¿Qué? ¿Por qué?

Anya seguía pasando fotografías con el dedo.

—Ay, Dios. No debería decírtelo. —Levantó la mirada y volvió la cabeza para asegurarse de que nadie nos oía y dejó su teléfono con mucho cuidado. Luego suspiró muy fuerte—. A la mierda. Estoy harta de las malas personas.

«No muerdas el anzuelo —me dije—. No preguntes. No quieres saberlo.»

Anya dejó que el silencio se abriera. El vapor que salía del *jacuzzi* nos envolvía como una neblina y, salvo por el estruendo de la música que se escapaba de la casa, era como si fuéramos las únicas dos personas en kilómetros a la redonda. Después de que el silencio se hubiera extendido aún más, no pude seguir evitándolo.

—Si tienes algo que decirme, dilo de una vez, ¿de acuerdo? —señalé en voz baja.

Anya parpadeó.

—Tal vez ya lo sabes. Tal vez no te importa. A mí me importaría, pero cada uno… —Miró hacia la casa antes de continuar. «Uy, sí me importa, y mucho», quería decirle. Pero solo asentí, esperando que continuara, demasiado asustada para decir algo que pudiera salir como una palabra ahogada—. Brie y Chase estuvieron juntos hace un par de semanas —me susurró—. Después de que vosotros empezarais a salir.

Las palabras me golpearon como un puño. Me llevó un segundo responder.

—¿Cómo lo sabes? —Intenté sonar aburrida para conservar la dignidad, para disimular con la voz que estaba deshecha, destrozada.

—Todo el mundo lo sabe. —Anya se encogió de hombros—. Me ha pasado, amiga. A todas nos ha pasado. Los chicos son unos idiotas. Siempre dicen que no sabían que era una relación, que no había reglas claras. —Suspiró con amargura—. Si estuviera en tus zapatos… yo querría saberlo.

Abrí la boca sin tener la más remota idea de qué decirle.

—Gracias —dije al fin.

Sacó los pies del *jacuzzi*.

—Habla con él —sugirió—. Dile que tú te tomas la relación en serio y que no te gusta lo informal. Tal vez lo entienda. —Volvió a encogerse de hombros.

Solté un «ja» punzante y sentí cómo se me enrojecía la cara. Para Anya parecía muy fácil, pero yo nunca haría algo así. Yo ya había terminado con Chase en cuanto me lo dijo. No había forma de que me hiciera más daño del que me había hecho.

—Nos vemos, Sydney. No dejes que Brie se te meta en la cabeza. También ha sido una bruja con nosotras, desde que ella y Rain… —Agitó la mano para referirse a su nueva amistad, y entendí que la nueva jerarquía social había desestabilizado más vidas además de la mía.

Apenas conseguí despedirme. Los ojos me ardían por la humillación mientras ella hablaba desde el otro lado del patio hacia la masa de sonido que rodeaba la casa de Rain.

En cuanto se fue cogí mis zapatillas y mis calcetines y corrí

descalza por un lado de la casa. Estuve a punto de tropezarme con un cactus en mi desesperación por salir de allí antes de que Chase me encontrara, si es que me estaba buscando. Pero ¿por qué me buscaría? No necesitaba guarniciones si tenía al plato fuerte enfrente. ¿Por qué me elegiría a mí si podía elegir a Brie?

No iba a esperar para saber la respuesta.

Mientras abría la puerta del coche noté que mi teléfono vibraba. Era un mensaje de Rain.

¿Dnd stás? ¿Todo bien?

«Jódete y que se joda él también.» No necesitaba su compasión. Tiré los zapatos en el asiento trasero y encendí el coche.

«No me encuentro bien —escribí antes de arrancar—. Intoxicación, supongo. Me tengo que ir».

Borré todos los mensajes de Chase en cuanto fueron llegando. En algún momento dejaría de escribir. Me pasé la noche dando vueltas en la cama, con el sueño ligero, repitiéndome lo más humillante de todo lo que dijo Anya: «Todo el mundo lo sabe». ¿Rain lo sabía y no me lo dijo? ¿Todo el mundo se compadecía de mí a mis espaldas?

Rain no contestó hasta las dos de la mañana. Y cuando escribió, fue solo para decir: «Que te recuperes». Al menos era honesta sobre cuánto le importaba.

A solas en la cama, intenté imaginar qué fue lo que hizo Brie el resto de la noche, una vez que se quitaron el peso de mi presencia de encima. Tal vez Brie ya estaba vomitando, tal vez había caído en la piscina o rodado por la escalera de la casa de Rain, pensé, con el pecho hinchado de una esperanza patética. Tal vez uno de los invitados había roto algo en la casa de Rain y no podría arreglarse. Quizás, en ese mismo momento, Rain se había vuelto loca, aterrada por lo que Joan le haría cuando llegara a casa. Me pasé el resto de la noche entre sueños que ocurrían en la fiesta, y todos terminaban en situaciones en las que Rain o Brie sufrían. Pero a la fría luz de la mañana, supe que yo era la única que estaba sufriendo.

18

Para las 18:00 del día siguiente, después de pasar toda la tarde bebiendo una Coca-Cola *light* de litro y medio y borrar la habitual cascada de mensajes de Chase, uno por uno, sin leerlos, me pareció apropiado torturarme las muelas con un par de Charleston Chew que habían caducado hacía unos meses, lo peor que Rafid vendía.

Mientras comía, me asomé para ver cómo caía la oscuridad sobre la tarde desde dentro del quiosco de Shell iluminado con lámparas fluorescentes. Podía ver mi reflejo allí, una cara pálida y marcada con unos ojos hinchados, una chica tan tonta como para creer que tenía algo parecido a un novio cuando en realidad tenía un amigo con derecho a roce y nada más. A Chase le daba lo mismo, podía cambiar un cuerpo cálido por otro sin problemas.

«¿Estás segura de que es suficientemente bueno para ti?», había dicho Rain. ¿Fue más o menos al mismo tiempo en que Brie y Chase estuvieron juntos? ¿O fue antes, incluso? ¿Rain lo había sabido todo el tiempo y quería avisarme sin decírmelo?

Me preguntaba también por qué lo había hecho Brie. Chase no era de su estilo, no era nadador ni jugador de fútbol americano. ¿Quiso probar lo que a mí me parecía aceptable, un postre que se quedó en la mesa, que yo había probado y que le gustó lo suficiente como para probar un bocado? ¿Fue para demostrarme que Chase se liaría con cualquiera que lo dejara? ¿Para enseñarme alguna cínica lección sobre cómo los chicos son basura y «solo piensan con el pito», algo que Rain decía desde que teníamos trece años? ¿O fue solo para robarme lo que era mío?

Fuera, el sol se pintaba con un atardecer rosado y el sonido de los truenos lejanos sacudía las ventanas de Shell. Una madre ponía gasolina mientras sus dos hijos se peleaban por el limpiacristales. Detrás de ellos vi algo que casi nunca veía ahí afuera: un relámpago por encima de las montañas. Me sentía cansada y nostálgica, como siempre me sentía antes de una tormenta, deseando poder volver

sobre los pasos que me habían llevado hasta donde estaba. Unos minutos después, un estruendo más fuerte que el del primer trueno se escuchó por encima de la emisora de *rock* suave de Rafid y el cielo se abrió.

Fantástico. No tenía coche. Solo mi estúpido monopatín.

Mi teléfono vibró. Era Chase otra vez. Decidí leerlo.

¿Quieres un taxi?

Una frase horrible que Rain había pronunciado años atrás me pasó por la cabeza, algo que me contó sobre un chico de último curso que jugaba al fútbol americano, Jordan Curtis. Lo intentó todo con ella, flores, una cena en un buen restaurante, cosas que solo veíamos en la televisión. Las cosas entre ellos terminaron unas semanas después y Rain dijo algo tan asqueroso que se me quedó grabado en el cerebro desde entonces: «Solo quería remojarse el pito».

La lluvia martilleaba en el techo de lámina de Shell encima de los depósitos y caía en cascada por una esquina, como en un embudo. Un enorme charco se formó de inmediato en el pavimento frente al depósito número cuatro.

Seguro que Chase creía que me diría algo bonito en el coche, descubriría qué fue lo que provocó que ignorara sus mensajes y lo arreglaría todo. Que aparcaríamos frente a la casa prefabricada y desocupada de Rain y que nos acercaríamos un poco más al acto sexual completo.

«Deja que te lleve a casa», pensé, apretando los puños. Que llegue con su sonrisa y recién duchado. Me aseguraría de que no volviera. Respondí:

Ok. Recógeme en una hora.

Las tareas antes de cerrar eran siempre las mismas, pero esa noche las hice con una precisión alimentada por la rabia. Tiré el café y limpié las jarras. Quité todas las salchichas y los nachos de las planchas calientes y limpié todos los componentes con un trapo mojado. Conté el dinero de la caja dos veces, asegurándome de que todos los billetes de uno, cinco y veinte dólares estuvieran puestos del mismo lado. Limpié todas las superficies y lo dejé todo reluciente y con el olor del limpiador industrial amarillo que compraba Rafid.

Además de mis tareas, me tomé a sorbos dos latas grandes de Coors *Light* (que estaban de oferta ese día) que pagué en efectivo y después cogí el cambio, como si un cliente las hubiera comprado. La cerveza me llenó el estómago vacío, pero no hizo nada por apagar el ardiente escozor de la humillación que sentía en el pecho.

Restregué todas las manetas de los congeladores, los pomos de todas las puertas, todos los mostradores. Barrí todos los rincones, cada centímetro de la tienda, hasta que las axilas me quedaron empapadas por el esfuerzo. Me quité la sudadera y fregué solo con la camiseta puesta que traía debajo. Aun con el aire acondicionado al máximo y la tormenta afuera, estaba hirviendo. Cuando Chase aparcó junto a la puerta de la gasolinera, aquel sitio estaba impecable.

Puse la alarma, cerré las puertas con llave y casi me caigo al correr entre los charcos hacia el coche de Chase.

—Gracias por venir. —Empujé la puerta y miré al frente. Las luces de los coches que iban en sentido opuesto pasaban zumbando en la oscuridad, y la tormenta convertía las formas y los colores en una pintura de Van Gogh.

—Hueles a cerveza —dijo. Sacó el coche de la gasolinera y condujo por la carretera en medio del chubasco.

—Se ha derramado y he tenido que limpiarla —dije, sorprendida de lo fácil que me resultaba mentirle ya.

—No has estado… localizable estos días. —Me miró por un segundo antes de poner los ojos en la carretera de nuevo.

—Pues… —Me apoyé en la puerta de mi lado y lo miré. Aprecié su perfil una vez más, a pesar de todo. ¿Qué tenía esa masa revuelta de cabello oscuro que me hacía querer jugar con ella? Sus pestañas largas, los pómulos que reflejaban la luz de la luna. Quería inhalarlo, incluso en ese momento. Qué lástima que lo odiara tanto—. Creo que esto no funciona.

Chase bajó la velocidad, me miró, sonriente, como si esperara el final del chiste.

—¿Qué?

—Pues… lo que acabo de decir. Que no funciona. —Tenía dignidad y no iba a explicárselo con peras y manzanas.

—¿Por qué no? —dijo. Alcancé a ver cómo se le movía la boca, cómo le palpitaba la mandíbula mientras conducía.

—Sabes por qué. —Miré por la ventana, y les ordené a las

lágrimas calientes que se me habían acumulado en el borde de los ojos que se mantuvieran quietas. Pero cayeron de todos modos.

Chase se quedó boquiabierto y asintió.

—¿Por esa tontería que pasó con Brie?

Parpadeé, atónita de que lo hubiera dicho así. Miré hacia el frente.

—Sí, por eso —dije con amargura.

—No fue nada. Solo… estábamos… fue una tontería. No fue nada. Syd, yo…

—Cuando de verdad te gusta alguien, tienes que demostrarlo con hechos —susurré, secándome las lágrimas, maldiciéndome por llorar frente a él—. Lo siento si eso no era lo lógico para ti, si no definimos… —Moví los brazos en círculos como para incluirnos a los dos—… lo que sea que fuera esto. Pero… no estoy dispuesta a aceptarlo. Yo doy todo o nada. O eres mi todo o eres mi nada.

El coche parecía cerrado, claustrofóbico. El estómago se me tensó y por un momento me preocupó estar a punto de vomitar, no sé si por el mareo del coche, por las dos cervezas o por el dolor que me provocaba terminar las cosas con Chase. Bajé un poco la ventana, sentí las gotas sobre la frente.

—¿Y ya está? ¿Ya no soy nada? —Chase frunció el ceño—. Creo que estás exa…

—Quiero que sepas que se ríe de los chicos como tú. Seguro que lo hizo solo para demostrarme que podía hacerlo, que puede hacer lo que quiera, conseguir lo que quiera. Y fue cruel por su parte, sí, pero tenía razón. Coges lo que sea que se te ponga enfrente. Todas somos iguales para ti. Ya lo veo.

—Qué bonito, Syd. —Estábamos cerca de llegar a casa. Chase sacudía la cabeza como si no creyera lo que estaba pasando—. Nada de eso es verdad. Me importas.

—Te importa el sexo, querrás decir.

Chase se tensó. Me miró, dolido.

—Qué perfecta estupidez —farfulló.

—De verdad que lo es —dije. Miré por la ventana e intenté concentrarme en el buitre que trazaba arcos en el aire, para no desmoronarme más.

—No sé quién te ha hecho daño o por qué crees que soy una escoria total, pero creo que está bastante claro que me importas. He

venido hasta aquí...

—¿A este barrio de mierda? ¿Eh? ¿Para ver si conseguías algo?

—Dios. Eso no ha sido lo que he dicho. —Chase golpeó el volante con fuerza. Yo vi un vívido recuerdo de Gary Infartos gritándole a mi madre en el aparcamiento de un supermercado un año antes de que muriera. Estaba tan nervioso que rayó su coche con el reloj—. Tienes que tranquilizarte.

—Por favor, no me digas que me tranquilice, ni a ninguna mujer.

Chase emitió un sonido que era algo a medio camino entre un suspiro y un gimoteo.

—Nada de lo que diga hoy te va a parecer bien, ¿no? Vamos a hablar cuando los dos estemos más tranquilos. Estás haciendo esto más grande de lo que es.

—Supongo que no soy tan buena como creías, así que está muy bien que terminemos con esto. Todos ganamos. —Lo miré, furiosa, con el corazón roto, pero la decisión firme.

—Eso no es lo que yo quiero. —Chase apretó los dientes cuando dio la vuelta hacia mi calle.

Lo odiaba en ese momento, sus suspiros, sus muecas, como si fuera una loca poco razonable y enferma de celos. El coche estaba húmedo por la tormenta. Alcanzaba a oír mi propia respiración. La lluvia golpeaba el techo y se deslizaba por el parabrisas. Miré hacia delante, a la calcomanía de Sk8Mafia que comenzaba a despegarse del salpicadero, queriendo mirar adonde fuera menos a Chase.

Respiró profundo. Casi habíamos llegado a mi casa.

—¿Podemos quedarnos aquí un minuto y empezar de nuevo?

—Gracias por recogerme —alcancé a decir mientras me desabrochaba el cinturón.

—Por favor —dijo, mientras aparcaba frente a mi casa. Un poco de lluvia se había metido por la apertura que había dejado en la ventana. La esparcí por el cristal, como si lo limpiara todo, todo lo que había tenido con Chase—. No te vayas. Es una tontería.

—Para mí no —dije. Y entonces salí disparada del asiento hacia la tormenta. Corrí entre el lodo y los charcos hasta que llegué al portal de mi casa.

—Syd. —Me di la vuelta. Chase había bajado del coche. Estaba bajo la lluvia, empapándose.

—¿Por qué sigues aquí? —grité—. ¡Vete ya!

Con la cara contorsionada por el dolor y el cabello pegado a la cara, debí de parecerle un ser desquiciado. «Qué bien», pensé. Cuanto más miserable fuera con él, más pronto se iría y más fácil sería todo.

Me miró con dureza y movió la cabeza un poco, como si no consiguiera creerse que lo que ocurría era real. Luego subió a su coche y condujo marcha atrás.

Me contuve mientras salía del garaje. Fue solo hasta que no pude verlo más que me quebré del todo.

Las lágrimas caían sin parar. Entré en casa y corrí al baño para quitarme la ropa empapada. Me di la ducha más caliente que fui capaz de soportar, solté un último alarido de dolor y, con eso, terminé de llorar. Me quedé en la ducha hasta que se acabó el agua caliente. Después de tomar agua del grifo me fui a la cama envuelta en la toalla, demasiado aturdida y exhausta para tomarme la molestia de vestirme.

Pensé que pasar el resto del curso sola sería mucho mejor.

Mis notas ya habían comenzado a bajar por culpa de todo el tiempo que había pasado con Chase. Sin Rain y sin Chase estorbándome, me convertiría en una máquina. Estudiaría más, llevaría mi trabajo académico a la excelencia de la que sabía que era capaz. Brie y Chase podrían quedarse juntos, y llevarse a Rain también, y a todas las estúpidas amigas de Brie.

Yo estaba bien sola. Sola, no tendría que ponerme ropa absurda que no iba conmigo. Sola era invencible.

Mi teléfono vibró dentro de mis tejanos arrugados. Cuando lo saqué, vi que Rain me había escrito.

Chase me ha dicho que compruebe cómo estás.
¿Todo bien?

Me recosté en la cama y miré al techo, me molestaba que Chase hubiera hablado con ella tan pronto. Estaba segura de que seguirían siendo amigos después de todo, lo que quería decir que Brie también estaría en su órbita. La lámpara del techo parpadeó y alcancé a ver las sombras de los insectos muertos en la pantalla que cubría el foco. Todo y todos a mi alrededor estaban contaminados, infestados de amenazas que no había visto hasta ese momento.

Estoy bien. Voy a dormir.

Rain no respondió.

19

Pasó un fin de semana largo, y luego cuatro días de clases en los que apenas salí de mi cuarto, salvo para trabajar en la gasolinera de Shell. Me preguntaba si eso era lo que sentía Rain cuando faltaba al instituto. Resultaba que el mundo no dejaba de girar, enseñaras la cara o no.

Chase dejó de escribirme después de que pasara dos días sin responderle. «Fácil vino y fácil se fue», pensé, furiosa por haberme permitido creer que lo que tuvimos fuera más profundo de lo que fue, y más cabreada aún por la decepción de que se hubiera dado por vencido tan pronto. Aunque no tenía planeado perdonarlo, ¿no debía esforzarse un poco más? Rain no dejó de escribirme, pero sus palabras me parecían empalagosas, falsas y superficiales.

¿Todo bien? Chase dice que te has enfadado con él.

«Estoy bien. Ya no me gusta», escribí. Me daba pena decirle la verdad, que tenía razón cuando dijo que no era lo suficientemente bueno para mí. Y mucho menos quería que discutiera con Brie sobre lo que hizo con Chase. Que ellas dos discutieran mis sentimientos heridos suponía una humillación más grande de la que podría soportar.

Respondió con una hilera de signos de interrogación.

En serio, estoy bien. Bueno, de hecho, estoy enferma.
Gripe. Uf.

La vieja Rain habría sabido cómo leer ese mensaje de inmediato. Lo hubiera dejado todo y habría venido a mi casa en un instante. Pero la Rain que era en ese momento lo leyó de forma literal. No vino a verme, ni siquiera intentó llamarme. La facilidad con la que aceptó mis mentiras la sentí como una traición más grande que la de Chase.

O Rain ya no sabía leer entre líneas conmigo, ya no podía percibir cuando algo no estaba bien... o sí podía, pero no le importaba lo suficiente como para descubrir la verdad. Las dos posibilidades eran igual de dolorosas.

Todos los días me escribía las mismas palabras endulzadas y apuradas.

> Hola, nena. En serio sigues enferma? Dime cuando quieras hablar. Chase parece triste. Q ha pasado?

«¿De verdad no lo sabes?», escribí tres veces, y tres veces lo borré. Si sabía que Brie había estado con Chase, entonces era una pésima amiga. Si no lo sabía, bueno, mucho mejor, pero también me cabreaba, por alguna razón, como si no le prestara atención a las cosas que podrían ser importantes para mí.

En vez de preguntarle y explicárselo, todos los días esperaba un par de horas para responderle y desviaba la conversación, fingía estar tranquila. Pero, por dentro, estaba hirviendo. En mi habitación, me había convertido en una unidad de vigilancia del FBI de una sola persona. Monitoreaba las redes sociales en busca de Chase y Rain. Mis dedos volaban por encima de fotos y vídeos, mis ojos lo escaneaban todo, todos los rincones de todos los muros, hasta que terminaban secos y exhaustos. Por aquí y por allá, un pedazo del hombro de Chase, un zapato, Rain y Brie en un rincón de un vídeo de baile de alguien más, en la historia de otra persona. Rain etiquetada en fotos grupales de chicas resplandecientes con vasos rojos en la mano, con bocas mandando besos por todas partes, chicas vestidas para salir, borrachas o con filtros o coquetas o listas para hacer deporte. Donde hubiera una cámara cerca del grupo de Brie, Rain aparecía. Rain y Brie con la lengua fuera en el techo de algún sitio, con un difuminado Palm Springs de fondo.

Era evidente que, de pronto, la órbita de Rain iba mucho más allá de mí, que había sido succionada por completo por el mundo de Brie. Mientras mi vida estaba en pausa, ella seguía extendiendo la suya con sus nuevas amigas.

Recostada en la cama, con dedos nerviosos, buscaba en todos sitios y en todos los momentos como un parásito. Cada nueva imagen era una puñalada en el vientre que confirmaba exactamente lo que

quería confirmar: que Rain ya no me necesitaba, que Chase no era quien creía que era.

«¿Qué estarán haciendo ahora? Ahora, ahora, ahora.» La pregunta me venía a la cabeza a todas horas, irresistible, imparable.

Después de que faltara al instituto por quinto día, mamá me puso la mano en la frente mientras yo me bebía un té de manzanilla en la mesa de la cocina. No me tomé la molestia de recordarle que no estaba enferma, que solo tenía el corazón roto. Frunció el ceño, se mordió el labio. El peso de que su única hija responsable se cayera a pedazos era más de lo que podía controlar. Bastante tenía con que Araña se hubiera estampado con la dura realidad como lo había hecho, y yo estaba en cama con una enfermedad que ninguna cantidad de sopa de pasta o té podía aliviar, una tristeza existencial que me tenía vacía y agotada.

—¿No podría ser mononucleosis lo que te tiene tan desgastada, corazón? Tal vez deberíamos ir a urgencias.

—No —respondí—. Ya te lo dije, solo necesito descansar.

Un descanso. Del amor, de la amistad, de la humanidad.

Mamá me estudió mientras se pasaba las manos por el pelo para recogérselo en la cola de caballo que siempre enrollaba en un moño antes de irse a trabajar.

—Sabes que puedes hablar conmigo, decirme lo que sea, ¿verdad?

—Sí, lo sé —dije.

Asintió y pareció sentir un mínimo de alivio.

—¿Y si llamo a Rain y le digo que venga?

Mamá solo sabía lo más esencial de lo ocurrido: que Chase y yo habíamos terminado, que Rain no estaba ahí para recoger los pedazos de mi corazón roto. La vieja Rain habría estado ahí conmigo en un abrir y cerrar de ojos. La vieja Rain era una parte tan permanente de mi vida que ni siquiera necesitaba tocar la puerta de mi casa.

—De hecho, estoy bien sola —dije, asqueada con lo dolida que sonaba—. Solo... nos hemos separado un poco. Son cosas que pasan. —Me levanté de la mesa y me dirigí a mi habitación. Deseaba poder sentirme tan despreocupada como parecía.

—Tal vez deberías escribirle hoy —gritó mamá detrás de mí—. Podría alegrarte un poco.

—Sí. —Cerré la puerta. Sabía que no la iría a buscar. Estaba

harta de ser siempre la primera en dar el paso, la que podía ver más allá de los dramas del instituto. Por dentro, me sentía pequeña. Pequeña, mezquina y amargada.

Dejé que las horas pasaran. Echada en la cama, oí cómo mamá salía a trabajar, oí el motor de su coche, me revolqué otro día más en mi completa soledad. Entré y salí de miles de agujeros de gusano en YouTube, miré las redes sociales por millonésima vez, pero la gente publicaba menos durante las horas de clase. Por último, me enganché a un *reality* sobre instructores de esquí, un episodio tras otro en mi viejo portátil, hasta que el sol abrasador de la tarde se coló hasta mi cuarto por los huecos de las persianas rotas.

Los instructores de esquí se acostaban todo el tiempo con las novias y los novios de los demás, sus mundos de abrigos cubiertos de nieve desestabilizados y reestabilizados cada par de episodios. Era idiota y muy parecido a la vida real al mismo tiempo. Conexión humana y destrucción, una y otra vez hasta que moríamos.

Cuando la luz de la tarde se volvió rosada y me di cuenta de que me dolía la cabeza por ver demasiados vídeos, cojeé hasta la cocina y puse un burrito congelado en el microondas. Me lo comí sin soltar el teléfono, con el pulgar traicionándome otra vez.

#NocheTranqui, había escrito Brie. #Autocuidado, publicó.

#LasViejasAmigasSonLasMejoresAmigas, escribió, y una llamarada de rabia me subió por la garganta. En la fotografía, retocada y con filtros, Rain y ella estiraban el cuello y compartían una tumbona, la terraza y la casa de Brie difuminadas en el fondo, el cielo rosa y las nubes esponjosas de la tarde reflejadas en sus gafas de sol. Tenían las cabezas casi juntas, los mechones de pelo largo entremezclados para formar una única masa negra y reluciente. Había etiquetado a Rain, claro. Pero aunque no estaba en la fotografía, también etiquetó a Chase.

Estuve a punto de ahogarme con el burrito.

Cuando mamá llegó a casa una hora después yo estaba vestida y lista para salir. Me había devorado una bolsa entera de caramelos de maíz que encontré en el fondo de la despensa, el corazón me palpitaba con azúcar y propósitos. ¿Qué demonios hacían los tres juntos? ¿Lo de Chase y Brie ya era oficial? ¿Cómo podía Rain verlo y no hacer nada?

Necesitaba verlo por mí misma, entender cómo Brie había conseguido reemplazarme por completo en las vidas de ambos.

Cuando lo viera, quizá sabría cómo deshacerlo.

Brie no era la única capaz de arruinar las cosas.

Aparqué una calle atrás y caminé con mis Converse silenciosas sobre la impecable acera que llevaba a la casa de Brie. Ya estaba oscuro, eran un poco más de las 21:00. La casa de Brie proyectaba luz en todas las direcciones y yo me acerqué cubierta por un muro de matorrales, atraída sin remedio a aquello que iba a fulminarme. Los instructores de esquí y yo éramos iguales.

A través de la ventana distinguí que la habitación de Brie estaba vacía, salvo por una bolsa de cuero desparramada en un sofá. La bolsa de Brie. Rodeé la casa por un lado hasta donde estaba la valla de madera. Muy callada, como la intrusa que era, estiré la mano y quité el seguro de la puerta. Después de casi tropezarme con una manguera enrollada, me deslicé hacia el inclinado patio trasero. Si me agachaba lo suficiente, podía cubrirme lo necesario como para ver lo que pasaba en la terraza entre las láminas de madera e incluso ver un par de metros de la cocina.

Una canción cursi de Katy Perry sonaba en el teléfono de alguien, y la terraza se sacudía con pisadas. Me agaché más y me asomé.

—… medio paranoica. Tú no eres así —decía Brie.

¿Estaba hablando de mí?

Oí un mechero y una cachimba en acción.

—Ni aunque quisiera —dijo Rain, mientras contenía el humo en los pulmones. No, Rain no habría dicho eso si estuvieran hablando de mí.

—«Es única y original» —canturreó Brie, una canción que no reconocía o algo que se había inventado para acompañar sus halagos. Dios, cómo le chupaba el culo a Rain. Tal vez por eso eran tan íntimas. ¿Quién no querría que su enemiga cambiara por completo y comenzara a decir que eras lo mejor que le había pasado al mundo? Lo único que faltaba en su pequeña fiesta era Chase. ¿Me había imaginado la etiqueta? ¿Significaría algo diferente de lo que había supuesto?

Rain comenzó a cantar con Katy Perry. Me sorprendió descubrir que se sabía las letras, algo sobre no despedirse, algo sobre que no era el fin del mundo.

«Sí que lo es», pensé, pues ya me había despedido y deseaba no haberlo hecho.

—Espera, déjame comprobar cómo va la comida —dijo Brie.

Puse las manos sobre la madera tratada de la terraza y me escondí debajo. Estaba muy cerca de Rain, justo debajo de ella. Estiré una mano y toqué la pequeña inclinación de la madera, había solo cuatro centímetros entre mis dedos y la suela de su zapato, y kilómetros entre nosotras. Podía oírla por encima de mí, tarareando la canción todavía.

¿Por qué había ido? ¿Qué esperaba sacar de esa situación? ¿Qué hacía ahí, invadiendo su espacio? ¿De verdad creía que Chase estaría ahí, que los tres estarían sentados y pasando el rato y... hablando de mí? Suerte debería tener de que les importara lo suficiente como para ser su tema de conversación. La verdad era mucho peor que eso. Me había metido en la casa para presenciar lo más doloroso de todo: Rain y Brie tenían una amistad ordinaria y aburrida. No necesitaban chicos. Y nadie pensaba en mí ni por error.

Era hora de irse. Espiarlas parecía demasiado patético, hasta para mí. Salí de debajo de la terraza y volví a adentrarme en la noche por el lado del patio de Brie.

Volví a abrir la puerta, vigilando de salir tan silenciosa como entré, e intenté no pensar en la triste realidad de lo que acababa de ver: que me habían reemplazado, olvidado, descartado. Había una persona nueva y más emocionante que encajaba mejor en la nueva, más rica y emocionante vida de Rain.

Me abría paso entre la oscuridad cuando una rama se rompió unos metros por delante. El sonido se oyó tan cerca que me sobresaltó.

—Perdón. ¿Te he asustado?

«Mierda.» Brie salió de entre las sombras y comenzó a reírse. Por alguna razón, eso era más humillante que si me hubiera gritado. Mi intrusión ni siquiera era una amenaza o molestia, no era nada más que un incidente gracioso, tonto y sin importancia.

—No... —tartamudeé—. No estoy... —No había forma de salir de eso con mi dignidad intacta. Ninguna—. Perdón, solo...

—Echabas de menos a tu amiga —dijo Brie, despreocupada. Aún tenía los ojos enrojecidos de reírse, pero ese era el meollo del asunto. Sí, echaba de menos a mi amiga, echaba de menos mi vida.

—Eres como una niña, tienes cierta ternura —exhaló Brie y dio

un paso hacia mí.

El pecho me retumbaba, exaltado por la injusticia.

Y entonces se me escapó. No era algo que tuviera planeado decir en voz alta. Las palabras salieron como un susurro hiriente.

—Prefiero ser una niña que una puta.

—Lo que tú digas, chalada. —Para avivar las llamas de mi furia, Brie sonrió con sus dientes perfectos, que resplandecieron bajo la luz de la luna—. No puedes hacerme daño con mi sexualidad. —Con las dos manos, me quitó el pelo de la cara y me lo colocó con ternura detrás de las orejas, con un perturbador gesto maternal, como una madre haría con su hija de cinco años—. Rain tenía razón, eres una santa criticona.

—No me toques. —Me alejé de sus manos. El corazón me retumbaba en los oídos. Había confirmado mis peores miedos con respecto a Rain y Brie.

Brie sonrió, burlona.

—No me espíes, zorra. Vuelve a Termico. —Luego se acercó más y me empujó con las dos manos, tan fuerte que a punto estuve de caerme.

La eché a un lado y corrí hacia la acera, parpadeando frente al mar de faros justo cuando otro coche aparcaba en la calle. «Ed», pensé. Comencé a correr de nuevo, pero, entonces, la voz de Chase perforó la oscuridad.

—Syd, espera.

Ay, Dios. Sus ojos se encontraron con los míos y me apresuré a alejar la mirada, aterrada de que me hubiera encontrado allí, sin invitación y como una patética. Seguí corriendo, con el corazón en la garganta, el cuerpo entero me vibraba por la vergüenza.

—¿Adónde vas? ¡Quiero hablar contigo! —gritó.

Pero un segundo después llegué al coche. Abrí la puerta y arranqué el motor con las manos temblorosas. Cuando volví la mirada, Brie estaba inclinada hacia el lado del conductor del coche de Chase, su cara a centímetros de la de él. Movía la cabeza y gesticulaba, como diciendo: «Aléjate de ella, está loca».

No fue hasta que me alejé a toda velocidad en el Fiesta cuando me detuve a pensar en las palabras de Chase. Si quería hablar conmigo, ¿por qué habría ido a casa de Brie?

«A la mierda —me dije—. No me importa. Que sean felices los

tres juntos.» La santa criticona ya no quería nada con ellos. Una fría sumisión me envolvió como una camisa de fuerza mientras salía del barrio de Brie y me sumaba al flujo de coches, una mancha entre miles, sin saber a dónde iba, sola, avergonzada y derrotada.

SEXTA PARTE

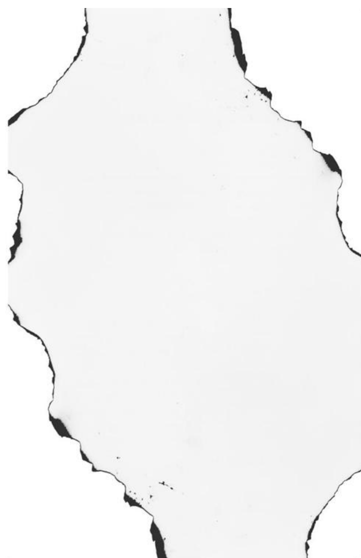
Rain



Abril



Dos semanas antes del incendio



20

No es que no notara que hacía un mes que Syd se escondía de mí. Era más bien que, de pronto, el instituto era una maratón interminable de socialización y, por primera vez, me aceptaban, todas las personas que alguna vez creí que me miraban por encima del hombro me veían como un ser humano. Tenía una nueva confianza en mí misma, una nueva sensación, no de pertenencia, pero sí de que ya no odiaba a todos y a todo. Y todo era gracias a Brie, a quien había juzgado de forma equivocada, porque no me había dado cuenta de que estaba tan dolida como yo. Estaba casi... feliz. Y me molestaba —¡sí, me molestaba!— que Syd me recriminara esa felicidad. Me molestaba que me juzgara por crecer, por cambiar, por extender las alas. «¡La gente busca cosas nuevas!», quería gritarle. Pero no conseguía tenerla delante el tiempo suficiente para hacerlo.

Había intentado con todas mis fuerzas llevarla conmigo, integrarla. Al principio, siempre estaba ahí con los brazos abiertos e intenté llevarla a todas las fiestas. Pero cada día se alejaba más y más, hasta que llegó la semana en la que prácticamente desapareció. Me parecía ver cierta repulsión y juicios en cada mensaje desganado que enviaba cuando yo aún hacía un esfuerzo, como si comunicarse conmigo fuera un gran esfuerzo. Pero no quería que lo notara, no quería presionarla más de lo que estaba dispuesta a que la presionaran. No quería que sacáramos la discusión sobre Brie y la lotería, y lo que yo había cambiado.

«Periodo de adaptación.» Las cosas volverían pronto a la normalidad.

Pero cuando Syd volvió al instituto, casi corría para escaparse de mí. La vi mirándome desde el otro lado del patio, y cuando agité los brazos y le grité: «¡Syd! ¡Al fin!», miró hacia otro lado. Cuando salté para ir tras ella, serpenteó entre la marea de gente y desapareció. ¿Qué podía pensar sino que me estaba evitando? ¿Si criticaba todo lo que hacía, todas mis decisiones, como lo hizo con las malditas

zapatillas Gucci que había querido regalarle? ¿Si creía que todo lo que decidía hacer con mi tiempo era estúpido, asqueroso y ridículo?

Durante las siguientes semanas había probado una estrategia distinta y mantuve las distancias. La había buscado menos, le escribí menos. Había supuesto que con el tiempo alguna de las dos cedería y dejaríamos de fingirnos impasibles. «Perdona, sé que me odias por esto», pensaba, al ver a Syd con su mirada rabiosa desde el otro lado del patio mientras un grupo de chicos del equipo de natación ensayaba sus canciones náuticas. Sonreía y la saludaba con los brazos, pero ella se giraba hacia otro lado, como de costumbre. «Con lo que te gustaría estar aquí», quería decirle. Decidí que le escribiría después. El drama estaba durando demasiado.

Pero cuando le escribí y le pregunté si podíamos hablar, ni siquiera se molestó en responder.

«Bueno.» Me encogí de hombros y me tragué el dolor. «Como quieras.»

Poco tiempo después, dejé de verla en los pasillos del instituto. Habían pasado un par de semanas desde el último avistamiento de Syd, hasta que, un martes cualquiera, mientras doblaba la esquina del pasillo cerca del laboratorio de biología con Matt Richardson, estuve a punto de arrollarla.

—Ah. —Miró a Matt—. Hola. —Su sonrisa era más como una mueca de sufrimiento, y era solo para Matt. Era como si yo fuera invisible, o como si Syd quisiera que lo fuera.

—¡Hola! —Ignoré que me hubiera ignorado y extendí los brazos con la intención de abrazarla—. ¿Dónde estabas? —pregunté, queriendo fingir que no había notado que se echaba a correr siempre que me veía cerca. Pero Syd retrocedió un paso y meneó la cabeza de un lado a otro, con la mirada vacía y perdida, dirigida a cualquier lado menos hacia mí. Su complexión de lechera irlandesa, con sus mejillas rosadas y sus pecas, se había vuelto pálida.

—Tengo que ir a clase —masculló—. Me ha gustado verte.

Y antes de que pudiera decir algo más, se fue, acelerando el paso por el pasillo, con la cabeza gacha, esforzándose por alejarse de mí lo antes posible.

—¿Qué demonios? —le susurré a Matt, que solo se encogió de hombros—. ¿Te ha dicho algo de mí? —pregunté de repente, furiosa otra vez, con la misma sensación de que me estaban juzgando que se

me metía en la piel como si fueran agujas—. Dime la verdad. Ahora me odia y no sé por qué.

Brie había insistido en que Syd me evitaba por el dinero, que estaba celosa de que hubiéramos ganado la lotería y amargada por no haberla ganado ella, y que esa amargura hacía que me juzgara. Pero todo el tiempo yo le había insistido a Brie en que no sabía de lo que hablaba, que algo le pasaba a Syd. Sin embargo... ¿y si Brie tenía razón? No había dudado en juzgarme por las fiestas, por Brie, por los zapatos. Y esa podría ser solo la punta del iceberg.

Matt se encogió de hombros otra vez.

—Ya nunca la veo. Parece tan... ¿triste?

—Mierda. —De pronto me dieron náuseas. Por supuesto que Syd estaba triste. Había terminado con Chase y luego terminó conmigo. Había pasado mucho tiempo cabreada por pensar que me evitaba, pero ¿y si todo era consecuencia de su depresión? ¿Y si necesitaba ayuda? Tal vez había estado tan preocupada y molesta por las nimiedades que no vi el panorama general. Quizá Syd no estaba bien.

—He sido muy mala amiga —le dije a Matt, aunque no le importó mucho.

Me había apresurado a decidir que Syd era un problema que no tenía ganas de resolver, demasiado confiada en mi estrategia de gallinita ciega y de ver quién se rompía primero. Era el momento de forzar una conversación, sin importar que fuera desagradable para las dos.

Cuando sonó la campana del desayuno fui donde sabía que iba a encontrarla.

Las luces estaban apagadas en el taller de cerámica, el espacio olía a arcilla y a caldo de pollo. A primera vista, parecía vacío, hasta que algo se movió en el rincón que estaba cerca de las ventanas con cortinas. Al fondo del salón, un delgadísimo hilo de luz moteado con polvo cortaba las sombras y le iluminaba la cabeza a Syd. Estaba sentada en un banco en la última mesa, mirando hacia atrás, dándome la espalda.

—Hola. —El corazón me martilleaba en el pecho al acercarme. Syd no respondió, y entonces vi el cable de los auriculares que le salía por debajo del pelo. Como había hecho miles de veces antes, le puse la mano con suavidad sobre el hombro. Esta vez se dio la vuelta de golpe, asustada por mi tacto—. Perdona, no quería asustarte.

—No pasa nada. —Sonrió con trabajo, sus ojos divagaron hacia las cortinas de terciopelo que cubrían las ventanas y se quedaron ahí. No hizo ningún esfuerzo por quitarse los auriculares. El sonido metálico y débil de la música que no reconocía seguía retumbándole en los oídos. ¿Qué había pasado con nuestra amistad, que ni siquiera podía o quería mirarme? ¿Ni siquiera quería escucharme?

Le examiné la cara.

—Ha pasado tiempo —le dije.

Me miró un momento y luego se volvió hacia otro lado. Tenía los ojos hinchados. Me pregunté si era porque había estado llorando o porque no había dormido lo suficiente. O las dos cosas.

—Sí. Un tiempo.

Vi cómo al fin se quitó los auriculares, apagó la música y enrolló el cable muy despacio. Tenía las uñas mordidas, las cutículas disparejas y rotas.

Un silencio que parecía insalvable se abrió entre nosotras. Me aclaré la garganta.

—Te echo de menos. —Quise cogerla de la mano—. ¿Cómo estás?

Apartó la mano.

—Bien. —Parpadeó con fuerza, con la cabeza ladeada, como si estuviera descifrando qué era lo que quería de ella.

—Tengo la sensación de que nunca nos vemos —dije. Y aunque me sentía incómoda y miserable, intenté sonar alegre, como un «qué raro, ¿no?»—. En el instituto, me refiero.

Syd soltó una risa aguda y herida que me sobresaltó.

—¿Te parece gracioso?

—Que apenas te hayas dado cuenta, sí. Llevamos así casi un mes. —Volvió a mirar hacia otro lado. Podía ver cómo su mandíbula se esforzaba por mantener una sonrisa tensa.

—Apenas me he dado cuenta, no —dije.

—Bueno. —Syd miró por la ventana—. Imaginaba que estarías ocupada con tus nuevas amigas.

Miré a Syd con los ojos entrecerrados, que seguía revolcándose en la autocompasión y que no había parado desde la última vez que hablamos. Como si ella no hubiera hecho nada, como si no se hubiera alejado, como si no hubiera dejado claro lo superficial que creía que me había vuelto.

—Podrían ser tus amigas también, ¿sabes? Siempre te invito...

—Mejor... vamos a dejarlo —me interrumpió—. ¿Eso es lo que venías a decirme? ¿Que debería pasar más tiempo contigo y con Brie?

—No he venido a decir nada. Solo te echo de menos. —Era la verdad. Echaba de menos a mi amiga. Le debía lo suficiente como para decirle al menos eso, aunque la persona que fuera en ese momento no quisiera escucharlo—. En algún momento me he sentido mal y he descuidado nuestra amistad un poco. No debí hacerlo. Por eso estoy aquí.

Syd puso los ojos en blanco.

Obligándome a mantener la calma, a no engancharme en esa estúpida pelea, rebusqué en mi cerebro en busca de algo de lo que pudiéramos hablar.

—Ya estamos en abril. Araña saldrá pronto, ¿verdad?

Syd asintió.

—En un par de semanas.

—Qué bien.

Syd apretó los labios y asintió. Tenía la mirada clavada al frente.

—Espero que todo salga bien.

—¿Se va a ir a vivir con vosotras?

—¿Adónde más iría? —Syd me miró, confundida, y empujó un pedazo de arcilla por la mesa que tenía enfrente.

—Me dio mucha pena enterarme de lo tuyo con Chase —dije, después de unos momentos. Intentaba que se abriera conmigo sin presionarla demasiado—. Creo que nunca escuché la historia entera, de ninguno de los dos.

—¿Ah, sí? —Syd se volvió hacia otro lado, pero no lo suficiente para que no la viera poner los ojos en blanco de nuevo.

—Sí. Aunque, como sabes, nunca he creído que fuera lo suficientemente bueno para ti. —Sonreí. Intentaba hacerla reír.

—Supongo que tenías razón. —Syd se puso de pie y estrelló el pedazo de arcilla en un montón de arcilla más grande. Luego comenzó a coger sus libros y bolígrafos y a meterlo todo en la mochila como si hubiera recordado de pronto que tenía que ir a algún lugar—. Debe ser genial tener la razón siempre.

—¿Puedes dejar el teatro dos minutos? Solo quiero estar contigo.

—Ya es un poco tarde para eso —bramó.

—¡Porque tú has dejado de hablar conmigo! Esta calle va en dos

sentidos, ¿sabes? Dejaste de responder a mis mensajes, literalmente te has escondido y has escapado de mí. —La cogí del antebrazo para llamar su atención, para demostrarle que estaba ahí con ella, que quería arreglar las cosas—. ¿Y si pasamos la tarde juntas? Podríamos ir de compras o algo…

—¿Es una maldita broma? —Syd se liberó el brazo de un tirón y me miró como si tuviera tres cabezas. A pesar de la oscuridad de la clase podía ver que tenía la cara color sangre, los ojos bien abiertos y centelleantes.

Dios, menudo drama. Como si ella no hubiera tenido la culpa del distanciamiento entre nosotras. Por lo menos yo intentaba arreglar las cosas. No podía decir lo mismo de ella.

—¿Es un crimen querer estar contigo?

—¡Pero mira lo que dices! —Syd retrocedió, los ojos como platos todavía. Podía sentir lo mucho que me estaba juzgando en ese momento, como si yo fuera la persona más tonta y malvada en la historia de la humanidad.

Me acerqué a ella, indignada de repente.

—¡Intento ser amable, joder!

—Mira en qué te has convertido. —Syd se echó la mochila a la espalda con tanta fuerza que el peso hizo que se tropezara—. No puedes arreglar esto con compras. No puedes arreglarlo todo con dinero. La vieja Rain lo sabía.

«¿La vieja Rain?» La ira se me inflamó en el pecho. Tal vez Brie tenía razón, tal vez todo tenía que ver con los celos de Syd. Al verla ahí, con la cara retorcida en una sonrisa burlona, me pareció más claro.

—No tiene nada que ver con las malditas compras. ¡Se trata de estar juntas! Soy la misma persona de siempre. De hecho, ahora soy mejor persona que antes. Soy más feliz. Resulta que ahora me gusta ir a las fiestas. Me estoy divirtiendo, coño. Solo que tú no estás ahí para verlo.

—Estás mucho más perdida de lo que creía. Eres como su pequeño proyecto perfecto. —Ya estaba a mitad de camino hacia la puerta.

—¿De qué estás hablando?

Se dio la vuelta.

—O tal vez ella es tu proyecto. Es tu gemela. Estoy sorprendida

de que te haya dejado separarte de ella lo suficiente para venir hasta aquí.

Dios, era mucho peor de lo que había imaginado. La rabia. La envidia. La certeza de que era mucho mejor que nosotras, que lo tenía todo resuelto mientras que yo era solo el proyecto de alguien más, una bruja materialista. Y entonces dije las palabras que sabía que más le dolerían:

—La verdad, parece que estés celosa. No necesito tanta negatividad en mi vida. Tal vez será mejor que no seamos tan íntimas de momento.

El color del rostro se le apaciguó, pero mantuvo esa horrible sonrisita.

—Estoy de acuerdo. Es lo más sensato. Disfruta de tus compras. Disfruta de tu nueva mejor amiga. Todos estos años presumías de ser la más auténtica, pero, luego, en cuanto te dedican un poco de atención, caes redonda. Espero que algún día descubras por qué necesitas tanto su aprobación.

Ya tenía la mano sobre la puerta.

—Lo estás malinterpretando todo —susurré—. Estás haciendo que todo parezca superficial y estúpido. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo es que mi mejor amiga puede estar tan equivocada sobre mí?

—¿Yo qué sabré? —Los ojos de Syd, cuando volvió a mirarme, estaban vidriosos—. Solo soy una santa celosa y criticona.

Antes de que pudiera responder, se dio la vuelta y salió corriendo de la clase.

21

—Típico de Syd. —Brie golpeó la pata de su silla con la mano como si quisiera reforzar la frase—. Mejor que todos los demás.

Estábamos en el balcón del segundo piso de mi casa, mirando hacia la piscina, y Brie escribía sus notas de colores sobre una pila de fichas bibliográficas en la pequeña mesa de metal que había puesto entre nuestras sillas, su habitual y complejísimo sistema de estudio funcionando a todo vapor. Mientras ella estudiaba, yo le contaba las generalidades de mi discusión con Syd, sin mencionar las partes que la incluían a ella.

Asentí.

—Piensa que me he convertido en otra persona. Dijo que yo antes sabía que no podía arreglarlo todo con el dinero, o algo así.

—Por supuesto que el dinero resuelve problemas. —Brie al fin levantó la mirada de sus apuntes—. A ver, es un hecho indiscutible. El dinero hace que todo sea más fácil.

Miré hacia la piscina y escuché el rugido de las cigarras. Debajo podía oírse el suave borboteo de la cascada artificial del vecino. Desde ahí arriba era difícil contradecir lo que decía Brie.

—Supongo que es verdad.

—Tú solo querías recuperar a una vieja amiga y ella te culpa por eso. De todas formas, ¿por qué le das tanta importancia? —Brie se llevó un bolígrafo rosa a la boca y comenzó a escribir con uno verde. Estaba concentrada solo a medias en nuestra conversación, la otra mitad de su atención estaba dedicada a memorizar datos históricos para su clase—. Tú a ella ya no le importas. Te evita. Ni siquiera está feliz por ti, por... —Movió los brazos como para señalar todo lo que nos rodeaba sin quitar los ojos de sus fichas— por todo esto.

—Estaba feliz cuando pasó —dije, pero ya no estaba tan segura. Intentaba recordar cuando Joan y yo ganamos la lotería, cuando las cosas estaban bien entre nosotras. Syd parecía estar emocionada por mí... pero, quizás, incluso entonces, algo no marchaba bien—. Pero ya

no. Me pregunto ahora si no soy una tonta por no haberlo visto.

—Sí, lo eres —dijo Brie. El bolígrafo aún se movía sobre el papel. Solo Brie podía seguir estudiando así cuando todos los demás lo habían dejado ya. La USC no la iba a rechazar después de haberla aceptado, pero en fin—. No se alegró por mí cuando me fui de Termico, y no se alegró por ti cuando ganaste la lotería.

Consideré las palabras de Brie.

—En ese momento, creí que estaba triste porque me iba a echar de menos. Ahora sé que solo está amargada.

—Ha sido una mala amiga —dijo ella, metiendo cizaña. Me lanzó una mirada de exasperación—. Algún día lo verás, cuando os hayáis distanciado.

Asentí.

—Ahora ya hay distancia, sin duda —mascullé—. Syd se ha asegurado de que sea así.

—Está bien tomarse un descanso —dijo Brie—. No necesitas esa negatividad en tu vida.

Observé cómo sus dedos pasaban sobre las fichas y me tragué un destello de desazón al recordar que esa fue la misma frase que le dije a Syd. ¿Tenía razón Syd? ¿Había cambiado? ¿Estaba hambrienta de aprobación y era el proyecto de Brie? Sacudí la cabeza, deseando poder olvidar por completo la discusión. Era agotador intentar comprender cómo había explotado todo. Era agotador hablar con Syd en mi cabeza cuando la Syd de verdad no quería saber de mí.

No, decidí que no. Lo que entendía sobre Syd lo entendí sola. ¿Y qué si Brie estaba de acuerdo conmigo? Yo no había cambiado. No podría, aunque quisiera. Llevaba toda una vida intentando encajar con la percepción que la gente tenía de mí. Si Brie y yo creíamos que Syd era pesimista, es porque lo era.

—Tienes razón —dije—. Pero no deja de ser una maldita lástima. Nunca hubiera esperado que apareciera esta… brecha.

—Tú has intentado arreglar las cosas y ella se ha cagado en ti. —Brie se encogió de hombros—. Has hecho tu mejor esfuerzo.

—Sí, supongo. Es que ni siquiera ha querido darme la oportunidad, como si ya no hubiera posibilidad de arreglar las cosas. Tal vez he esperado demasiado para aclarar el asunto con ella, pero estaba muy enfrascada en… —No quise decir «en pasar el tiempo contigo», pero era la verdad. Era una distracción. Todas las fiestas,

toda la gente. Jamás me imaginé que lo disfrutaría. Pero la vida social de Brie había resultado tan cálida y acogedora como Syd fría y prejuiciosa.

—Syd también estaba enfrascada en su propia vida. Le preocupaba solo Chase, tú no has podido importarle menos en esos días. —Brie dejó por fin el último bolígrafo y recogió sus fichas, acomodadas en un montoncito perfecto. Se soltó el pelo y comenzó a pasarse un dedo por los mechones oscuros.

Asentí, molesta con Syd otra vez. Se necesitaban dos personas para esperar tanto. Si ella insistía en alejarse de mí, ¿por qué tenía que ser yo la que la obligara a detenerse? Miré a Brie a los ojos y vi a alguien que me entendía, alguien que había sufrido sus propios cambios y retos y que se había fortalecido por ello, alguien sobre quien había estado equivocada demasiado tiempo. Me asombraba pensar que habíamos pasado todo el instituto odiándonos, ¿por qué? ¿Porque se fue? ¿Porque hubo un verano extraño en el que no hablamos y ella hizo nuevas amigas y no se preocupó de llevarnos con ella? Al estar al otro lado, me di cuenta de cuánto le había reprochado a Brie sin importar qué hiciera. Y Syd me trataba de la misma forma en su cabeza. Me había ido de Termico y, por lo tanto, era demasiado buena para ella. Qué injusto.

—¿Sabes qué te distraería? Un té y maquillaje.

Sonreí al recordar lo mucho que disfrutaba de uno de los métodos para aliviar el estrés favoritos de Brie. No había nada como tomarse un gigantesco té con burbujas en Sephora mientras ella me ponía encima una cara de bailarina de Las Vegas.

—Pero... mierda. He olvidado la cartera. —Brie suspiró mientras me seguía de vuelta al interior de la casa.

—No hay problema, yo pago. —Hice un gesto para que me siguiera a la habitación de Joan—. ¿Unos doscientos para sobrevivir el día?

—¿Estás segura? —Los ojos se le ensancharon—. Te lo pagaré mañana.

—No te preocupes. —Brie había pagado la cuenta más veces de las que podía contar. En la habitación de Joan mantuve las luces apagadas. Joan había salido a cenar con Rusty y su novio, Ricardo. Los invitaba todos los martes, porque ellos descansaban los miércoles. Tenían una larga lista de restaurantes que quería conocer, y el nuevo

chiste favorito de Rusty era que Joan estaba destruyendo todos sus esfuerzos en el gimnasio.

—No te rías —dije, cuando encendí la luz del vestidor y me dirigí a la estantería de arriba en una esquina, donde Joan guardaba mantas y sábanas dobladas a la perfección. Metí la mano por detrás de la ropa de cama y saqué un fajo de billetes envuelto en papel amarillo. Diez mil dólares.

—Jo... der —exhaló Brie—. ¿Qué de-mo-nios?

—Ya lo sé. Está muy mal. Tendría que encontrarle un sitio mejor.

—¿No ha oído hablar de un invento del siglo XVI en el que guardas tu dinero en una bóveda con guardias armados y demás? Bancos, creo que se llaman.

—Joan no confía en los bancos —dije con una mueca irónica—. Cree que estamos al borde de una crisis económica global y que vamos a necesitar el efectivo y bla, bla, bla. —Era vergonzoso que tuviera que explicarle las locas teorías de Joan a Brie. Syd lo habría entendido sin demasiados problemas.

—Bueeeeno —dijo Brie, mientras procesaba la información—. Ya que estamos aquí, déjame verlo.

—¿Ver qué?

—¿Cuándo más voy a tener la oportunidad de saber cómo son seis millones de dólares en efectivo?

—Ah, no son seis. Tuvo que darle casi la mitad a su gestor para los impuestos.

—Tres millones, pues.

De pronto, todo me pareció raro. Ya estaba en un sitio en el que no debía estar, ya le había enseñado a Brie algo que Joan me había pedido que no le enseñara a nadie.

—Tal vez no sea buena idea.

—Anda. —Me dio un pequeño codazo en el costado—. Déjame verlo.

Cuando terminé de bajar las toallas y mantas del armario, subimos a una silla para ver el dinero. Estaba bien ordenado y apilado. Olía como siempre, nuevo y químico.

—Es raro cómo todo el mundo admira este estúpido papel —dije para romper el silencio.

Brie miraba el montón con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada.

—Oye, eh... no quiero ser indiscreta...

—Demasiado tarde —bromeé.

—Pero eso no me parece tanto.

—¿Qué quieres decir? —El dinero ocupaba todo el largo del muro en la estantería de arriba. Había muchísimo.

—A ver, ¿lo contáis con frecuencia? ¿Lleváis el registro de los gastos?

—Realmente, no —confesé—. Bueno, yo no. A veces me preocupa... Tal vez Joan lo cuenta, pero lo dudo.

—Ha salido a cenar, ¿verdad? ¿Y no me has dicho que está buscando invertir en bienes inmuebles? Parece que todo esto podría acabarse en poco tiempo.

Apreté los labios y sentí un repentino impulso de defender a Joan. «Claro que disfruta gastándose el dinero —quería decirle—. ¿Recuerdas lo que es ser pobre?»

—Se lo está pasando bien, sí. Las dos nos lo estamos pasando bien.

—En un banco te dan los extractos de la cuenta. Puedes ver en qué te lo has gastado. Pero así... —Brie arqueó las cejas en dirección a la estantería llena de dinero— nadie va a darse cuenta hasta que sea demasiado tarde.

—Vaya, qué idea tan horrible. —Me reí, pero por dentro me sentía inquieta y abrumada. La ansiedad comenzó a revolotearme en el pecho de pronto.

—Pasa continuamente. —Brie me cogió de la muñeca y me lanzó una mirada intensa—. Créeme, tú no quieres volver a ser pobre.

Pensé en ello. Tal vez Joan sí que estuviera un poco desenfrenada. Nunca había sido muy buena con el dinero, ¿por qué se convertiría en un genio de las finanzas de la noche a la mañana? Y yo había hecho bastante daño también. El coche, la ropa... una vida nueva en la que nunca pensaba en el dinero, salvo para asegurarme de ser generosa con él.

—Puede que tengas razón. ¿Crees que debería venir y contarlo de vez en cuando?

Brie negó con la cabeza.

—Sé que adoras a tu madre, pero ya sabes cómo es. Ponlo en el banco. Al menos pon algo en un banco. Le vas a hacer un favor.

—No puedo —dije—. No es mi dinero.

—Sí, sí. Bueno, al menos deberías ponerlo en otro sitio, un lugar seguro. —Suspiró y se tocó la barbilla con un dedo, pensativa—. En las películas siempre lo esconden en las rejillas del aire acondicionado.

Miré encima del armario y estudié el conducto unos segundos. Tenía cuatro tornillos. Podía abrirse sin muchos problemas, con herramientas y un poco de paciencia.

—Si hiciera algo así, se daría cuenta.

El armario parecía un desastre, pero había cierta lógica en su organización.

Brie alzó una ceja de nuevo.

—¿Sería tan malo si lo hicieras? Lo habrás hecho para protegerla, para cuidarla de sí misma. No es que lo vayas a usar.

—Lo pensaré.

En ese momento, lo único que quería era ponerlo todo en su sitio y salir de ahí. Haber visto todo ese dinero expuesto me hizo sentir mal, como si hubiera divulgado un secreto familiar.

En cierto modo, eso era lo que había hecho.

22

—¡Rainey! ¡Ha pasado algo terrible!

Estaba perdida en mis sueños cuando sentí la mano de Joan sacudiéndome los hombros. El olor de su crema de gardenias para después del baño llenó la oscuridad de mi habitación.

—¿Qué? —gruñí. Me había quedado dormida con el teléfono al lado. Con un manotazo lo encontré y vi la hora: 2:12. Joan no había dejado atrás los horarios de camarera. Le empujé las manos—. ¡Déjame! Ya estoy despierta.

—El dinero. He ido a revisarlo y… —La voz se le quebró. A pesar de la oscuridad, pude ver que se esforzaba por no llorar—. Falta mucho.

Mierda. Joan lo tenía mejor vigilado de lo que creía. Había pasado solo una semana desde que había decidido mover algo del dinero.

—Lo tengo yo. No pasa nada.

En la oscuridad, los pasos de Joan se alejaron de mí. Me giré en la cama, creyendo que eso era todo, que podría volver a dormir y que hablaríamos de ello por la mañana. Pero un momento después el cuarto se inundó con la luz cegadora del techo. Me cubrí la cabeza con una almohada, pero Joan me la arrancó de las manos.

—¿Perdona? —Encima de mí, con la nariz ensanchada. La cara le brillaba por los sueros y demás porquerías con las que se embarraba la piel, pero tenía los ojos rojos. Se había puesto un turbante para secarse el pelo sobre la cabeza. Estuve a punto de reírme por lo ridícula que estaba, pero preferí morderme el carrillo de la boca.

Me senté, con los ojos entrecerrados por la luz.

—¿Podemos encender la lámpara? Está demasiado brillante…

—¿Te has llevado el dinero? —Se inclinó tan cerca de mí que podía sentir su aliento sobre las mejillas—. ¿En qué mundo creías que podrías hacer eso?

—No pasa nada. Solo lo he movido un poco.

—¿Para qué demonios? ¡Casi me muero del susto! ¡Pensaba que nos habían robado!

—Para protegerte de ti misma. —Las palabras de Brie me salieron de la boca antes de que tuviera tiempo de pensarlas bien—. Porque no tienes cuidado con el dinero y lo vas a gastar todo.

No me esperaba la bofetada. Cuando llegó, la mejilla me ardió como una llamarada y vi las estrellas.

—¿Qué haces? —Si no había despertado aún, eso terminó de hacerlo. Salté de la cama—. ¡Eso me ha dolido!

—Qué bien. —Joan dio un paso atrás, pero no dejaba de resoplar con fuerza por la nariz, como si le costara trabajo mantener la calma. Olfateé el aire y percibí el aroma del vino.

—¿Estabas bebiendo? —Estaba lo bastante molesta para soltar todo lo que sabía que dañaría a mi madre.

—¿Cómo te atreves? Lo he hecho todo por ti. Me he partido el lomo para criarte. Siempre te he apoyado, siempre te he defendido. Siempre he creído en ti. Te he querido… ¿Y así me lo pagas? ¿Me robas y me dices que me proteges de mí misma?

—Tranquilízate —dije—. Ya te he dicho que no lo he robado.

Los ojos se le abrieron aún más. Me alejé de ella, de pronto, preocupada por si me pegaba otra vez.

—¡No te atrevas a decirme que me tranquilice!

—¡Vale! ¡Perdona! —farfullé.

—¿Dónde está, Rainey? —Joan abrió mi armario de un empujón y comenzó a hurgar. Me acerqué a ella con la intención de sacarla de ahí por el brazo, pero se dio la vuelta y me cogió por la barbilla. Tenía los ojos enloquecidos—. ¿Dónde está el maldito dinero?

—No entiendo por qué estás tan enfadada —dije. Mi voz era pequeña y ahogada de una forma que me enfurecía. Intenté liberarme, pero Joan era fuerte—. Suéltame.

Al tener su cara sumamente cerca de la mía, estuve segura de que el aliento le olía a alcohol.

—Me has robado. Te he dado acceso a nuestros fondos y has abusado de mi confianza. Y ahora te comportas como una bruja engreída. Por eso estoy enfadada. —Al fin me soltó la cara. Trastabillé hacia atrás y tropecé con la cama. La furia me corría por la sangre, el cuerpo entero me temblaba por la adrenalina.

—Si eso es lo que crees, tal vez debería mudarme.

Me froté la mejilla, que aún me ardía. Sentía las lágrimas que se me formaban en las comisuras de los ojos. Mi madre nunca me había dicho algo tan dañino ni tan repugnante. Mucho menos me había pegado. Sentí como si algo fundamental se hubiera roto entre nosotras, como si no hubiera vuelta atrás.

Joan se cruzó de brazos. Me miró y meneó la cabeza, como si no pudiera creer lo que veía.

—Si vas a robarme, tal vez sea mejor que te vayas. Ahora dime dónde está el dinero.

Me esforcé por no mirar al conducto del aire acondicionado que estaba sobre mi cama. Si iba a comportarse así, no iba a decirle dónde estaba el dinero. Una nueva avenida comenzaba a abrirse en mi mente. Podría coger parte del dinero e ir al oeste en ese mismo momento. Sería libre. ¿Por qué tendría que devolvérselo todo a mi madre para que lo desperdiciara en vino y en pésimas inversiones en inmuebles?

—No, hasta que te calmes.

Joan se abalanzó sobre mí y yo rodé sobre la cama, me levanté y corrí al otro lado de la habitación.

—Vete de mi cuarto —grité. La adrenalina corría más rápido de lo que mi cerebro podía procesar. Cogí lo primero que encontraron mis manos, un vaso vacío, y lo blandí frente a mí—. Ahora mismo. O llamo a la policía.

Joan se ciñó el kimono alrededor de la cintura.

—Tienes que pensar muy bien qué clase de persona quieres ser, Rainey. Esta... —Hizo un gesto en dirección a mí con sus manos trazando círculos sin sentido en el aire— esta no es la persona que crie. No puedes ser una ladrona y vivir en mi casa.

Al salir de la habitación azotó la puerta con tal fuerza que el póster de «Aquí, ahora» se cayó de la pared y el marco de cristal se partió por la mitad. «Perfecto», pensé, porque yo ya no iba a seguir allí.

En un torbellino de furia, metí algo de ropa y un cepillo de dientes en una mochila. «Mi casa.» No «nuestra» casa, solo la suya.

Subí al coche y conduje descalza por la oscuridad de la noche. El pecho me palpitaba, la cabeza me daba vueltas con visiones de mi vida en llamas. Joan había acertado cuando lo tiró todo a la hoguera que encendió en nuestro jardín en Termico.

Conduje por las calles oscuras como si estuviera despidiéndome de la estúpida ciudad, un lugar que no podía recluirme. Trazaría un plan para volver a por algo de dinero y luego me iría de verdad, encontraría un lugar en el que pudiera desaparecer, hacer una vida nueva, olvidarme del horno sofocante en el que vivía y respirar al fin. Quizá sería Los Ángeles, como siempre había planeado, pero de repente todo el mundo comenzaba a parecer una posibilidad.

Pensaba ir a casa de Syd, adonde había ido un millón de veces cuando Joan se ponía insoportable. Pero no podía ir allí. Syd me odiaba. Solo quedaba un sitio.

Aparqué frente a la casa de Brie a las 3:00 y subí por la enredadera hasta el pequeño balcón de su habitación en el ático. Ya lo había hecho una vez. Ella me había enseñado a hacerlo. Me había dicho que siempre sería bienvenida, que Ed se tomaba Ambien y dormía como un tronco. Pero recordé que Ed estaba fuera de la ciudad en una convención o algo así.

Respiré profundamente y entrecortado antes de picar en la ventana, sabiendo que me dejaría pasar.

SÉPTIMA PARTE

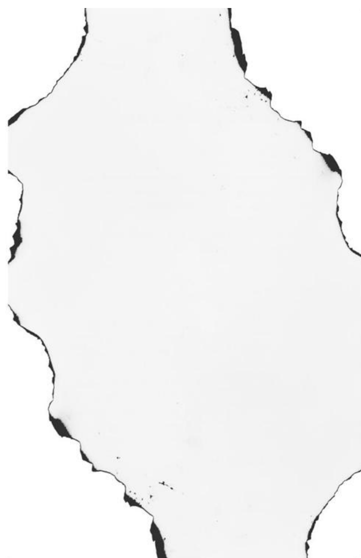
Sydney



Mayo



La noche del incendio



23

Cuando por fin llegó el segundo domingo de mayo, parecía haber pasado una eternidad, pero también solo un segundo. «¡Araña vuelve a casa!» estaba marcado en el calendario de la cocina de mamá desde hacía meses, escrito con uno de mis bolígrafos de gel, remarcado dos, tres veces con su cursiva temblorosa. Era aún más emocionante que la otra fecha al final del mes: «¡Graduación de Sydney!».

Araña había insistido en que mamá y yo no lo recogiéramos. Cogió un autobús por toda la I-5 y Whit lo fue a recoger en la estación de Cathedral City.

Mi madre estuvo nerviosa todo el día. Pidió día libre en Four Fronds y pasó el día entero limpiando el baño, quitando el polvo en la habitación de Araña y hasta reordenando los muebles de la sala. La alfombra tenía todavía huecos, y el chapado de los estantes seguía pelándose por los bordes, pero al menos la casa estaba impecable. Observé desde el sofá cómo abría las cortinas amarillentas de la cocina y decoraba las persianas de la sala con un adorno. Por lo general, teníamos las luces apagadas y las persianas cerradas durante la primavera y el verano para ahorrar dinero en el aire acondicionado, pero esta vez no.

—¿Cómo lo ves, corazón de melón? ¿Queda bien? —Mamá entrelazó las manos y examinó la casa.

—Se ve muy bien —dije, intentando sonreír y concentrándome en esa única y pequeña cosa buena en vez de en el nudo de rabia que se había asentado en mi estómago de forma permanente.

—Se lo merece. —Se asomó por la ventana y miró hacia el final de la calle polvorienta con la esperanza de ver la camioneta azul de Whit.

El pastel estaba sobre la barra, glaseado y alegre e inclinado como la torre de Pisa, con chispas de coco encima. Mamá se había despertado muy temprano para hacerlo con unos polvos preparados.

—¿Crees que será diferente? —Cogí la espátula y rebañé un poco

las sobras del glaseado que había quedado en el cuenco, luego me la llevé al sillón y me tomé mi tiempo para lamerla. Lo que en realidad había querido decir era: ¿Estará malo?

—Ya lo descubriremos, ¿no? —dijo ella, alegre—. Tengo esperanzas.

—Tú siempre tienes esperanzas. —Sonreí.

Era lo que la diferenciaba de mí. A pesar de que nuestro padre la había dejado sola y sin nada, mi madre era una optimista. En cambio, yo siempre tenía que convencerme a mí misma de olvidar la certeza de que algo terrible me esperaba a la vuelta de la esquina.

—Mi hermanita ha crecido. —Araña estaba parado en la puerta de mi habitación unas horas después, con la mano entrando y saliendo de una enorme bolsa de Cheetos que mamá le había comprado como regalo de bienvenida. Eran sus favoritos.

Yo estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada en los paneles de madera, mientras buscaba imágenes de Brie y Rain en las redes sociales; en ese momento era como una adicta en busca de su siguiente dosis. Con cada nuevo vídeo con filtro o imagen de Brie que encontraba, la malicia me cortaba como si fuera una navaja.

Ese día había encontrado dos imágenes. Una de las uñas con el barniz negro carcomido de Rain visibles alrededor de los hombros de Brie. La otra de su melena revuelta y un pedazo de su cara de perfil mirando hacia otro lado, un cañón abriéndose frente a ella. Brie miraba a la cámara, se reía de algo, el hoyuelo visible. Estudiar esas fotografías se había convertido en el amargo combustible que impulsaba mis días.

Unas horas antes, Matt había publicado un vídeo en el que salía Chase patinando en una rampa de medio tubo. Lo había visto elevarse en el aire y volver a caer una y otra vez, la elegancia sin esfuerzo con la que lo hacía me dejaba casi sin aliento por el deseo que me producía. Con cada reproducción sentía una puñalada en el pecho, como si llorara por alguien que había muerto demasiado joven. Pero, en poco tiempo, ese dolor se transformó en odio. Un odio dirigido contra mí misma por dejar que jugaran conmigo, y también contra Brie por quitármelo todo y acomodarse sin ningún esfuerzo en la vida que yo había construido.

—¿Así es ser adulto? —pregunté. Miré a Araña y cerré la aplicación.

—Tienes algo diferente. —Entró en mi cuarto y se sentó de forma torpe en el borde de mi cama. Observé lo pesados que se veían los colgajos de piel en sus mejillas y el cuello, lo ausente que estaba la luz en sus ojos.

—Es mi recién descubierta amargura.

Araña resopló.

—Me enteré de lo de la lotería. ¿Cómo le va a nuestra querida Rain con toda esa pasta?

—La verdad es que no lo sé —dije—. No la he visto mucho estos días.

—Ya he oído que pasa mucho tiempo con Brianna Walsh. —Araña examinó el interior de la bolsa de Cheetos sin mirarme, pero supe que estaba buscando información—. ¿Es verdad?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Whit.

Me pregunté cómo debía saberlo Whit. ¿Se había encontrado con Rain en algún sitio?

—Ellas dos son mejores amigas —dije sin más. Era la primera vez que se lo decía a alguien en voz alta. Sonaba como un hecho tan simple y sencillo que no entendía por qué, entonces, me dolía tanto.

—Brianna Walsh es un peligro —masculló Araña—. Creía que Rain era más inteligente.

—Yo también. —Me encogí de hombros y deseé que pudiéramos hablar de otra cosa.

—¿Y con quién te juntas ahora? —preguntó Araña después de un minuto de silencio incómodo—. Ahora que has perdido a tu amada Rain.

—Ya lo estás viendo. —Intenté reír, pero sonó como un ladrido.

—Eso no está bien.

Me encogí de hombros, deseando que mi hermano se fuera para poder continuar con mis investigaciones digitales.

—Tienes que salir. Arreglar lo que está roto, darle la cara al mundo, esas cosas. —Araña se lamió el dedo para quitarse los restos de Cheetos y no dijo nada más. Había olvidado cómo era comunicarse con él, su forma de llegar al punto poco a poco, obligándote a sacarle lo que quería decir—. Hay una fiesta hoy. Me lo ha dicho Whit. —

Intenté no suspirar. En algún momento, Araña comprendería en qué clase de ermitaña me había convertido. No necesitaba bombardearlo con toda la información en un solo ataque—. Es en Desert Hot Springs, una de esas mansiones gigantes en las colinas. Whit quería intentar ir, pero tiene que trabajar, así que no sabe si va a poder.

—Genial —dije—. Pero no me interesa.

—Venga, por favor. —Alcancé a oír algo de arrogancia en su voz —. No me hagas suplicarte. Deberíamos ir.

—¿Tú y yo? No, gracias.

La verdad era que yo ya me había enterado de esa fiesta particular. Era en casa de Candice. Su madre y su padrastro estaban en Europa y su hermano había vuelto a casa de la universidad y se había organizado algo por su cumpleaños. «Brad me ha dicho que invite a todo el mundo», me había dicho Candice mientras terminábamos un póster sobre la propaganda soviética para Historia Avanzada. «Sé que nunca sales, Sydney, pero eres más que bienvenida.» Después alzó la mirada, me miró a los ojos, sonrió y luego miró hacia otro lado.

—La verdad es que ya no voy a las fiestas.

—A la mierda con eso —dijo Araña—. Vas a venir.

—No. —«Vete, Arañita. Ve a hacer telarañas a otro lado», pensé, y de inmediato me sentí culpable. Tenía tan pocos amigos como yo. Me necesitaba. Pero también pedía demasiado de mí—. Lo siento, pero no voy a ir.

Entonces, Araña me miró como si fuera la primera vez que me veía, que me veía de verdad, desde que había regresado a casa.

—No ha sido fácil estar encerrado. —Se estiró en el centro exacto de la cama y puso la cabeza sobre mi almohada, señal muy clara de que no tenía intenciones de moverse de ahí tan pronto. Miró al techo e inhaló profundamente—. No quería que mamá y tú os preocuparais, pero lo pasé mal ahí adentro. Como si cada día estuviera a la deriva, como si no me importara si salía de ahí o no. Depresión, supongo. Y a veces me enfurezco. Me arrancaron la vida de las manos, ¿sabes? Apenas era un adulto. Acababa de terminar el bachillerato. Y ahora tengo que vivir con esto para siempre. —Vi cómo apretaba los puños, los nudillos se le pusieron blancos—. Como si ya hubiera perdido antes de que mi vida haya empezado siquiera.

Me mordí el labio y alejé la mirada mientras pensaba en nuestra única y horrible visita a Pine Grove. Después de estar una hora en la

sala de espera más deprimente de la historia, nos sentamos a una mesa en la sala de visitas a la que nos llevó un guardia sin expresión en el rostro. Junto a nosotras, una mujer de aspecto miserable visitaba a un hombre con un ojo morado. Se susurraban disimuladamente y nunca sonreían. Cuando Araña salió y se sentó frente a nosotras, pálido y atormentado en su uniforme *beige*, mamá comenzó a llorar casi en silencio y no paró hasta que llegó la hora de irnos. A nuestro alrededor, bebés y niños intentaban aferrarse a sus padres o se alejaban de ellos, de hombres que debían parecerles desconocidos. Yo me centré en mantener viva la conversación con Araña, y me di cuenta de lo diferente que lo veía tras los cuatro meses de su condena. Los círculos negros alrededor de sus ojos, el corte de pelo militar, su actitud boba, como de gran danés, había desaparecido. En el instituto, su cuerpo parecía demasiado grande para él, como si fuera solo un niño hiperactivo en el cuerpo de un adulto, pero ahora, a los diecinueve años solamente, se había vuelto sólido, inamovible, atrapado de repente en el cuerpo de un hombre exhausto que solo podía moverse con un esfuerzo tremendo. Había pasado la mayor parte de nuestros cuarenta y cinco minutos de visita mirando al guardia que estaba en una esquina, que tenía una mano sobre el mango de una pistola eléctrica, como si estuviera ansioso por usarla.

Al final de la visita, Araña se aclaró la garganta y le pidió a mamá que no volviera, que era demasiado triste para los dos. No quería que lo viéramos así, dijo.

La garganta se me hizo un nudo por aguantar un sollozo. Mi hermano mayor, el niño alocado, reducido a eso. Todo parecía estar mal.

Al verlo en mi habitación, en mi cama, me pregunté si algún día podría quitarse de encima lo que la cárcel le hizo, si el hermano bobo con quien había crecido habría desaparecido para siempre.

—Lo siento, Ar. Habría dado lo que fuera por que no te arrestaran.

—Sal conmigo, entonces. Vamos a divertirnos. Lo necesito. —Araña se puso de lado y cogió los hilos de mi edredón—. Necesito sentirme como una persona normal, estar con personas normales, personas felices. Eso es lo maravilloso de una fiesta, ¿no? ¿La gente feliz? —Asentí. Sentía cómo yo comenzaba a ceder—. Sería muy raro si llegara solo. Contigo ahí, es como si tuviera una razón para ir.

Me miró. El estómago se me retorció por la culpa. Sabía que me había vencido.

—Está bien —dije, aunque cada fibra de mi ser gritaba que no. El reloj de la radio marcaba las 18:18—. Llegaremos hacia las nueve. Pero no quiero volver tarde. Puedo ir una hora, hora y media como mucho. ¿Vale?

—Sí. —Araña se levantó de mi cama junto con su bolsa de Cheetos—. Tal vez nuestra querida Rain esté ahí con sus nuevas amigas y podáis hacer las paces.

—Claro que van a estar ahí.

Tendría que encontrar la forma de moverme por los límites de la fiesta, de camuflarme lo suficiente para no ver a Rain, a Brie ni a Chase.

Si tan solo hubiera sido posible…

24

—No puedo entrar.

Acababa de ponerle el freno de mano al Fiesta al final de una larga fila de coches sobre una calle sinuosa llamada Glen View, en lo alto de la montaña que se elevaba por encima del barrio de Brie. Habíamos pasado por la salida hacia su casa unos minutos antes y me estremecí de vergüenza al recordar la humillación de la última vez que estuve allí. A la derecha del coche, justo por detrás de la baranda de metal que parecía no cumplir muy bien su función, había un escarpado cañón negro, lleno de creolina y rocas, y después un espacio vacío sombreado bajo la noche sin luna.

En el asiento del copiloto, Araña suspiró.

—Claro que puedes.

Negué con la cabeza, apreté las manos alrededor del volante, a las diez y a las dos, como si en cualquier momento el coche fuera a echarse a andar de nuevo.

—Tú ve. Diviértete. Yo te espero aquí —dije en voz baja.

—Nop. —Araña bajó la visera, se miró el pelo y los dientes en el espejo—. Vas a venir. El traficante no va a entrar sin su hermanita.

—Ar. —«No me obligues.»

—Sydney.

—Estoy... No puedo. No estoy en un buen sitio.

Una media sonrisa burlona se dibujó en el rostro de mi hermano. No tenía sentido explicárselo. Mi distanciamiento no podía competir con el suyo. Mi dolor no podía compararse con el suyo. Solo se encogería de hombros y se reiría si intentaba hacérselo entender.

Entonces Araña asintió y se sacó algo del bolsillo de la sudadera. Un frasco de pastillas con un extraño tinte verdoso. Desenroscó la tapa, me cogió de la mano y me puso dos de las pastillas.

—Mastícalas. Así funcionan más rápido.

—¿Qué es? —Eran óvalos talcosos un poco amarillentos.

—Te relajaran. Sentirás que vuelas.

Lo miré con escepticismo.

—¿De dónde las has sacado?

Me dio la botella. «Centro de Detenciones Pine Grove», decía la etiqueta en un lado del frasco, junto a otra etiqueta anaranjada que anunciaba: «Sustancia controlada».

—El médico de allí adentro no era muy quisquilloso con las recetas —respondió—. Tengo una farmacia entera en casa.

Por la ventana de mi lado vi a dos chicas que se dirigían hacia la enorme casa blanca, con las cabezas pegadas, riéndose de algo que una de las dos había dicho. Los bolsos les golpeaban las caderas, los rostros animados por secretos que solo ellas conocían. «Alguna vez fui como ellas», pensé con melancolía.

El dolor de cabeza que arrastraba desde hacía días me palpitaba como si estuviera vivo, como una siniestra punzada de algo malo que irradiaba hacia mis oídos. Echar de menos a Rain dolía a nivel físico y de todas las formas imaginables.

—A lo mejor me tomo una —susurré—. ¿Cuántas te tomas tú?

Las chicas pasaron junto al coche, aún se reían. Eran tan afortunadas y ni siquiera lo sabían.

—¿Cuatro? ¿Cinco? Son seguras.

Me dolían la cabeza y el corazón, un temor nostálgico que me inundaba con preguntas sobre lo que vendría, sobre qué nuevos dolores y qué nuevas decepciones llegarían después del bachillerato. Quizás esa noche no tenía por qué doler tanto. Mastiqué la primera pastilla y me dejó un amargo sabor a tiza en la lengua que me hizo dar arcadas. Araña me dio una botella de cristal que había sacado de debajo de su asiento, un té helado a medio beber que había comprado en la gasolinera de Shell días antes. Me lo tomé, dulce y con posos.

—Tómate dos. Dos van bien si quieres volar. —Me sonrió y me di cuenta de que había echado de menos esa sonrisa más de lo que me permitía aceptar. Araña, mi hermano. Siempre conmigo, pasara lo que pasase.

Segundos después de haber tomado la pastilla comencé a sentirme más relajada, un poco más imprudente.

—Está bien. —Mastiqué la segunda y me bebí el té—. Volar no suena tan mal. —Cuando salimos del coche, el viento lo sentí como una caricia tibia, la temperatura había bajado a unos tolerables treinta grados—. Me gusta que estés en casa —dije mientras caminábamos

juntos hacia la casa. Las pulsaciones de la música trap aumentaron en el asfalto por un momento y luego desaparecieron para dar paso al habitual concierto de los grillos y los susurros del cañón.

Araña me puso un brazo enorme alrededor del hombro y me agarró tan fuerte hacia él que estuve a punto de caerme.

—A mí también.

Conforme caminábamos comencé a sentirme más ligera. Una nueva energía se asomó desde mis adentros como el muñeco de una caja sorpresa. De hecho, pensé, comenzaba a sentirme animada.

—¿Ahora vas a ser un miembro respetable de la sociedad? —¿Las palabras me salían arrastradas y viscosas, o lo imaginaba? ¿«Respetable» sonaba como «repestable» o estaba paranoica?

—Bah. —Se encogió de hombros de forma teatral—. Lo más probable es que no. Pero nunca se sabe, ¿verdad? Todo es posible.

Me mostró una sonrisa arácnida, una sonrisa real, la primera sonrisa completa que le veía desde que había entrado al comedor de casa aquella tarde. La mandíbula se le movía y tenía los ojos entrecerrados mientras cruzábamos el umbral de un portón que estaba abierto, el aroma dulce del césped nos llenó la nariz.

—¿Qué tal un miembro repestable? —Me reí de mi propio chiste idiota y entrelacé el brazo con el de mi hermano.

Las pastillas habían comenzado a hacer efecto. Mi yo triste se aplanaba, mi furia y mi tristeza ya no eran rocas escarpadas entre las que tuviera que navegar. Esa noche comenzaba a sentirla como una superficie suave por la que podía deslizarme.

—¿Emocionada? —bromeó mientras subíamos por los resplandecientes escalones blancos hacia el porche con columnas.

—No es la palabra que usaría... —Dejé de hablar y me centré en los pocos chicos que se mecían como ancianos en las mecedoras que estaban en el porche semicircular sorbiendo sus cervezas. Vi a Danny Schuster y me saludó.

—¡Lo conseguimos! —Sonreía de oreja a oreja—. ¡Al fin nos vamos del instituto!

Sonreí y asentí, agradecida de haber encontrado a una persona que no estaba conectada con nadie que me odiara. Me acerqué a él, rozaba con los dedos las brillantes columnas blancas de la casa. Abrí la boca para decir algo ingenioso, con la esperanza de que algo me saliera.

Pero en ese momento Candice salió a toda velocidad por la puerta con un vaso rojo en cada mano. Se acercó a Danny con grandes zancadas y le dio uno de los vasos, se dejó caer sobre su regazo en la mecedora. La cerveza saltó por un lado del vaso y se derramó mientras ella lo besaba con la boca bien abierta. El beso fue tan flagrante y apasionado que tuve que mirar a otro lado, avergonzada de estar tan cerca. Danny Schuster, que había usado un casco ortopédico durante dos años de secundaria, quien alzaba tanto la mano durante las clases avanzadas que los profesores bromeaban que hacía el esfuerzo por todos los demás. Danny, miembro del equipo de campo a través, siempre tan delgado, y quien no tenía vergüenza en enseñar sus piernas depiladas para conseguir efectos aerodinámicos durante la temporada de carreras, que era tan ñoño que a veces me daba un poco de pena ajena, estaba envuelto en los brazos de nada más y nada menos que Candice Lombardi, quien alguna vez proclamó con orgullo que solo salía con los jugadores titulares del equipo de fútbol americano, quien vivía en la casa gigantesca en la que estábamos. Por Dios, cómo habían cambiado las cosas. Justo cuando estaba por darme la vuelta, Candice se separó de Danny y me saludó con una mueca.

—Hemos estudiado mucho juntos este año —dijo solo con una sonrisa tímida—. Ve a por una cerveza, Sydney. Me alegro de que hayas venido. Es final de curso. Todos somos amigos ya.

—Gracias —dije. Me alejé de ella y seguí a Araña hacia la puerta abierta. Candice y Danny. Para cada olla hay una tapa, como diría mi madre. Menos para mí. Mi olla estaba sin tapa, estaba rota o deforme de alguna manera. Y por dentro estaba hirviendo hirviendo.

Empujé la puerta laqueada y di un paso hacia dentro.

25

El interior era un laberinto de habitaciones ruidosas y oscuras, todas llenas de gente. Parecía que el instituto entero estaba ahí, había suficientes cuerpos para llenar por completo la casa tamaño hotel de Candice. En el aire palpitaban las conversaciones a gritos por encima de una vieja canción de Nicki Minaj que había escuchado millones de veces con Rain.

Seguí a Araña de una habitación a otra, aunque lo que quería en realidad era volver al coche.

Mi hermano saludaba a gente por aquí y por allá, con esos complicados saludos con trucos y gestos que los chicos hacen. No tenía problemas para dejar que Araña recibiera toda la atención, porque lo único que yo quería era ser invisible, flotar en silencio sobre mi nube hecha de pastillas sacadas de la cárcel. Había funcionado hasta cierto punto estar encorvada y con la cabeza metida en la capucha de mi top sin mangas, solo unas pocas personas me habían saludado, pero la mayoría me ignoraba.

—¡Dios mío! ¡Mirad quién es! —Anya Patel se había pintado el flequillo de un color rosa brillante y tenía lentejuelas pegadas en los pómulos. Le dio un abrazo de oso a mi hermano que duró una incómoda eternidad.

Durante su abrazo interminable, la canción de Nicki Minaj se acabó y algo más reciente y pesado comenzó a sonar, algo así como una lista de razones para matar a alguien, la voz del vocalista era profunda y con matices asesinos. Bailé aguantando la vela en ese momento, con la boca estirada en una sonrisa involuntaria, toda la cara paralizada alrededor de la boca. «No me importa —pensaba—. Nada me importa.» Para entonces, las pastillas habían hecho efecto sin duda.

—¡Hola, princesa! —gritó Araña cuando al fin se separaron—. ¡Cuánto tiempo! Me encanta tu pelo.

«¿Princesa? ¿Me encanta tu pelo?»

—¡Estoy feliz de que hayas vuelto! —me gritó Anya al oído. Me agarró para darme un abrazo rápido y cordial y los tres fuimos juntos hacia la cocina, Anya con los brazos alrededor de los hombros de Araña como si fueran los mejores amigos del mundo. Yo iba detrás, todavía sonriendo como un payaso psicótico, con la música asesina retumbándome en la espalda.

Anya se separó en la cocina reluciente y nos dejó en la isla de mármol que se había convertido en una barra con provisiones de sobra. Con las pastillas zumbándome dentro del cuerpo, le grité a mi hermano por encima de la música.

—¿Eres amigo de Anya?

Araña se rio.

—Conozco a todo el mundo.

Comenzó a mezclar bebidas y un mareo se apoderó de mí. Inhalé el humo de marihuana de alguien más, un vapor empalagoso. Tantas personas a mi alrededor y nadie con quien quisiera hablar. Junto al fregadero de la cocina estaba el equipo de natación, todos con hombros enormes y cabezas rapadas. Le gritaban «bebe, bebe, bebe» a un chico que estaba en el centro, con la boquilla del barril de cerveza en la boca como un instrumento médico, como si el cilindro de metal que estaba debajo le estuviera sacando las entrañas. Pero no podía ser cierto. Parpadeé y me tragué la saliva que me había llenado la boca. Araña me puso un cubata en la mano: un vaso rojo lleno de sangre.

O no, no era sangre. Lo miré más de cerca y lo olfateé. Zumo de uva con alcohol. Me lo bebí deprisa, aunque estuviera tibio y horrible, como si fuera gasolina con sabor a uva. Tenía mucha sed, más sed que nunca. Desapareció en un instante.

—Pero mírate. Parece que ya has aprendido a estar de fiesta. —Araña me quitó el vaso y me preparó otro. Vi cómo el zumo caía en el vaso, el chorro de licor transparente encima, la mano firme de Araña a cargo de los servicios de coctelería—. Toma otro. ¿Ya estás volando?

Me encogí de hombros y me tomé el segundo vaso. Me supo un poco mejor que el primero. Me di la vuelta y sentí cómo el aire de la cocina palpitaba con toda la energía de los cuerpos jóvenes apiñados allí. La música, los gritos, los cánticos del equipo de natación. A lo mejor sí estaba volando. Si cerraba un ojo, podía flotar por encima del gentío, volar por el espacio como un murciélago, sin que nada me importara, sin que nada fuera real. Y antes de darme cuenta estaba

bailando, rebotando contra hombros desconocidos y caderas de una marea cada vez más densa.

Eché la cabeza hacia atrás y la risa que me salió de la boca fue la de una desconocida.

—Creo que ya lo siento. —Acerqué a Araña hacia mí. Quería bailar como cuando teníamos ocho y diez años, saltar en el sillón, jugar a que el piso era lava, con la canción de los Power Rangers a todo volumen en el televisor, con los pijamas llenos de agujeros, la alegría y el desenfado de bailar con mi hermano mayor. Don Hiperactivo sin control.

«¿Por qué no quería venir a la fiesta?», me preguntaba mientras le cogía las muñecas a Araña con las dos manos. Estaba en la mejor fiesta del mundo.

—Vale, creo que te tenemos que apartar un poco de la barra —me dijo entre abrazándome y cargándome, de forma que salí rebotando detrás de él por las resplandecientes puertas francesas. Afuera había un gigantesco patio adoquinado con un fogón en el centro, llamas bailando sobre las caras de decenas de chicos que estaban alrededor. Caras intensas, caras sonrientes, caras colocadas, caras borrachas. Las mismas caras que había visto toda la vida.

Todo el mundo era muy guapo, pensaba. ¿Cómo es que nunca me había dado cuenta?

Ahí afuera todo parecía más arriesgado, más callado y más serio, pero también me sentía intocable. «Pronto», tenía ganas de gritar, «muy pronto todo esto se va a terminar». Muy pronto, cada uno tomaría su camino y se convertiría en alguien más. Mudaríamos de piel.

En las esquinas del patio había sofás llenos de chicos, dos chicas bailando pegadas frente a ellos en una pista improvisada, haciendo su versión de lo que creían que era sexi según lo que habían aprendido en internet. Algunos de los chicos que estaban más cerca de ellas gritaban y silbaban. Matt Richardson, quien había comenzado a dejarse una barba rala, me saludó desde el otro lado del patio, sentado en un puf y llenando una pipa, rodeado de unos cuantos *skaters* más. El corazón me martilleaba en el pecho mientras me preparaba para ver a Chase, pero no estaba con ellos. Saludé a Matt con el brazo y sentí una punzada de nostalgia en el corazón.

Cerca de la hoguera, Araña había encontrado a más personas

conocidas y ya los tenía embobados con sus historias de la cárcel.

—Mi compañero de celda le robó los ahorros de toda la vida a su abuela —les decía a tres chicos absortos. ¿Les vendería drogas a todos?

Me acerqué de vuelta a la casa, sintiéndome de pronto valiente y temeraria. Chase no estaba afuera, pero debía de andar por ahí. Quizás había llegado el momento de que habláramos.

Me abrí paso por la cocina. Me sentía perfecta, imperturbable, quizás invencible. Mejor de lo que me había sentido en toda mi vida. Volando así podía confrontar a Chase, preguntarle por qué no había sido suficiente para él. Preguntarle qué había de malo conmigo. Dijera lo que dijese, podría soportarlo. Quizá también podría soportar hablar con Rain, que debía de estar por ahí, igual que Chase.

Fui de habitación en habitación, avanzando por el laberinto de la casa, sintiéndome fuerte y poderosa y como si todo fuera gracioso. Me di cuenta de que era un poco parecida a mi hermano. Araña había llegado a su nadir y se había vuelto más fuerte al no dejar que lo matara. Yo también era así. No había nada que pudieran quitarme ya. Sin amigos, traicionada, sola... mi dolor era mi poder.

Caminé por un largo pasillo y en el aire retumbaba una canción que parecía decir: «Chica sucia, chica sucia». Pasé junto a un grupo de chicas de tercer curso, una masa de pelo brillante y perfume abrumador donde los cotilleos volaban de un extremo del círculo al otro.

Seguí por el pasillo, la cabeza me daba vueltas. «¿Dónde estás, Chase McAllister? ¿Dónde estás, Rain Santangelo? ¿Con tu nueva mejor amiga?»

Aceleré y subí por una escalera cubierta con una alfombra incomprensible, cachemira y plumas de pavo real bajo mis pies. Otro grupo de chicas se movía en perfecta sincronía, como una manada, con Candice a la cabeza. ¡La señora de la casa, en vivo y en directo! Estaba flanqueada por Deirdre, Anya y Min. Tambaleante, caminé hasta donde estaban, sonriente, invencible.

—Hola, Candice —balbuceó la voz de alguien que no era yo—. ¿Has visto a Chase? —«Quiero decirle lo imbécil que es.»

—Yo sí —intervino Anya—. Te llevo. —Sonrió, me puso el brazo descubierto sobre los hombros y me llevó con ella. Mientras caminábamos por otro pasillo (¿Cómo era de grande esa casa? ¿Se

extendía hasta el infinito?) me puso una mano en el codo y se acercó a mi oído—: Oye, hay algo que quería decirte. —Hizo una pausa y miró a su alrededor. Los pómulos le brillaban en la oscuridad—. Creo que Brie me engañó con lo de Chase.

—¿Qué? —El corazón se me fue al suelo.

—Chase y tú parecíais muy felices juntos. Me siento muy mal por eso —dijo. Su mirada se movió del suelo hacia mí—. Pensé que deberías saberlo. En caso de que estés molesta con él o algo. Sé que habéis terminado, así que tal vez ya no te importa.

—¿Cómo que te engañó?

—Bueno, no solo a mí. Se lo dijo a varias personas. Pero después le sorprendió que la hubiéramos creído de verdad. Nos dijo que fue una broma. ¿Quién sabe? Tal vez lo que quería era que te enteraras. Le gusta meterse con la gente, ¿sabes? Siempre ha sido así. Como se metió también con tu hermano. Claro que ahora todo es Rain, Rain, Rain. Ya no tiene tiempo para nosotras, las perdedoras. —Anya soltó una carcajada, como si todo fuera un gran chiste.

Le miré los ojos con tintes dorados y sentí cómo el sudor frío me caía por la espalda. ¿Brie había dicho que estuvo con Chase cuando era mentira? ¿Terminamos por una mentira?

Una semblanza de sonrisa se me dibujó en la cara, aunque por dentro sentía el impulso de romper algo… o a alguien.

—Gracias por contármelo. Ya no importa.

—Bueno. —Anya exhaló y me sonrió—. Me alegro. Estoy segura de que habríais terminado de todas formas, ¿no? Pero ya no quería cargarlo en mi conciencia. Es final de curso, borrón y cuenta nueva, ya sabes.

—Te entiendo. No te preocupes. Borrón y cuenta nueva.

Pero no para Brie. Algo comenzaba a encajar en mi cabeza. Miraba a Anya mientras manoseaba en mi borrachera para encontrarlo.

¿Qué había dicho Araña antes de la fiesta? Lo había ignorado en ese momento, pero comenzó a repicarme en los oídos como una pista. «Brianna Walsh es un peligro. Creía que Rain era más inteligente.»

Abrí la boca para preguntarle a Anya a qué se refería cuando dijo que Brie se había metido con mi hermano, pero antes de que las palabras me salieran de la boca, Anya señaló una puerta. Un momento después estaba adentro, navegando entre nubes de humo de

marihuana, buscando a Chase.

La habitación era una enorme oficina con estanterías hasta el techo en todas las paredes. Los padres de Candice seguramente la llamaban «la biblioteca». El trip-hop salía de altavoces invisibles y unos cuantos chicos jugaban a *Cards Against Humanity* sobre un enorme escritorio resplandeciente. Otros estaban echados en sillones de cuero o sentados en la suave alfombra, tan espesa en esa habitación que podía sentir cómo se hundían en ella mis zapatos.

Y entonces Chase apareció justo frente a mí. Ay. Los mechones de pelo sobre los ojos. Esa sonrisa torcida. La boca rosada dentro de la cual quise vivir en algún momento. Todavía, a decir verdad.

—Hola. —Me mostró una sonrisa nerviosa y me llevó hacia el alféizar de una ventana rodeada de estanterías. Era un pequeño oasis de privacidad, con una almohada de seda sobre la madera, como si alguien la hubiera construido para tener conversaciones llenas de lágrimas, para que se revelaran secretos, para que las chicas les preguntaran «por qué» a chicos que nunca sabrían cómo responder.

—Hola.

—Hola. —Me miró por debajo del montón de pelo. Su expresión agobiada decía que estaba siendo cuidadoso, y que estaba triste también—. ¿Todavía patinas? —Su primera conversación conmigo en semanas y eso era lo que quería saber. O tal vez era lo único que sentía como un tema seguro de conversación.

—No mucho. —Mi mano tenía mente propia. Le tocó el brazo, el músculo del tríceps, justo debajo de la manga de la camisa. Había una parte de él que había querido, que aún quería. Tenía una camisa nueva, de cuadros negros y rojos. Era tan nueva que podía ver los pliegues de haber estado doblada en la tienda. Quería reír y quería llorar. Lo único que hice fue tragar saliva.

—Qué mal —dijo Chase—. Deberías.

—Sí, debería. Tienes razón. —Me permití mirarlo a los ojos—. Solo estudio y espero a que termine.

—¿A que termine qué?

Dios, qué macabro había sonado eso.

—El instituto. Todo. —Me encogí de hombros e intenté sonreír, pero lo que sentía al verlo era tristeza pura, como entrar a un cuarto vacío después de una fiesta. Me acerqué y le susurré al oído—: ¿Qué nos ha pasado?

Al estar tan cerca de él, olí ese aroma de Chase que tanto me encantaba: desodorante Old Spice, Carmex y algo que me recordaba al aroma de los árboles después de una tormenta.

—Esa es mi frase. —Sonrió. La forma en que lo dijo, como si en verdad le doliera, fue como una puñalada en el corazón.

—Supongo que lo es —dije. Me apoyé en la ventana, sentí el cristal fresco sobre mi mejilla y me pregunté si podría romperlo con la cabeza. ¿Cómo me sentiría desangrándome en esa fiesta? ¿Cómo sería si lo último que viera fuera el rostro de Chase, sus ojos tristes?—. Pero ya lo sabes. Los dos lo sabemos.

—No, no lo sé. Querría saberlo. Me gustabas mucho. —El puñal en mi corazón se giró al oír sus palabras.

—Creo que cometí un error. —El cristal fresco. Puse la mano sobre él—. Creo que estaba confundida... o engañada. Alguien me había dicho que andabas a escondidas con Brie.

La mandíbula se le trabó. La nariz se le ensanchó.

—¿Por qué ibas a creértelo? No tendrías que haberme ignorado. Te habría demostrado... te habría dicho que no había nadie más. —Su mirada era tan honesta, tan vehemente, que supe de inmediato que me habían engañado. Lo había arruinado todo, y por nada.

—Pensaba... —Busqué una explicación en mi cabeza—. Me dieron una información falsa.

—No fue nada. Chupitos en el ombligo. Una tontería. Intenté decirte que no era nada.

Ah. El puñal se clavaba más y más. Lo que él creía que me tenía enfadada y lo que yo creía que había pasado eran dos cosas distintas.

—Tendría que haberte creído. Tendría que haberte escuchado.

—Sí, tendrías que haberlo hecho.

Cerré los ojos un momento y deseé poder volver a la noche en que me llevó a casa después del trabajo. La sensación de que volaba seguía ahí, pero también comencé a sentir que giraba. Y volaba sobre una alfombra de dolor.

—Y no me cogías mis llamadas. Te envié más de cien mensajes.

—Y luego dejaste de escribirme. —Miré a Chase y tragué saliva, decidida a no llorar.

—¡Porque no me contestabas! Creía que no querías que te escribiera. —Chase me miraba como si lo hubiera abofeteado—. No quería ser tan pesado. Supongo... supongo que pensaba que ya lo

tenías claro.

—Sí, lo tenía claro. —Suspiré, rabiosa conmigo misma, furiosa con el mundo—. Lo siento.

—Yo también.

—Lo sé. —La cabeza comenzó a pincharme desde la base del cráneo, donde la migraña había empezado antes de la fiesta. Pero lo que había ahí no era dolor, era una furia ciega. Una rabia que nunca había sentido antes y que nunca sentiría después. Quedaba claro ya que el rumor sobre Brie y Chase era una pequeña pista solo para mí, era tan obvio que un niño podría haberlo descifrado. Brie sabía que yo me lo creería. Sabía que era tan insegura como para dudar de los sentimientos de Chase. Y, tan predecible como el amanecer, había funcionado. Como había funcionado coger a Rain para sí misma. Lo único que tenía que hacer para terminar su obra era sugerir los estúpidos chupitos, que sin duda se aseguró de grabar, en caso de que necesitara la prueba para manipularme. A lo mejor etiquetar a Chase en sus historias e invitarlo a su casa también eran cosas pensadas para meterse conmigo. Entonces supe que Chase no había ido a su casa porque sintiera algo por ella—. Y supongo que Brie te había invitado a su casa esa noche en la que te vi y salí corriendo.

Chase asintió.

—Dijo que teníamos que hablar sobre qué hacer contigo, pero no tenían ideas, en realidad. Me fui a casa como una hora después.

Apartó la mirada, avergonzado, quizá, por lo mucho que se había esforzado en recomponer el rompecabezas que había dejado para él.

Estiró una mano y me acarició la mejilla con ternura, con suavidad. Le cogí la mano y la sostuve un momento antes de ponerme de pie. No era momento para la ternura. Alguien nos había hecho eso, se había metido en mi vida de todas las formas imaginables, me había arrebatado todo lo que me importaba. Y yo la había dejado. Se lo había puesto muy fácil. Y tenía razones para creer que me había manipulado de la misma manera para alejarme de Rain.

Suficiente.

—Tengo que buscar a alguien —dije—. Me alegro mucho de verte. Siento haberlo arruinado todo.

Las manos me temblaban mientras caminaba hacia la puerta, sin atreverme a mirar atrás, sin atreverme a bajar la velocidad a pesar de que oía su voz flotar por encima del trip-hop.

—Oye, espera.

Pero ya había esperado demasiado.

Si antes sentía que volaba, comencé a sentir una fuerza sobrehumana al correr por el pasillo. Mi cuerpo se deshacía de su piel desgastada y vieja, de sus inhibiciones y autocontrol, y una nueva yo emergía para saldar las cuentas.

Me habían apuñalado por la espalda suficientes veces. Era hora de que alguien más sufriera, para variar.

26

Bajé la escalera con el corazón latiéndome a toda velocidad mientras buscaba a Brie.

La fiesta se había vuelto más ruidosa, salvaje y ebria. Tomé una pequeña botella de alcohol de café de la pegajosa isla de la cocina y ni siquiera me tomé la molestia de leer la etiqueta. Le quedaba más o menos un cuarto cuando vertí el líquido en mi boca. Disfruté del castigo del ardor. Alguien había dejado un encendedor Bic amarillo en la barra y lo cogí. Pasé el pulgar por la rueda hasta que hizo chispa y luego me lo guardé en el bolsillo.

Vaciada la botella, comencé a dar vueltas. Toda la habitación se tambaleaba.

Me moví por la fiesta hasta que encontré a Deidre y a Min cruzando una de las habitaciones.

—Oye —le grité a Min por encima de la música.

Sus labios se curvaron hasta formar una sonrisa de color rojo rubí y brillante como un órgano recién extirpado.

—Hola.

Yo no era nada para ella. Una mancha, una mosca. Habíamos tenido casi todas nuestras clases juntas durante cuatro años y ella aún insistía en fingir que apenas me conocía. «¿Quién la había empujado a hacer eso?», me preguntaba. ¿Serían muy distintas las cosas sin Brianna Walsh y todos sus hechizos?

Luchando contra la sensación de que la habitación estaba girando a mi alrededor, me obligué a sonreír. Necesitaba hacerlo bien. Tenía que ser valiente y dócil, firme, pero no amenazante.

—¿Has visto a Brie?

Le dio un sorbo a su vaso rojo y dejó de buscar a alguien mejor con quien hablar a su alrededor.

—Está arriba con ya-sabes-quién. —Luego hizo una mueca, como si nos desagradara del mismo modo que Brie y ya-sabemos-quién estuvieran juntas.

No podía resistirme a escarbar en ese agujero, aunque sabía que no debía hacerlo.

—Rain no os cae muy bien, ¿verdad? Pensaba que ya era una de vosotras.

Min se acercó y me atrajo por el codo hacia ella.

—Siempre estuvisteis equivocadas sobre nosotras. Somos buenas personas, Sydney. Nos gusta la gente. Hasta tú. Solo que siempre dejaste muy claro que nosotras no te gustábamos.

Abrí la boca para responder, pero Deirdre se interpuso entre las dos, la pequeña cara de hada mágica ruborizada por el alcohol. Me pregunté si el régimen antidopaje de sus padres se había terminado ya o si no detectaba el alcohol.

—Bueno, ya está bien, por favor —reprendió a Min. Luego se dirigió a mí—: Min solo está celosa porque la han reemplazado. Rain le ha quitado a su gran amiga.

Asentí, procesando la información. Me alejé mientras Min le siseaba algo a Deirdre. Sus problemas internos no eran asunto mío. Pero Deirdre me siguió y me llevó hacia el pie de la escalera, donde solo estábamos nosotras dos y un par de chicos de primer curso hipnotizados por un teléfono.

«¿Dónde está Araña?», recordé. Bueno, en algún lugar tenía que estar.

—Lo que fuera que pasó entre vosotras cuando erais niñas... —Deirdre abrió los ojos para decir que había oído algunas cosas— siempre le ha molestado a Brie. Pero ahora está como obsesionada con Rain. Ha sido difícil para Min. Anya también la odia un poco. Son posesivas. Igual que Brie. En lo personal, yo ya estoy harta, ¿sabes? —Se encogió de hombros y me regaló una sonrisa dulce.

—Sip. Todo eso se terminará en este momento.

Volví a asentir y comencé a buscar por detrás de Deirdre: a Rain, a Brie, a Araña. Billie Eilish cantaba *Bury a Friend* en los altavoces que teníamos encima, detrás, adentro. ¿A cuántas personas había herido y manipulado Brie para conseguir lo que quería?

—Mira en los cuartos de arriba. Son los más bonitos. Apuesto a que están ahí adentro hablando mal de nosotras. —Se rio y puso los ojos en blanco.

—Gracias. —Me acerqué para abrazarla, pero Deirdre dio un paso atrás. Había aún una distancia entre nosotras que ni todas las pastillas

ni el alcohol del mundo podían salvar—. No le diré a Brie lo que has dicho. Lo entiendo. De verdad.

Quizá todo el mundo lloraba por una amistad perdida, una oportunidad desperdiciada, una vida no vivida. Quizás el final del instituto había sido un choque en cámara lenta para todos, y cada uno lo había sentido de un modo particular, como si hubiéramos estado avanzando directamente hacia un muro de tabiques.

Lo más importante era conseguir que el mundo dejara de dar tantas vueltas para que encontrara a Brie y le dijera lo que tenía que decir. «Ahora o nunca», me dije.

Y entonces comencé a subir con torpeza por la escalera alfombrada, con las piernas pesadas, las paredes ondulaban a mi paso. El macabro coro de la canción se me metió por los poros, cada pregunta parecía una broma: «¿Por qué no me tienes miedo? ¿Por qué te preocupas por mí? ¿Cuando dormimos, adónde vamos?».

Mis ojos eran como persianas que se abrían y se cerraban. «Tómate dos si quieres volar», me había dicho Araña. Pero estaba mucho más lejos. Estaba en un cohete en el espacio, era una nube incandescente de furia. Me imaginé a Brie frente a mí, sus ojos azules, la sonrisita que siempre tenía puesta. Me imaginé gritándole obscenidades, arrancándole la sonrisa de la cara.

Busqué entre tropezones la escalera que llevaba al tercer piso, hasta que al fin apareció. Ahí la música no era tan fuerte, las conversaciones de las pocas personas que estaban allá arriba eran menos frenéticas. Las energías de la casa se acumulaban a mi alrededor conforme abría una puerta tras otra.

«Me lo has quitado todo, ahora yo voy a quitarte algo», decidí que le diría. La mente me zumbaba con todo lo que Brie había hecho para aislarme de Chase y de Rain, todas las pequeñas ofensas que nos habían llevado hasta donde estábamos. ¿Por qué había dejado que se saliese con la suya? Sin duda había manipulado a Rain de la misma forma. Era hora de que Rain supiera la verdad, toda la verdad. Era hora de que Rain entendiera quién era de verdad su nueva mejor amiga. Tal vez, así, el pequeño juego de Brie se terminaría. ¿Y luego? ¿Comenzaría todo a tener sentido? ¿Podríamos Rain y yo arreglar las cosas? ¿Adónde nos llevaría a las tres esa noche, unidas para siempre de algún modo, a esas mismas tres niñas del polvoriento Termico que aún éramos, llenas de algo que no comprendíamos, un veneno que no

dejaba de recorrernos las venas?

¿Qué le quitaría a Brie si tuviera la oportunidad? Las paredes se hicieron de agua y yo era un tiburón que olía sangre.

Cuando abrí la puerta de la última habitación a la derecha, Rain estaba sentada en un escritorio en una esquina y Brie estaba recostada en una cama enorme de matrimonio. Las dos se volvieron, sobresaltadas. Era la habitación de un chico o de un hombre. Seguramente era la de Brad. Las paredes estaban pintadas de un azul profundo, casi negro. Había palos de *lacrosse* colgados de la pared junto a una vitrina llena de trofeos, y un mapa antiguo de Portugal colgaba sobre el escritorio.

—Tú —dijo Rain. Sin sonreír, bajó del escritorio de un salto y caminó hacia mí con una expresión cautelosa en el rostro.

Al verlas tan cómodas en su pequeño mundo privado, casi me sentía mal por haber irrumpido. Habría sido más fácil para todas si hubiera huido, como yo hacía siempre, con la cola entre las piernas. Pero esta vez no.

—Hola, Sydney —suspiró Brie, tranquila y, al parecer, sobria—. Pensaba que ya no ibas a las fiestas. —Me lanzó una sonrisa tensa y no se movió de la cama, ni siquiera para levantar la cabeza del edredón. Su pelo oscuro se extendía en todas direcciones.

—Qué lástima, ¿verdad? —Me reí con amargura—. Sé que prefieres que esté sola, en casa y fuera de tu vista.

—Eso no ha sido lo que he querido decir. —Brie resopló y se volvió sobre su costado, con la cabeza apoyada en su brazo doblado—. No hace falta que seas una bruja…

—No la llames así —le reclamó Rain. Me dio un abrazo torpe, más por costumbre que por cualquier cariño que hubiera sentido en ese momento, supuse—. ¿Vienes a gritarme un poco más? —preguntó en voz baja.

—No —mascullé. Sentí un dolor en el pecho al ver en lo que me había convertido—. Siento que las cosas se pusieran tan feas en la clase de Cerámica. Eso no… eso no era lo que yo quería.

—Yo tampoco. Está claro. —Rain inspiró aire por la nariz.

—Tengo algo que decir, que deciros a las dos, de hecho.

—Vale. —Rain me miró nerviosa y dio un paso atrás—. Sigo sin

saber qué he hecho que sea tan terrible.

«La has escogido a ella», no se lo dije.

—Solo… necesito decirle algunas cosas a Brie y quiero que las escuches.

—¿Podemos dejar el drama para otro día? —Brie se sentó y bostezó—. No estoy de humor para discutir…

—A lo mejor puedes callarte por una vez en tu vida. —Las dos me miraron. Enderecé la espalda, envalentonada—. Por una maldita vez, soy yo la que va a hablar.

Me acerqué a Brie e ignoré cómo las paredes parecían vibrar un poco a cada paso que daba.

—Sé que hiciste correr un rumor para que Chase y yo termináramos. Me quitaste a la única persona que tenía. Y ni siquiera para ti, solo… —Agité los brazos sin sentido— para divertirte, supongo.

Brie parpadeó, empezaba a dibujarse la sonrisita de aburrimiento en su cara que siempre hacía en las clases.

—La gente dice muchas tonterías sobre mí en el instituto. No puedo controlarlo. Y no puedo evitar que creas cualquier estúpido rumor sobre tu novio, Sydney. Perdón, sobre tu exnovio.

Miré a Rain e hice un gesto como para decirle: «A ella fue a quien elegiste».

—Espero que estés prestando atención. Le dijo a la gente que se había acostado con Chase solo para que yo me enterara.

Rain miró a Brie y parpadeó con fuerza, como si con una mirada más clara pudiera verla como era en realidad.

—¿De verdad hiciste eso?

—Va a decir que no, pero sé muy bien que sí lo ha hecho. —Las paredes se acercaban, como si la habitación también estuviera escuchando. Cuando hablaba, oía cómo las consonantes se caían de mis palabras y todas se pegaban juntas. «Sémuybienquesí.»

—Estabas casi desesperada por creértelo, ¿verdad? Hazte responsable de tu pésima autoestima. —Tenía el teléfono en la mano y le pasaba el dedo mientras hablaba.

—Pero ¿por qué harías algo así? —preguntó Rain.

—Ahí tienes a tu mejor amiga. —Yo agitaba los brazos como un abogado en una serie de televisión. «Prueba A, su señoría»—. Lo hizo por ti, para acercarse a ti. Tal vez me estaba presentando en

demasiados sitios, le estorbaba.

—Paranoica —dijo Brie por lo bajo y puso los ojos en blanco para que Rain la viera.

Rain nos miraba a una y a otra, como si intentara decidir en quién confiar.

—Pero a ti te vino bien, ¿no es así? —le pregunté a Rain—. Estabas feliz cuando terminamos. —No había pensado bien en lo que decía, pero quería que supiera que había sido su cómplice.

—¿Por qué dices eso? —La voz le salió ahogada, herida—. Solo quiero cosas buenas para ti. También eres mi mejor amiga.

«¿También?» El «también» fue lo más sorprendente de todo. Miré hacia el techo. Tenía que reírme. Salió como un horrible ladrido.

—Me dejaste cuando mi vida cambió para mejor —dijo Rain, muy despacio, y el rostro se le contorsionaba de una forma que yo no entendía. Era como si estuviera a la vez decepcionada y avergonzada. Vi que los ojos se le ponían vidriosos. Rain nunca lloraba. Nunca.

—Lo mismo que me hiciste a mí —intervino Brie, alzando la mirada de su teléfono.

Entonces, ¿fue eso lo que las había unido? ¿Sentirse las víctimas de mi abandono? Increíble.

—No dejé a ninguna de las dos. Brie, tú desapareciste en tu nueva vida y nos dejaste atrás. Y Rain, tú desapareciste en el mundo de Brie y ni siquiera te diste cuenta de que yo ya no estaba. Siempre voy a estar feliz por ti. Siempre. Todavía lo estoy.

—Y le demuestras esa felicidad evitándola, juzgándola y culpándola de todos tus problemas. —Brie, con otra cara sarcástica.

—¿Por qué abres la boca? —Me encaré a Brie—. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Solo mírate. Sydney, siempre tan orgullosa. Siempre decidida a ver lo peor de las personas. Vienes aquí, borracha de alcohol, mal educada, y sueltas la lengua. ¿Así es como tratas a tu mejor amiga? —Brie señaló a Rain, que se secaba los ojos, luego siguió su trabajo como el perro de presa de Rain, su voz era como un ariete—. Le das sermones como si fuera tonta. La culpas por su buena suerte. Y por dentro todo es resentimiento y autocompasión. Intenté decirle lo hipócrita que eres. Ahora puede verlo con sus propios ojos.

La cara de Rain estaba roja cuando levantó una mano para callar a Brie.

—Que curiosa forma de demostrarme que estabas feliz por mí, Syd. Dejé de escribirte porque nunca me respondías.

—¡Tú dejaste de responder primero! Ni siquiera te importó cuando te conté mi primera noche con Chase en Moon Rocks. Te escribí y ni siquiera contestaste.

—Eso nunca pasó —dijo Rain—. No me lo contaste.

—Sí que lo hice. Te escribí esa misma noche. Fue el día en que... las cosas se volvieron serias entre nosotras. Pero estabas demasiado ocupada con Brie para responder. —Les di la espalda a las dos y cerré los ojos, desesperada por que las lágrimas no se me cayeran. No les quería dar esa satisfacción.

—Ay, Dios mío, vosotras dos. ¿A quién le importa un estúpido mensaje? —Brie estaba en modo madre exasperada. Tenía el cuello manchado con ronchas rojas de la emoción que no podía esconder.

—Ella borró el mensaje —susurré de pronto convencida del hecho. La miré—. Lo borraste, ¿verdad? —Cuando me di la vuelta, la habitación seguía girando.

Brie se encogió de hombros y puso los ojos en blanco, pero no lo negó. Tenía la verdad escrita en todo el pecho rojo y refulgente.

—¿Te metiste en mi teléfono y borraste los mensajes de Syd? —Los ojos se le abrieron como platos a Rain—. ¿En serio?

—¿Qué más hiciste para meterte entre nosotras? —siseé. Todos esos meses, manipulada y controlada hasta que me quedé sola por completo. Las manos me cosquilleaban por lo mucho que odiaba a Brie en ese momento. Me imaginé rodeándole con mis manos el cuello manchado; la imagen la sentí tan real que di un paso atrás, asustada de lo que podría ser capaz de hacer.

—No es por ofender —le dijo Brie con suavidad a Rain—, pero estabas hecha un desastre esa noche. No necesitabas que te avasallara con sus cosas. —Se cruzó de brazos encima del pecho, como para decir: «Caso cerrado».

—¿Ves? —le susurré a Rain—. ¿Ya ves quién es? Antes podías verlo. Es la misma de siempre. Nunca ha cambiado. Tú sí.

—¡Por Dios! Qué drama el vuestro. Soy tu amiga, Rain. Yo fui la que te enseñó a llevar tu nueva vida. Yo soy la que te escucha, la que no está celosa. Nos vigilaba, ¿sabías? —Hizo una pausa, luego continuó—: No quería decírtelo porque era demasiado patético, pero una noche la encontré fuera de mi casa. Estaba ahí parada, en la

oscuridad, viéndonos en la terraza.

—Esa fue la noche que dijiste que Rain me había llamado santa criticona —murmuré.

—Nunca he dicho eso. —Con los ojos bien abiertos, Rain se alejó de ambas—. Nunca diría eso.

La creí, pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Parecía imposible deshacerlo. ¿Por qué me había sido tan fácil creer en todas las mentiras de Brie?

—¿Hola? ¿Podemos concentrarnos en el hecho de que es una acosadora? ¡Estaba en mi jardín!

Mientras Brie hablaba, algo más comenzó a coger forma en mi cabeza. «Se mete con la gente, como se metió con tu hermano.» Podía ver a Araña en mi cama con la bolsa de Cheetos, la forma en que se le nubló el rostro cuando mencionó a Brie. «Brianna Walsh es un peligro.»

—Araña era tu proveedor, ¿verdad? —susurré. Me acerqué a Brie, las manos me temblaban. La habitación había estado girando todo el tiempo, pero se había acelerado—. Antes de que... se fuera.

Rain asintió.

—Sí.

—¿Tú lo sabías? —Me sujeté en el respaldo de la silla del escritorio para hacer que el cuarto dejara de girar. Hacía muchísimo calor. Sentí cómo me sudaban los brazos y la espalda—. Me lo podías haber dicho.

Rain movió la cabeza de un lado a otro.

—Yo... me lo dijo hace apenas un par de semanas.

—Tu hermano era el proveedor de todo el mundo, si mal no recuerdo —dijo Brie. La voz le salía ahogada y la cara se le enrojecía cada vez más, las manchas en su pecho se hacían más grandes.

—Ya ha salido. Ha vuelto hoy a casa. A lo mejor te has enterado. De hecho, está aquí en la fiesta. Me ha dicho que quería hablar contigo. —Caminé hacia la ventana, esperando poder abrirla y tomar un poco de aire. Los zapatos se me hundían en la espesa alfombra mientras la habitación seguía moviéndose. Cada paso era como entrar en arenas movedizas. Cuando miré a Brie, la vi doble. O no, una de ellas era Brie, la otra Rain. Un juego completo, mirándome, con los ojos bien abiertos. Pero solo una parecía aterrada. Solo Brie—. Tú lo delataste, ¿verdad?

—Syd, tienes que tener mucho cuidado antes de hacer acusaciones así. —Las palabras de Brie salían entrecortadas, como si no supiera qué decir. Tenía el pecho, el cuello y la cara al rojo vivo.

—Dios mío —susurró Rain—. Sí que lo hiciste.

Rain y yo nos miramos lo suficiente como para entender que las dos habíamos visto la verdad. Las dos conocíamos a Brie lo suficiente como para saber que estaba dando palos de ciego.

Brie retorció la boca y la cerró. Comenzó a jadear en vez de respirar.

—Está bien. Joder. No tenía opción. Me iban a suspender o a expulsar. Si yo no lo delataba, alguien más lo iba a hacer.

—Guau.

Rain se me acercó y me cogió de la mano. Me la quité de encima, me apoyé en la pared y la empujé para hacer que aquel sitio dejara de girar. La boca se me llenó de saliva, me la tragué. La idea de abrir la ventana me parecía imposible ya.

—Vosotras habríais hecho lo mismo. Las dos —nos espetó Brie.

—No —dijo Rain—. Nunca.

—No te quieras hacer la santa —atacó Brie a Rain—. Estabas ansiosa por dejar a Syd. En cuanto tuviste algo de dinero, te fuiste. El otro día me dijiste que creías que estaba celosa.

Bien, al fin la verdad salía a la luz. Por lo menos Brie tenía la decencia de herirme de frente. No podía decir lo mismo de Rain.

—Lo sabía —dije.

—¡Porque tú me dijiste que lo estaba! —estalló Rain—. Nada de lo que estás diciendo es verdad. No puedo creer que no viera lo manipuladora que eres. Eres tan mala como tu padre.

—Y tú eres igual de desastre que tu madre —se la devolvió Brie.

Rain se quedó sin aliento.

—No puedo creer que alguna vez llegara a pensar que éramos amigas —le gritó a Brie—. Me has manipulado todo este tiempo. Incendias las vidas de las personas para entretenerte, solo porque puedes.

Brie miró a Rain, luego a mí y de nuevo a Rain.

—Vosotras dos sois tan inocentes… Hay quienes no tenemos a nadie más a nuestro lado.

El rostro se le descompuso por un momento, luego volvió a ponerse la máscara, la sonrisa con el hoyuelo que era siempre una

burla. Parpadeé y, por un segundo, Brie tuvo siete años otra vez y estábamos juntas en el cañón detrás de nuestras casas, paralizadas, el camino bloqueado por una serpiente de cascabel. Rain y yo gritamos, pero Brie solo la observó, temeraria y paciente. «Silencio —nos había ordenado—. Si os quedáis calladas y quietas, no nos atacará.»

—Un día alguien te va a hacer lo mismo —mascullé. Mis palabras volvieron a pegarse unas con otras—. Y no lo vas a ver venir.

Pero Brie estaba enfrascada en una conversación sin palabras con Rain. Se miraban la una a la otra; Rain irradiaba repugnancia y los ojos de Brie imploraban, su cara en un rictus de algo parecido al pánico.

Pero en ese momento no importaba.

La furia volvió a encenderse dentro de mí. Y dejé que tomara el control. Me abalancé sobre Brie y la cogí de la barbilla, le clavé los dedos en las mejillas. Si no iba a prestarme atención, la obligaría a hacerlo.

—Mírame cuando te hablo. —Mi voz tenía un estruendo de violencia de la que no sabía que era capaz.

—¿Me estás amenazando? —Brie se liberó de mis manos. Se llevó las manos a la cintura, justo por debajo de la apertura de su top, pero no me pareció intimidante. Ya no.

Me encogí de hombros. Había dicho lo que tenía que decir. La vista se me volvió borrosa, veía negro y morado y sentía calambres en el estómago.

—Tómatelo como quieras. Me voy de aquí.

—Espera. Yo me voy también —dijo Rain mientras caminaba conmigo hacia la puerta.

Sentí su mano sobre el brazo, pero me zafé. Rain había visto lo que necesitaba que viera, pero eso no borraba los últimos meses. Me había herido demasiado y yo había pasado demasiado tiempo sola.

Salí corriendo de la habitación y bajé por la escalera a toda velocidad para alejarme de ellas. Tenía la cabeza en llamas. La barrera entre la casa palpitante y yo se hacía borrosa y púrpura. No podía sentir las piernas ni las lágrimas que me corrían por la cara, pero me palpé los bolsillos para asegurarme de que aún tenía mis llaves y el teléfono. El pequeño encendedor amarillo que había cogido estaba ahí también, rebotándome en el muslo. Mientras me tambaleaba por la escalera, desesperada por escapar de ahí y encontrar un lugar en el

que pudiera sacar el veneno que tenía adentro, lo único que sabía era que esa noche no había terminado aún.

27

—Despierta.

La noche no tenía luna, pero aun así me dolió abrir los ojos. Estaba desparramada en el suelo, con las piedras y las ramas rozándome a través de la ropa. Los chirridos, graznidos y ululares del desierto y el aleteo pegajoso de las alas de los insectos me llenaban los oídos. El zumbido de los coches iba y venía. Con un ojo medio abierto vi los reflejos de los faros pasar entre los arbustos y los cactus. Por allí, en algún sitio, había un incendio. Debajo de la salvia y el polvo del desierto olía a humo y a rastros de algo ácido y químico.

Una bola de dolor en el fondo de mi cráneo se hinchó cuando intenté sentarme. Recordaba que había salido furiosa de la fiesta, pero los detalles se habían ausentado de mi mente y no quería saberlos. Solo quería volver a poner la cabeza en el suelo y dormirme de nuevo. Tenía el pelo cubierto de polvo. Me toqué la cara y descubrí que estaba llena de algo áspero y húmedo.

En la oscuridad, dos manos me cogieron de los hombros descubiertos y me zarandearon. Un grito me desgarró la garganta.

—Dios, tranquila. Soy yo. —Araña apareció frente a mí. Se asomó por encima de mí borroso, como un fantasma. Tenía la capucha puesta y tan cerrada que solo se asomaba el pequeño óvalo de su cara. Me miraba como si fuera un problema más grande de lo que él había anticipado. Intenté hablar, pero ninguna palabra salió como debía. Le puse una mano en la cabeza, le di una palmadita y le apreté el cráneo en señal de reconocimiento. Pero luego volví a caer en la oscuridad. Deseé que me llevara, poder volver a hundirme en ese vacío en el que todo era fácil, en el que nadie esperaba nada de mí—. Anda, despierta. —Me estaba sacudiendo y me cogía para levantarme—. Perdóname por esto.

Algo horrible se movía dentro de mi boca, el dedo sucio y polvoriento de mi hermano, y me lo metió hasta la garganta. Yo estaba inerte, como un saco de patatas. Hecha de nada, rellena de

algodón en lugar de cerebro. Todo iba a salir a la luz. La pelea, que fuimos las marionetas de Brie. Lo que fuera que estaba en mi estómago iba a salir también, pero quise tragármelo. Gemí y conseguí balbucearle a Araña que me dejara en paz, me retorcí para alejarme de él, pero no se detuvo.

Unos segundos después, mis tejanos y mis zapatos estaban cubiertos de vómito.

Cuando todo se terminó, encontré las sílabas.

—Jó... de... te.

—Ya lo sé, ya lo sé. Esta tampoco era mi idea de una noche divertida. —Me arrastró lejos del charco de vómito y me tambaleé. Medio caminaba, medio me arrastraban por el desierto. Trastabillamos hacia el límite de la carretera. Cuando estuve de pie pude distinguir el bajo que rebotaba en el aire y el tintineo de las risas de la fiesta... no podíamos estar tan lejos de la casa de Candice.

—¿Cómo me has encontrado? —mascullé.

Araña gruñó, pero no respondió.

«¿Y cómo he terminado aquí?» Busqué entre mis recuerdos: corrí por la escalera, desesperada por salir de aquella casa palpitante y sofocante. Recordaba haber corrido con el viento en la cara para no llorar; recordaba el matorral espinoso que me raspó los brazos y las piernas. Y, antes de eso, recordaba el rostro de Rain retorcido por las lágrimas, el pecho de Brie lleno de manchas rojas, su nariz ensanchada por la furia. Pero había muchos huecos, demasiadas cosas que no conseguía que encajaran.

Quería dormir. Las rodillas se me doblaron, pero Araña me levantó por las axilas de nuevo y volvió a arrastrarme.

Cerré los ojos para descansar un segundo mientras caminábamos, pero mi hermano no dejaba de gritarme con un tono firme y agresivo que nunca le había oído.

—No te duermas. —En algún momento me abofeteó tan fuerte que toda la cara me ardía. Le devolví el golpe con un puñetazo débil sobre la cabeza—. No dejes de pegarme —dijo—. Haz que lo sienta. —«Vete a la mierda», quería decirle. «Todo esto es por tu culpa.» En cambio, le pegué unas cuantas veces más—. Blandengue. Pégame en serio —me ordenó.

Al fin, conseguimos salir de entre la maleza y llegamos donde estaba el Fiesta sin dejar de pegarnos como cuando teníamos cinco y

siete años en el asiento trasero del coche de mamá.

—Te odio —alcancé a decir.

—Genial —respondió—. Ódiame todo el camino a casa.

Después de que me metiera en el coche y ajustara el cinturón de seguridad alrededor de mi cuerpo descompuesto, me hundí en el asiento, en el fondo del coche, en la carretera, en el centro de la Tierra, y dejé que el sueño me cogiera entre sus brazos otra vez.

OCTAVA PARTE

Brie



La noche del incendio



28

Recostada en la cama de matrimonio en la que el hermano de Candice conjuraba sus fantasías de niño rico, miré al techo, sintiendo cómo las lágrimas corrían por mis sienes hasta mi pelo. Todo se había estropeado. Al parecer, nada en la vida era gratis. Alguien siempre terminaba por pagar.

Syd había salido corriendo de la habitación. Su sentido infantil de la traición la hizo salir horrorizada de la horrible Brie y todo lo que hice para meterme con ella. Y Rain había salido detrás de ella, y sus órdenes —«no me sigas, no me llames»— salieron disparadas junto con una mirada decepcionada antes de irse. La noche había acabado con toda la confianza que yo había ganado. Me levanté de la cama del hermano de Candice, me puse una máscara de normalidad sobre la cara y salí muy despacio de la fiesta. En el camino, Candice y Deirdre me llamaron y agitaron los brazos para llevarme a la pista de baile en el comedor.

«Lo siento —dije con los labios, sin que me importara demasiado —. Tengo que irme.»

Caminé decidida hasta mi coche, mi pequeño bebé rojo, un recordatorio de todo lo que había perdido.

Me desplomé en el asiento del conductor y apoyé la frente en el volante, repitiendo en mi cabeza todas las escenas de la horrible noche y del futuro vacío que prometía. Algo me pinchaba en los tejanos por debajo del muslo derecho. Metí la mano y encontré una de las cajas de cerillas de Rain del Ritz-Carlton. Tenía un cargamento ilimitado en su enorme bolso negro. Abrí la caja, encendí la cerilla y vi cómo la llama consumía el palito. Cuando lo sacudí para apagarlo, ya sabía lo que iba a hacer.

Prefería morirme antes de volver a como eran las cosas antes.

Todo el cuerpo se sacudía por el peso de las circunstancias. Necesitaba sentarme y pensar unos minutos, planearlo todo paso a paso. Me puse las manos en el regazo y respiré, esperando que la

adrenalina dejara de recorrerme por completo. Afuera, en la noche sin luna, se oía el tintineo de las risas, los gritos de los chicos. Adelante, una pareja se besuqueaba apoyada en un coche, sus cuerpos restregándose, sin prestar atención a nada que los rodeara. «Debe de ser bonito», pensaba, que pudiera importarte tanto alguien como para acariciarlo así en público. Por todos lados, las personas más idiotas andaban por el mundo sin preocupaciones, gozando el momento, seguras de sus futuros brillantes. Bien por ellas.

Me miré las manos. Se habían calmado. Sabía cómo lo haría. Todas las piezas encajaron en su sitio como los últimos pasos de una ecuación: la respuesta resplandecía, clara como el agua. Encendí el coche y mantuve el pie sobre el freno. Mientras el motor cobraba vida, envié un mensaje:

Necesito un favor. ¿Nos vemos donde siempre?

Saqué el coche del aparcamiento y respiré profundo —inhala en cuatro tiempos, exhala en cuatro tiempos— mientras conducía. Respondería. Siempre lo hacía. Era bastante fiable, considerando su profesión. Había confianza entre nosotros. Bueno, tal vez confianza no, pero sí tolerancia.

Me reí para mis adentros y apreté el volante un poco más. Sentí cómo ese vacío sordo que se había enrollado a mi alrededor como una camisa de fuerza en los últimos meses se aflojaba un poco, la sensación de un nuevo propósito comenzó a llenarme.

Seguí adelante, una calma bañada en lo irremediable me inundó. Encontré KPSC, la emisora de música clásica. Sonaba Vivaldi, *Las cuatro estaciones*. Una elección extraña para las dos de la mañana, pero la acepté. Subí el volumen al máximo.

Al conducir hacia la carretera, con el camino hacia mi destino tan familiar como respirar, entraba y salía del tiempo. Las calles eran como amplias ondas negras, vacías y lisas. Se desenrollaban en todas direcciones, y se extendían y extendían, cada camino una vía de escape distinta. Al cruzar la ciudad respeté todas las señales de tránsito. Usé los intermitentes, aunque no tenía a nadie detrás. «Mira cómo respeto las normas —me maravillé—. Qué buena chica soy y he sido siempre.»

Tranquila, muy tranquila, esperé en todos los semáforos de la 10,

y avancé por el valle entre los centros comerciales y las urbanizaciones. Miles de casas vacías en todos los tonos de verde, terracota, mostaza y caoba iluminadas por los faros de halógeno, todos los que estaban de vacaciones desaparecidos para el verano. Hacía demasiado calor ya. Los que tenían otro sitio donde ir no iban a quedarse en el desierto después de mayo si tenían la opción de no hacerlo. Pero nosotras estábamos acostumbradas. Llevábamos toda la vida abrasándonos, tanto que podíamos estar descalzas sobre el asfalto caliente sin gritar.

Pero esa noche no. Esa noche todo estaba en llamas. Esa noche el grito sería mío.

Cuando doblé la esquina de la calle Clay al fin, el camino a mi vieja casa fue lo más natural del mundo. De vuelta a mi casa.

En la radio, el movimiento había terminado. Las estaciones habían pasado de otoño a invierno. Entraban las cuerdas, el violín. Tan melancólicas. Todo se moría.

El teléfono me vibró en el bolsillo.

«Ya he llegado.»

Entré a mi antigua calle, donde fui tan pequeña, débil y vulnerable. Antes de que bajáramos de la colina y Rain y Syd dejaran de llamarme y me convirtiera en alguien nuevo, en una chica con entrañas de acero. Había sido Brie, la ratoncita, patética y diminuta, que se convirtió en la nueva y mejorada Brianna, fuerte, bajo control, acorazada, con ropa nueva y un ímpetu aprendido que me hacía sentir poderosa. Pero Brie, la ratoncita, nunca se fue del todo. Seguía ahí y roía todos los cables y las paredes. A la espera, siempre anticipando que la atraparan.

Pero la ratoncita iba a rugir.

Bajé la velocidad al pasar frente a la vieja casa, vacía y abandonada ya. La maleza de alrededor se desbordaba. La casa de *Spanky* seguía ahí, aunque *Spanky* había muerto hacía mucho. Las ventanas de la sala estaban tapiadas. «Qué bien», pensé. La casa en la que murió mi madre, la casa en la que Ed había comenzado a beber sin parar, la casa en la que me miré al espejo a los seis, siete, ocho años y comencé a planear mi huida... esa casa estaba marcada. La infelicidad de la familia Walsh seguramente estaba en las paredes de ese sitio. Me alegraba que nadie se hubiera mudado a esa casa. Seguí muy despacio por la calle Clay.

Dos casas más adelante estaba la casa de Sydney, con una bicicleta afuera, el huerto de su madre con menta y lavanda, carrillones de viento de cristal que colgaban de una ventana. Recordaba la voz aguda de su madre, las manos siempre secas que nunca dejaba de hidratarse, la forma en que hacía una montaña de espagueti y le ponía encima cualquier cosa que se le ocurriera —*pepperoni*, aceitunas, judías de lata, chícharos, lo que estuviera de oferta esa semana— y cómo me enseñó a trenzarme el pelo.

Fue amable. Más amable que su hija. Syd no se había portado mal, una amiga decente en ese entonces, pero siempre me había ocultado algo esencial dentro de ella. Siempre le había dado todo lo que tenía a Rain.

Me preguntaba si la madre de Syd se habría preocupado por ella cuando le robé a Rain.

No era algo que me importara ya.

Me aparqué tan cerca del cañón como pude. Tuve que caminar el resto del camino. El cañón estaba lleno de serpientes de cascabel, así que aplaudía mientras avanzaba. Cada par de metros, aplauso, aplauso. «Si estás jodida y lo sabes, a aplaudir. Aplauso, aplauso. Si quieres quemar toda tu vida, a aplaudir. Aplauso, aplauso.»

Sola en el cañón, hasta me reía. El sendero se estrechaba hasta desaparecer en ciertos puntos, así que me crucé con matorrales y espinas y me rasgué las piernas. Aún podía reír. Así fue como supe que iba por el buen camino. «La risa es el comienzo de la oración.» Algún santo lo había dicho.

El aire estaba espeso, con insectos que me rebotaban en la cara y espinas que salían de sus arbustos para darme zarpazos. Cuando pisé el rastro de los *quads* en el suelo del valle dirigí un débil haz de luz del teléfono hacia el arbusto donde creía que estaba el claro. Entrecerré los ojos hasta encontrar la pequeña choza que alguna vez fue el centro de operaciones de Araña. Una tenue luz salía del interior.

La puerta estaba abierta, esperándome.

—Has tardado bastante —canturreó Whit desde dentro de la choza, alargando las palabras con su acento de surfista. Rodó en su silla por el suelo y asomó la cabeza, la cara rosada y apretujada como la de un roedor acostumbrado a la oscuridad, enmarcada por su maraña de pelo amarillento.

Apagué la luz del teléfono y no dije nada. Caminé hacia Whit

como un fantasma. Él podía darme lo que necesitaba. Tenía pruebas para incriminarlo, y él sabía de mi historial delatando a la gente. No haría demasiadas preguntas. Tenía la esperanza de que no pensara demasiado en ello, salvo para entender que estaba implicado. Querría asegurarse de que nadie supiera nada, de que nadie supiera que él era el responsable de la muerte de Brie Walsh.

NOVENA PARTE

Rain



La noche del incendio



29

Al llegar a casa me detuve en la cocina para beber un vaso de agua. Encontré una nota de Joan.

Hablaremos mañana cuando tengamos las ideas más claras. Tienes que devolverme el $.

Te quiero,

Mamá

Nunca llamaba «mamá» a Joan. Dejé de hacerlo en segundo curso.

Sostuve la nota con las yemas de los dedos y la olisqueé. Olía a su hidratante.

«Demasiado tarde, mamá», pensaba escribir como respuesta, como una suerte de nota de despedida. Lo último que quería hacer era hablar con ella. Habíamos llegado al límite de nuestra capacidad para vivir juntas, así que le haría el favor de aclararme la cabeza en otro lado. Después de nuestra pelea, había pasado la noche y todo el día siguiente en casa de Brie. Pero eso se había terminado, y Syd tampoco parecía muy dispuesta a retomar nuestra amistad.

Dejé la nota en la barra y subí la escalera de dos en dos. La sangre me palpitaba en los oídos, y una emoción nerviosa me recorría las extremidades al pensar en conducir por el desierto y alejarme de Joan, cuya bofetada aún me ardía en la mejilla cuando cerraba los ojos. Alejarme de todos quienes me habían decepcionado, de quienes no me comprendían o me habían manipulado. Tenía planeado irme después de la graduación de todos modos, irme antes solo adelantaría un poco todo lo demás.

No necesitaría mucho. Una parte del dinero de la lotería. Quince fajos de billetes de cien en sus envoltorios amarillos serían más que suficientes para comenzar mi nueva vida.

Puse un montón de ropa, un montón de zapatos y unos cuantos artículos de higiene personal en mi vieja bolsa militar, lo único que tenía de mi padre. Mientras lo preparaba, repasé la pelea con Brie y Syd en mi cabeza.

La forma en que Brie se había reído en mi cara me había hecho parecer de alguna manera como una mala amiga, había hecho como si toda la basura con la que me llenó la cabeza hubiera aparecido sola ahí. Qué idiota fui al creerla. Brie había demostrado ser la titiritera manipuladora que siempre creímos que era. «En cuanto tuviste dinero te alejaste de Syd.» ¿Lo había hecho? ¿O ella me empujó a hacerlo?

Sentí un espasmo de tristeza por todo lo que había intentado y no pude hacer, por todo lo que estaba por terminar. Un sollozo se me atascó en la garganta. Hasta Syd, que había sido mi amiga más verdadera, creía que algo no iba bien conmigo. Ahora no era nada para ella. Me había dejado allí, había preferido escapar que pasar un segundo más conmigo.

Y mi propia madre me había llamado ladrona. Quizá sí era todo lo que creían que era: ingenua, tonta, miserable, egoísta.

Bien, pues ninguna tendría que soportarme más tiempo. Iba a empezar de nuevo. Conduciría hacia el atardecer y todas serían libres.

Al fin terminé de preparar la bolsa. Estaba sobre mi cama, abierta de un lado. Solo hacía falta que terminara de cerrarla. Luego saqué la escalera del armario de las toallas del pasillo y hurgué en mi escritorio para buscar el destornillador que había usado para esconder el dinero.

Abrí la lámina de metal que estaba frente la rejilla, sobre la puerta de mi habitación. Metí la mano en el estrecho conducto de la calefacción que tanto me había servido para esconder una parte del dinero de Joan.

Había puesto cien fajos de billetes allí una semana antes, cada uno con diez mil dólares. Aún me parecía una cifra absurda, pero era —literalmente— un millón de dólares. Busqué los fajos perfectos, sin prestar demasiada atención. Metí más la mano en el conducto, busqué los billetes, pero no encontraba más que láminas de metal y aire.

Los brazos se me erizaron.

—¿Qué demonios? —susurré.

Saqué mi teléfono, iluminé el abismo del conducto y me estiré hasta donde me alcanzaba la vista.

No había nada ahí. Nada.

Parpadeé para contener las lágrimas y sacudí la cabeza. Nonononono.

Estuve a punto de romperme el cuello al bajar de la escalera. Me temblaban todas las partes del cuerpo. Entré de puntillas en la habitación de Joan. Caminé junto a su cuerpo dormido, con el rostro cubierto por el antifaz con *bluetooth* que reproducía audiolibros de Brené Brown toda la noche. Observé en silencio a mi madre un minuto. El pecho le subía y le bajaba, con ligeros ronquidos regulares. Había dicho en su nota que necesitaba que le devolviera el dinero, pero a lo mejor lo había encontrado antes de irse a dormir. Sin hacer el menor ruido, me escabullí en su armario. La puerta estaba abierta. Cuando entré, revisé el montón de dinero, pero estaba tal y como yo lo había dejado. La mitad estaba ahí; la otra mitad, desaparecida.

Lo puse todo en su lugar. El cuerpo entero me temblaba por culpa del pánico y la adrenalina. Tenía ganas de vomitar, de gritar. Y luego, una calma se apoderó de mí. Sabía dónde estaba.

Solo había una persona que pudiera haber sabido dónde lo había guardado, y yo había sido tan estúpida como para creer que esa persona se preocupaba por mí.

De vuelta a mi habitación, le escribí a Brie.

«¿¿¿Dónde está el dinero??? Sé que te lo has llevado.»

Tecleé con las manos temblorosas.

Me senté en el borde de la cama y miré los tres puntos en la pantalla, expectante. Intentando no llorar. Los puntos desaparecieron y reaparecieron.

«Estoy a punto de llamar a la policía», escribí tras unos minutos.

Eso la despertó.

«Ven —respondió—. Te lo voy a explicar todo.»

—Claro que me lo vas a explicar —susurré.

Cerré la maleta y la arrastré por la escalera, pesaba como un cadáver. Dos minutos después estaba de camino hacia la casa de Brie, las manos cerradas con fuerza alrededor del volante, imaginando que era su cuello.

DÉCIMA PARTE

Sydney



Dos días después del incendio



30

Todo el día y hasta entrada la noche, había esperado para saber algo de Rain. Había llamado a Joan. Había llamado a Chase. Incluso les envié mensajes a Anya y Deirdre. Nadie sabía de ella más allá de unos cuantos mensajes que decían que volvería pronto y que no nos preocupáramos.

Para las cinco de la tarde estaba asomada por la ventana del comedor llena de ansiedad, como si el coche de Rain fuera a aparecer en la calle en cualquier momento. Le daba vueltas a su ausencia en mi cabeza, una y otra vez, sin encontrar ninguna explicación lógica que explicara por qué pasaba tanto tiempo lejos. ¿No iba la policía a preguntarse dónde estaba? ¿Podría ser esa —la piel se me puso de gallina—la razón por la que no estaba? Rain no podía haber tenido nada que ver con el incendio, ¿o sí?

Un recuerdo del día en que Rain compró su coche había comenzado a aparecer en mi cabeza cada vez que pensaba en el incendio. Yo había hecho un chiste sobre no comprarlo en la Nissan de Walsh, y Rain farfulló algo sobre Ed, con los ojos entrecerrados de furia cuando lo mencioné... algo así como «decidimos comprarlo en otra parte, pero Ed se merece algo mucho peor». ¿Qué le había hecho Ed para que estuviera tan furiosa? ¿Estaba tan cabreada con Ed por no venderle un coche a Joan que intentó hacerle daño? ¿Estaba tan cabreada esa noche como para hacerles daño a Ed y a Brie?

La cabeza me daba vueltas con todo lo que no sabía, todas las piezas que no encajaban. Revisé decenas de mensajes que le había enviado a Rain y leí lo que me escribió después de que la policía me interrogara: «No te preocupes. Nunca les diría lo que hicimos».

Pero no hicimos nada. ¿O sí?

Mientras caminaba de un lado a otro en el comedor y el aire acondicionado traqueteaba y tosía, repasé por centésima vez mis recuerdos de la noche del incendio. Discutimos. Eso lo sabía. Luego me fui, rabiosa. Y luego había un hueco que no podía llenar sin

importar cuánto me concentrara, una pieza que faltaba de la noche, que intenté e intenté recordar, en la que había salido de la casa de Candice y cuando Araña me despertó. Pero había estado sola todo ese tiempo, tirada en el desierto... ¿no? Rain no había estado conmigo, no pudo haber estado conmigo... ¿o sí? Me perdí, me desmayé por las pastillas y Araña me encontró. Y, como fuera, estuve muy poco tiempo allí... ¿verdad? Sin duda no había sido tiempo suficiente para provocar un incendio.

Pero había un mensaje en blanco y negro que se reía de mí. «Nunca les diría lo que hicimos.»

¿Por qué escribiría Rain algo así a menos que me hubiera convencido de alguna estúpida idea suya? ¿Estaba tan borracha como para acompañarla en su malpensado plan para hacer daño a Ed?

No. Me paralicé frente a los libros de teorías sobre conspiración de Gary. La mente humana se esfuerza demasiado por encontrarle sentido a lo inexplicable. Podemos inventar las explicaciones más descabelladas de las cosas solo para que las piezas encajen de una forma que nos parezca lógica. Pero no había forma de que hubiera participado en un incendio, aunque no pudiera decir dónde estuve durante ese espacio de tiempo. ¿Estaba Rain intentando incriminarme de alguna forma, hacerme parte de algo que ella hizo? Ahuyenté esa idea, esperanzada, rezando por que fuera solo una paranoia. Era demasiado horrible para siquiera pensarlo. Rain jamás podría haberlo hecho. Jamás. Rain era muchas cosas, pero ¿pirómana y asesina? No, eso no. Y, sin importar cuántas pastillas y cubatas tuviera en mi organismo, yo tampoco era capaz.

Estaba casi, casi segura de ello.

Llegó la noche. Mamá estaba en el turno de la noche en Four Fronds, y Araña se había pasado una hora cocinando. Había hecho espagueti con una salsa casera y había conseguido tragar unos seis bocados antes de sentir náuseas. No era la comida, que estaba bastante bien. Era pensar en Brie asfixiándose en la cama, en Rain huyendo quién sabe dónde.

—Preocúpate por tu amiga, sí. —Araña me miraba desde el otro lado de la mesa—. Pero no por Brianna Walsh. Ella ya está muy cómoda en el infierno.

—No hables así de los muertos —dije con frialdad—. Aunque no te gustara, no está bien. —«Aunque no nos gustara a ninguno de los

dos, en realidad.»

—Claro que está bien. —A mi hermano le centelleaban los ojos—. Me encanta que esté muerta.

—¡Araña, por Dios!

—¿Quién crees que me mandó a la cárcel? —Se levantó de la mesa y empujó la silla hacia atrás con tanta fuerza que se estrelló contra la barra de la cocina. Llevó su plato vacío a los fogones y comenzó a servirse más espagueti con movimientos furiosos.

La sorpresa me dejó boquiabierta, pero luego todos los recuerdos me llegaron de golpe. Me di cuenta de que yo ya lo sabía. El alcohol, las pastillas y el *shock* por la muerte de Brie lo habían oscurecido todo, pero ahora lo recordaba: «Si yo no lo hubiera delatado, alguien más lo habría hecho». Apreté los puños y miré a mi hermano.

—¿Cómo supiste que fue ella? —le pregunté en voz baja.

Araña sacudió la olla de la pasta en el fregadero, muy alterado todavía.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre Brie Walsh. Ella era la conexión en el instituto. Distribuía el producto a sus amigos drogadictos. Les gustaban las drogas para estudiar, el éxtasis, todo tipo de cosas. No les di opiáceos ni nada por el estilo. Y luego se metió en problemas, el instituto la descubrió o algo así, y prefirió hundirme a mí. Una de sus amigas me escribió el día que la pillaron. Brie no se metió en problemas, pero lo siguiente que supe fue que el arrestado era yo. Así que, si no te molesta, no voy a llorar por ella.

Con el plato lleno de su tercera porción de espagueti, salió de la habitación. Unos segundos después la puerta de su habitación se cerró.

Pensé en ir tras él, pero un agotamiento repentino me adhirió a la silla. Recordé todas las razones por las que me enfrenté a Brie esa noche y todas las razones por las que salí corriendo de la casa. Todo llegó como en una oleada: la forma en que Anya se encogió de hombros y delató a Brie como si no le importara, como si nada hubiera pasado, y ni siquiera en ese momento pude ver lo que tenía justo enfrente.

Miré detrás de mí, hacia el pasillo vacío, y pensé en lo furioso que estaba mi hermano, en que no lo encontré a las cinco de la mañana cuando entré a tropezones a su habitación después de haber vomitado todo lo que tenía dentro. Pero conocía a mi hermano, sabía que no era capaz de algo así, ni siquiera después de haber estado diez

meses en prisión. De ninguna manera. No lo haría. ¿O sí?

Mi teléfono vibró y me arrancó de mis pensamientos. Un número desconocido apareció en la pantalla.

—Ya era hora —dije, a modo de saludo.

—¿Sydney? —dijo una voz de mujer. Familiar, pero no logré reconocerla.

—¿Sí? —Abatida al escuchar que no era Rain, tuve que esforzarme por no sonar molesta.

—Soy la oficial García. Arlene. Nos conocimos en el instituto.

Con la cabeza palpitante, miré el estocado del techo como si fuera a encontrar una respuesta ahí.

—Ah, sí. Hola.

—Tengo entendido que te encontraste con mi compañero, el oficial Duff, el otro día.

—¿Qué?

—Sí, alguien llamó a la línea de colaboración ciudadana e informó de ello. Acabo de confirmarlo con él. Dice que te encontró en el piso de arriba de la casa de los Walsh la noche después del incendio. Habría sido... —La línea falló unos segundos y no pude oír unas cuantas palabras.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —pregunté con timidez. Ni siquiera iba a intentar defenderme por haber ido a la casa de Brie, ni intentaría explicar las razones por las que no se lo dije. Cualquier cosa que dijera me metería en un agujero de sospechas más profundo. Miré la pasta que seguía frente a mí en la mesa, los pedazos de carne picada, macabra y escurridiza entre la salsa roja, y de pronto el espagueti me pareció asqueroso. Empujé el plato entre el silencio de la pausa incómoda de Arlene y oí su respiración, convencida de que ella también me escuchaba con atención, esperando atraparme en una mentira u omisión.

—Aquí estoy. Te decía que habría sido buena idea que nos lo contaras —concluyó.

Me mordí los carrillos de la boca. El miedo me inundaba. ¿Quién se lo había dicho? ¿Quién podría haberme visto entrar en la casa de Brie?

—En fin, Bill y yo esperábamos que nos hicieras el favor de venir a la comisaría mañana después del instituto. Tenemos un par de preguntas más que hacerte. No te robará mucho tiempo.

Apreté los ojos y sentí una llamarada ardiente en el pecho. Pensé por un momento que podría estar al borde de un infarto. Detrás de mis párpados, lo único que podía ver era la habitación de Brie al final de la escalera, el techo destruido, el agujero negro en su cama. Y luego olí el horripilante perfume de la casa otra vez.

—Está bien. —Si decía que no, si vacilaba un poco, parecería que tenía más que ocultar. «Está bien, sí —me defendí en mi cabeza—. Estaba cabreada esa noche, furiosa, tal vez. Pero no tuve nada que ver con el incendio. No me importa lo que piense la policía, ni lo cabreada que estuviera, ni cuántas lagunas tenga en la memoria»—. No hay problema —añadí, casi sin voz.

—Genial. ¿Podrías traer a tu hermano también? Nos gustaría hablar con él. Si no, podemos pasar por tu casa...

Ay, no. La idea de que mi madre viera a una patrulla que iba a por su hijo, después de todo lo que habíamos vivido, era demasiado para siquiera imaginarlo.

—Sí, claro. Ahí estaremos —dije, cautelosa, sin saber cómo lo haría para llevar a Araña a la policía.

—Muy bien. Nos vemos en la comisaría mañana por la tarde.

—Sí. Pero... ¿Arlene? Solo... solo quiero que sepas que no he tenido nada que ver con el incendio. —Las palabras salieron como ahogadas, mi voz nerviosa e insegura.

—Está bien, Sydney. Solo queremos hablar contigo. Pero a lo mejor te convendría buscar un abogado, por si acaso.

Miré mi teléfono, horrorizada. ¿Me iban a poner en una sala de interrogatorios? ¿A Araña también? ¿Me iban a arrestar? ¿Y si quien hizo la llamada anónima dijo más cosas, me tendió una trampa en la que estaba a punto de caer? Me llevé las manos a la frente y me puse el teléfono al oído otra vez. Apreté los ojos hasta que mi visión empezó a hacerse borrosa. Desesperada, volví a intentar recordar cómo llegué al desierto donde mi hermano me encontró tirada entre los arbustos. Una vez más, de forma alarmante, mi memoria se negó a cooperar.

—Sí —susurré—. Nos vemos mañana.

Colgué sin despedirme. Era demasiado para mí. No podía hacerlo sola.

Me apresuré a escribirle a Rain con manos temblorosas.

La policía me acaba de llamar. Quieren
hablar conmigo en la comisaría. Me han dicho que
lleve a Araña y que busque a un abogado. Alguien
les ha dicho que fui a casa de Brie después del
incendio. Ahora soy una sospechosa. Siento que
me están vigilando. Tengo mucho miedo.

Me sorprendió sentir que mi teléfono vibraba un segundo después.

Qué mal.

Bien podría haberme mandado al infierno con lo poco que le importaba.

«Guau», escribí, furiosa con lo cruel que podía ser. Pero entonces me di cuenta de algo: la única persona, además de Araña, que sabía que fui a la casa de Brie era Rain. ¿Llamó a la policía? ¿De verdad me odiaba tanto como para incriminarme? ¿Fue ella quien provocó el incendio, huyó de la ciudad y decidió que yo tenía que llevarme la culpa?

No lo haría. No podía. Y, sin embargo..., ¿dónde diablos estaba? ¿Qué otra razón tenía para haber desaparecido así? ¿Qué le había hecho Ed para enfurecerla tanto? ¿O tan solo se dio cuenta de cómo la manipuló Brie durante meses y... estalló?

Quería gritar, lanzar el teléfono. Pero ¿de qué serviría? En cambio, decidí enviar un mensaje del que sabía que me arrepentiría.

Mi mundo se cae a pedazos y tú no estás.
Si no te conociera, creería que estás escapando
de algo.

Vi que los tres puntos aparecieron y desaparecieron en la pantalla, aparecieron y desaparecieron de nuevo, como si no supiera qué responder.

¿A qué te refieres?

¿Debía olvidar las acusaciones o insistir? Me mordí el labio e intenté encontrar un punto medio.

Sola que yo nunca dejaría que tú pasaras
por algo así sola. No me importaría la estúpida

pelea que tuvimos, volvería para ayudarte. ¿Y que
no hayas vuelto de Peoria
o donde demonios sea que estés?
Me pregunto por qué.

Si le iba a decir cosas horribles a la policía sobre mí, yo podía hacer lo mismo. Estaba a punto de escribírselo cuando vi su respuesta.

¿Peoria?

Retorcí la cara, fastidiada. «¿En serio?» Debía haber escrito: «Pero me quieren mucho en Peoria». Peoria tenía que haberle sido tan familiar como su propio nombre. No había dolor ni furia suficientes como para borrarlo. Que Rain no recordara nuestra rutina sobre Peoria —o que fingiera no recordarla para hacerme daño— me pareció lo más cruel que había hecho hasta el momento. Era parte del ADN de nuestra amistad. ¿De verdad fuimos amigas? Comenzaba a dudar de si alguna vez había entendido a Rain de verdad. ¿Cómo podía la persona más cercana a mí en todo el mundo fingir que no me conocía?

?? Sí, ¿ya no te quieren mucho allí?

La animé a responder, como diciéndole «¿Ahora vas a fingir que ni siquiera recuerdas esto?».

Tras una larga pausa, respondió.

Vale, chalada. No hay una conspiración en tu
contra. Estás paranoica. Volveré pronto, ya te lo
he dicho.

La piel se me erizó al instante.

El mensaje estaba ahí, en su pequeña burbuja, destruyéndolo todo.

Lo miré y comencé a repasar todos sus mensajes recientes. Todo estaba bien escrito. Todos los puntos y las comas estaban en su lugar. Nada estaba descuidado. Rain no escribía así. No podría, aunque lo intentara. Y nunca había llamado «chalada» a nadie. Pero había alguien que sí me había llamado así.

¿Cómo había tardado tanto en darme cuenta?

Contuve un grito y tecleé una pregunta para la que, en realidad,

ya tenía una respuesta.

¿¿¿Quién eres???

UNDÉCIMA PARTE

Rain



La noche del incendio



31

La casa de Brie estaba oscura cuando aparqué, con todas las cortinas y las persianas cerradas.

Ed sigue de viaje, la puerta está abierta.

Decía un nuevo mensaje de Brie.

Me puse las llaves en la mano como nos enseñaron en octavo curso, con las puntas de las tres llaves asomadas en los espacios de entre mis dedos cerrados, para poder usarlas como armas. ¿Qué iba a hacer, golpear a Brie? Poco probable, sobre todo si pensaba que nunca en mi vida había hecho ejercicio y ella hacía atletismo y pesas desde que estábamos en la secundaria, pero me sentía mejor teniendo algo con que amenazarla.

—¿Brie? —grité mientras empujaba la puerta principal de la casa. Mantuve la mano derecha con las garras de las llaves detrás de la espalda.

—En la cocina.

Había encendido una vela, una de esas de Aesop que tanto se enorgullecía de haber robado de la tienda por lo caras que eran. La llama hacía que toda la isla de la cocina brillara. Detrás, Brie preparaba unos rusos blancos, mi copa favorita.

—¿Cuándo vuelve Ed? —mascullé, no porque me importara demasiado, sino porque me sentía demasiado nerviosa para iniciar una conversación trivial. Sabía, porque había dormido allí la noche anterior, que Ed estaba en una convención de coches en Las Vegas.

—Mañana. —Levantó la mirada por detrás de las bebidas y sonrió con intensidad—. Mira, gracias por venir. No es lo que crees. Nunca te robaría.

—En cuanto tenga el dinero, me voy —dije firme.

—Rain. —Brie sorbió su copa y deslizó la otra por la barra—. Siento que todo en la fiesta fue un malentendido. Soy tu amiga. Todo este tiempo no he hecho más que cuidarte. Nadie te quiere más que

yo.

Cogí el vaso y me lo bebí entero, porque necesitaba el valor que me daba la bebida para lidiar con eso.

—¿Por eso te has llevado el dinero? ¿Porque eres mi amiga que me quiere?

—He puesto el dinero en un lugar seguro. Eso ha sido todo. —Brie parecía herida y quizás un poco asustada.

—Ya estaba en un lugar seguro.

—No del todo. —Le dio otro sorbo a su copa—. Desde que Joan se dio cuenta de que te lo llevaste, ese dinero no iba a durar. Ibas a tener que devolvérselo. Tú me lo dijiste, ¿recuerdas?

Asentí, deseando que pudiera acelerar las cosas. No podría haber dicho por qué, pero toda la casa, Brie, la vela... todo me resultaba tétrico.

—Habríais estado arruinadas en un par de años, como mucho. Solo quería que no te quedaras sin nada. Así que fui a tu casa y puse el dinero en otro sitio, en un lugar que Joan no encontrara. Quería... quiero que todos tus sueños se hagan realidad. Quería ayudarte con todo. —Brie hizo una pausa, me miró desde el otro lado de la barra como si estuviera dejando que las palabras se asentaran en mi cabeza.

«Deja ya de hablar», pensé. Exhalé con fuerza por la nariz para hacerle saber que se me agotaba la paciencia.

—¿Y cuáles son esos sueños, Brie? Tú debes saberlo, eres mi mejor amiga.

Pensé en Syd y sentí una punzada en el corazón, hubiera querido llamarla en ese momento. Cuando terminara con Brie, iría a verla, le diría lo equivocada que había estado al acercarme así a Brie. Qué tonta me sentía por haber dejado que me manipulara. Me disculparía con todas mis fuerzas por haber dudado de la amistad de Syd.

—Veamos... ir a Los Ángeles, eh, ¿usar el dinero para vivir una vida fantástica? He estado pensando que podríamos vivir juntas, ¿sabes? Durante el verano.

Mi rostro debía expresar el horror que sentía al oírla, porque Brie miró hacia el techo y suspiró fuerte.

—Tienes razón al querer irte de aquí —dije tras un silencio incómodo—. Araña no va a olvidar lo que hiciste. Ahora que ya ha salido, tienes que cuidarte las espaldas.

—Da igual —estalló Brie exasperada—. Araña es la menor de mis

preocupaciones. Te hice un favor, ¿por qué no lo entiendes? Lo único peor que ser pobre es tener seguridad por un momento y perderla de repente. —Brie extendió los dedos sobre la barra; sus antebrazos suaves y bronceados se relajaban y contraían. Bajo la débil luz de la vela, alcancé a ver que tenía los ojos vidriosos—. Confía en mí, es lo que menos querrías.

—¿Que confíe en ti? —Por alguna razón me sentí exhausta de repente. Brie debía de haberme agotado con su palabrería. Bostecé y sentí que mi ira se disipaba un poco—. No, no confío en ti. Eso significa que te colaste en mi casa y te llevaste el dinero para... ¿para qué? ¿Para guardarlo por mí? Estás mintiendo. Ya lo veo. Siempre estás mintiendo. Solo miras por ti misma.

Sonrió con los labios apretados.

—No me colé. Tú me diste una llave, ¿recuerdas?

Era cierto. Le había dado una llave. Me pareció más fácil porque siempre iba y venía, y la puerta estaba muy lejos de mi habitación.

—Uno de mis varios errores. —Contuve otro bostezo, me levanté del taburete y salté como si estuviera lista para pelear. Basta de palabras, quería mi dinero—. Solo devuélvemelo y te dejo en paz.

Cuando miré a Brie a la luz de la vela vi a dos de ellas donde solo tenía que haber una. Las sombras que fluían por detrás de ella parecían desvanecerse. Se me nubló la visión hasta quedar negra. Cogí el borde de la barra, sentí que necesitaba apoyarme de pronto. ¿Tan fuerte era la copa que me había dado?

—¿Estás bien? —Brie frunció el ceño—. Te veo un poco pálida. Tal vez deberías sentarte. —Señaló el taburete que tenía a un lado. Me estiré para agarrarlo y mis llaves cayeron al suelo—. Yo las recojo —dijo Brie. Me ayudó a sentarme. Miré la estúpida vela, vi cómo la llama vibraba y se partía en dos, tres llamas. Brie estaba a mi lado, muy cerca ya. Había comenzado a hablar otra vez, pero su voz era más baja, más grave, una hipnótica cadencia monótona—. Tenía que llevarme el dinero, ¿sabes? Tu madre, pobrecita, es una borracha. Y no toma buenas decisiones. De hecho, por diversión, el otro día revisé sus correos. Está invirtiendo en unas cinco propiedades. No sabe lo que hace. Yo no podía dejar que el dinero... se evaporara así sin más. No hay nada peor que un idiota, una idiota, que no sabe controlar su dinero. —Hizo una pausa y soltó una risita, un chiste para sí misma. Cuando me volví para verla, tenía la mirada fija hacia el

frente, una expresión vacía en el rostro—. Créeme, nadie lo sabe mejor que yo.

—Ese dinero no es tuyo, no tiene por qué preocuparte. —Sentía los párpados pesados—. Devuélvemelo. No sé por qué pensabas que podías leer los correos de mi madre. Eso es demasiado hasta para ti, Brie.

Brie parecía no sentir la necesidad de discutir más ese punto. Era casi como si no me oyera, o como si yo no estuviera hablando.

—Ven, vamos a subir. El dinero está arriba. Pero… estás un poco cansada.

Me estaba costando sostener la cabeza, ¿había estado tan borracha que un ruso blanco más había sido el último empujón hacia la inconsciencia? No parecía posible. Estaba sobria cuando entré en la casa.

Brie le dio otro sorbo a su vaso. Los hielos chocaron con sus dientes. Y entonces lo entendí.

La copa que me bebí de golpe como una idiota. Mi favorita. La copa que siempre tomábamos cuando estábamos allí. Le había puesto algo.

—¿Qué demonios has hecho? —dije entre palabras arrastradas. Los brazos de Brie estaban alrededor de mis hombros y me agarraba para bajarme del taburete. Intenté alejarla, pero mis brazos estaban muertos, no respondían. No tuve otra opción que dejar que me arrastrara. Las piernas me colgaban como si fueran las de una marioneta—. Dime.

—Ay, Rainita —suspiró. Sentí que sus labios secos me besaban la mejilla. Con tanta tranquilidad y suavidad. La mejor mentirosa que haya existido jamás—. Debajo de toda esa rudeza, eres demasiado confiada. Eso es lo que me encanta de ti. Quiero que sepas que mi primera opción era que nos fuéramos las dos, que usáramos el dinero juntas.

El pánico me revoloteaba en el pecho, pero ni siquiera podía gritar. Apenas podía hablar. Al fin logré sacar una palabra. Quería entenderlo, necesitaba saber cómo de malo era lo que se venía.

—¿Pero…?

—Pero una vez que dejaste de confiar en mí, dejó de ser una opción. Incluso hoy pensaba que podría convencerte, explicarte por qué me necesitas. Pero eso no ha funcionado, así que toca el plan B.

—¿Robar? —conseguí a balbucear. Tenía los labios entumecidos. Estábamos frente a la última escalera, la del segundo piso, que llevaba a su habitación en el ático.

—Algo así. —Brie me quitó el pelo de la cara y me lo colocó con delicadeza detrás del hombro. Se inclinó hacia mí y me miró de cerca, me enseñó su sonrisa de la chica más popular del instituto, esa que guardaba para el escenario y las competiciones de atletismo—. Vamos arriba a que descanses.

El aliento se me trabó en la garganta, veneno en mis entrañas. Inhalé para gritar, pero lo único que oí fue un lloriqueo lejano, tan fuerte como el maullido de un gato recién nacido.

En la habitación de Brie todo era una bruma morada. Había encendido todas sus velas aromáticas y las sombras bailaban en las paredes. Su escritorio, sus perfectos montones de fichas decoradas con notas adhesivas color neón, su letra diminuta y perfecta. Su organización maniática. Su trabajo incansable. Brie, la hormiga. Tantos años sin un descanso.

Me llevó a su cama.

—Acuéstate —dijo—. Voy a por el dinero.

Pero no lo hizo. Se sentó a mi lado y se quedó muy quieta. Ahí, junto a ella, apenas podía mantener los ojos abiertos. Me sentía como una araña arrastrada por el chorro de agua, luchando por mantenerme en la bañera, pero cada vez más cerca del abismo del remolino de agua.

Y los perfiles de las cosas continuaron disolviéndose, todo se desvanecía, la línea entre el aire que me rodeaba y yo, la línea entre Brie y yo, la línea entre este mundo y todo lo que estaba más allá habían desaparecido.

—Brie —comencé a decir. «No tiene por qué terminar así», intenté decir, pero no pude, seguía cayendo hacia el espacio en el que las palabras ya no existían.

—Lo siento —me dijo—. De verdad que lo siento. Quisiera que no tuviese que ser así.

Lo último que vi fue la mirada azul de Brie, sus ojos llenos de lágrimas, a pesar de que mantenía esa sonrisa perfecta.

DUODÉCIMA PARTE

Brie



Diciembre



La noche del incendio



32

Lloraba todo el tiempo. Por mi madre, sobre todo. Morir cuando tu bebé es tan pequeña, cuando el padre de tu bebé es Ed... nadie habría elegido eso. Siempre me pregunté si mi madre habría predicho cómo sería todo, o si estaba demasiado ocupada muriendo como para ver que Ed no criaría a su hija para que fuera normal. Me preguntaba si, de alguna forma, podía ver todo esto, todo lo que su hija había intentado, todo aquello en lo que yo había fracasado.

No es que creyera en la vida eterna ni en el cielo. Y el infierno... ¿podría ser peor que estar viva?

Aun así, me daba pena por mi madre que su hija hubiera crecido para convertirse en la persona que era.

Observé a Rain un buen rato después de ponerla en mi cama, con los dedos sobre su muñeca para tomarle el pulso. Lento y débil, pero seguía viva. Tenía al menos tres horas antes de que el efecto de los seis Xanax molidos que había puesto en su copa disminuyera un poco y la dejara moverse. Tiempo suficiente para terminar lo que había empezado. Le levanté la cabeza y le extendí el pelo sobre mi almohada. Estaba tan guapa que casi me dejó sin aliento: la boca ancha y las pestañas largas como salidas de una pintura renacentista. Le di un beso en la mejilla.

—Adiós, Brie —susurré, solo para ensayar.

Yo sería Rain a partir de ese momento, le dije en silencio. Le haría honor al nombre en cuanto pudiera. Los bolsillos de mis tejanos estaban abombados con sus llaves, cartera y teléfono. Dejé mis cosas en la mesa de noche junto a ella, como los egipcios dejaban ofrendas en las tumbas. Podría llevarse las cosas de Brie con ella a la siguiente vida. Quizá le servirían allí.

—Te quiero —susurré antes de dejarla.

Y sí, a mi manera, la quería.

Luego me agazapé debajo de los cimientos del comedor. Las manos me temblaban mientras revolvía los sustancias químicas que

Whit me había dado en una botella de Nalgene. Eran las 3:45 de la mañana y sería el último experimento de laboratorio que haría en mi vida. Tarareaba mientras trabajaba. La máscara de gases que Whit me había dado se empañaba y desempañaba con mi aliento: *I decided long ago, never to walk in anyone's shadow*. Mi canción favorita de cuando era niña. La cursi de Whitney. Todavía me encantaba, aún creía en ella. *If I fail, if I succeed, at least I'll live as I believe*. Canté la nota más alta en voz baja y parpadeé para quitarme el sudor de los ojos. Tantos laboratorios de metanfetaminas explotaban en el desierto que el fenómeno tenía su propio nombre: demolición de cristal. Si lo hacía bien, si no metía la pata y moría en la explosión, la casa estallaría tan rápido que Rain no sentiría dolor. Y la destrucción sería tan extrema que la policía tardaría semanas en entender qué había sucedido. Semanas... o nunca.

Mientras los químicos se asentaban y se mezclaban, vi cómo el vapor en las gafas crecía y se encogía con mi respiración e intenté no pensar en Rain y sus sueños narcóticos en mi cama.

Al fin, el líquido de la botella de Nalgene se volvió azul aceitoso. Había llegado la hora. Ya había puesto mi maleta en el coche de Rain. En el maletero había encontrado una bolsa de lona que ella había preparado, su plan para huir de la ciudad, justo como yo iba a hacer. Usar su ropa sería más fácil para hacerme pasar por ella. Usar su dinero para empezar una nueva vida muy lejos de allí, lejos de mi padre. Lo único que tenía que hacer era atar un par de cabos sueltos más y asegurarme de que Rain no pudiera mandar a la policía tras de mí. Después, sería libre.

I found the greatest love of all, canté mientras me movía como el fantasma que era por la escalera del sótano. Me palpé el bolsillo. Ahí estaban las cerillas de Rain, esperando el golpe final. Poético. Como si de alguna forma extraña ella se fuera a matar a sí misma.

Puse la botella en la alfombra, justo debajo de la escalera que llevaba a mi habitación. De una bolsa hermética saqué un cordel que había bañado en keroseno, lo desenrollé, dejé que se extendiera por la alfombra y lo puse junto a la boquilla de la botella.

«Adiós, Rain. Adiós, casa. Adiós, todo. Adiós, ratoncita.»

Las manos me temblaban mientras intentaba sacar las cerillas. Tsss, tsss. Rompí tres al tratar de encenderlas con la tira. «Cálmate, ratoncita», le dije a lo que quedaba de mí misma.

Si la siguiente cerilla se encendía, lo haría. Si no, me llevaría mi patético explosivo casero y me iría, conduciría sin mirar atrás para nunca volver. Rain despertaría y, aunque recordara lo que hice, yo ya no estaría.

La cerilla cobró vida. «Está decidido, entonces. Adiós, guapa.» Con las manos temblorosas, las gafas llenas de lágrimas, puse la llama junto al cordel y vi cómo empezaba a caminar. Luego corrí, veloz y silenciosa, con el pecho a punto de estallar, la cabeza dándome vueltas. Salí a toda velocidad de la casa, subí al coche de Rain y conduje. Detrás de mí, unos sesenta segundos después, oí un estallido claro, como unos fuegos artificiales únicos y poderosos.

En el retrovisor, una explosión anaranjada. La observé un momento, sin atreverme a respirar. Luego puse el pie en el acelerador y salí disparada hacia la noche, apretando el volante con los nudillos blancos por la presión, e intentando ignorar la forma en que todo el cuerpo había comenzado a temblarme.

Si lo había hecho bien, la casa entera quedaría destruida, y Rain con ella. Sería un incendio digno de una de esas películas de acción que a mi padre le encantaba ver a solas en el comedor mientras sorbía su amado Canadian Club, uno de esos de los que el héroe lograba salir ileso en el último instante.

Si lo había hecho mal, quizá no importaba. Yo ya me habría ido.

33

Mientras más conducía, más fácil era fingir que no había ocurrido. El Mini Cooper siguió su camino hacia el este, tranquilo y silencioso por la carretera 10, junto a los campos de cactus que alzaban los brazos espinosos hacia la luna en Joshua Tree y más allá. La carretera estaba vacía en la oscuridad de la madrugada. El este implicaba alejarse, una migración hacia donde salía el amanecer por la carretera recta descolorida sobre el suelo del desierto. Era tan fácil que ni siquiera necesitaba un mapa. Una sola carretera hasta llegar a Texas.

Conforme pasaban los kilómetros, las manos dejaron de temblarme. Mi respiración volvió a la normalidad. Después de un rato dejé de gemir como un perro apaleado. «Todas las mejores mentirosas están muertas por dentro», bromeaba Anya siempre que le mentía a un profesor o a mi padre sin parpadear siquiera. A toda velocidad, en la carretera, en el coche de Rain, practiqué su risa. Me encogí de hombros como ella. Puse su media sonrisa. Si dejaba encerradas en los rincones más oscuros de mi cabeza las cosas malas que yo había hecho, casi podría convertirme en ella.

Para cuando los primeros rayos de sol pintaron de rosa el cielo a las 4:55, estaba por cruzar la frontera con Arizona. «Arizona», anunciaba un enorme letrero azul con un cielo estrellado en el fondo. «El estado del Gran Cañón te da la bienvenida.»

—¿A mí? —dije en voz alta con una mano en el pecho, en un gesto de falsa modestia. Saludé al letrero como si le importara—. No esperaba una bienvenida.

Aceleré más, antes de que Arizona cambiara de opinión.

Una hora después salí de la carretera y pasé por el autoservicio de un McDonald's, donde pedí la comida de siempre de Rain: café negro y croquetas de patata. Miré el retrovisor con las gafas de sol puestas mientras el coche avanzaba, con el pelo revoloteándome frente a la cara. Sonreí como Rain cuando le pagué a la cajera.

—Gracias —le dije, y casi podía haber creído que yo era ella.

Había tenido tanto tiempo para absorber sus gestos y maneras que en verdad podía usarla como una segunda piel.

No fue hasta que me quité las gafas y me vi los ojos cuando me encontré a mí misma de nuevo, hueca y vacía, acechada por aquello en lo que me había convertido.

El café, cuando lo probé, me abrasó la lengua.

Había visto a Rain teclear su contraseña tantas veces que el teléfono se abrió al primer intento. Encontré una *playlist* titulada «Syd & Rain», y dejé que la primera canción me pasara por encima mientras volvía a integrarme a la carretera 10. Era una de esas mujeres angustiadas con guitarras que nos gustaban a las dos, que cantaba como si no pudiera contener las palabras ni un segundo más. No le presté mucha atención a la letra, pero lo que sí oí fue el poder y la exasperación en su voz, que estaba harta de las estupideces del mundo y estaba lista para romperlo a patadas. Típico de Rain. Hacia la batalla, hasta morir peleando. Por eso había tenido que asegurarme de que ella no pudiera pelear.

Su teléfono se estaba cargando junto a mí, en el portavasos. En una o dos horas, cuando la gente despertara, los mensajes comenzarían a llegar a toda velocidad, una de las razones por las que iba al este y no al sur, hacia San Ysidro. Si hubiera ido al sur, ya habría llegado a la frontera. Era mejor mantener el teléfono activo un poco más para esparcir las migajas de la presencia digital de Rain.

Nunca había estado en Texas, pero habíamos visto un documental en Historia Avanzada sobre las ciudades fronterizas. En una ciudad del tamaño suficiente, una persona podía mezclarse en el bullicio y desaparecer sin dejar rastro... o eso quería creer.

Conduje durante horas con el café y las croquetas de patata de McDonald’s, que me habían caído como un ladrillo en el estómago. El lienzo que dibujaban el polvo y los arbustos entre las ciudades estaba tan desolado que parecía querer asesinarme si me atrevía siquiera a bajar la velocidad. Me detuve solo una vez más para echar gasolina, ir al baño y comprar barritas de muesli y agua con efectivo en una gasolinera a las afueras de Tucson. Por impulso, compré una gorra de los Wildcats de Arizona que cogí de un perchero junto a la caja, me la puse y bajé la visera cuando pasé frente a la cámara de seguridad al salir. Las noticias de una chica muerta en un incendio no cruzarían la frontera del estado, pero no estaba de más tomar precauciones.

De vuelta en el coche, aparqué cerca de los depósitos de aire y me quedé ahí unos minutos con el aire acondicionado al máximo. Mastiqué una barrita de forma casi mecánica, revisé los mensajes y las llamadas de números desconocidos en el teléfono de Rain —la policía o algo por el estilo— y concluí que todas las llamadas y mensajes eran de gente a la que Rain conocía. Comencé por escribirle a Joan; le dije que necesitaba un tiempo para despejarme después de nuestra discusión y que volvería a casa en unos días. «Estoy a salvo, no te preocupes», escribí. «Siento que hayamos discutido», añadí al recordar lo que Rain me contó sobre la pelea y al recordar que fue por mi culpa. «Te quiero», escribí con el estómago hecho un nudo por esas palabras tan empalagosas. No podía siquiera imaginarme diciéndole algo así a Ed. «Pero hay personas normales en el mundo», pensé. Rain podía escaparse con un millón de dólares de su madre sin dejar de quererla, ¿no?

Miré lo que escribí durante un minuto antes de decidir borrarlo. Lo mejor sería escribirle a Joan después, cuando estuviera menos distraída y pudiera concentrarme en lo que le diría.

Aún tenía mucho que hacer si quería conseguirlo.

Mis dedos flotaban encima del mensaje final de Syd, el último de un hilo de cinco o seis.

¿¿¿¿Dónde estás???? Te acaban de llamar por el altavoz. Creo que la policía ha venido al instituto a interrogar a la gente.

Vuelvo en unos días. Necesito un poco de tiempo para procesarlo sola. Y la policía... Que se jodan.

Intenté canalizar el espíritu rebelde de Rain. Se me curvaron los labios, formando una sonrisa involuntaria que intenté suprimir. No quería disfrutar tanto jugando con la mente de Syd, pero era imposible no hacerlo un poco. Respondió de inmediato, parecía más angustiada que antes:

La policía te va a buscar. Creen que nosotras tuvimos algo que ver con el incendio. Alguien les dijo que yo les «había seguido la pista» a Brie y a ti. Tienes que decirles la verdad.

—Pobrecita Sydney. Te estás volviendo loca, ¿verdad? —dije en voz alta—. Y sí, nos seguiste la pista, pequeña acosadora.

Y entonces, una idea irresistible me flotó por la cabeza, una que supe que me ayudaría y que al mismo tiempo le haría daño a ella. Tecleé un último mensaje y presioné la tecla para enviarlo antes de pensarlo demasiado.

No te preocupes. Nunca les diría lo que hicimos.

Me apoyé en el asiento y releí mis palabras. Saboreé la satisfacción de inyectar más caos en la vida de Syd desde tan lejos. «Que se trague eso con su santurronería. Que se retuerza y piense en qué hizo mientras estaba borracha, que pudo haber hecho que su vieja amiga Brie muriera de forma tan horrible.» Si la policía sospechaba de ella, y Syd dudaba de sí misma, mejor para mí.

Cuando llegó el siguiente mensaje, yo ya estaba de nuevo en la carretera.

Atrapada en el tráfico de El Paso, casi no podía mantener los ojos abiertos. Salí de la carretera y encontré un Motel 6 cerca del aeropuerto. En la recepción le di la tarjeta de débito de Rain al empleado, un hombre con cara de hurón y un identificativo que decía «Frank».

—No me va a cobrar nada aquí, ¿verdad? ¿Puedo pagar en efectivo cuando salga? —pregunté.

—Así es. Solo cobramos a la tarjeta registrada si hay algún cargo pendiente —dijo Frank, hablándole a mi pecho en vez de a mi cara. «Bien», pensé, disfrutando por primera vez de lo predecibles que eran los hombres. «No te acuerdes de mi cara.»

—No lo habrá. —Sonreí.

Aparqué el coche junto a la puerta de mi habitación y arrastré mi maleta y la bolsa de lona de Rain hacia el interior, mirando a mi alrededor con las gafas de sol puestas para asegurarme de que nadie me veía. Después de cerrar las cortinas estudié el cuarto, con sus muebles baratos y la decoración del Viejo Oeste, e intenté decidir dónde escondería el dinero, envuelto a la perfección en cinco bolsas de maquillaje con cierre que estaban al fondo de mi maleta con ruedas. En algún momento las cosería al revestimiento de la maleta, cuando tuviera tiempo. De momento, saqué las bolsas de la maleta y

pensé en usar la caja fuerte que estaba debajo del televisor. «Nunca confíes en la caja fuerte de un motel», recordé que Ed me había dicho en un cuarto de hotel en Orlando la última vez que fui con él a una convención de coches. «La gente deja sus cosas, se olvida de ellas y el hotel abre la caja y se queda con ellas.» Tenía trece años, y Ed me prometió que iríamos a Epcot y a Disney World, pero Ed —como era de esperar— tenía tanta resaca el último día que decidió que no iríamos a ninguno de los dos. Y cuando vio que me enfadaba, me espetó que podía nadar en la piscina del hotel.

Siempre la niña perfecta de papá, cogí las bolsas y las puse en el lavabo del baño, donde no las olvidaría. No iba a salir de la habitación de todos modos, no sin el dinero.

Me senté junto a la bolsa de Rain, miré a la nada y oí cómo me rugía el estómago. Aún podía oler los químicos de la noche anterior en mi ropa.

Me lo quité todo y pateé la pila de ropa hacia un rincón. En el baño me miré en el espejo y volví a intentar sonreír como Rain: una media sonrisita distraída. La mantuve unos momentos, hasta que se me cayó y la cara se me disolvió y volvió a lo que de verdad era: alguien que había hecho algo impensable. Sacudí la cabeza.

—No eres bienvenida aquí —le dije a mi reflejo.

Sonreí como Rain de nuevo, me eché el pelo hacia un lado para que se pareciera más al de ella. No volvería a ser Brie, a menos que me cogieran. Por ahora, era Rain Santangelo, y quizás en el futuro sería alguien más. Qué alivio resultaba despedirse de Brianna Walsh, esa cosa siempre decidida, siempre desesperada, ese pozo infinito de necesidades.

«Vas a tener que encontrar la forma de vivir con esto.» Parpadeé frente al espejo. ¿No era eso lo que me había dicho Ed en diciembre? Cuando aún creía que todo mi esfuerzo en el instituto iba a dar sus frutos con un billete de salida del desierto y lejos de él. Había solicitado la admisión temprana en USC, mi primerísima opción, y me habían aceptado. Imprimí el correo y junté los folletos que me habían enviado para hablarlo con Ed después de que se hubiera comido la cena que le preparé, la berenjena a la parmesana de Costco que le gustaba. La USC no era barata, pero cuando hice la solicitud, Ed se encogió de hombros y farfulló: «Podrías intentarlo. Donde sea que entres, encontraremos la forma». Llevaba años diciéndolo. Y aunque

me había decepcionado de muchas maneras, no dejé de creer en ello.

—Bueno. —Se limpió la salsa marinara de la barbilla con la servilleta—. Tenemos que sentarnos a hablar sobre la universidad. —Se puso de pie, sacó la botella de Canadian Club de la despensa y se sirvió lo que yo sabía que era un doble.

Se me hizo un nudo en el estómago. Ed ya era brusco cuando estaba sobrio, pero era brutal cuando bebía. Así no era como quería hacer las cosas.

—Otro día —dije, a la defensiva. Sentía cómo se me subía el calor por el cuello y el pecho—. Cuando no estés bebiendo.

—Esta conversación requiere una copa —masculló mi padre antes de tragar la mayor parte del *whisky*.

«Qué hombre tan débil para aceptarlo así», pensé. El nudo en el estómago se hizo más fuerte. Una parte de mí supo en ese instante que Ed estaba a punto de decepcionarme una vez más.

Cuando me lo dijo, me reí. El concesionario estaba en números rojos. Muy rojos. Llevaba veinticuatro meses sin cumplir con sus objetivos de ventas. Creía que podía darle la vuelta a la situación, pero la gente no quería tener un Nissan. La economía y bla, bla, bla. Para cubrir los gastos, había pedido préstamos. Llevábamos mucho tiempo viviendo por encima de nuestras posibilidades, dijo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, con cuidado de mantener la compostura, aunque por dentro me sentía asqueada.

—Años. —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. La universidad no está en el panorama por ahora. Al menos no una universidad de niños ricos como la USC.

Miré hacia el frente. Intenté no entrar en pánico. Intenté no gritar.

—Podría hablar con el departamento de financiación —susurré—. Ellos podrían...

—Dudo que pudieran valorarnos sobre el papel. Los números del negocio están un poco... eh... manipulados. —Se sirvió otro *whisky* y eructó con suavidad. Me miró con los ojos hinchados y enrojecidos, e hizo una mueca—. Pero ya no tengo más conejos que sacarme del sombrero —continuó—. Siendo realistas, el concesionario quebrará en menos de un año. Tal vez tendremos que vender la casa. Podrías ir a la Universidad del Desierto, ahorrar, trabajar y contribuir al alquiler de donde sea que vivamos, y tal vez podríamos guardar un poco. Te

va a venir bien. Son talentos para la vida real. Puedes pedir un traslado en un par de años, cuando las cosas mejoren.

—No me he partido el lomo todos los días durante cuatro años para ir a la Universidad del Desierto —dije, casi ahogándome con las palabras—. Preferiría estar muerta que seguir aquí el año que viene, para ser sincera.

Quería explotar de solo pensarlo.

—Si quieres ahogarte en treinta años de deuda insostenible, adelante. Yo no voy a pagar un centavo. —Se encogió de hombros, como si me hubiera dicho que la tienda no tenía las galletas que me gustaban—. ¿Sabes? No todo el mundo está tan consentido como para pensar que puede ir a la universidad que quiera.

—Y no todo el mundo tiene a un imbécil irresponsable como padre —escupí—. Qué suerte la mía.

Fue entonces cuando lanzó su vaso contra la pared.

—Mocosa desagradecida. —Su voz sonaba plana, sin inflexión ni emoción, pero tenía la cara tan roja que casi estaba morada—. No le hables así a tu padre. Te he mantenido durante dieciocho años. Podrías ayudarme a mí por primera vez en tu maldita vida.

Miré hacia el charco de *whisky* que se extendía por el suelo y vi los fragmentos de cristal que flotaban hacia los bordes. Después salí corriendo de allí.

No podía ser pobre otra vez. Las mil punzadas de vergüenza que devoraban hasta el más mínimo deseo material y lo marcaban como extravagante mientras el resto del mundo seguía comprando y gastando. El hastío de siempre querer y necesitar. Saber que al mundo no le importabas y nunca le importarías, porque sin dinero eres invisible. La mayor desgracia, lo peor de todo, lo que era insoportable era que ser pobre me ataría a la persona a quien más odiaba y a quien más temía en el mundo, a mi querido padre, el borracho.

Todo por lo que había trabajado —todo mi futuro como estudiante excelente, una buena universidad, una gran facultad de Derecho— parecía un chiste, un puñado de sueños estúpidos tan destrozados e inútiles como el vaso que flotaba por el suelo de la cocina.

Y entonces, al día siguiente, como si Dios se burlara de mí, oí que Rain Santangelo había ganado la lotería.

Durante un par de semanas la observé a distancia para saber si

era verdad. Conforme las señales de su riqueza se acumulaban —ropa nueva, un bolso de cuero que parecía desgastado y maltratado de la forma más lujosa posible, un bonito Mini Cooper nuevo—, comencé a hacer un plan. Con seis millones de dólares las Santangelo tenían tanto dinero que no sabrían qué hacer con él. ¡Rain ni siquiera quería ir a la universidad! Lo único que tenía que hacer era encontrar la manera de ganarme su confianza y conseguir acceso a solo una pequeña parte de ese dinero. Quizá podría incluso convencerla de ayudarme, de financiar mi educación. Podría proponerle que se lo devolvería cuando fuera abogada. Si no, podía encontrar la forma de quitarle un poco de ese dinero de las manos. Incluso unos cuantos miles serían de ayuda porque, como mi querido padre no dejaba de decir, en realidad estábamos en camino de no tener ni dónde caernos muertos. Rain y su madre ni siquiera se darían cuenta de que faltaba una parte.

Y todo había salido tan bien... Incluso comenzó a caerme bien de nuevo. Rain me había recordado quién fui alguna vez. No las partes malas que yo recordaba, sino las cosas buenas de nuestra infancia. Incluso se acordaba de mi madre.

—Era tan buena —suspiró Rain una noche junto a mí, en la enorme cama en el suelo de su habitación—. Hasta cuando se puso enferma, ¿recuerdas que todavía cantaba? Me acuerdo de las canciones de Cyndi Lauper que le salían flotando de la boca cuando caminaba por la casa, y sonaba mejor que cualquier cantante en la radio.

—Llevaba años sin pensar en ello —susurré—. Creo que me había olvidado de su voz hasta ahora.

—Es probable que hayas olvidado muchas cosas de cuando teníamos esa edad —dijo Rain, la cara bañada en la luz de la luna, como cuando hacíamos fiesta de pijamas en la infancia, la mirada tan intensa como siempre—. Por el trauma y esas cosas.

Miré hacia otro lado, no quería que viera cómo se me llenaban los ojos de lágrimas.

Mi único obstáculo resultó ser la lealtad que Rain le tenía a Sydney, pero incluso eso fue más fácil de desmantelar de lo que había esperado. Lo único que tuve que hacer fue sembrar un par de dudas sobre Syd en la cabeza de Rain, hacerle pensar que Syd estaba celosa de su dinero y que criticaba su vida. Después de eso, Rain fue toda

mía. Y era una amiga generosa. Con su tiempo, atención y dinero, pagaba las cosas como si nada. Casi llegué a sentirme mal por ello. Había sido tan fácil tomar prestado un poco por aquí y un poco por allá… «He olvidado mi cartera» y esas cosas. Siempre confió en mí.

Cuando al fin encontré el tesoro, me pareció que sería fácil que Rain lo compartiera conmigo. Solo esperaba a que terminara el instituto para que las dos pudiéramos escapar, ir a Los Ángeles y alquilar un apartamento juntas. Ella podría ayudarme a pagar la universidad y yo la ayudaría a hacer crecer su fortuna.

Como fuera, iba a alejarme de Ed y comenzaría una nueva vida con la ayuda de mi mejor amiga. No estaba de más que nos pareciéramos un poco, en caso de que necesitara hacerme pasar por ella una vez que la convenciera de abrir una cuenta en el banco.

Nunca había planeado matarla.

Abrí el jabón del hotel e intenté poner los hechos de la noche anterior donde tenían que estar: encerrados en un rincón de mi memoria junto con el resto de las cosas horribles que había vivido. Cuando el agua de la ducha estaba casi hirviendo, entré. La cortina de plástico barato se retorció como carne quemada a mi alrededor hasta que la alisé pegándola en el borde de la bañera. Cerré los ojos y dejé que el agua me golpeara en la cara.

Y entonces me vi otra vez en la escalera de mi casa, con el cuerpo inerte de Rain chocando contra mí mientras la llevaba hacia mi cuarto. Vi esa expresión final de conmoción cuando se dio cuenta de lo que yo había hecho, la boca abierta, el terror en sus ojos cuando la verdad salió a la luz.

—¿Qué pasa? —balbuceó, pero ya lo sabía.

El Xanax que pulvericé y puse en su copa no la dejó pronunciar ninguna palabra, pero sus ojos reflejaban el horror. Cuando se desmayó, supe que yo iba a seguir adelante. En ese momento me di cuenta de que había perdido la confianza de Rain, que no había forma de que la recuperara. No podía arriesgarme a que ella se lo dijera a la policía. Porque sí que lo haría. Syd se aseguraría de que así fuera, como venganza por lo que les hice a ella y a su hermano. Aprovecharía la oportunidad para tener a Rain de su lado otra vez, y la pondría en mi contra todavía más. Las dos me atacarían, igual que cuando éramos niñas, me harían parecer una criminal por robar el dinero que solo había cogido prestado y me enviarían a la cárcel tanto

tiempo como fuera posible.

Abrí los ojos en la ducha y me saqué de la cabeza las imágenes de Rain. El agua me había puesto el cuerpo rojo como una langosta. Aun así, estaba tiritando.

—Incendias las vidas de la gente para entretenerte —me dijo Rain en la fiesta, llena de la misma decepción que durante tanto tiempo sintió por mí y que luego había hecho a un lado por un rato. Todo aquello por lo que yo había trabajado se había esfumado en un instante.

«Esa es una buena idea», pensé cuando lo dijo, y sentí cómo me golpeaba la fuerza de su odio. Ya había dado el paso atrevido de mover el dinero del predecible escondite de Rain, pensando que yo podría mantenerlo más seguro de Joan que ella. Estaba a punto de decirle que lo estaba guardando para ella, para nosotras, para que pudiéramos mudarnos a Los Ángeles y comenzar una vida nueva. Pero no había encontrado la forma de decírselo. Y una vez que nuestra amistad estalló, eso ya no iba a funcionar. Me acusaría de haberle robado. Llamaría a la policía. No solo quedaría yo expuesta como una pobre, sino como una ladrona también. Con Rain odiándome, no podría salirme con la mía.

«Otra cosa que has echado a perder», pensé en casa de Candice mientras Syd y Rain me bombardeaban a gritos, odiándome a mí misma. «Otro callejón sin salida en una vida llena de ellos.»

Cuando el agua se enfrió, me envolví en una de las delgadas toallas del motel y usé otra para envolverme el pelo. Me metí debajo de la sábana en el frío de la oscuridad, con el teléfono de Rain brillándome entre las manos. A pesar de haberme frotado todo el cuerpo podía olerme los químicos en los dedos. Me alejé el teléfono de la cara e intenté respirar por la boca.

Busqué las noticias de las ciudades del desierto. Estaba en todas ellas. TRÁGICA MUERTE DE UNA DE LAS ESTUDIANTES MÁS SOBRESALIENTES DE VALLEY SANDS. CAUSA DE LA EXPLOSIÓN DESCONOCIDA. Brianna Walsh, con un futuro brillante, estudiante excepcional, mejor media, estrella del atletismo, consejo estudiantil, bla, bla, bla. Mi currículum estaba bien cubierto. EL ASOMBRO ABRE PASO A LA AFLICCIÓN EN EL BACHILLERATO LOCAL. EN LA LOCALIDAD LLORAN POR LA MUERTE DE LA ATLETA ESTRELLA DESPUÉS DEL INCENDIO. Un detalle de ese artículo me llamó la atención: «Edward Walsh había vuelto a casa de un viaje de negocios en Las Vegas en

estado de *shock*. Había perdido todo lo que le importaba —a su amada hija y su casa— en un explosivo e inexplicable incendio». ¿Viaje de negocios? Más bien, «última oportunidad para beber y apostar con el dinero de la empresa en una convención de coches». Seguí leyendo. «“No entiendo cómo ha podido pasar. Era mi todo”, dijo entre lágrimas.» ¿Tu todo? ¿En serio, Ed? Me pregunté qué estaría haciendo mi padre en ese momento. Probablemente estaría dormido debajo de su escritorio en la oficina. Alguna vez lo había encontrado allí, perdido después de darle demasiados sorbos a la botella que guardaba en su escritorio.

Parpadeé con fuerza, con un cosquilleo de sentimiento en el pecho, pero nada más. Eso es lo que le correspondía después de tantos años de gritos ebrios, por ser incapaz de demostrarme su amor. Por motivarme a ser la mejor y no apoyarme cuando lo fui. Por arruinarme la vida.

Le eché un vistazo a otro artículo y vi un fragmento que encontré de las noticias locales que mostraba la casa llena de humo y negra detrás de una alegre reportera. Lo apagué un minuto después, ver la casa y pensar en Rain allí adentro hizo que me temblaran las manos.

Aún no había nada en las noticias sobre actos criminales. Nadie especulaba sobre las causas de la explosión. Nada sobre Rain. Al menos todavía no.

Volví al hilo de los mensajes de pánico de Syd. Supuse que tenía que decirle algo. Parecía creer que la policía buscaba a Rain. Podría ser la verdad o solo una mentira para hacer que Rain volviera.

Vuelvo en un par de días más. Estoy demasiado alterada para volver a casa.

Miré al techo de la habitación, una mancha de humedad con la forma de Alaska que rodeaba la lámpara horrenda. Una vez terminado el trabajo de Rain, cerré los ojos irritados, me acomodé en la raída almohada e intenté dormir.

34

Para las cinco de la tarde del día siguiente ya había dejado el Mini Cooper de Rain y lo había cambiado por el coche más barato y discreto que encontré, un Ford Taurus de 2012 *beige* que le compré a un jubilado de nombre Elmer que lo anunciaba en Craigslist. Dejé el coche de Rain en una callejuela a dos calles de la casa de Elmer, no quería arriesgarme a vendérselo y dejar un rastro para que alguien encontrara a Rain, si es que la buscaban. Pasé el resto del día ignorando mensajes de Joan y Syd y planeando mi ruta a través de México. Logré dormir unas cuantas horas en el motel con la ayuda de dos de los Xanax de Whit, pero aún me sentía destrozada cuando llené el Taurus de agua, comida y todas las posesiones materiales de Rain.

Pasé las emisoras guardadas en la radio de Elmer mientras serpenteaba por la ribera del río Bravo hacia uno de los cruces fronterizos de El Paso. Del otro lado del río, Ciudad Juárez centelleaba en el ocaso. Miré por la ventana con los ojos entrecerrados y estudié las colinas salpicadas con casitas coloridas y, más allá, kilómetros de montañas de un color marrón suave por las que una chica podría seguir por una carretera hacia el sur hasta desaparecer de la vista.

En México, Rain desaparecería en la bruma como hacían tantas otras chicas con problemas. Para cuando Joan comenzara a buscarla, yo ya me habría asegurado de que fuera imposible encontrarla. Había unas cuantas ciudades pequeñas con grupos artísticos en México en las que planeaba mantener un perfil bajo durante un tiempo. Después de aquello, cualquier cosa era posible.

Solo quedaba un último cabo suelto antes de cruzar la frontera.

El teléfono de Rain vibró en el asiento del copiloto como había hecho durante todo el día. Detuve el Taurus junto a un dique que llevaba hasta el río y vi el teléfono. Más mensajes de Syd. Una perorata sobre Araña, la policía, lo mucho que necesitaba a Rain, bla, bla, bla. La policía sabía que ella había ido a casa de Brie, estaba escribiendo.

Ahora soy una sospechosa. Siento que me están vigilando. Tengo mucho miedo.

Sonreí. Todo iba saliendo según lo planeado, por lo menos en lo relativo a Syd.

Qué mal.

Salí del coche y caminé por el dique sobre un pequeño pastizal que cortaba entre los matorrales que bordeaban el río, poniendo atención solo a medias. Luego, Syd hizo lo que había estado esperando que hiciera y me preguntó si estaba escapando de algo.

«¿A qué te refieres?», pregunté, con un deje de inocencia y estupidez. Syd siempre fue la cerebrito. Siempre tuve la sensación de que estudiaba diez veces más que ella, pero siempre quedábamos iguales en la lista de mejores promedios. Qué curioso que le hubiera costado tanto tiempo recomponer el rompecabezas.

Cuando el teléfono vibró de nuevo, estaba a la orilla del río Bravo, la ancha quietud marronosa del agua perturbada por los barcos. Unos cuantos hombres pescaban pangas cerca de la orilla a unos cien metros, tan lejos como para que yo pudiera verles las caras pero ellos no pudieran ver la mía. Miré el teléfono y me encontré más de la esperada crisis nerviosa y una extraña referencia a Peoria.

«¿Peoria?», escribí sin pensar demasiado en qué chiste era ese. No importaba, de todos modos.

?? Sí, ¿ya no te quieren mucho allí?

Dios, qué rara era Syd. Con razón no tenía amigos. Puse los ojos en blanco y tecleé una respuesta rápida.

Vale, chalada. No hay una conspiración en tu contra. Estás paranoica. Volveré pronto, ya te lo he dicho.

Miré al otro lado del río de nuevo e intenté sentirme valiente. Una nube de mosquitos voló hacia mí, y los ahuyenté antes de acercarme un poco más al fango, a la orilla del río.

El teléfono vibró con otro mensaje.

¿¿¿Quién eres???

Mierda. Algo había hecho mal. El pecho me revoloteaba de los nervios, el pánico me recorría las venas como agua hirviendo. Pensaba responder, pero ¿qué podía decir que no fuera a empeorar las cosas? No podía retractarme sin saber qué era lo que había dicho mal.

«Estás bien», me recordé. Antes había enviado un par de cosas al Departamento de Policía de Palm Springs como seguro, algo que los mantendría enfocados en Syd un poco más. Aún tenía tiempo suficiente para desaparecer.

Con las piernas temblorosas, maniobré sobre las rocas alrededor de la ribera lodosa. Dos o tres kilómetros río abajo había un cruce fronterizo iluminado con poderosas luces de halógenos en ambos lados. Los coches avanzaban centímetro a centímetro por el puente en una fila eterna.

Sabía que, una vez que cruzara, tendría que conducir hacia el sur, hacia las montañas que estaban después de Juárez. Ya me había aprendido de memoria los nombres de las carreteras que podía coger. Compraría un teléfono desechable en México, aunque no tuviera pensado llamar a nadie. Mis clases de Español Avanzado deberían bastarme para algo así.

A lo largo del río, las aves se posaban en los arbustos. Oí el crujir de los roedores y reptiles en la maleza, criaturas que despertaban después de una tarde larga y calurosa. El cielo se volvió de un violeta profundo. Parada sobre una roca, con cuidado di una vuelta de trescientos sesenta grados para asegurarme de que estaba sola.

El teléfono vibraba y vibraba, pero no tenía razones para leer ningún mensaje más de Syd.

—Lo siento, querida —dije en voz alta, aunque dos polluelos en un arbusto eran las únicas criaturas que podían escucharme—. Rain no puede coger la llamada en este momento.

Adopté la posición de un lanzador y tiré el teléfono tan lejos como pude. Flotó en el aire e hizo el plop más diminuto y menos dramático del mundo antes de que el río lo devorara.

Quería tararear una canción que a Rain le gustaba mientras caminaba por el sendero de vuelta al coche, pero no se me ocurrió ninguna. Ni siquiera me vino a la cabeza una canción que me gustara a mí. Tuve la mente en blanco durante un glorioso minuto hasta que volví a ver un destello de la explosión de la casa, de la visión de Rain en mi cama, las llamas envolviéndola, caminándole sobre su bonita

piel, quemándole el pelo. A pesar de los dos Xanax, pasé toda la noche despertándome con esas imágenes, con los pulmones llenos de pesadillas que me levantaban de golpe.

Los brazos se me llenaron de escalofríos, a pesar de que era una tarde calurosa. Y aunque no dejaba de pensar en que oía pasos detrás de mí en el sendero, cada vez que me volvía no veía nada. Sacudí la cabeza y caminé hasta el coche, hasta el dinero que tanto trabajo me había costado ganarme, con la cara llena de lágrimas que no recordaba haber llorado. Seguí adelante y me pellizqué la parte interna del antebrazo para mantenerme centrada en lo que tenía que hacer, en esa increíble tarde en la que era libre y rica. Era el principio de una nueva vida, a fin de cuentas. Más me valía comenzar a disfrutarla.

Me erguí e intenté caminar como Rain habría caminado, desgarbada y un poco de lado, con esa mirada de «no te metas conmigo» que le lanzaba a cualquier desconocido. Me convertiría en ella de forma tan total que sería como si siguiera entre nosotros, entre los vivos. Y sería como si Brie en verdad hubiera muerto después de todo.

Había escapado de la venganza de Araña, de la llamada de Rain a la policía, de la casa de Ed.

¿Por qué, entonces, tenía miedo aún?

Cerré la puerta del coche y me quedé sentada en el calor del interior un momento, saboreando la temperatura. Cuando me miré los brazos, vi que aún tenía la piel erizada.

Salí del aparcamiento y me preparé para todo lo que se avecinaba. Unos minutos después estaría en la cola de coches que avanzaban lentamente hacia México. Rain se había ido oficialmente, no más mensajes fantasmas asegurándoles a los demás que volvería pronto. Syd comenzaría a hilar las cosas en cualquier momento. No era una completa idiota.

—Lo conseguimos —le dije en voz alta a Brie/Rain mientras el Taurus se sumaba al final de la cola de coches que esperaban para cruzar la frontera—. Somos ricas. Somos libres.

Torcí los labios en una sonrisa y la mantuve hasta que me dolió la cara. Cuando me asomé al retrovisor para reconfortarme, la cara que vi era tan grotesca y falsa que tuve que alejar la mirada.

DECIMOTERCERA PARTE

Sidney



Dos días después del incendio



35

La cabeza me daba vueltas por el *shock*. Volví a la cama. Me llevé el teléfono al pecho, temerosa de que Brie escribiera de nuevo y asustada de que no lo hiciera también.

Entonces mi teléfono vibró dos veces, pero ninguno de los mensajes era de ella. El primero era de Chase.

Hola, quería ver cómo estabas. Espero que bien.

Aunque me pareció dulce de su parte, nunca había estado menos bien que en ese momento.

El otro mensaje era de Joan, e hizo que me quisiera morir.

¿Sabes algo? No sé nada de Rain
desde ayer y no quiso decirme dónde estaba.
Mañana la denunciaré como desaparecida.

El *shock* se transformó en furia. Quería romper cosas. Sin siquiera pensarlo, le envié un par de mensajes más a «Rain».

SÉ QUE ERES TÚ, ASESINA PSICÓPATA.
¿¿¿QUÉ HAS HECHO???

Me senté sin parar de temblar, y golpeé el teléfono contra la pared como si eso fuera a servir de algo, pero no recibí respuesta.

Y entonces mi furia se disolvió en lágrimas. Si Brie andaba por ahí haciéndose pasar por Rain, el cuerpo en su casa solo podía ser de una persona.

Hundí la cara en la almohada y aullé. Mis sollozos eran una serie de gritos violentos.

Mi mejor amiga. La chica a la que mi hermano solía referirse como mi mujer. La mitad más graciosa, salvaje y aguda de mi cerebro. Se había ido. Antes de que hubiera comenzado a vivir.

—Vamos a subir al coche, conducir, comer tacos y quedarnos dormidas en la playa —solía decir después de los días particularmente

malos en el instituto—. Haremos una hoguera y dormiremos en la arena.

Siempre le había dicho que no. Siempre le había dicho que no tenía tiempo, que con el tráfico haríamos tres horas o más de camino. Siempre le había prometido que lo haríamos después. Todo tenía que suceder después.

Y todos sus sueños se hicieron humo.

Le di la cara a la pared, puse los dedos sobre una cara de diablo sonriente que Rain dibujó cuando teníamos catorce años. A un lado yo dibujé un ángel, porque sentía que hacía falta algo de equilibrio. Debajo, Rain escribió «El panel de consejería de Squid» con su alocada letra.

«Pero tú eras mi consejera —pensé—. Solo tú. Tú me enseñaste a vivir. ¿Cómo lo voy a hacer sin ti?»

Cuando los ojos se me inflamaron hasta cerrarse y tuve la garganta desecha y me quedé sin lágrimas por llorar, fui a la cocina. Llené un vaso con agua, me lo tomé y lo rompí en el fregadero. Puse la palma sobre los fragmentos mojados, quería trasladar parte del dolor que sentía por dentro a un lugar que pudiera controlar, pero no sentí nada. Bajo el haz de luz de luna que se metía por la ventana de la cocina, la sangre negra me salía de la herida en la mano. La miré aturdida mientras la sangre se acumulaba.

Rain tenía una línea de vida larga, en teoría. Una mujer que vendía mangos en el mercado nos leyó la mano alguna vez, y le trazó la línea de vida a Rain para enseñarle lo pronunciada que era.

—Qué bien —resopló Rain, con una pompa de chicle en la boca —. Todo este tiempo pensaba que explotaría bastante joven.

Me paré frente al fregadero y lloré otro rato, como si le aullara a un pozo o a una cueva, hasta que fue tanto que dejé de sentir.

Me lavé la sangre, saqué el cristal roto del lavabo, doblé un montón de toallas de papel, me las puse sobre la mano e improvisé un vendaje con cinta aislante que encontré en el cajón de las chucherías.

En mi habitación, volví a llamar al teléfono de Rain, lista para gritar con todas mis fuerzas.

«¿Cómo has podido? —me preparé para decirle—. Nunca lo voy a superar. Nunca.»

Pero el teléfono ni siquiera daba tono. Solo reprodujo la misma grabación que llevaba años escuchando. La voz rasposa de Rain medio

en broma salía burlándose de ti por hacer algo tan sincero como dejar un mensaje. «Hola, has estado a punto de hablar con Rain Santangelo.»

Brie ya había desaparecido.

—¡Araña! —Cogí el abultado brazo de mi hermano y lo sacudí para despertarlo. Estaba dormido con el televisor encendido, aunque no eran siquiera las ocho de la noche—. No era Brie.

Araña suspiró y se dio la vuelta muy despacio. Abrió un ojo.

—Joder, parece que te hayan atropellado —comentó—. ¿Brie no era qué?

Parpadeé frente a él. Quería que me entendiera.

Al fin, en el silencio entre nosotros, algo pareció hacer clic.

—¿El cuerpo? —susurró, como si solo al decirlo estuviera cometiendo casi un crimen—. No puede ser.

Asentí. Araña se frotó los ojos.

—¿Y quién era, entonces?

Comencé a llorar otra vez, con la cabeza entre las manos, a punto de hiperventilar. Araña se sentó en la cama. Me acercó hacia él, una gentil roca en la turbulencia. Mi llanto casi estaba fuera de control en ese momento. Después de unos minutos lo miré a los ojos y pude ver cómo él también luchaba contra las lágrimas—. Rain no —susurró—. No puedo creerlo.

—No aparece. Alguien más escribe desde su teléfono. Sé que fue Brie. Si Rain estuviera viva, ¿no hablaría con alguien? ¿No llamaría?

Araña asintió. Vi que me creía.

—¿Cómo lo has descubierto?

Sin decir nada, le di mi teléfono. Le enseñé dónde terminaban los mensajes de Rain y dónde comenzaban los nuevos. Señalé las diferencias en el estilo, en la puntuación. Le enseñé donde Brie se había perdido con el chiste entre Rain y yo, cuando se delató. Al ver la conversación, Araña se puso tan pálido que parecía estar verde.

—Esto está muy jodido.

Asentí. Nos quedamos sentados un rato, agazapados en la cama de Araña, que olía a judías pasadas y marihuana. El dolor nos apresó a los dos con su puño de hierro. Pronto llenó la habitación entera. Como el amor, resulta que el dolor se esparcía también.

—Tienes que decírselo a la policía. —Me devolvió el teléfono—. Pero ya.

—¿Y si no me creen?

—Van a examinar el cuerpo, verán los dientes, los registros dentales. A lo mejor ya lo están haciendo. No lo sé. Pero si no se lo dices, cada día que pase es un día que Brianna Walsh está más cerca de salirse con la suya. Seguro que está huyendo.

Asentí, sintiéndome miserable, intentando imaginarme a Brie en algún lado, lo que tendría en la cabeza en ese momento.

—Sigo sin creer que lo haya hecho.

—La gente siempre te sorprende —dijo mi hermano—. Tuve un compañero de celda que era la persona más amable del mundo. Me prestaba libros, me enseñó qué decirle al psiquiatra para que me diera las cosas buenas. Luego me enteré de que mató a su abuela.

Me reí, luego me sentí fatal por haberme reído. Me llevé la mano a la boca como si quisiera volver a meter la risa en su lugar.

—¿El que le robó los ahorros de toda su vida? ¿La mató?

Araña asintió.

—La gente está loca, Sydney. Te dije que esa chica era mala.

Me aclaré la garganta, tenía que decirle a mi hermano que estaba más metido en el asunto de lo que creía.

—No te lo había dicho, pero anoche me llamó una de las inspectoras. Quiere que vaya a la comisaría mañana después del instituto.

—Pues vas a ir antes, entonces. —Araña se encogió de hombros.

—Quiere que tú vayas también —añadí.

—¿Creen que he tenido algo que ver? —Se rio con su nueva risa llena de amargura, la risita resignada con la que llegó a casa de Pine Grove que parecía decir: «La vida es un asco y luego te mueres».

—Supongo. Puede ser. No lo sé.

—Pues vamos a informarles de su error. Vamos, te llevo. —Saltó de la cama, de pronto lleno de energía—. Me niego a que cargues con alguna culpa por esa asesina. Eres demasiado débil para ir a la cárcel.

—Puedo llamarla primero —le recordé—. Tengo su número.

Araña asintió y abrió un poco la ventana de su habitación. Pude oler los vientos de Santa Ana, el polvo y la salvia en el aire. El lejano aullido de una sirena de la policía llegó hasta nuestros oídos, la imagen un poco demasiado obvia en ese momento.

—¿Qué pasa con Joan, Ar? —susurré. La idea de tener que decírselo me rompió el corazón de nuevo. Me limpié la cara, los ojos me dolían de tanto llorar—. Alguien tiene que decírselo.

—Primero la policía —me dijo—. Para que puedan encontrar a Brie. Rain merece justicia.

Fui a mi habitación para sacar la tarjeta de Arlene de mi mochila, donde la había guardado. Afuera, la sirena se hacía más fuerte.

«Merece.» Vaya concepto. Como si alguien se mereciera la vida que tenía. Una chica gana la lotería, la otra no deja de ser pobre. Una chica muere y los demás la lloramos. Mientras tanto, un monstruo anda suelto. De camino a la habitación de Araña, sentí cómo todo se acumulaba dentro de mí, la situación entera. El desastre que éramos, nuestra historia, Brie, Rain y yo. Nuestro futuro en llamas. La forma en que el fuego lo había destruido todo.

El teléfono marcó tono una sola vez antes de que contestara.

—Inspectora García —dijo a modo de saludo.

No dije nada, paralizada. Escuché su respiración al otro lado de la línea. Estaba congelada otra vez, con el terror y el dolor machacándome el corazón. Al fin conseguí forzar un pequeño saludo.

—Hola. Soy Sydney Green.

—Ah, hola —dijo tras una breve pausa. Me preguntaba si habría presionado un botón para grabarme. Se había vuelto muy formal de pronto, nada de «querida» ni de acercarse a mí y querer relacionarse conmigo. Sabía que era porque ahora sospechaban de mí—. ¿Qué pasa?

—Pues… —Miré a Araña, quien alzó los pulgares en señal de ánimo—. Tengo información nueva. Es urgente.

—Muy bien —dijo Arlene, aunque estiró las palabras como si en realidad nada fuera bien—. Soy toda oídos. Pero, Sydney, debo decirte que nosotros también tenemos información nueva. De hecho, necesitamos que tu hermano y tú vengáis lo antes posible.

¿Qué? ¿Qué nueva información podría tener Arlene?

Afuera, oí que dos puertas de coche se cerraban de golpe en la entrada de la casa.

Y luego hubo tres golpes fuertes en la puerta.

Jamás en la vida habría esperado estar en la parte de atrás de una patrulla con mi hermano.

—Un puto chiste —dijo Araña con la fuerza suficiente para que

los policías lo oyeran. No nos habían esposado. Fueron firmes pero amables, tan solo nos dijeron que los inspectores tenían que hablar con nosotros de inmediato y que estaban ahí para escoltarnos.

—Podríamos haber ido solos. No tenían por qué haber mandado a estos inútiles —mascullaba Araña en el asiento trasero.

—¡Shh! No los hagas cabrear. Empeorarás las cosas.

—No nos están escuchando, créeme —respondió—. Si esto fuera serio, habrían hecho toda una escena: las esposas, leernos los derechos. Quieren buscar la salida fácil, que nos incriminemos solos.

—Pues no hemos hecho nada, así que no tenemos de qué preocuparnos.

Pero el corazón me latía a toda velocidad.

—Deja que te digan qué saben antes de darles la información, ¿vale? Es estratégico. Necesitas saber con qué están trabajando para saber de qué tenemos que preocuparnos. —Les lanzó una mirada furiosa a los dos policías jóvenes en el asiento delantero y les enseñó el dedo medio, aunque solo yo pude verlo—. Más vale que esto no se cargue mi libertad condicional. Eso es todo lo que voy a decir.

Y después estuve sola en una sala de interrogatorios, caliente y sin ventanas, con una taza de café aguado, un espejo falso y mis nervios a flor de piel. Mi vendaje de toallas de papel se había empapado de sangre ya. No era una imagen que gritara inocencia.

Esperé un largo rato antes de que aparecieran Bill y Arlene. Me preguntaba si habían interrogado a Araña primero o si solo nos estaban haciendo esperar adrede. Como fuera, los odié por ello. No olía bien, tenía acidez, y los pies, atrapados en mis zapatillas sin calcetines porque me había apresurado a hacer lo que los oficiales me dijeron, me picaban.

—Hola, Sydney. Perdón por hacerte esperar —dijo Arlene cuando entró en la sala. Tenía puesto el mismo traje que el otro día. El único cambio era que no estaba maquillada. Sus ojos se posaron sobre las toallas de papel empapadas de sangre alrededor de mi mano, luego me miró a los ojos—. Necesitaba llegar al fondo del asunto esta misma noche. Hay algunas pruebas que nos han estado haciendo dudar un poco.

Puse cara de piedra y la miré con firmeza desde el otro lado de la mesa. Luego pensé en Rain y me tragué una oleada de dolor.

—Agradecemos que tu hermano y tú hayáis venido tan pronto —

dijo Bill al entrar unos segundos después. Cerró la puerta.

«Como si hubiéramos tenido otra opción», pensé, mientras lo saludaba con un movimiento de cabeza.

—No he tenido nada que ver con el incendio —susurré—. Y mi hermano tampoco.

—Verás —dijo Bill—, suponíamos que ibas a decir eso.

—¡Porque es verdad!

—Entonces, ¿no tenías problemas con Brianna? ¿Ninguna razón por la que podrías haber estado molesta con ella? —La calva de Bill resplandecía al otro lado de la mesa. Su papada era suave y lo hacía parecer casi amable, pero no me gustaba la forma en la que me miraba. Escéptico, como si quisiera llevarme a una trampa.

Abrí la boca y la cerré. ¿Qué sabían que pendía sobre mi cabeza como una guillotina?

—No nos llevábamos bien. Pero...

—Cuando dices que no os llevabais bien... —Bill se puso las manos frente a los delgados labios.

—No nos caíamos bien, Bill. No era mi persona favorita. —Le lancé una mirada furiosa, sin querer decir nada más. Abrí la boca para decirles lo que sabía, pero recordé las palabras de Araña, y tal vez tenía razón. Ellos tenían que enseñarme su mano antes de que yo enseñara la mía.

—La línea de colaboración ciudadana ha recibido una grabación hoy —dijo Arlene—. Pero fue enviada a un servicio de transcripción en vez de llegar directamente a mí. Recibí la grabación esta noche, después de que hablara contigo. Como puedes imaginar, mucha gente ha usado la línea para denunciar, todos están muy interesados en este caso. Así que tenemos muchas cosas que filtrar.

Sonreí con dureza y doblé un borde limpio de la toalla de papel sobre la parte cubierta de sangre. Si no me hubiera dado tanta curiosidad la información que tenían, habría comenzado a explicarles lo de Brie y Rain y lo que había descubierto. ¿Cómo se sentirían de estúpidos Bill y Arlene cuando resolviera el caso en su lugar? Si no hubiera estado tan destrozada por dentro, habría sentido un poco de satisfacción.

—Hemos hecho una transcripción de la grabación. He resaltado las partes importantes para ti, Sydney. Bill y yo estamos de acuerdo en que eres una de las personas que pueden escucharse.

Arlene deslizó la transcripción por la mesa. Leí las primeras frases:

«Tengo algo que decir, que deciros a las dos, de hecho».

Me puse una mano sobre la boca y miré a Bill y Arlene, quienes me observaban de cerca. Seguí leyendo, las palabras nadaban en la página.

Brie había grabado la pelea entera en casa de Candice y se la envió a la policía. La estudiante perfecta, la manipuladora perfecta lo había hecho de nuevo. Otra jugada psicótica para incriminarme.

Ojeé el resto de la discusión y encontré las líneas que Arlene había resaltado.

«Incendias las vidas de las personas para entretenerte, solo porque puedes.

»Ya ha salido. Ha vuelto hoy a casa. A lo mejor te has enterado. De hecho, está aquí en la fiesta. Me ha dicho que quería hablar contigo.

»Tú lo delataste, ¿verdad?

»Un día alguien te va a hacer lo mismo. Y no lo vas a ver venir.»

Cuando terminé, miré a Bill y Arlene.

—Como podéis ver, no es una buena persona —dije, intentando mantener un tono calmado. ¿Y si usaban eso en mi contra, incluso si a quien habían matado era Rain? Inhalé profundo por la nariz, exhalé por la boca e intenté desacelerarme el corazón.

—Por desgracia, Sydney, la otra parte es que muchas de las cosas que dijiste podrían considerarse amenazas —dijo Bill.

—Y un motivo —añadió Arlene—. Tuyo y de tu hermano.

—Entonces qué bien que Brie no esté muerta —solté de pronto, azotando las manos en la mesa—. Porque si no, estaríamos en problemas.

Dejé que mis palabras se procesaran, observé cómo se le acumulaban las gotas de sudor a Bill en la frente brillante. Arlene se apoyó en el respaldo de la silla y me miró con las cejas arqueadas, pero no dijo nada.

—En verdad me gustaría que así fuera, porque si estuviera muerta, si yo la hubiera matado, entonces tal vez mi amiga Rain seguiría viva. Rain es la otra persona que estaba en la conversación que Brie os ha enviado.

Arlene y Bill intercambiaron miradas. Los dos guardaron silencio,

y me di cuenta de que Rain también era una pieza del rompecabezas para ellos.

—Pero no, no le hice nada a Brie —continué—. Mi hermano tampoco. Brie está bien. Deberíais encontrarla y preguntarle sobre el incendio.

—Un momento, Sydney —Arlene habló al fin con una tranquilidad desconcertante—. ¿Quieres decir que Brianna Walsh está viva? ¿Y que crees que Rain Santangelo es la víctima?

—Exacto. —Comencé a explicárselo todo. Les enseñé la larga cadena de mensajes de Rain y cómo habían ido cambiando después del incendio. Les expliqué el chiste de Peoria. Les conté incluso cómo el pequeño insulto de Brie me había alertado.

—Tenéis que examinar el cuerpo. Estoy segura de que descubriréis que fue Rain la que murió —dije, conteniendo las lágrimas, con la mente otra vez pensando en Rain atrapada en la habitación de Brie, sin poder liberarse—. Ahora, ¿podemos mi hermano y yo irnos a casa? Hemos pasado por demasiadas cosas estos días.

Arlene carraspeó y miró a Bill. Más allá de lo que se estuvieran diciendo sin palabras, me di cuenta de que la noche no había tomado el rumbo que esperaban.

—Vamos a tener que solicitar una orden para obtener tus registros telefónicos —me dijo Bill—. Porque si tienes razón, serán una prueba muy importante y podrían ayudarnos a encontrar a la sospechosa.

—Lo que sea que necesitéis para encontrar a Brie y hacérselo pagar, contad conmigo —dije—. ¿Por lo menos podríais llevar a mi hermano a casa? Él no ha tenido nada que ver con esto.

Bill y Arlene asintieron.

—Solo queremos hacerle unas cuantas preguntas más —dijo Arlene—. Y creo que después lo podremos mandar a casa.

—Bien. —Recordé cómo Arlene se había referido a todo esto cuando la conocí—. Porque esto es un drama de chicas.

36

Me quedé en casa durante varios días. Solo mamá, Araña, la televisión y yo. Mantuvimos las luces apagadas y guardamos silencio; los tres estábamos aturdidos y afligidos. Mamá y Araña me habían preparado todos mis platos favoritos, pero apenas podía comer. Me veían empujar la comida por el plato y no dejaban de insistir hasta que me veían tragar un par de bocados.

Al tercer día recibí una llamada de Arlene. Los registros dentales habían llegado.

—Tenías razón —dijo, nada más—. Siento mucho lo de tu amiga. Vamos a encontrar a la persona que hizo esto.

—¿Te refieres a Brie? —Necesitaba escuchar de boca de Arlene que Brie era la principal sospechosa.

—Eso parece, sí.

—Bien. —Exhalé, aliviada. Había estado tan cerca de estar incriminada, pero al menos la policía ya había comenzado a buscar en el lugar correcto—. Una última pregunta.

—Dime.

—¿Joan ya lo sabe? —Había sido demasiado cobarde para llamar a Joan, y me decía a mí misma que aún no lo sabíamos a ciencia cierta —. Me refiero a la madre de Rain.

—Fuimos a verla esta mañana —dijo Arlene.

Bajé la cabeza y me imaginé a Joan al recibir la noticia. Casi podía oír el grito que había estallado en su garganta. Terminé la llamada con Arlene y me eché a llorar. Mamá estaba detrás de mí y me frotó la espalda mientras susurraba: «Shhh», hasta que mis sollozos se convirtieron en un silencio aturdido.

Quedaba una semana de clases, pero nada de lo que ocurriera haría que bajaran mis notas lo suficiente como para hacerme perder la beca. Tal como yo lo veía, no había ninguna razón para volver al instituto. No tenía interés en que la gente me viera en duelo.

Les escribí a mis profesores y les expliqué lo ocurrido. Dos de

ellos me dejaron entregar mis proyectos por correo; dos más me dijeron que me permitirían ausentarme de los exámenes finales, considerando la situación y todo el trabajo que ya había hecho. Me sorprendía ver lo amable que era todo el mundo, y me sorprendió aún más ver las cosas agradables que decían de Rain. «Era una entre un millón», dijo el profesor Sanders. La profesora Martin la llamó «alegre, carismática, una polemista nata». La profesora Wu comentó su maravilloso humor seco. «Rain Santangelo tenía grandes virtudes —escribió la directora Stokes en Facebook—. Poseía una sabiduría y un saludable escepticismo que no eran propios de su edad.»

Rain había influido en mucha gente durante su corta vida, hasta en sus profesores. Por más desconectada que pareciera estar del instituto, dejó su huella.

Le dije a mi madre que no iba a volver, que iba a hacer en casa el trabajo que me quedaba por entregar. Ella se mordió el labio y asintió.

—Está bien, corazón. No tienes que ir.

Pero podía sentir cómo me observaba de cerca, la preocupación irradiando por cada poro de su piel. Me dije que no podía derrumbarme y rendirme para siempre, a pesar de lo mucho que quería hacerlo. Me dije que tenía que volver a ser yo misma, que tenía que volver a mi futuro. Por mamá. Y por Rain. Tenía que vivir tan intensamente como pudiera por las dos.

Mientras más días pasaban, más sentía que tenía que alejarme de allí. A dondequiera que mirara, en mi casa había algo que me recordaba a Rain. Cada centímetro de este lugar lo había ocupado ella de algún modo.

—Quizá podría quedarme con la tía Debbie unos días antes —dije después de una semana, sin el valor para mirar a mi madre a los ojos—. Podría conseguir un trabajo de verano en Oxford antes de que empiecen las clases.

Cuando me atreví a levantar la mirada, mamá ya tenía el teléfono en la mano. Ella siempre había confiado en que yo sabía qué era lo mejor para mí. Yo, la niña de oro, la que nunca —hasta hacía poco— había tropezado, por quien nunca tuvo que preocuparse. Siempre creyó en mi maravilloso futuro y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para alejarme de los problemas que me acechaban.

Cuando la noticia de Rain se hizo pública, recibí un mensaje de Chase.

No puedo creerlo. Lo siento mucho. ¿Puedo ir a verte?

Gracias. Yo tampoco. Puede que en unos días.

Me conmovió que se hubiera ofrecido, pero sabía que no soportaría verlo, ni a él ni a nadie.

Soy un desastre en este momento.

Fotografías de Rain y Brie comenzaron a aparecer en un noticiero de media hora; habían pasado de las noticias locales a la CNN. La historia era lo suficientemente inquietante para ser de interés nacional. Los periódicos que mamá llevó del supermercado a casa tenían las fotografías en la primera página: ESTRELLA DEL ATLETISMO MATA A SU MEJOR AMIGA Y FINGE SU PROPIA MUERTE, SIGUE FUGITIVA; AMIGAS, RIVALES, VÍCTIMAS: SE BUSCA SOSPECHOSA DE ASESINATO TRAS APODERARSE DE LA IDENTIDAD DE LA VÍCTIMA, ROBA DINERO DE LA LOTERÍA. Ninguno entendía bien a Brie ni a Rain, pero tenía la esperanza de que toda esa atención al menos ayudara a que la policía encontrara a Brie.

Cuando la televisión anunció que estaba en marcha una búsqueda a nivel nacional, por fin me atreví a llamar a Joan. Pobre Joan. No me respondió. Le dejé un mensaje de voz.

—Lo siento mucho. La quería muchísimo. Está conmigo todos los días.

Colgué y rompí en llanto.

Dos días después de que comenzara la cacería de Brie, Ed apareció en los noticieros con un traje que le quedaba demasiado ajustado, rogándole a Brie que se entregara y «limpiara su nombre», seguro de que «todo había sido un malentendido y un terrible error».

—Mi hija no podría haber hecho algo así —le dijo a la cámara, con la misma cara enrojecida, su voz tan iracunda como siempre. Pero debajo de su fanfarronería había un destello de dolor, la expresión de un hombre que sabía que lo había perdido todo.

Apagué el televisor, no soportaba oírle insinuar que era posible que la chica que había muerto en su casa fuera la que había provocado el incendio.

Cuando Joan me devolvió la llamada y me pidió que nos encontráramos en la cafetería que estaba cerca del instituto, fue la

primera vez que salí de casa en casi dos semanas. El choque de los platos y el olor a comida fueron demasiados estímulos para lo que estaba acostumbrada; di un brinco cuando la camarera me pidió que la siguiera a una sala en la parte de atrás.

Ni siquiera allí podía escapar de la cobertura de la tragedia. Las fotografías de Rain y Brie aparecían en los televisores silenciados encima de la barra del restaurante. «Coche de la joven asesinada encontrado en El Paso», anunciaban los titulares en la pantalla. Y, en efecto, comenzó a correr un vídeo del maxi-Mini de Rain sobre una grúa. «Se cree que Brianna Walsh ha cruzado la frontera.» Intenté mirar a otro lado. No quería llorar antes de siquiera ver a Joan. Brie debía de haber desaparecido por completo ya. Hasta donde sabíamos, bien podría haber cruzado todo México hacia El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá. O quizás había engañado a todo el mundo y se fue hacia Pregon, Washington, y luego Canadá, o al este, como iba a hacer yo. Podría estar en cualquier lugar, en cualquier país. Quién sabe a cuántas cosas tendría acceso con el dinero de Rain. Brie siempre fue muy ingeniosa en nuestras clases de Economía, siempre tenía un plan para recuperar las finanzas de cualquier país o industria. Y era igual con las estrategias de guerra, en todas nuestras clases de Historia a lo largo de los años, cuando las personas tendrían que haber tomado un camino distinto del que esperaban. Napoleón, Robespierre, los Romanov. Brie siempre se había sentido atraída por quienes se habían sentido acorralados. Ella había estado acorralada toda su vida, en cierto modo, viviendo con Ed. Quizás ya estaba acostumbrada.

En la última sala de la cafetería, Joan parecía pender de un hilo. Tenía las mejillas hundidas. Se le notaba el gris en las raíces del pelo, el rojo se estaba desvaneciendo, como si en verdad hubiera perdido todo el color.

—Hola, nena. —Se puso de pie, me rodeó con los brazos. Inhalé el mismo aroma de Joan que conocía desde que era niña, perfume Trésor y cigarrillos Newport. En cuestión de segundos, las dos estábamos llorando, abrazadas y acomodándonos con torpeza en el mismo lado de la mesa, con las manos entrelazadas como si estuviéramos aferrándonos a los bordes de un edificio, tratando de no caer.

—Siempre fuiste como una hija para mí. Siempre estuviste con nosotras. Me enfadé mucho con Rain cuando dejaste de venir a casa.

Sabía que debía de haber hecho algo para alejarte. Le dije: «Rainey, una no cambia a una amiga por otra», y me dijo que lo sabía, que iba a arreglar las cosas contigo, pero era como si estuviera obsesionada con Brianna. Brianna la mantuvo demasiado ocupada como para que se acordara de ti. Yo estaba furiosa, Sydney. De verdad.

Asentí. «Yo también estaba furiosa.» Pero no tenía razón para decirlo, no con todo lo que había ocurrido.

—Está bien. Siempre voy a recordar a Rain como mi mejor amiga.

—Lo eras todo para ella. —Joan se quebró por un segundo. Le apreté la mano con más fuerza—. Sé que murió sabiendo cuánto la querías.

Eso me hizo romper en llanto otra vez.

Después de un rato las dos recobramos la compostura. Me senté en silencio unos minutos antes de poder hablar de nuevo.

—¿Tienen alguna otra pista de Brie además del coche? —Me preguntaba si Joan tenía más contacto con la policía que yo.

Joan negó con la cabeza.

—Solo sé lo que veo en la televisión. Pero aunque la encontraran, eso no me va a devolver a Rainey. Esa chica... esa chica está sufriendo, de cualquier manera. Va a sufrir mientras huye y va a sufrir cuando la cojan. Ed, el desgraciado, cuando no está en la televisión diciendo estupideces, camina por las calles como si acabara de ver un fantasma. Lo vi en el supermercado, con el carrito lleno de comida congelada. No pude evitar acercarme. —Joan meneó la cabeza como para reprenderse—. «¿Cómo estás?», le pregunté. Ya sabes, de padre a padre. Supongo que pensé que se lo debía. Pero solo me miró. Y entonces me di cuenta de lo cabreada que estaba.

La camarera llegó a la mesa con dos tazas de agua caliente y dos bolsitas de té Lipton.

—Gracias, cariño —dijo Joan—. En fin —continuó con su historia—. Comencé a gritarle: «¿Dónde está tu hija, Ed?». Me enfrenté a él en el pasillo de la comida congelada. Yo estaba temblando, gritando, todo. «Porque la mía está muerta.» —Joan desenvolvió su bolsita de té y la sumergió tres veces en el agua—. Fue horrible. —Me miró con los ojos llenos de remordimiento—. No debí hacerlo. No ayudó en nada y Ed solo salió corriendo de allí. Dejó la comida y todo.

—Me alegro de que lo hayas hecho. —Cogí la taza con las dos

manos y dejé que el vapor flotara y me calentara los ojos cerrados. Visualicé a Ed, sobreviviendo apenas, acechado por lo que hizo su hija —. Necesita escucharlo.

—Siempre supe que debí haber hecho más por esa niña cuando era pequeña. No era fuerte como tú. No tenía madre, y Ed era... bueno, tú recuerdas cómo era. Debí haber hecho algo en ese momento. —Arqueó el cuello y miró a su alrededor como para asegurarse de que nadie la escuchaba—. En el fondo, siempre supe que algo no estaba bien. Cuando supe que Rain y Brianna habían vuelto a ser buenas amigas, no dejé de sentir una corazonada. Pero ya eran casi adultas. No podía interferir más que para ser amable con ella, brindarle un poco de hospitalidad, lo mismo que habría hecho por cualquiera de vosotras. Y mira lo que pasó. Todos los días pienso que podría haber hecho algo más. Sabía que tenía problemas. Detrás de todos sus... logros. —Arrugó la nariz al decir la palabra, como si apestara. Volvió a quebrarse y se dio la vuelta para esconder la cara en el asiento de vinilo.

«No, Joan. No te merecías nada de esto», quería decirle.

—Fuiste una gran madre para Rain. Y para mí —dije, en cambio —. Nadie podía haberlo visto venir. Rain siempre tuvo el mejor detector de mentiras. Si ella no pudo verlo, ¿cómo íbamos a verlo nosotras?

Joan inhaló con trabajo unas cuantas veces. Me puso su pulgar sobre la mejilla y me secó una lágrima.

—Me gustaría que te mantuvieras en contacto conmigo. Ahora más que nunca, eres mi hija.

Asentí.

—Yo también quiero que estés en mi vida.

«Eres lo último que me queda de Rain.» Las dos lo sentíamos. No hacía falta decirlo. Así era.

Joan metió la mano en su bolso y sacó un sobre arrugado.

—Mira, sé que no lo vas a querer, pero voy a insistir. Es una orden, no una oferta, ¿de acuerdo?

Negué con la cabeza, de antemano supe que iba a ser demasiado.

—No necesito nada...

—No te estoy preguntando qué necesitas, nena. Sé que no necesitas ni una maldita cosa, que siempre has trabajado y que eres más que capaz de ganarte la vida, como tu madre, como tu hermano.

Pero insisto en que lo cojas. —Me puso el sobre en las manos—. Rain habría querido que lo tuvieras.

—No, Joan, no puedo. —Lo puse otra vez en la mesa.

—Puedes y lo vas a hacer. Mi hermana me obligó a poner el dinero en el banco después de lo que pasó. Esto es un cheque al portador. Tienes que cobrarlo en el banco y no puedes perderlo. Si lo pierdes —bajó la voz—, si lo pierdes, quien lo encuentre lo puede cobrar. Guárdalo por ahora. Te va a parecer mucho dinero cuando lo veas, pero me he vuelto bastante buena haciendo dinero y no me va a hacer falta. Como seguro que has oído ya, en este país, los ricos siempre se hacen más ricos. —Joan meneó la cabeza, casi como si no pudiera creer que ahora tenía más dinero—. Todo, cada ley, cada regla, está pensado para que mi fortuna acabe creciendo y para que tu familia no tenga las oportunidades que se merece. No es justo. Nunca lo ha sido y nunca lo será. Así que puedes guardarlo en el banco y decidir qué quieres hacer con él. Puedes darle una parte a tu madre o cualquier otra cosa que quieras. Ahora es tuyo.

Asentí, atontada. Quería protestar otra vez, más fuerte, ser la chica orgullosa que Joan sabía que intentaría ser. Pero decidí darle las gracias. La envolví en mis brazos, la acerqué hacia mí e intenté no llorar otra vez.

—No me lo agradezcas. Solo hago lo que mi hija habría querido que hiciera.

Sorbí mi té, me puse una rodaja de limón en la boca y, por una fracción de segundo, estuve de nuevo en mi infancia en Termico, en el patio de césped artificial detrás de la casa de Rain, chupando los limones que habíamos recogido detrás del Panchitos después de ponernos un poco de su jugo en el pelo para aclarárnoslo con el sol. Por un minuto estuve allí con ella de nuevo, con el calor y el hambre haciéndome temblar, ansiosa ya por recordar el momento incluso mientras estaba sucediendo. Rain llevaba puestas sus gafas de sol con barras y estrellas, y se quejaba de algo estirada bajo el sol de la tarde, en el calor de nuestra adolescencia, despreocupada y vulnerable a la vez, buscando pistas en el horizonte sobre lo que vendría después.

Toqué el filo del sobre. Lo doblé por la mitad y lo guardé en el bolsillo trasero, y me aseguré de que estuviera bien guardado. No quería pensar en el dinero aún. Ya tendría tiempo para eso. En ese momento quería recordar a mi amiga.

Epílogo
Siete meses después

Crees que el dinero te hará feliz, pero no es así. Ni siquiera hizo feliz a Rain cuando todo ese dinero les cayó del cielo como por arte de magia a Joan y a ella. Compartirlo la hacía feliz, pero el dinero en sí mismo cuando estaba sola no cambió nada. Realmente no.

Pero estoy haciendo mi mejor esfuerzo por vivir como a Rain le habría gustado verme vivir. Estamos en enero, vacaciones de invierno de la Universidad de Miami en Ohio, y estoy de vuelta en casa, de regreso al desierto por primera vez desde junio. Araña y yo estamos a punto de emprender nuestro viaje por la 101. Él está de vacaciones de la escuela culinaria. Yo se la pagué, así que me debe el viaje. Vamos a conducir hacia el norte y a escuchar su colección de CD de rap de principios de la década de 2000 e intentar relajarnos.

Le pongo gasolina al coche práctico que le compré, un Honda CR-V. Saludo al hijo de Rafid, Amir, quien está en casa para las vacaciones y atiende la caja sin demasiada motivación. Levanta la mirada de su teléfono y me devuelve el saludo. Cuando Araña y yo volvamos entraré y buscaré a Rafid. Ahora tenemos que darnos prisa. Nos dirigimos a un festival de luna llena en el valle central, pasando Oxnard, el granero de California, donde se cultiva todo. Fue idea de Araña. Después de que arrestaran a Whit por ser cómplice en el asesinato de Rain el verano pasado, Araña se deshizo de todas las pastillas que había llevado a casa de Pine Grove, y prometió que no volvería a tocar ninguna sustancia. Ahora le gusta la música electrónica, su nueva droga es bailar sobrio hasta que sale el sol. Dice que es mejor que drogarse. Yo ingresé el absurdo cheque de Joan en una cuenta en el banco y no volví a pensar en él más que para reemplazar los coches de la familia, animar a Araña a entrar en la escuela culinaria y darle a mi madre dinero suficiente para que comprara un comunidad de propietarios en el valle. No ha dejado de ir a ver distintas opciones y me envía ofertas por correo. Se está

tomando su tiempo para escoger algo, me escribe todo el tiempo: «Nena, este es tu dinero para empezar tu vida, y cosas así». Yo respondo: «Agradéceselo a Joan y Rain. Yo solo he hecho la entrega».

En mi primer semestre en la universidad saqué solo dieces, salvo por un nueve en astronomía. Supongo que no estoy lista para pensar en las estrellas. Siento que están demasiado cerca de Rain, donde está ahora. Aunque nunca he creído en un paraíso literal, no puedo evitar pensar que se ha convertido en polvo estelar.

Cada dos meses, sin falta, Arlene me llama y me pregunta si alguien ha sabido algo de Brie. Y cada vez vuelvo a derrumbarme cuando tengo que decirle que no. A pesar de que el caso ahora es un asunto federal, y una unidad distinta trabaja para encontrarla, puedo ver que a Arlene le mortifica que Brie no haya dejado rastro. Nos mortifica a todos. Ahora estoy en un grupo de WhatsApp con todas sus viejas amigas, y de pronto me quedo absorta en las comunicaciones dispersas que tuvieron durante la ausencia de Rain y de ella mientras intentábamos encontrarle el sentido a lo que ocurrió.

«¿Dónde podría estar?», había escrito Deirdre en mitad de la noche en septiembre. «Soñé que estaba en mi dormitorio. Parecía muy real.»

«¿Alguien más todavía siente pánico cuando huele humo?», había escrito Min en noviembre.

Es poco consuelo saber que todas estamos traumatizadas por lo que hizo Brie, que todas lloramos a Rain a nuestra manera, pero sí me hace sentir un poco menos sola.

Estoy lista para echar la gasolina como he hecho millones de veces en este mismo sitio: poner la boquilla en su lugar y presionar el enorme botón amarillo. Cuando levanto la mirada, un Cabriolet azul conocido aparca. La puerta se abre y algo me zumba en la cabeza, una diminuta punzada de añoranza y dolor.

Es Chase. Aquí, en Termico.

Aprieto la manguera y siento cómo la gasolina empieza a entrar en el coche. Saludo. Mis gafas de sol esconden lo que de verdad siento, o eso espero.

Lo veo idéntico. El mismo pelo castaño y alborotado por el que paseaba los dedos. Los mismos labios carnosos. Su barba de pocos días está un poco más poblada que antes, pero aparte de eso, es el mismo chico al que recuerdo.

—Hola. —Chase sonríe.

—No puede ser. De todas las gasolineras en todas las ciudades del mundo, has venido a esta —bromeo.

—Vengo hasta aquí cuando no tengo clase. No respondes a mis mensajes. —Es cierto. Los he recibido en la cafetería de la universidad, en mi dormitorio, en clase. Nunca siento que sea el momento correcto para responder, o nunca sé qué es lo que debería decir. Pero sí me hace sonreír. Me lo imagino tecleando desde algún lugar en Santa Cruz, en un parque de *skaters*, en la playa o incluso en uno de los juegos en el desembarcadero, aunque no creo que pase demasiado tiempo allí.

—¿Qué planes tienes? —Sonríe de nuevo y ahí está ese hueco entre sus dientes que siempre me ha hecho derretirme.

—Voy a una fiesta de la luna llena con mi hermano —digo—. A Araña ahora le gusta la música electrónica. —Me encojo de hombros y siento cómo se me calienta el rostro.

—¿Cómo estás? —Los ojos de Chase buscan los míos. Parece que le falta sueño, tiene ojeras donde antes había solo piel quemada por el sol.

—Eh, bien. Bueno, no muy bien. Pero bien, si tienes en cuenta... —Aún tengo pesadillas varias veces por semana. Todavía siento un hueco en el estómago la mayoría de los días, y el corazón se me acelera cuando huelo una chimenea. Pero no tengo por qué decírselo.

—Claro —dice. Luego, nos quedamos en silencio—. Igual.

—¿Cómo va la universidad? —pregunto al fin.

—Bien, bastante bien. —Su mano se enrosca alrededor de la mía —. Un poco abrumador.

—Es intenso, ¿verdad? —La voz se me atasca en la garganta. La mano me vibra con la sensación familiar de sus dedos alrededor de ella.

—Te echo de menos. —Esa sonrisa torcida. Me mira, honestidad pura—. Echo de menos oír tu voz.

—Yo también. Pero... me estoy... tomando un descanso de todo eso.

¿A qué me refiero con «de todo eso»? ¿De dónde me ha salido esa expresión? ¿A toda esa intimidad? ¿A la cercanía? ¿Al riesgo del rechazo? Quizás a todo eso. Sí, decido. Es la verdad. Me estoy tomando un descanso de todo eso.

Pienso en Sam Stillman, que tiene el mismo trabajo que yo en la universidad en Miami. Los dos deslizamos las tarjetas para el comedor en la entrada sur tres veces por semana. Sam, que está en el programa de artes en Miami y siempre tiene manchas de pintura por todas partes. Que me deja llorar y no intenta arreglar las cosas. Que parece estar satisfecho con acariciarme el pelo y nada más. Pienso en lo desesperada que estaba cuando estuve con Chase. Desesperada por entregarle mi corazón entero a él, y luego, desesperada por creer que sucedería lo peor, por verlo todo estallar en llamas. Desesperada por creer que me había herido, tal vez. Qué fácil le fue a Brie crear esa brecha entre nosotros, quizá porque yo estaba buscando un pretexto para tirarlo todo a la basura y sentirme usada. ¿Por qué? ¿Para qué? Era solo una persona. Que quizás hacía su mejor esfuerzo.

El depósito se llena, deja de bombear. Pongo la manguera en su lugar, abrazo a Chase para despedirme y siento cómo las lágrimas se sueltan en mi garganta cuando sus brazos me aprietan. Por un momento estoy a salvo, protegida, soy otra vez inocente en un mundo en el que toda la gente a la que quiero no me ha abandonado, donde alguien se preocupa por mí todavía. Es suficiente para atarme a este punto un poco más, donde el mundo es un lugar sólido y seguro en el que aún suceden cosas buenas. Cierro los ojos y me dejo sentir el mareo de su tacto otra vez. Sin pensarlo, con los ojos cerrados todavía, encuentro sus labios y le beso. No es más que un instante de contacto, pero es como si encontrara algo que perdí una eternidad atrás y ni siquiera sabía cuánto echaba de menos. Ninguno de los dos se separa hasta que oímos el claxon del coche.

—¡Eh! —grita Araña desde adentro, molesto—. Tenemos que poner la tienda de campaña antes de que oscurezca.

—Tiene razón —le susurro a Chase al oído y me alejo, llena de tristeza—. No tenemos ni idea de lo que estamos haciendo.

Chase se ríe.

—Pues buena suerte con eso. Nos vemos luego, Syd. —Chase se acerca en voz baja. La intimidad es tan grande que es casi insoportable, pero en el buen sentido.

La sonrisa que me regala cuando el coche cobra vida y nos alejamos hará que el corazón me martillee en el pecho el resto de la noche.« Ya veremos qué pasa», me digo.

Por ahora, me siento bien al dejar este lugar en el retrovisor otra

vez, escapar de todo lo que ha pasado, aunque sea por un rato. Me siento bien al entrar en la polvorienta carretera que nos llevará a otras más grandes, cinco carriles seguidos que se extienden desde aquí hasta lugares más frescos, más amables y acogedores para la vida humana. Hacia un futuro en el que no todo esté quemado o abrasado, donde las chicas no son flores de invernadero a punto de marchitarse o incendiarse.

Araña ya ha comenzado a rapear con las primeras canciones de Eminem. Subo el volumen y me preparo para gritar el coro a todo pulmón. Bajo la ventana, cojo una bocanada del aire de enero y entrecierro los ojos bajo el sol del invierno que azota el desierto con una bruma amarilla que, para quienes no lo saben, casi podría confundirse con una especie de bendición.

Subimos la velocidad y siento a Rain a mi alrededor, impulsándome para bajar por la colina, animándome a llegar a un lugar nuevo y verde. A un lugar mejor.

Agradecimientos

Mis gracias:

A Joelle Hobeika, Josh Bank y Sara Shandler por su fe infinita en las tres de Termico. Mi aprecio enorme en especial a la brillante Lanie Davies, quien sabe lo que ha costado llegar hasta aquí.

A Sarah Barley, por tu guía editorial experta y tu entusiasmo por moldear esta historia. Ha sido un placer trabajar contigo. También a todo el equipo de Flatiron, en especial a Cat Kennet, Jordan Forney, Malati Chavali, Megan Lynch y Sydney Jeon, por su labor para realizar este libro. Y a Keith Hayes y Hnery Sene Yee, por la hermosa portada.

A Faye Bender, por saber siempre qué es lo correcto.

A Cathrin Wirtz y Laura Sims, cuyo apoyo inicial a este libro significó más de lo que puedo expresar.

A Rachel Sherman, por saber lo que estos personajes supondrían.

A Alana Sherman, que hizo un viaje a Salton Sea conmigo hace varios años, el cual inspiró muchas de mis primeras ideas sobre el mundo de este libro.

A Aria Chiodo, Corrie Hulse, Katherine Willis, Nursat Hossain y Sarah O'Hare, por su delicadeza y buen humor durante los días difíciles en los cuartos sin ventanas. Les debo haber tenido la posibilidad de escribir este libro en mis horas libres.

A mis amigos escritores y confidentes Anne Ray, David Ellis, Elizabeth Logan Harris, Elliott Holt, Helen Phillips, Marie-Helene Bertino y Tom Grattan. La vida de la escritura puede ser solitaria, pero con vosotros nunca estuve sola.

A Emily Jackson, Jen Stone, Jessea Hankins, Julia Landau, Lauren Fowler, Mehernaz Farsi, Namo Schultz, Shasta Lockwood y Thaïs Jones. Todo lo que sé sobre amistades de la infancia que te cambian la vida lo aprendí de vosotros.

A mi familia, en especial a Agnes e Ivan Sanders, Lizzy y Neil Postrygacz, Cory Kahaney, Ken Mistrok, Ariel Cristini, Jeannie

Kahaney y Phyllis Kahaney. A la siguiente generación: Rufus, Asher, Meka, Sofía y Magnus. Todos vosotros me inspiráis.

A Ezra, quien durante la escritura de este libro tuvo la edad suficiente como para leerlo.

A Gabriel Sanders, siempre, por todo.

Las mejores mentirosas
Amelia Kahaney

Título original: *All The Best Liars*

Publicado por acuerdo con Rights People, Londres



Producido por Alloy Entertainment, LLC.
Traducción: Ariadna Molinari Tato

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico: enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28415-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta